



T PONES  
EL LÍMITE

CAROLYN  
SANFEL



*Carolyn Sanfel*

*@carolynsanfel*

*Junio 2016*

*Portada: MaikyNikyDesign*

*Corrección: Alejandra Alameda*

*Isbn: 978846088816-1*

## **TÚ PONES EL LÍMITE**

**Por**

**Carolyn Sanfel**

**Sígueme en:**

[www.carolynsanfel.es](http://www.carolynsanfel.es)

[www.facebook.com/carolynsanfelescritora](http://www.facebook.com/carolynsanfelescritora)

Twitter @carolyn\_sanfel

Instagram @carolynsanfel

## AGRADECIMIENTOS

La parte más difícil para mí... ¿Por qué? Porque tengo a mucha gente especial a mi lado para agradecer toda su confianza y apoyo en mí. Muchos sabéis todo lo que ha significado estos dos últimos años para mí, una jodida montaña rusa en mi vida llena de altibajos, y que este libro ha sido fruto de todo ello.

No sé si será un libro que cumpla vuestras expectativas, pero sí puedo deciros que ha sido toda una experiencia para mí realmente significativa en mi vida y al que le tengo un cariño muy especial; por ser el primer libro de género no paranormal que escribo y por absorber todos estos momentos difíciles e intensos de esta etapa.

Empezaré a agradecer, sin duda, a mis hijos, Nereida y Denis, continuando por mi marido y siguiendo con mis padres (los cinco pilares que sujetan mi vida).

Continuaría mis agradecimientos a las personas que quiero y que me han demostrado la verdadera amistad y a las que necesito en mi día a día, en los momentos más dulces y en los más amargos:

A Vero, mi amiga de la infancia y a la cual tengo que dedicarle este libro porque fue ella quien me retó a escribirlo. Poco fan de lo paranormal, me alentó a escribir una novela que no perteneciese a ese género y aquí está, mi pelirroja, nuestro Adam viendo la luz ;). Gracias amiga por estar siempre ahí. Te quiero.

A mi Mari (mi sevillana), por darme su amistad y su cariño incondicional como nunca pensé que podía darse a nadie sin ser de la misma sangre. Pues equivocada estaba, sí se puede. Te quiero mi niña con toda mi *arma*, y siempre estaré ahí para ti, ¡y lo sabes!

A Mar (mi zipi), a Eva (mi medio hermana), a Lucía (mi vampi), a Alejandra (correctora), a Mónica (por animarme siempre a escribir), a Maiki Niky Design (por esta preciosa portada), a Cris Fdez., a Silvia Rguez., a Ainhoa, a Feli Ramos (mi otra pelirroja), a Raquel G. Estruch (mi churri), a Minerva, a Álvaro (mi compi), a Mar Lamas, a Fabián y Albert, al grupo de música Embellish (por inspirarme con su música y darme su apoyo)... y a muchos más. Me es imposible nombraros a todos (pero seguro sabéis quienes sois ;))

A mis vampirit@s del Facebook, que me saludan cada día, que si tuviese que mencionarlos me faltarían hojas para agradecerlos estar ahí para mí siempre y aportar vuestra chispa a mi vida.

Por supuesto a mis lectores, que con sus opiniones me animan a seguir en este largo camino.

Y a mí, ¿por qué no? Por seguir levantando la cabeza y mostrando coraje como una auténtica leona.

¡¡¡Gracias a tod@s mis vampirit@s!!!

## PRÓLOGO

Allí estaba yo frente aquella puerta.

El corazón me iba a mil. Las piernas me temblaban, y tenía las manos sudorosas. No entendía cómo había podido venir ni qué me había llevado hasta allí.

Había llegado por inercia. Caminé varias manzanas, después de bajarme del bus que se dirigía hacia el oeste de la ciudad. No me costó localizar el edificio antiguo de ladrillo rojo, y mucho menos entrar en él.

No había mucha luz en el interior, pero sabía hacia donde tenía que dirigirme: cuarto piso.

Había una especie de montacargas demasiado antiguo como para que me diese confianza, así que escogí las escaleras. Pensé que sería una forma de poder aplacar mis nervios.

Cuando llegué al cuarto piso, me encontré con un largo pasillo. Uno de los apliques de la pared parpadeaba; la verdad es que aquella imagen me recordó a una película de miedo donde la protagonista iba de cabeza a su muerte. Intenté quitar esa idea de mi cabeza y avancé hacia la última puerta, coronada con la letra D.

Esa letra me miraba desde la distancia, según me iba acercando, intentaba descifrar lo que aquello significaba: ¿dirección?, ¿destino?, ¿decidida?, ¿demente perdida?, ¿loca de remate? ¡Vamos, gilipollas con mayúscula!

Desde luego que no tenía claro si quería seguir adelante con aquella locura.

«La llave te la dejaré debajo del felpudo. Yo estaré dentro, esperándote» recordaba esa voz ronca susurrándome al oído. Aquellas fueron sus palabras.

Instintivamente me agaché y levanté una esquina del pequeño felpudo, que había en el suelo, justo delante de mis pies. Allí estaba la llave brillando como si fuese un tesoro; me agaché a cogerla y la volví a mirar.

Ahora con la llave en la mano, me costaba mucho más respirar.

«¿Qué demonios estás haciendo, Payton?», me estaba preguntando a mí misma y no tenía ninguna respuesta. Sabía que si cruzaba esa puerta, mi vida ya no volvería a ser la que era.

Sin ni siquiera pensarlo, y el corazón latiéndome a mil por hora, metí la llave en la cerradura...

## CAPÍTULO 1

### **Dos meses antes.**

Me llamo Payton. Tengo veintisiete años. Vivo en Mill Valley, una pequeña ciudad del condado de Main, en California, preciosa y apacible, rodeada de cientos de hectáreas de parques, reservas naturales y con la Bahía de Richardson al norte. Es un excelente lugar para vivir una vida tranquila.

Aunque nací en Málaga, donde estuve viviendo hasta los catorce años, mi madre Elena y yo nos trasladamos a vivir a California cuando mi padre murió, a causa de una horrible enfermedad que nos arrebató sin piedad al hombre de nuestra vida.

Se llamaba Matt, un nombre precioso para un hombre maravilloso, así era mi padre. Él era de Mill Valley, y conoció a mi madre en un viaje de negocios a Málaga; se enamoró de la ciudad y de ella. Dos años más tarde, nací, y toda mi infancia fue inmensamente feliz. Siempre había querido visitar California, pero por los estudios y el trabajo de mi madre había sido imposible.

Y de repente mi vida cambió. Le diagnosticaron un jodido cáncer de pulmón, y allí empezó nuestra desgracia. Fuimos perdiendo a mi padre poco a poco, y sin poder hacer nada.

Cuando murió, decidimos que debía ser enterrado en su ciudad y ese fue el motivo de que nos trasladásemos a Mill Valley. Nos pareció una ciudad tan bonita y apacible, y que nos recordaba tanto a mi padre, que nos fue imposible irnos de aquí.

Ya han pasado varios años desde que mi madre y yo decidimos mudarnos a vivir aquí, y a día de hoy sigo viviendo ella, porque con lo que gano no me llega ni para ir a la peluquería. Como os podréis imaginar la intimidad con la mamá en casa es nula; aunque ella no es de las que se queda en casa los fines de semana haciendo galletitas con el delantal puesto y, eso para mí, es una gran ventaja sobre todo cuando quedo con mi novio Donovan con el que llevo saliendo casi tres años.

Trabajo en un bar, donde hago más horas que una tonta, pero supongo que no puedo quejarme

muy alto porque hay gente mucho peor que yo, aunque la verdad es que me la trae floja. Yo miro por mí misma y me da igual las quejas del resto del mundo.

Así que, por lo que veis, poco más puedo contaros de mi sedentaria y poco emocionante vida.

Cuando tengo el turno de mañana, mi rutina es la de siempre. Me visto, peino mi pelo rebelde y moreno con una coleta y me intento adecentar todo lo que puedo frente al espejo. Continúo con las costumbres típicas como lavarme los dientes, lavarme la cara, mirarme a ver si me ha salido alguna arruga o algún grano inesperado y revisarme las cejas y bigote con las pinzas para quitarme algún pelo indeseable que se ve más que otros.

Un poco de corrector antiojeras para taparlas, polvos, la raya en el ojo y paso de pintarme los labios, total, para meterme en aquella cafetería a trabajar y a sudar, es inútil perder el tiempo maquillándome más. Y la verdad que lo poco que me pongo en la cara es para no parecer un zombi de la serie *Walking Dead* cuando salgo a la calle.

—¡Me voy, mamá! —grité a mi madre desde la entrada, mientras me ponía la chaqueta. Aunque no hacía mucho frío por las mañanas siempre tenía que salir un poco tapada porque si no me podía quedar tiesa esperando el bus.

—¿No tenías turno de tarde hoy? —me preguntó mi madre saliendo de la cocina con el paño en las manos.

—Sí, pero Su me lo ha cambiado porque a ella le iba fatal hoy su turno, tenía no sé qué con su novio —le contesté. Me colgué el bolso, me acerqué a mi madre y le di un beso en la mejilla—. ¡Hasta luego, *mamuchi*!

¡Aaaiiinsss, como la quiero a la *jodía*!

Hay momentos en los que deseo estar sola y tener mi independencia, pero esta mujer me mimas y me cuida mucho. Así que, ¿dónde voy a estar mejor que en casa con mi mami? Esta pregunta se evapora en el aire cuando estoy con mi novio y necesito intimidad, pero bueno... a las ocho de la mañana no tengo ese problema.

Como he explicado antes, trabajo en un bar-cafetería. Me quejo de hacer muchas horas y que me paso todo el día sin parar, aguantando a clientes que a veces les estamparía la bandeja en los morros, pero es lo que toca y más si a final de mes quiero mi sobre en la mano.

Durante el día es la cafetería típica para desayunar, tomar un *cupcake* o un *brownie*. También los hay que almuerzan, a media mañana, su buen plato de especiales o una hamburguesa con patatas que Sophie, la cocinera, se curra que no veas. Pero luego por la tarde-noche, se transforma en un garito de copas con música en directo dos días a la semana.

La verdad es que ese es el turno más cansado, y en el que más faena hay, pero es el que más me gusta. Adoro escuchar a cantantes locales que viajan de una ciudad a otra dándose a conocer a base de pequeñas actuaciones en pequeños lugares.

Me gustó mucho esa idea de mi jefe cuando empecé a trabajar en este lugar. Esa de las muchas cosas buenas que tiene Gary, más conocido entre nosotras como el «barrilete peludo», apodo cariñoso impuesto e inventado por mi amiga, y compañera, Su.

Según me explicó mi jefe el día que me hizo la entrevista para entrar a trabajar, este lugar tenía más de treinta años de historia a sus espaldas, y en donde llevan haciéndose actuaciones musicales en vivo durante todo este tiempo. Muchos artistas han pasado por aquí y muchos de la categoría de

Bonnie Raitt, Elvis Costello o Carlos Santana, aunque también pasan muchos que no los conocen ni conocerá ni su padre.

Así que por lo menos disfruto de música en vivo de dos a tres veces por semana, dependiendo de los cantantes que se ofrezcan o con los que contacte Gary. Quién sabe si conoceré a una nueva estrella de *rock* mientras pongo cervezas y luego diré: «A ese lo escuché soltar sus primeros gallos antes de que fuese famoso».

Bajé del bus a dos calles del bar, que aunque me pilla más cerca tengo que caminar un poco calle arriba, pero no me preocupa, ya que es una forma de alargar mi momento en soledad hacia mi trabajo con mi iPod puesto a toda castaña, escuchando mi música y, como no, a mi querido Chris Daughtry, que me tiene loca. Desde que lo conocí en el programa de *American Idol*, que por cierto ganó, no he podido dejar de escucharlo. A parte de tener una voz increíble y de que las canciones me encantan, el tío está buenísimo. ¡Vamos, que lo tiene *toíto!*

—Buenos días —saludé al entrar en Rock and Coffee. Ese es el nombre del bar donde me tiro más horas que veces pestañeo.

El antepasado de mi jefe, que abrió el bar, no se exprimió mucho el cerebro para ponerle el nombre, pero la verdad es que le pega bastante.

En la barra estaban los clientes fijos de las mañanas, tomando su desayuno, como Renée, la vecina del bloque de al lado, que siempre viene a desayunar; una mujer mayor, con su pelito blanco y siempre con su sonrisa en la cara, toda una delicia de mujer.

También suelen estar Ned y Robert, dos hombres de unos 60 años que siempre se toman su café con un buen chorro de *whisky* y después se van a dar su paseo matutino hasta el puerto. Muy educados, pero poco habladores. Y por último, Caitlin, una joven más o menos de mi edad, que siempre viene con prisa a recoger su *brownie* y su café con leche para llevar. Tiene el cabello corto, con mechas rojizas, es muy guapa y con muy buen cuerpo. Me da envidia, siempre que la veo está tan arreglada con sus tacones y su americana impoluta. Pero bueno, es muy agradable así que el sinónimo de *pendón* se lo perdono.

Todos saludaron a la vez, y Caitlin lo hizo cuando pasó por mi lado, antes de salir del bar con sus dos manos ocupadas. Le sujeté la puerta y me dio las gracias, acompañándolas con un guiño.

Me quedé flipando. Normalmente las tías no nos guiñamos el ojo entre nosotras o, al menos, yo no lo hacía. ¡Y qué coño! mis amigas tampoco. Será ésta que es muy pija. He dicho pija, no pendón, ¿eh? ¡Que no soy tan bruja!

—¿Qué tal, Sophie? —le pregunté a la cocinera que estaba en la barra sirviendo. Ella se encargaba del bar hasta que empezaba mi turno. Bueno el de Su, pero que hoy hacía yo.

—Buenos días, preciosa. ¿Qué le pasa a Su?

—Que es una *perra*, que me tiene loca con tanto cambio de turno. Anoche llegué a mi casa a las dos de la mañana, y hoy a las siete ya estaba en pie y estoy muertita —le conté a Sophie, mientras pasaba detrás de la barra y cogía la llave del almacén.

—Ay, esta juventud de hoy en día —se rio la mujer—. Cuando yo tenía tu edad...

—Trabajabas, criabas a tus tres hijos, cuidabas de tu marido y también de tu madre enferma, que vivía con vosotros en tu casa —terminé la frase que siempre decía cuando nos escuchaba quejarnos a Su o a mí.

—Pues eso, y no me quejaba tanto.

—Supongo que somos unas endebles —le contesté, dándole un azote en el culo. La escuché cagarse en mi madre, mientras yo me metía en el almacén para dejar mis cosas y cogía mi delantal. Odiaba ponérmelo, pero también tenía que reconocer que me quitaba muchas posibles manchas en mi ropa que no hubiesen salido ni con doble chorro de KH7 mezclado con sosa cáustica. Seguro hubiese explotado la ropa, o yo, antes que la puñetera mancha.

Me coloqué el horrible y cutre delantal y me fui para la barra. Miré si estaban todos atendidos y me puse a meter vasos y tazas en el lavavajillas, que teníamos debajo de la barra y del que salía un airecillo caliente que te mantenía las piernas, y lo que no son las piernas, a una temperatura ideal de la muerte para tener calores todo el día.

En esas entró Sam, el repartidor de bebidas de unos cuarenta años, con canitas y que estaba bastante bueno.

—Payton, ¿cuándo vas a dejar a tu novio y venirte conmigo al camión? —me soltó entre risas.

—Joder, Sam, si fuera a Cancún o a las Islas Maldivas, te diría que sí, ¿pero al camión? No lo considero eso un planazo, la verdad —le contesté, riéndome. Siempre me hacía igual.

—Ja, ja, ja... Claro como ese novio tuyo es un *medicucho*, pues ya no quieres saber nada de la plebe —siguió picándome, mientras descargó la última caja de cerveza del carro y se sentó en la barra.

—Claro, por eso estoy sirviéndote un refresco. Y mientras tú te lo tomas aquí tranquilito, yo tengo que meter estas cajas en el almacén, que por cierto cada día me las dejas más lejos ¿no?

—Ahora mismo te ayudo, mujer. Es que tengo mucha sed. Hoy va a hacer bastante calor porque son las nueve y no veas cómo voy sudando ya.

—¡Oink, oink...! —me burlé de él y éste me tiró una servilleta hecha una bola—. Pues si esta es la vida que me espera a tu lado, lo tienes crudo que deje a mi novio por ti. —Todos los que había en el bar rieron al escucharnos pelear.



## CAPÍTULO 2

Por fin acabó mi interminable jornada. Suerte que Sophie me había hecho una hamburguesa de esas que ella hace con su bacón, lechuguita, tomate, queso... Mmmm, babeo solo de recordarla. Por lo menos el día había ido tranquilo, y me iba ya para casa con la barriguita llena. Podría descansar bien, ya que hasta mañana por la tarde no me tocaba volver al curro. ¡Guay!

De camino en el bus le mandé un WhatsApp a mi novio.  
¡Uy!, todavía no os he hablado de él. *Sorry*.

Se llama Donovan. Tiene treinta y dos años. Está de bueno *pá* morirse y más. Es alto, rubio con el pelo corto. Tiene unos ojos azules oscuros, que me molan un montón, pero sobre todo la manera que tiene de mirarme cuando está cachondo —que por desgracia no son todas las que yo quisiera—. En fin. Ah, y es doctor, más concretamente cardiólogo, y de los mejorcitos.

Acabó la carrera de medicina de los primeritos de su clase, con una de las mejores notas, y empezó a trabajar en uno de los hospitales propiedad de su padre, situado en Richmond; una ciudad un poco más grande, cerquita de Mill Valley. Así que normalmente él estaba todo el día fuera y nos veíamos por las noches cuando llegaba, siempre y cuando yo tuviese turno de mañana. Al principio, cuando yo iba de turno de tarde, solía venir un poco antes, se tomaba una cerveza y me llevaba a casa después, pero a veces me podían dar las dos de la mañana y todavía estaba recogiendo o fregando, así que él apenas descansaba, y dejamos de hacerlo así.

Ayer le avisé que hoy estaría de mañana, pero aun así me gustaba escribirle un WhatsApp.

«Ya voy para casa, amor. ¿Pasarás a darme un besito?».

Muy ñoño, ya lo sé. Un poco más y vomito purpurina pero así soy yo.

La última conexión de Donovan marcaba a las cuatro y treinta y cinco de la tarde. Miro mi reloj, son las cinco y cuarto. Suerte que he salido hoy puntual y he pillado el bus de las cinco y diez. Vuelvo a mirar el móvil. Nada. No conexión. No está en línea. Y no está escribiendo. ¡Mierda de móviles!

Me pongo mi iPod y sale la canción de Hurricane de *30 Seconds to Mars*. ¡Dios, cómo me gusta este tío también! Jared Leto. Cómo me pone verlo tocar su guitarra mientras toca en acústico. Lo dicho, tengo un cerebro calentorro que no me deja vivir. No sé si son las calores éstas que están haciendo por aquí en esta fecha del año, o que estoy rodeada de tíos buenos por todos los lados, y eso que a éste lo tengo en mi bolso.

¡Biiiiip! ¡Biiiiip! Escucho el sonido del WhatsApp. Y como loca despliego la pantalla y le doy al icono verde.

«Chiqui, gracias por cubrirme hoy. Te debo una».

«¿Una? Cacho *perrancana*, me debes ochocientas mil», le contesté a mi amiga Su. No era Donovan.

«Valeee. Te debo ochocientas. Pero muchas gracias de todas formas. ¿Mañana vas de tarde?».

«Sí y, por si acaso, no pienso cambiarte turno hasta la semana que viene. Ya has cubierto mi cupo de esta semana que estoy casi sin dormir».

«Eso es tu novio, el médico, que te da mucha candela».

«Sí, será eso», pensé yo. Vamos no es que tuviese queja de la mandanga que me daba mi novio, pero era poco propenso a arrimar cebolleta. Vamos que lo justito. Vamos que la metía menos que el abuelo de Heidi. Pues sí que tenía queja, la verdad. Yo era demasiado fogosa y supongo que necesitaba más sexo que él. Y si a eso le sumamos que llegaba muy cansado del hospital, que apenas teníamos tiempo de vernos y que yo vivía con mi madre... ¡Cero *sex appeal*!

«Candela te voy a dar a ti con el palo de la fregona».

«Mmmm... me encanta la idea».

«¡Serás *guarrona*!».

«A ver si te escandalizas menos y follas más, Payton, te veo a ti más tiesa que la fregona esa con la que me vas a dar *zambomba*, je, je, je».

«Vete a la *miércoles* un rato».

«Hasta mañana, *churri*».

«Hasta mañana, *pedorra*».

Salí del WhattsApp, pero antes miré la conexión de Donovan y seguía igual.

Mi amiga Su era una pasada. Susan, le llamaba yo cuando me enfadaba con ella para joderla porque sabía que le daba asco su nombre completo.

Era flipante como hablaba la tía. ¡Parecía ella la malagueña! Lo primero que me dijo cuándo la conocí en el instituto fue que le encantaba mi forma de hablar. Desde el primer segundo se convirtió en mi mejor amiga; y en el segundo dos, se le pegó mi forma de hablar. Desde entonces habíamos sido inseparables.

Era más o menos de mi altura. Tenía mi misma edad. Su pelo era más rojizo, pero igual de largo que el mío. Y sus eran ojos marrones. Era bonita y resultona, como decía ella, pero la tía follaba más que los conejos. Siempre llegaba con una sonrisa de oreja a oreja y cuando le preguntaba por qué sonreía tanto, me contestaba que se había *chingado* a su novio tres veces esa noche. «¡Joderrrr!», decía para mí. Qué envidia de la mala *malosa* le tenía cuando me explicaba esas cosas. Podría tener compasión de mí y dejarme a su novio alguna noche, así por nuestra amistad, pero sin amor. Solo sexo para desfogarme un poco.

Ya os imagináis que por supuesto la pregunta de por qué sonríes tanto la he dejado de formular y más cuando la cabrona me contaba detalles calentorros, y me ponía como una moto. Luego intentaba hacerlo con Donovan y éste extrañado me decía: «¿Pero qué haces?». Con esa cara de asco, mirándome de arriba abajo. ¡Libido a la mierda!

Así que evitaba preguntarle y seguía con mi vida de monja.

Llegué a casa, serían casi las seis de la tarde, y no había nadie. Supongo que mi madre estaba trabajando o follando a alguno. Sí, ¡manda huevos! Mi madre follaba más que yo y eso que la tía tenía cincuenta tacos, pero se conservaba de bien que no veas. Siempre le preguntaba si los genes los había sacado de ella, porque si hacía por cuidarme un poco y follaba mucho —aunque esta parte la tenga más complicada, y no creo que valgan los vibradores—, seguramente cuando yo tenga su edad estaré igual de genial que ella.

Me subí a mi cuarto y me quité las bambas y me tumbé boca arriba en mi cama. Estaba cansada, y me encantaba ese silencio y esa tranquilidad que tenía en ese momento.

Mi casa no era muy grande. Vivíamos en una casita pequeña con comedor, dos habitaciones,

cocina, baño y un sótano lleno de mierda. Puedo asegurar que yo lo he pisado una vez y casi me cago de miedo. ¡Dios! Que sitio tan espantoso. Parecía como esos sótanos de las películas que enciendes la bombilla y te encuentras de cara con un asesino psicópata en serie que se ha metido en tu casa para joderte la vida. Bueno, más que joderte la vida, quitártela poco a poco y haciéndote sufrir. ¡Aaaiinsss, me entra escalofríos solo de pensarlo!

Pues eso, una casita pequeñita. En la planta de abajo, estaba la cocina y el comedor y la puerta del cuarto de las ratas. Y arriba, las dos habitaciones y el baño.

¡Biiiip! ¡Biiiip! Me giré y alargué la mano para coger el bolso que estaba en la silla y por poco me caigo al suelo de morros. ¡Joder! De nuevo sonaba mi WhatsApp.

Donovan: «Hola, cariño. Hoy saldré más tarde, no creo que me pueda pasar. Te echo de menos. Te quiero».

¡Pos vaya! Otro día sin verlo. Sin beso y sin «candela».

Yo: «Vale, cariño, que sepas que *toi* triste».

Donovan: «No lo estés, mi niña. A ver si este sábado se van mis padres con mi hermano y tenemos la casa para nosotros».

Esto ya me iba gustando más.

Yo: «¿De verdad?».

Donovan: «Hasta el jueves no lo sabré a ciencia cierta».

Yo: «Ojalá se vayan».

«A la mierda», pensé. Y me reí yo sola.

Donovan: «Me muero de ganas por estar a solas contigo».

¡Uy, qué bien pintaba esto! ¡La Virgen!

Yo: «¡Y yo, mucho! Tengo muchas ganas de sentirte dentro de mí».

¡Toma ya! ¡Payton *la Cachonda* ha vuelto!

Escribiendo...

Donovan: «Bueno, cariño. Te dejo, me llaman. Mañana hablamos. Muac».

Payton *la Cachonda* se ha ido.

Ni le contesté. ¡Dios, qué rabia! Me había animado con su proposición y el tío la aparca a un lado y ¡hala, sigue con lo suyo tan tranquilo! En fin, no podía hacer nada más, ¿o sí? Miré la mesita de noche, y allí tenía a mi gran amigo, un pedazo de vibrador de seis potencias con conejito incorporado para el clítoris, que lo tenía guardado como oro en paño, y que me faltaba tunearlo de lo guay que era.

Sin pensarlo, lo cogí, lo metí por debajo de mis braguitas, cerré los ojos y apreté el botón. Mi amigo Bunny comenzó a vibrar. Lo coloqué en mi clítoris y despacio fui moviéndolo sin apenas presionar. Le di a la siguiente potencia. ¡Cómo me estaba poniendo ya! Sentía como mis flujos iban acumulándose en mi sexo y como mi clítoris se iba poniendo cada vez más duro. Tercera potencia. ¡Esto se iba poniendo cada vez mejor! Yo ya estaba que llegaba a la meta con solo tocarme en el clítoris, pero poco a poco lo fui introduciendo lentamente. Jugaba con mi entrada, lo metía un poco y lo volvía a sacar, me acariciaba el clítoris y volvía a meterlo. Cuarta potencia. Ya no aguantaba más, me lo metí hasta el fondo. Estaba empapada, y no me costó nada. El conejito se quedó en las puertas acariciándome mi hinchado botón con fuerza. Quinta potencia. Mis jadeos cada vez eran más altos. Mi mano izquierda se deslizó por debajo del sujetador, y me agarré el pezón derecho con fuerza. Me fui a mi teta derecha, porque no sé vosotras —pero yo tengo una teta más sensible que otra— y es tocarme el pezón derecho y me voy en un *plis*.

Sexta potencia. ¡Orgasmo al canto! Gemí y jadeé. Metí y saqué a Bunny con fuerza, y me corrí

como una guarra allí, toda espatarrada en mi cama con un puto vibrador, mientras mi novio trabajaba en el hospital y pasaba de mí como de volar. En fin, lo necesitaba. No hay más que hablar.

Me duché. Me puse mi pijama, y cuando me estaba haciendo un sándwich de lechuga, tomate y atún, entró mi madre en la cocina. Acababa de llegar.

—Hola, cariño.

—Hola, *mamuchi*.

—¿Eso vas a cenar? ¿Por qué no te preparas una cena en condiciones? Están solo para freírtelos. —Eran dos filetes empanados lo que me había dejado pero no me apetecía calentar aceite, freír, cortar... ¡Puf, qué pereza!

—No tengo mucha hambre, mami. Con esto ya va bien. Me voy arriba a dormir.

—¿Qué tal el día?

—Cansada, voy a aprovechar para descansar que mañana me toca de tarde, y además tenemos actuación.

—¿Quién toca?

—No tengo ni idea, dice Gary que es muy bueno.

—¿Donovan no viene hoy? —Se apoyó mi madre en la encimera, mirándome fijamente. Yo creo que las mujeres notamos si algo va bien o mal. Y si a mi madre le sumas que tiene rayos X en la vista como Superwoman, pues ya ves... te lee hasta lo que tú no sabes todavía.

—No, tiene mucho trabajo —le contesté.

—¿Va todo bien, corazón mío? —Esa pregunta en realidad significa: «¿Hasta cuándo piensas aguantar a ese calzonazos, hija?».

Y no es que mi madre no aprecie a mi novio, no es eso. Ella sabe que es un buen chico y que me quiere, pero no me hace feliz del todo. O por lo menos no es la felicidad que ella llegó a conocer al lado de mi padre. Así que sabe detectar cuando una persona está disfrutando a tope la vida o cuando simplemente la está viviendo.

—Sí, *mamuchi*. Todo bien. Me voy arriba. Buenas noches. —Le di un beso en la mejilla. No hace falta que os diga que olía a sexo. Sexo brutal y desenfrenado. Además el perfume de tío, que capté, era una delicia. ¡Qué suerte tiene mi madre!

\*\*\*

Había dormido de maravilla, como un angelito. Después de correrme otra vez con mi Bunny, me giré abrazando mi almohadita y soñé con los angelitos. Me desperté a eso de las once de la mañana. No escuché a mi madre irse a trabajar ni siquiera al camión de la basura que pasaba por las mañanas. Todo era paz y calma.

Miré mi móvil y tenía dos *wassaps*. Uno de Donovan y otro de Su.

Donovan: «Buenas noches, cariño. No he podido escribirte antes. Estoy molido. Acabo de llegar a mi casa. Día duro. Mañana hablamos».

Su: «¡Hola bonita! Anoche fue genial en el bar, menudo ambientazo. ¡Me llevé 40 dólares en propinas! Voy a cepillarme a mi novio y a dormir. Mañana te veo a las cinco. ¡Buenas noches, flor!».

¡Capulla! ¡Y capullo! Al cuadrado los dos, o al tercio. ¿Cómo se dice cuándo es elevado a tres? ¡A la mierda! Capullos multiplicados por infinito. Uno que no me folla, y apenas lo veo, y la otra que encima me restriega que se llevó cuarenta dólares en propinas. ¡Anda y que les den!

Me levanté, me vestí cómoda con un chándal gris y sudadera con capucha y me calcé mis

bambas Nike blancas. Bajé a desayunar y, *voilà*, mi mami me tenía preparadas tortitas. Mmmm... ¡Qué buena es!

Estuve *perreando* en casa hasta la hora de comer que vino mi madre. Comimos juntas un arroz con pollo que preparó, que estaba *pá* chuparse los dedos de la mano y del pie, y me subí a vestir a mi habitación.

Me puse un tejano negro, una camiseta un poco escotada de color lila y me dejé el pelo suelto. Por las tardes, me arreglaba un poco más y el escote por supuesto era para conseguir más propinas, para que os voy a engañar.

—Adiós, *mamuchi*.

—Adiós, hija, ten cuidado al volver.

—¡Sí! —le grité desde la puerta cogiendo las llaves y una chaqueta porque luego cuando salía por la noche siempre hacía un poco de fresquito. Cogí el bus de las cuatro y antes de las cinco de la tarde entraba por la puerta del Rock & Coffee.

—¡Hola, *churri* míaaa! —me gritó Su desde la barra.

—¿Qué tal? ¿Cómo ha ido la mañana?

—Un coñazo. Tengo un sueño que me muero. —Me guiñó el ojo sonriendo. Vete a la mierda, Su. Ella anoche follando como una posea con su novio y yo con mi Bunny en mi camita con mi pijama de ositos. ¡Anda y que la follen! Bueno, eso ya lo habían hecho. ¡Argggg!

En realidad yo no tenía este carácter de mierda, no penséis mal de mí. Es solo que llevaba una mala racha, en sequía, y la verdad es que no ayudaba mucho a mi simpatía natural y alegre —es un sarcasmo, por supuesto, por si no lo habéis pillado—.

—Bueno, corazón, ahí te dejo. Esta noche toca música en directo, a ver qué tal va. Ya me contarás cuántas propinas haces. Con esa camiseta seguro que triunfas esta noche y a lo mejor te dan candela de la buena. —Mi amiga cogió su bolso, me dio un beso en la mejilla, se despidió de Sophie, que también se iba a ir ya, y se fue del bar como un huracán de colorines.

«¡Ay, Dios mío!», pensé para mí. En realidad lo hice en voz alta, pero no me escuchó nadie.

A eso de las nueve de la noche se empezó a llenar el local. Yo no paraba de servir bebidas, de aquí para allá, y de preparar cócteles raros. Eso me encantaba. Me inventaba combinaciones que luego le daba de probar a Gary y este con una sonrisa me decía que estaban deliciosas. Los bautizaba con nombres graciosos: Mazinger Zeta, Arale, Batman, Osito Gominola, Teletubbie. Vale, sí, un poco infantil, pero me molaban y como los había creado yo, pues les ponía el nombre que me daba la gana. ¡Hala!

Gary se acercó a la barra con su camiseta de Metallica y con su pelo blanco peinado hacia atrás, y me avisó que ya iba a empezar la actuación, pero no me dio tiempo ni de mirar. La gente no paraba de llamarme para pedirme bebidas y casi no daba abasto. Suerte que mi jefe se apiadó de mí y se metió conmigo en la barra para echarme una mano.

—Tengo que contratar a alguien para que ayude en el turno de tarde. Sobre todo cuando hay actuación.

—Pues sería un detalle —le contesté desde el final de la barra.

—Ya pensaré algo —me soltó.

¿Pensar? ¿No sería mejor hacer entrevistas y contratar a alguien como me acabas de decir? ¡So zopenco!

Estaba sirviendo un Teletubbie, cuando comenzaron unos acordes de guitarra. La canción la reconocí al instante, era *The Kill* del grupo de Jared Leto y, uno de mis grupos favoritos, Thirty Seconds to Mars.

Puse dos cervezas más y me lié a sacar vasos de tubo y copas del lavavajillas.

Iba secando vasos, encantada de que iba a escuchar una buena canción, y esperando que no la cagara el solista puesto que la voz de Jared Leto para mí era muy difícil de imitar. Pero entonces escuché «su voz».

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Levanté la vista, y allí estaba él.

Su voz penetraba en cada parte de mi ser, no podía ni moverme. Dejé de escuchar los ruidos y las voces de todo el mundo allí en el bar, y solo lo escuché a él. Solo podía mirarlo a él. Su mano sujetando la guitarra y esos dedos deslizándose por las suaves cuerdas. No le veía bien la cara porque tenía su pelo negro cayendo ligeramente ocultando su rostro. Cantaba con una pasión que me hizo vibrar de los pies a la cabeza.

Sus brazos se veían fuertes, pero era su voz ronca y grave lo que me hacía salivar.

¡Dios mío! aquel hombre estaba haciendo de esa canción un monumento al sexo. Cada vibración en su voz me hacía estremecer.

—¡Payton! —escuché al final de la barra. Me giré saliendo de mi ensimismamiento y vi a Barry, con su gran barriga y su inseparable gorra roja, levantando el brazo. Ya sabía lo que quería tomar así que abrí la puerta del refrigerador, saqué una cerveza y se la llevé hacia allí sin quitar la vista del cantante que permanecía sobre el escenario con su guitarra tocando aquella preciosa canción.

Llegó a la parte:

*“I tried to be someone else  
but nothing seemed to change I know now,  
this is who I really am inside.  
Finally found myself fighting for a chance,  
I know now,  
this is who I really am”*

Era una de mis partes favoritas de la canción que viene a significar:

«Traté de ser alguien más  
pero nada parecía cambiar, lo sé ahora,  
este es quien realmente soy por dentro.  
Finalmente me encontré a mí mismo luchando por una oportunidad.  
Sé ahora  
quién soy realmente».

Cuando la terminó, esperé ese último «Emmm», que canta Leto después de este estribillo, y llegó. ¡Vaya si llegó! y de una forma que pensé que iba a caerme redonda detrás de la barra, y tendrían que recogerme como una completa idiota.

Por suerte, me sujeté con fuerza al pequeño fregadero que tenemos debajo y la horrible voz de Barry volvió a joderme el momento. Me acerqué y le di su cerveza.

—¡Pero... muchacha! ¿Se puede saber qué te pasa hoy? Nos hemos levantado sorda, ¿eh?

—Barry, te he escuchado a la primera, pero es que estaba disfrutando de la mejor actuación que ha habido en este bar desde que trabajo aquí —le contesté, aunque mi respuesta hubiese sido: «Estoy intentando escuchar a un ángel mientras un cerdo no para de gruñir delante de mí».

—¡Ah! Ese es Adam.

—¿Adam?

—Sí, el hijo del viejo Edmund, ese que tenía aquel viejo barco.

—No me acuerdo.

—El que murió hace unos tres años, que siempre tenía que echarlo Gary.

—¡Ay, si, pobre...! Ya lo recuerdo. No sabía que tuviese un hijo —le contesté sin apartar la vista de Adam.

—Ha llegado a Mill Valley hace unos días, se fue del pueblo al poco de morir su padre. Gary le pidió que se pasara a tocar algo, y no lo hace mal el chico.

—¿Qué no lo hace mal? Pero si toca como los dioses. —«Lástima que los cerdos no tengáis un oído fino para estas cosas», pensé para mí.

—¡Payton! —me llamaba otro cliente.

—Ve, muchacha, a atender. ¡Anda que vaya noche llevas! —Me sonrió Barry antes de darse la vuelta para ir a saludar al tal Adam, que ya había terminado de cantar.

Vi que levantaba la vista de la guitarra y sonreía a Gary que estaba a su lado y la jarra fría que acababa de coger para ponerle una caña a Jou, el cliente que me había llamado, se me cayó haciéndose cientos de pedazos. La sonrisa que vi en esa magnífica boca fue la imagen más increíble de toda mi vida.

Después comprendí que estaba totalmente confundida, porque la imagen de sus ojos desbancaría por completo a su sonrisa.



## CAPÍTULO 3

—Perdona, Jou. Ahora te cojo otra —le dije mientras recogía los trozos de cristal que habían quedado esparcidos por el suelo.

—No te preocupes, guapa. —Sonrió el hombre. Era otro viejo cliente del bar. Eran asiduos a venir sobre todo los martes y los viernes que había actuación en directo.

Intenté centrarme en ponerle la caña sin mirar hacia la esquina del bar. No se escuchaba música, así que supuse que estaría hablando con Gary todavía. Cuando terminé le pasé la jarra a Jou, cogí su billete y me giré para cobrarle.

—¿Me puedes poner una jarra de esas, por favor?

Me giré con el cambio para Jou y allí estaba él. Adam. Ese era su nombre. Un nombre bíblico que incitaba al pecado y que me llevó directa al infierno.

—Ahora... ahora mismo —contesté como pude, mientras mis dedos temblorosos le devolvían el cambio a Jou.

Lo miré unos segundos solo antes de abrir el refrigerador para coger una jarra fría, pero fueron suficientes para que mi cuerpo sufriera un paro cardíaco.

«¡Oh Dios mío de mi vida!». ¿Se puede ser tan jodidamente sexy?

Os daré su descripción —modo salivando—: Metro ochenta y tantos, seguro porque menos era imposible que midiese. Moreno. Pelo larguito, pero no tanto como parecer un desaliñado; no, de eso nada. Nada de desaliñado, tenía un pelo ideal. Mandíbula cuadrada, barbilla pronunciada. Una nariz un poco picúa, pero que le daba un aspecto increíblemente atractivo e interesante. ¡Un cuerpo diez! Vamos once, doce y trece le daba yo... Y unos ojos... ¡Qué ojos, por Dios bendito! Ojos azules, increíbles, de esos que cuando te miran hacen que te hierva la sangre y que te entre calor donde no sabías que podía entrarte. ¡Puf! Dos palabras: Im-presionante.

Pues ese es Adam. ¿Cómo se os ha quedado el cuerpo? Porque yo todavía me estoy recomponiendo.

—Tranquila, no tengo prisa —me contestó con la misma voz grave y sensual con la que acababa de cantar.

Me quería morir. No atinaba a cerrar la puerta del maldito refrigerador, ya que siempre se atascaba si la abría mucho. Y claro, en esos momentos me había olvidado hasta de mi nombre, como no me voy a olvidar de no abrir mucho la maldita puerta.

Al final pude cerrarla. Llené la jarra, no hace falta decir que lo hice torpemente, y se la puse delante de manera que derramé un poco.

—¡Oh, joder! —maldije en voz alta—. Perdona.

—No pasa nada. Tranquila, de verdad. —Y le creí. De hecho, hubiese hecho el pino puente si me lo hubiese pedido con esa voz y esos ojitos que me miraban como lo estaban haciendo—. Me llamo Adam —dijo pasando la mano por encima de la barra para que se la estrechara. Yo le miré la mano como si estuviese viendo una pezuña, o algo así, y luego miré la mía intentando relacionar mano con mano igual a apretón.

Dejé el trapo, con el que acababa de limpiar el desbarajuste que había hecho, y extendí mi mano hacia la suya para devolverle el saludo. Su mano era grande y estaba calentita y encerró la mía lentamente con un suave apretón. Yo no podía desviar la vista de nuestras manos. Si me había afectado verlo, más me afectaba tocarlo.

—¿Y tú cómo te llamas? —me preguntó intentando actuar con normalidad ante mi reacción exagerada.

—Ah... Payton. Me llamo Payton. —Seguía con mi mano entre la suya.

—Encantado, Payton. —Soltó mi mano y volví a mirármela como si la pezuña la tuviese yo ahora.

—¿Estás bien?

—Eh... sí.

—Te veo muy liada, ¿siempre está esto así de lleno?

—Pues normalmente sí, sobre todo los días que hay actuación. —Ya empezaba a funcionar mi riego sanguíneo—. Oye, por cierto, has estado genial, tienes una voz preciosa.

—Muchas gracias.

—¿Te dedicas a ello? Me refiero a si te dedicas profesionalmente.

—No, qué va. Es solo un *hobby*. He llegado a la ciudad hace poco. Gary ha sido siempre muy amigo de mi padre y me ha pedido que tocara algo hoy.

—Siento mucho lo de tu padre.

—Gracias. Ya ha pasado mucho tiempo.

—Pero eso no se olvida por mucho tiempo que pase.

—Veo que hablas con propiedad.

—Sí, perdí a mi padre cuando tenía catorce años.

—Lo siento mucho.

—Cosas que pasan... —Supongo que vio la pena y el dolor en mi expresión y me cambió de tema.

—¿Entonces de verdad te ha gustado la actuación?

—Claro que sí. Lo has hecho muy bien, me ha impresionado la forma de cantar como Jared —le solté sonriendo. No coquetees, Payton. No está bien. Caca. Niña mala.

No coqueteaba. Bueno en realidad un poquito. Joder, es que estaba tan bueno y encima cantaba tan bien.

—¿Conoces ese grupo? —me preguntó levantando una ceja. ¡Y qué ceja! ¿Qué tiene mi niño feo que yo no se lo veo? Pues eso era, lo tenía todo bonito. Vamos, todo lo que se veía. Puf, ¿cómo tendría el resto!?

—¿Y quién no? —contesté con otra pregunta.

—Pues no mucha gente de este *pueblucho*, la verdad.

—Pues ellos se lo pierden. —Sonreí otra vez.

—En realidad no mucho si me conocen a mí. —Él me sonrió esta vez. Y yo me quedé muerta, *moría* de la muerte. ¡Oh, Dios mío! ¡Qué pedazo de sonrisa me acababa de echar! ¡Ay, *mi cielito*!

—¡Ey, Adam! ¿Ya conoces a Payton? —nos interrumpió Gary cuando se acercó a la barra y le puso el brazo por encima. Suerte que era alto, sino tenía que haber dado saltitos o subirse al taburete para poderle pasar el brazo a Adam por los hombros.

—Sí, he tenido el placer de conocerla —contestó sin quitar su mirada de la mía. Y yo ya no tenía bragas, definitivamente se evaporaron, se quemaron, se fugaron cuando Adam dijo la palabra placer alargándola suavemente y dando un pequeño énfasis a la erre. ¿Pero Gary no se había dado cuenta de eso? ¿O es que yo ya estaba flipando en colores?

—No sabía, Gary, era que explotaras a tus empleados de esta forma.

¿Había escuchado bien lo que acababa de decir Adam? Miré de momento a Gary y esperaba que

su reacción fuese de enfado, pero sonrió y le atizó un golpe con el puño en el hombro a Adam que se reía mirándolo ahora de reojo.

—Pues no es que explote a mis empleados, es solo que en este turno siempre hay mucho trabajo. He pensado contratar a alguien para que ayude por las tardes.

—Sería buena idea, no puedes tener a una preciosidad así tan agobiada. No es justo.

¿Preciosidad? ¿Yo? Las bragas que ya no tenía, han vuelto a mi cuerpo y se han vuelto a evaporar, quemar, incendiar y explotar...

—¡Oye! —soltó Gary girándose hacia Adam—. ¿No te interesaría entrar a trabajar aquí por las tardes? Hace poco que has llegado y necesitarás un trabajo, ¿no?, ¿o ya estás trabajando?

¿Trabajar aquí, dice? ¿Adam trabajando aquí conmigo? Bueno... conmigo cuando tuviese turno de tarde. Vamos que me cambio el turno con Su todos los días si hace falta para trabajar con este hombre.

—Pues no es mala idea. No me importaría echar una mano.

¿Eso que acaba de decir, dime que no lo ha dicho mirándome de esa forma que me da a entender que me va a follar duro y fuerte contra la barra del bar? Estoy enferma perdida. Lo mío no tiene arreglo. El chaval necesita curro y esta es una buena oportunidad.

—Payton seguro que necesita esa mano, ¿no? —¡Y una mierda una buena oportunidad!, este quería follarme contra la barra. ¡Anda que no! Ni enfermani hostias, seré muchas cosas, pero gilipollas no soy.

—¿Qué te parece, Payton? —me preguntó Gary.

—¿Eh? —Mi riego sanguíneo me había abandonado otra vez. Parecía una marioneta sin cuerdas.

—¿Qué si te parece bien que Adam entre a ayudar en el bar por las tardes?

—Bueno, por mi perfecto. —Perfectísimo, vamos. Divino de la muerte. Y si puede trabajar sin camiseta y echarse una botellita de agua por encima mejor.

—Pues perfecto, hijo. Bienvenido a Rock & Coffee. —Gary extendió la mano para formalizar el trato. Adam le devolvió el saludo apretando fuerte la mano de mi jefe sin dejar de apartar sus ojos de mí.

Ya no volví a ver a ninguno de los dos, supuse que se habían metido en el despacho de Gary para hablar sobre el trabajo y otras cosas.

¡Qué fuerte! ¡Dios mío de mi vida! Todavía no me creía que ese maromo barra tío bueno entrase a trabajar en el bar. Eso significa que podría verlo casi cada día. Cada día, ¡qué coño! Mi amiga, Su tendría que trabajar por las mañanitas sí o sí. Este turno es mío, solo míoooo.

No me reconocía, la verdad. «Tengo novio. Tengo novio», era como un mantra que me repetía en mi cabeza para dejar de pensar cosas guarras sobre Adam, pero, ¡joder!, es que era imposible no hacerlo.

Acabó mi turno, y entré en el almacén para dejar delantal y coger mi bolso. Ya era la una de la mañana, y ya había fregado, recogido mesas y echado al último del bar con la ayuda de Barry que siempre se quedaba para ayudarme en plan portero de discoteca.

Cuando me giré, allí estaba. Adam.

—¡Joder! ¡Qué susto, Dios!

—Perdona, no pretendía asustarte. —Me quedé allí frente a él con la respiración acelerada por el

susto y por tenerlo tan cerca. Me perdía en su mirada. Aquellos ojos me trasladaban a un lugar al cual no podía ir y, a pesar de mi estado de *shock*, era muy consciente de ello. Por suerte, para mí, reaccioné y dejé de poner esa cara de boba que estaba segura que tendría puesta en ese momento.

—Podías haber avisado, o haberte puesto un cascabelillo —dije cogiendo fuerte el bolso entre mis brazos como si Adam fuese a robarme.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez —contestó sonriéndome—. Es que Gary me ha dicho que estarías aquí. Me parece que quiere comentarte algo.

—¡Joderrrr, con lo tarde que es! —solté haciendo pucheros. Es que ya me conocía el percal. Gary se enrolla más que una persiana y siempre le da por hablar cuando acaba mi turno. ¡Claro, el tío listo...! No va a llamarme a hablar cuando estoy currando para perder tiempo; no, lo hace cuando ya he terminado y estoy deseando salir corriendo de allí.

—¿Siempre dices tanto «joder»?

Os lo juro, que no estaba pensando en sexo sino en Gary y su inoportunidad para querer hablar. Pero cuando dijo la palabra «joder», ya dejó de ser un taco absurdo para mí, se había vuelto la palabra más jodidamente sensual y erótica que nunca antes había escuchado.

—Pues sí —contesté medio tartamudeando.

—Pues eso no se dice. —Niña mala, le faltó—. «¿Y qué me harás si la digo otra vez?» —pensó la niña rebelde y malota que llevaba dentro. Pero gilipollas de mí, no lo pensé sino que lo dije en voz alta.

—No quieras saberlo, Payton. —Aquello sonó a un desafío. Os juro otra vez, que me mordí la lengua por dentro. Yo para mí que me hice hasta sangre.

—Me voy a ver a Gary —dije antes de salir casi corriendo de allí antes de que mi boca empezase a soltar más tonterías y dejé a ese increíble hombre allí solo.

—Pasa —respondió Gary cuando golpeé la puerta—. Dime, Payton.

—No, dime tú.

—¿Yo? No tengo que decirte nada.

—Ah... pensé que... Adam... —Parecía gilipollas intentando hablar, pensando a la vez en lo que me había dicho Adam y viendo la cara de póquer que ponía Gary delante de mí.

Será capullo el tío, me había mentido. ¿Pues no me ha dicho que quería verme Gary? ¡Jodido mentiroso! ¿Por qué lo había hecho?

—Ok, pues nada entonces, me he equivocado. Hasta mañana, Gary.

—Hasta mañana, Payton.

Salí del despacho, y el puñetero mentiroso de Adam no estaba. Cerré la puerta del bar y me fui andando hacia la parada del bus. Con suerte pillaría el de la 01.30, que era el último bus de la noche, ya que el que pasaba a la 01.05 lo había perdido ya por el gilipollas del almacén. ¡Ay, Dios mío! Otra vez se me venía a la mente la forma en la que me había mirado cuando me había dicho: «No quieras saberlo, Payton».

Por inercia miré mi móvil. No sabía nada de Donovan y, sinceramente, ni me había acordado de él hoy. Tampoco me había puesto ningún *wassap* para decirme algo, o simplemente «te paso a buscar», no. Nada. *Nothing de nothing*.

Me puse a caminar hacia el bus y me coloqué mi iPod y, casualidades de la vida, sonaba la canción *The Kill* que acababa de cantar Adam esta noche. Mientras me sumergía en mi mundo erótico —lógicamente con Adam—, escuché un pito a lo lejos. Seguía completamente a mi bola, cuando

escuché otra vez el claxon, me quité un auricular y miré hacia la carretera.

Una moto negra de gran cilindrada estaba detenida justo a mi lado. Un hombre con una chupa de piel negra me miraba desde el interior del casco. Me dio miedo y comencé a andar rápido. Otro pito. Seguí andando más rápido. El corazón me iba a cien por hora. Seguro que sería algún ladrón o violador, vamos que tampoco me iba a quedar ahí para averiguarlo. ¡Piernas para que os quiero!

Otro pito y un grito: «¡Payton!».

¡Joder! ¡Que el tío ese sabía mi nombre! Miré a un lado y a otro y la calle no podía estar más desierta. ¡*Me cagüentoo!* Yo ya estaba a punto de ponerme a gritar para pedir ayuda cuando me dijo:

—¡Soy Adam, Payton!

Muy bien, y yo soy uno de los cabritillos del cuento del lobo. Pásame la patita por debajo de la puerta, ¡no te jode!

«Adam, dice». ¡Joder! Sí que conozco a un Adam. ¿El mismo Adam que había tocado esa noche? ¿El mismo Adam que conseguía poner a sudar todos los poros de mi piel? ¿El mismo Adam que tenía unos ojos tan increíbles? ¿El mismo Adam que acababa de mentirme en el almacén el muy capullo?

Me detuve en seco y me giré. La moto ahora estaba a mi lado y él se había quitado el casco.

—¿Por qué corrías tanto? —me preguntó.

—¡Porque ya es el segundo susto de muerte que me das esta noche, pedazo de capullo!

Con el pie sacó el hierro ese que va debajo de la moto —cuyo nombre no recuerdo nunca, no me lo tengáis en cuenta— y la estabilizó, bajándose de ésta de una forma que debería estar totalmente prohibida. ¡Dios, qué muslos! ¡Qué piernas! ¡Qué cuerpazo con esa chupa de cuero negra! ¡Y qué andares con el casco bajo el brazo! Yo ya estaba salivando a pesar de que el corazón todavía no se había detenido de tanto bombeo por el susto.

—Sigues diciendo muchas palabrotas.

Ya estaba otra vez. ¿Pero este tío de que iba?

—Y las seguiré diciendo —le solté mirándolo allí muy digna.

—Si fueras mía, te castigaría por ello.

¿Eh? ¿Qué acababa de decir? ¿Si fueras mía? ¿Me castigaría? No sé qué cómo ni porqué pero la escena que se pasó por mi cabeza no ayudó mucho a mi estado de excitación que llevaba ya con solo verlo bajarse de la moto. Yo creo que había superado el límite en la escala de Richter y de su puñetera madre.

—¿Has venido a hacer de padre? Porque primero, te recuerdo que no tengo y no quiero uno. Segundo, es el segundo susto que me das esta noche. Y tercero, me has mentido en el almacén y he hecho la gilipollas delante de Gary. Así que no vengas con lo de las palabrotas ni mierda, porque te lo juro que te acabarás comiendo el tacón de mi bota como sigas por ahí.

Se me quedó mirándome un poco atónito. Supongo que no estaba acostumbrado a que las chicas le amenazaran de esa forma.

—¿No eres de aquí, no?

—¡Y a ti que te importa! —le solté enfadada.

—Perdona, sólo quería hablar un poco contigo, por eso fui al almacén utilizando esa excusa.

—¿Y no sabes hablar como la gente normal sin necesidad de inventarte mentiras? —le pregunté un poco, no demasiado, acelerada.

—Te veo demasiado alterada, Payton. Tendrías que relajarte un poco y no tomarte las cosas tan en serio ¿Quieres que te lleve a casa?

«¿Eh?», me asombro. Me suelta todo eso de te castigaría si fueras mía y ahora que tengo que relajarme. ¿Llevarme a casa?

—No gracias. Iré en bus, así me relajo en el trayecto a mi casa —solté haciendo hincapié en la palabra «relajo».

—Si te llevo en la moto tardarás menos —me contestó sonriéndome.

¿Este tío se estaba quedando conmigo? ¿Era una especie de broma? ¡En el programa de esta noche, vamos a quedarnos con Payton!

—No tengo prisa. Llegaré cuando tenga que llegar —¡Olé tus Ahoy, Payton! Que frase más bien formada, con su verbo, predicado y un sentido incoherente en todo.

—Está bien, no te insisto más. Que descanses. —Se dio media vuelta, se subió a su moto, de la forma más erótica que podía montarse, apretándola entre sus muslos... «Payton, recógete las babas y cierra la mandíbula» me dije. Y se giró hacia mí. Se colocó el casco y dijo: «Buenas noches, nena».

¡Ahora sí que me ha *matao*! Su voz hubiese sonado más al padre de Luke Skywalker de la *Guerra de las Galaxias*, por venir de dentro del casco; pero no, fue más a lo *Nueve Semanas y Media*. Os juro que faltaban las fresas y la nata en mi ombligo porque ese «Buenas noches, nena» sonó a puro fuego. A puro sexo. A me derrito como la mantequilla aquí mismo. A he explotado como la dinamita. A he superado la escala más alta de Richter, una vez no, cuatro veces y seguidas.

Arrancó y se fue, dejándome allí recogiendo mis propias cenizas, después de haberme quemado viva.

Cuando llegué a mi casa, llamarme *salidorra*, que me la pela, me fui directa a mi habitación. Eché el cerrojo porque ni siquiera había mirado si estaba mi madre o no, y me tumbé en la cama cogiendo a mi fiel Bunny del cajón durante la maniobra de acoplamiento en mi piltra.

Ni me quité la chaqueta ni los auriculares. Al contrario, busqué la canción *The Kill* otra vez, porque llevaba escuchándola todo el puñetero trayecto en el bus, y enchufé a mi Bunny a toda mecha.

Necesitaba un orgasmo. Necesitaba correrme. Lo necesitaba con desesperación. Conocer a Adam esta noche y sentir lo que había sentido con él, solo cruzando unas frases, no lo había vivido nunca. Esta intensidad y este deseo me habían catapultado a lo más alto.

Lo metí entre mis bragas y entró a la primera. Estaba empapada. Excitada. No podía más. Con solo unos movimientos adentro y afuera, frotando con el conejito mi torturado y necesitado clítoris, estallé en un orgasmo con la cara de Adam delante de mí y con esos ojos desafiándome a que gimiera más fuerte. No fue suficiente. Volví a metérmelo y a sacarlo otra vez. Una vez no había sido bastante. Ansiaba sentirme saciada. Amada. Follada. ¡Puf, estaba que me ardía el cuerpo! Me tiré del pezón metiendo mi mano por debajo del sujetador y allí estaba él.

«No quieras saberlo, Payton». «Si fueras mía, te castigaría...». Yo tumbada en su regazo con el pantalón bajado, las braguitas en los muslos y su mano atizándome en el culo. Otro orgasmo llegó a mí, subió desde la punta de mis pies hasta mi cuello envolviéndome en una espiral de placer con solo imaginarme esa escena.

Apagué el vibrador y lo dejé a un lado. Luego lo limpiaría. Ahora mismo necesitaba recuperarme de tantas emociones. Me quedé tumbada boca arriba mirando el techo, pero sin verlo porque solo tenía en mi mente los ojos de Adam mirándome con esa intensidad.

Este hombre sería mi perdición. Y lo sabía. Yo lo sabía...

## CAPÍTULO 4

Ya era viernes. La semana se me había pasado volando y eso que todavía me quedaba trabajar el sábado.

Las tardes con Adam habían sido, ¿cómo lo diría? Demasiado intensas. Verlo cada día no ayudaba mucho a mantener a raya lo que estaba empezando a sentir por él en mi interior.

Quise apartarlo de mi cabeza, dedicarme solo a mi trabajo y tratarlo como si fuera Su, pero era imposible. Primero, él no era Su. Vamos... de mujer tenía muy poco, y segundo que era muy difícil no caer rendida a sus encantos.

Trabajaba como el que más. Era increíble verlo servir copas sin parar, sonreír, hablar con los clientes. Se ganó a todo el mundo. A mí, la primera.

Por las noches, seguía insistiendo en llevarme a casa, pero seguía negándome. No es que fuera a pasar nada, pero montarme con él en su moto, y que me trajera a casa lo veía demasiado íntimo. Llamadme tonta del culo, pero así lo pensaba.

Con mi novio, las cosas seguían igual. No lo había visto en toda la semana y solo habíamos compartido unos cuantos *wassaps*, así que la sensación de vacío la seguía teniendo, ahí dentro de mi cuerpecito, junto a la de excitación por la cercanía de Adam.

La noche anterior se había quedado a recoger conmigo como siempre. Cuando me metí en el almacén para quitarme el delantal —prenda de ropa que había dejado de parecerme horrible en cuanto se lo vi puesto por primera vez a Adam—, él vino detrás de mí.

—¿Me dejas que te lleve esta noche a casa? Se te ve cara de cansada. —Una frase sencilla y sin más, ¿verdad?

La subnormal que llevo dentro se lo tomó de otra forma y le solté sin pensarlo:

—Tengo novio.

—Muy bien, me alegro por ti, y por tu novio, ¿pero eso qué tiene que ver para llevarte a casa? ¿Qué coño podía decir yo ahora después de esta metedura de pata? Pues lo primero que se me pasó por la cabeza.

—¿Tú no tienes a alguien a quien llevar a casa que siempre tienes que preguntármelo a mí? — Súmate un triple, Payton. Gilipollas no, lo siguiente. Supongo que estar con él allí, en el almacén a solas y tan cerca, me absorbía las neuronas.

—No tengo novia, Payton, si es lo que quieres saber.

—Pues deberías. Es bonito estar enamorado —solté. ¿Qué sandeces estaba diciendo? Sin esperarlo, se acercó tanto a mí que comencé a sufrir asfixia por su olor tan masculino.

—Yo no soy un tío romántico, Payton. Y no creo en el amor; sencillamente soy un hombre que toma lo que quiere, cuando quiere. —¡Oxígeno, por favor! Mi respiración comenzó a acelerarse. Creo que mi propio cerebro se quedó tan paralizado que no daba la orden a mis pulmones para que cogieran oxígeno y lo soltasen impidiendo así que me ahogara como estaba haciendo en ese momento.

—¿A qué diablos estás jugando, Adam? —le pregunté. Llevaba aguantándolo todos esos días desde que empezó a trabajar, sus miradas, sus indirectas, sus insinuaciones... y no podía más. Soy humana, joder. «¡Ay, pobre de mí!».

—¿Perdona?

—Ya me has oído a la primera.

—Por supuesto que te he oído, solo que te estoy dando la oportunidad de preguntármelo de otra manera más educada.

—¿Qué cojones quieres, Adam? ¿Te vale esta manera? —le solté desafiándolo. Pero no caí en la cuenta de que Adam no es el tipo de hombre que se eche atrás, no. Él es el tipo de hombre que se crece con un desafío.

Me cogió de la cintura con una mano apretándome a él y la otra la enterró en mi pelo sujetándome de la nuca con fuerza y acercándome a su boca.

Sus labios estaban calientes, lamió con su lengua mi labio inferior y, luego lentamente, lamió el superior. Jadeé sin poderlo evitar y fue cuando aprovechó para enterrar su lengua dentro de la calidez de mi boca. Exploté en sus brazos, no podía moverme, pero es que tampoco quería hacerlo. Envolví mis brazos en su cuello, agarrándolo fuerte, y mis manos inconscientemente se enterraron en su espeso cabello. ¡Dios! ¿Cuántas veces había deseado que ocurriese esto?

El beso se volvió más salvaje y mis gemidos quedaban ahogados en su boca. Me apretaba con mucha fuerza, casi no podía respirar; pero justo en un momento de lucidez, me acordé de mi novio y de que no podía hacer eso. No podía darme el lote con Adam. No podía.

Me separé de él con fuerza y lo miré. Antes de que él pudiese reaccionar o de que yo pensase en algo coherente, le di un guantazo.

—Esta es la primera y última vez que me besas, espero que la hayas disfrutado. —Cogí mi bolso y me fui de allí con el corazón martilleándome a toda velocidad.

Esa noche me quedé completamente frita nada más caer en mi cama. No me quité ni la ropa.

\*\*\*

En la mañana del sábado, unos golpes en la puerta me despertaron, y mi madre entró en la

habitación. Ella no trabajaba y solía despertarme para desayunar juntas.

—Hija, ¿estás bien? —me preguntó—. ¿Qué haces con la ropa puesta?

—Estaba muy cansada anoche.

—Venga, perezosa. Te espero abajo.

Me levanté, fui al lavabo y me miré y me vi con cara de zombi, ojerosa, con la baba seca en la barbilla y apestando a todo. Esto no podía ser bueno.

Me duché. Me vestí con mi chándal gris de *perreo* hogareño y bajé a desayunar. Mi madre me preguntó por el trabajo.

—Bien, mamá, como siempre. —¡Qué mentirosa era! Pero es que... ¿para qué iba a explicarle nada? Ya había pasado. Ya estaba.

No, no estaba bien. Anoche mi trabajo no fue como siempre, y nada había vuelto a ser como siempre desde que Adam había entrado en mi vida. Y ya no sería nunca más como siempre porque Adam me besó.

Y no era por qué me besara, sino porque yo tenía novio.

Y no era por qué tuviera novio, no... Era porque fui un auténtico volcán en explosión cuando sentí la boca y la lengua de Adam.

Así que no fue como siempre. Mi jodida vida no era como siempre.

Tras esta breve respuesta a mi madre y esta gran reflexión para mí misma sobre mi vida, la conversación fue nula. No tenía ganas de hablar. No sé el porqué, pero era como que no quería abandonar mi propio mundo; ese que me rondaba por la cabeza sin parar en el que Adam y yo éramos los protagonistas.

Miré mi móvil y tenía un *wassap* de mi novio. ¡Sí, Payton! Tienes novio por si lo habías olvidado.

«Buenos días, cariño. Hoy libro. ¿Te va bien que pase a buscarte a la una del mediodía? Así comemos y te puedo llevar al trabajo luego, ¿ok? Dime algo. Te quiero».

No lo pensé.

«Buenos días. Perfecto. Nos vemos a la una».

Me puse un vestido camisero azul marino, mis zapatos de tacón, me dejé el pelo suelto y me maquillé poco. Cogí una chaqueta fina marrón y miré el reloj. La una de la tarde. Donovan era siempre muy puntual y la verdad es que estaba impaciente por verlo. Llevaba toda la semana sin poder verlo y, con todo lo sucedido con Adam, necesitaba estar con él, confirmar que esa era mi vida y que no debía de salirme de mi camino.

¡Ding, dong! Puntual como siempre.

—Hola, cariño. ¡Pero qué guapa estás! —Me rodeó con sus brazos y me besó, también como siempre; y ni más volcán ni más explosión ni más Richter... Definitivamente, con Donovan era como siempre.

Me llevó a comer a un restaurante italiano en la ciudad de al lado, pero apenas probé bocado. No tenía mucha hambre la verdad, tenía el estómago completamente cerrado, me sentía mal. Vamos que no eché la primera papilla allí porque Dios no lo quiso.

—Ya son las cuatro de la tarde, ¿nos vamos? —solté mirando el reloj todo el rato. No sé porque pero necesitaba ir al trabajo ya. Claro que sabía el porqué; Adam era el porqué.

—¡Qué prisas, cariño! Está bien. Voy a pagar y enseguida nos vamos. —Lo observé levantarse e ir hasta la barra para pagar. Me quedé mirándolo allí tan guapo que era, culpándome y preguntándome porqué actuaba así con él cuando lo que tenía a mi lado era un pedazo de hombre. Me trataba como a una reina, tenía un buen trabajo, y estaba segura que a su lado podría tener un futuro feliz; aunque sencillamente me sentía mal porque no me hacía explotar cuando me besaba, no sentía ese escalofrío recorrer mi cuerpo cuando me miraba ni ardía en deseo cuando me hablaba. Ese era el motivo de porqué yo estaba así.

—¿Te encuentras bien, mi pequeña? Tienes mala cara —me preguntó de camino en el coche.

—Estoy bien, es solo que me siento un poco revuelta.

—Deberías tomarte un par de pastillas de esas que te dije el otro día, y comer mejor. Las hamburguesas de Sophie serán muy buenas, pero de saludables tienen poco. —Ya estaba Donovan, el médico.

—Luego me las tomaré.

Aparcó y salió del coche. Vino a mi lado y me abrió la puerta. Donovan, el caballeroso.

Entramos en el bar y me fui al almacén, mientras mi novio se sentaba en la barra. Y allí en aquel oscuro y viejo almacén, estaba mi luz, Adam.

Mi cuerpo reaccionó a él. Mi corazón comenzó a martillear, como no lo había hecho cuando había visto a mi novio después de una semana, y mi cuerpo se excitó con solo olerlo.

—Hola —me saludó.

—Hola. —Dejé mi bolso en el armario, cogí mi delantal y me giré para salir de allí cuando Adam me agarró del brazo y me dio la vuelta para mirarlo.

—Lo de anoche... —comenzó a decirme, pero le corté enseguida.

—No volverá a pasar. No puede volver a pasar.

—No me estoy disculpando, Payton. Te iba a decir que lo de anoche me dejó con ganas de más. Así que no pienses que esto acabó aquí ni que ganaste porque me dices un guantazo. De eso nada, nena.

Mi cuerpo se estremeció al escuchar sus palabras. Debí enfadarme porque fuese tan prepotente, pero no pude ni reaccionar. Y dicho esto, el muy... que no me salen ni las palabras, salió del almacén dejándome en trance.

Cuando por fin reaccioné, salí de allí. Tengo que decir que mis pasos fueron dirigidos por pura inercia; movía mis piernas, una tras otra y miraba hacia delante, aunque lo que es el cerebro lo tenía paralizado completamente.

—Ha sido toda una sorpresa verte por aquí, Adam —escuché al salir del almacén.

Sí, señores. Mi novio estaba dándole la mano a Adam. Ese es el cuadro que me encontré cuando salí con mi delantal en la mano, pensando en lo que acababa de pasar ahí dentro con Adam, y nada más salir, me lo encuentro dándole la mano a mi novio y tan *amiguetes*.

—¿No me habías dicho que Adam había entrado a trabajar? —me soltó mi novio con una expresión en su rostro de sorpresa, pero que no lograba distinguir si era buena o mala.

—Ni siquiera lo conocía para decirte quién era. ¿De qué os conocéis? —pregunté. Juraría que me salió con tartamudeo, pero no hice mucho caso. Necesitaba saber la respuesta.

—Pues desde hace algunos años, y hacía mucho que no sabía de él, ¿verdad? —contestó mi novio. Ahora sí que lo sabía, no era sorpresa buena, no. Ese retintín en la voz, no era propio de él y

de su simpatía.

—Me fui hace muchos años, por ciertos motivos... personales. Una historia demasiado larga para contar ahora. —El rostro de Adam era un poema. Apenas sin conocerlo, vi cómo apretaba la mandíbula y cómo se tensaba su cuerpo.

—Bueno, cariño, yo ya me voy. —Mi novio se acercó y me besó—. Cuida de mi chica —le soltó Donovan con demasiado énfasis en la palabra «mi». ¿A qué coño había venido eso?

—Lo haré, no lo dudes —contestó Adam, mirándome de reojo con una mirada fría que me hizo temblar.

—Adiós, cariño, luego paso a buscarte cuando termines y te llevo a mi casa. —Recordé que en la comida me había dicho que sus padres y su hermano se habían ido a visitar a su abuela al final y que estaríamos solos esa noche. La simple idea me produjo rechazo; lo que hacía unos días me apetecía más que nada en el mundo, ahora me parecía un gran problema.

—Perfecto. —Le devolví el beso y se fue. Un simple beso. Un *piquito* cariñoso. Nada más.

—¿Así que Donovan es tu novio? —me preguntó Adam mientras yo colocaba los vasos limpios en la estantería.

—Sí —contesté girándome para darle la espalda.

—No me gusta —dijo arrastrando las palabras con rabia.

—¿Puedes acompañarme un momento dentro, por favor? —le pregunté enfadada. Solté el trapo en la barra y me metí hacia el almacén. No había casi nadie a esas horas y los que había estaban servidos.

Adam entró y cerró la puerta. Mi corazón latía muy rápido por estar con él a solas, pero necesitaba hablarlo y luego trataría de seguir con mi vida.

—¿De qué cojones vas? ¿Quieres amargarme la vida? ¿Qué coño pretendes entrando en ella de esta forma?

No pude hacer otra pregunta porque su cuerpo se estampó contra el mío con fuerza, empotrándome contra la pared. Su boca devoró la mía, y sus manos comenzaron a tocarme con desesperación. Apenas pude reaccionar cuando su mano se coló debajo de mi pantalón y dentro de mis bragas. No es que estuviese húmeda antes de entrar en el almacén, pero comencé a chorrear cuando me arrinconó de esa forma.

Sus dedos hábiles apartaron mis pliegues y acariciaron mi clítoris. Apenas me llegaba oxígeno al cerebro, y tampoco llegaba a mis pulmones. Introdujo dos dedos de golpe y con el pulgar me acarició con más ímpetu ese botón del placer que cada vez notaba más sensible.

Separó sus labios de los míos y me susurró.

—¿Sientes lo mismo con él cuando te mete los dedos así? ¿Tu cuerpo reacciona igual? —comenzó a preguntarme. Yo estaba a punto de decirle «Pasa palabra» cuando siguió susurrándome—: ¿Sientes como tu *coñito* aprieta mis dedos? ¿Sientes como tu cuerpo se entrega a mí? —no sé por qué insistía en preguntarme cuando yo ya estaba *lerda perdida* entre sus brazos.

Con la otra mano buscó mi pecho, por debajo de la camiseta y del sujetador, y apretó con fuerza mi pezón provocándome un dolor muy fuerte, pero demasiado placentero para lo que yo estaba acostumbrada a sentir. Aquello me confundió y me excitó muchísimo.

—Dámelo, Payton. Córrete para mí —y lo hice. Me corrí en cuanto metió un tercer dedo en mi interior y presionó con más fuerza mi pezón entre sus dedos—. Así es, nena, así me gusta.

¡Joder con Adam! ¡Por dónde nos ha salido! ¡Dios! Si ya sabía yo que esos ojos no iban a traerme más que problemas. Bueno de entrada lo que me había traído había sido un buen orgasmo y un dolor de teta que me duró toda la tarde. Y con ello, se aseguró que me acordara de él el resto del día.

Abrí los ojos y lo miré. Sacó los dedos de mi interior y se los llevó a la boca. A punto estuve de correrme otra vez con solo ver cómo se lamía los dedos y me miraba como un auténtico depredador.

—¿Cómo te has atrevido a hacer esto? —le pregunté enfadada. Joder. Me acababa de correr con los dedos de Adam en el almacén del bar donde trabajo en plena jornada laboral. Y coño, ¡que yo tenía novio y acababa de salir por la puerta!

—Porque sé lo que tu cuerpo necesita. Sé lo que tu cuerpo añora, Payton, y sé que aunque te acabes de correr ahora mismo, necesitas que te folle fuerte, duro, y que te haga morir de placer.

—Conoces a mi novio y aun así...

—Te meto los dedos y hago que te corras, sí. Y lo volveré a hacer, Payton, pero la próxima vez te follaré la boquita esa de mal hablada que tienes hasta que te lo tragues todo, ¿está claro?

—Eres un cerdo. No vas a volver a tocarme. Esto no ha significado nada.

—Y tú, una mentirosa. Te estás mintiendo a ti misma porque también sabes lo que quieres. — Con esas palabras me dejó otra vez plantada en el almacén y salió de allí. No me había dejado decirle cuatro cosas sino que me había dado un orgasmo de película.

## CAPÍTULO 5

Estuve toda la tarde en el limbo. No quería mirar a Adam ni siquiera tocarlo, pero él no parecía tener problema alguno, ya que seguía con su sonrisa de lado a lado, hablando con todo el mundo y

flirteando con las clientas que, lógicamente, eran muchas más desde que se habían enterado el pedazo de camarero que tenía el bar.

Donovan llegó antes de que acabara mi turno. Faltaba media hora y todavía tenía que recoger y fregar. Gary salió de su despacho y lo saludó. Estaban hablando cuando Adam se acercó a mí. Instintivamente me aparté de él dando un paso atrás.

—¿Estás bien, nena? Te veo muy acalorada.

—Muérete un rato, ¿quieres? —le solté por lo *bajini*.

—Payton, si Adam no tiene inconveniente, por mi puedes irte ya —comentó Gary. Mi primera reacción fue mirar a Adam, quien apretó la mandíbula, pero forzó una sonrisa.

—Por mi perfecto, ya recojo yo aquí. Vete y pásatelo bien con tu novio —respondió a la idea de mi jefe, queriendo hacerse el simpático, pero que a mí me sonó a falsedad pura y dura. Sin pensármelo, me quité el delantal y miré a mi novio que sonreía desde el otro lado de la barra.

—Os tomo la palabra. Enseguida salgo, cariño. —Sonreí y me fui al almacén. Dejé el delantal en el armario y salí donde Donovan me esperaba, me dio un beso sonoro y me agarró por la cintura.

Cuando me giré para despedirme de Gary, vi a Adam dentro de la barra apretando con fuerza el trapo que tenía entre las manos. La mandíbula le iba a reventar de lo fuerte que la tenía apretada. ¡Chúpate esa, listo! Grité para mis adentros sintiéndome ganadora. Aunque en realidad yo era la que había perdido en el mismo momento en que Adam entró en mi vida.

No podía. Sencillamente no podía dejar de pensar en él por mucho que lo intentara. Era imposible hacer desaparecer ese pellizco que tenía en mi interior. Ese hombre me había hecho sentir en esos días lo que Donovan no había conseguido en el tiempo que llevábamos juntos.

Sé que las comparaciones son odiosas, ¡pero joder! Adam era un hombre con sangre caliente y pasional, y Donovan parecía que tenía horchata, ¡coñe!

—Me encanta cocinar contigo. A este paso haré de ti una MasterChef —me dijo Donovan mientras intentábamos cocinar algo potable. Yo era bastante torpe y *perra* para esto de cocinar, para que mentir, y a él desde luego que se le daba de maravilla; así que no se le pueden pedir peras al olmo.

Mi novio estaba contentísimo de que compartiéramos esos momentos. Además estábamos solos en casa, teníamos un *vinito* blanco fresquito y una gran velada por delante. Todo idílico, ¿verdad? Pues no. Estaba muy cansada, y de lo que menos tenía ganas es de estar haciendo de *cocinitas* casi a las doce de la noche. Lo que tenía eran una ganas tremendas de meterme en la *puñetera* cama y dormir como los osos hasta la primavera y para colmo solo pensaba en Adam. Así que idílico y perfecto, ¡una mierda!

—¿Eh, cariño? ¿No te gusta cocinar conmigo?

—Claro. Lo único que no pongas mucha confianza en ello porque seguro que me expulsarían en la primera ronda de MasterChef. Soy malísima con los fogones —contesté sonriéndole.

—Bueno, siempre te puedes presentar a MasterChef Junior.

—También me expulsarían, cariño, esos niños cocinan demasiado bien. —Nos reímos los dos.

La cena fue un desastre. El vino ya se me estaba subiendo a la cabeza, él no paraba de contarme cosas del hospital, y yo no hacía más que bostezar. Supuse que se dio cuenta cuando me preguntó:

—¿Nos vamos a la cama ya?

—Sí, por favor —respondí. Estaba molida y seguro que ya había empezado a roncar aunque tuviese los ojos abiertos.

Nos quitamos la ropa y nos metimos en la cama. Yo no me paré a ponerme el pijama, así que me quité el sujetador y me acosté con braguitas. Donovan se tumbó a mi lado, colocándose detrás de mí para abrazarme.

—Que ganas tenía de dormir contigo. Hacía mucho tiempo, ¿verdad?

—Mmmm... —No tenía fuerzas para decir sí. Estaba ya casi en los brazos de Morfeo cuando noté una mano tocarme la teta. ¡No, por favor! No tengo ganas ni tengo el cuerpo para eso ahora. Me moví un poco a ver si captaba la idea pero no. Su mano se deslizó entre mis piernas.

Adam. ¡Joder! ¿Por qué cojones tiene que venir este hombre a mi mente?

La insistencia de mi novio fue correspondida al final. Así que me vi tumbada boca arriba sin bragas, y Donovan follándome o haciéndome el amor, o lo que coño fuera, despacio y con palabras bonitas al oído, que más que excitarme me hacían cosquillas. Así acabó todo; él se corrió, yo fingí correrme y a dormir.

Después de toda la semana sin verlo y con mi frustración sexual, todo acabó en un penoso misionero y sin un orgasmo siquiera.

\*\*\*

Pasó otra semana. Siete malditos días huyendo de Adam e intentando no quedarme a solas con él.

Casi no me hablaba, y yo a él tampoco. Nos dedicábamos a nuestro trabajo y si teníamos que comentar algo, lo hacíamos de forma bastante escueta y ya está. Ni más sonrisas ni más provocaciones. La verdad es que lo echaba de menos. Adam era muy intenso y tenerlo así a mi lado tan callado, me agobiaba mucho.

No podía mentir, me atraía muchísimo ese hombre. Y no solo por su físico, era como si hubiese encendido algo en mí que yo pensaba que estaba desconectado ya. Me sentía como un mosquito volando hacia una de esas *jodidas* lámparas de luz azul que sabía que me iba a quemar viva, haciendo explotar mi cuerpo en mil pedazos y, a pesar de eso, no cambiaba el rumbo. Pues así me sentía yo.

Así que hice lo que tenía que hacer: cambiar mi turno, intentar trabajar de mañanas y evitarlo. Lo consulté con Gary y, por él, no hubo problema. Y como os imaginaréis, Su me lo cambió encantada de la muerte con tal de estar cerca de ese pedazo de moreno como decía ella.

\*\*\*

Una mañana mientras recogía las tazas y las sobras de los desayunos, entró Adam. Tenía cara de cansado.

—Buenos días, nena. ¿Puedo pedir algo?

—Buenos días, ¿qué quiere que le ponga, señor? —le contesté sin mirarlo, limpiando la barra.

—¿Qué me recomiendas? —preguntó.

—Te recomiendo que cojas la puerta por la que has entrado y que te vayas —le solté.

—Por cierto ya me enterado que eres española, tuve que sacarle la información a Gary. Con razón tienes esa curiosa forma de hablar.

—Por tu bien espero que eso de “curiosa” signifique algo bueno porque te juro que te *crujo* la

cara otra vez.

—¿Por qué estás así conmigo? Que yo sepa has sido tú la que has solicitado el cambio de turno. Por cierto, ¿por qué lo has hecho?

—Ya sabes la respuesta.

—No, no lo sé porque no la he escuchado de ti. Quiero que me lo digas tú —me contestó con la voz seria.

—¿Me estás dando órdenes? —le pregunté mirándolo y bajando la voz para que no nos escucharan. No quería montar ningún número.

—¡Ay, Payton! Si te diera órdenes, lo sabrías, créeme. —La promesa de un sexo duro y sucio estaba en esas palabras. Ya me tenía nerviosa perdida. No sabía qué coño hacer con mis manos para que no se me notase que estaba temblando.

—Eres un chulo prepotente. Todos sois iguales.

—¿Todos te besan como yo lo hago? Todos hacen que te corras con los dedos como yo lo hice, ¿eh, Payton? —Se había acercado más para susurrarme aquellas palabras.

—Jugaste sucio.

—No me pareció que pusieras mucha objeción; al contrario, te encontré muy... receptiva. —Me hervía la sangre. Estaba muy excitada, pero a la vez tenía un enfado de mil pares de narices.

Le coloqué una botella de cerveza delante y le contesté:

—Espero que cuando te acabes esta cerveza, desaparezcas de mi vida. —Entré en la cocina con Sophie disimulando que iba a ayudarla en algo. ¡Ya ves tú! Yo, ayudarla a ella. ¡Qué graciosa!

—¿Qué te pasa con ese chico, mi niña? —me preguntó la mujer.

—¿A mí? Nada.

—Bueno si no quieres contármelo, allá tú. Pero no me engañes ni te engañes a ti misma.

\*\*\*

Ya no volví a verlo durante esos siete días.

Pasaron dos semanas más y ya estábamos a finales de agosto.

Mi relación con Donovan no iba ni bien ni mal, solo iba. Yo desde luego que lo notaba raro, pero pensé que yo era la rara, aparté mis paranoias a un lado y seguí con mi vida tranquila y apacible. Hasta que un día, mi gran amiga y compañera, Su, —*capulla-japuta*— me pidió cambiar el turno. Estaba cansada ya de ir por las noches y, según ella, Adam era un coñazo de tío. ¡Ya, seguro! Eso es que no había pasado por el aro, porque Adam era de todo, menos coñazo.

—Su, no me pidas eso. Que ahora voy muy bien con el horario de mañanas y volver otra vez a trasnochar para mí es una auténtica putada.

—Va, por favor, *neni*. Hazlo por mí. Solo unos días hasta que me recupere un poco. Es que apenas duermo —me pidió haciendo pucheritos.

—Claro, *cacho perra*, si no te tiraras luego horas revolcándote con tu novio, podrías dormir más.

—Por favor, *porfi, porfi, porfi*... —Colocó las dos palmas de sus manos juntas delante de mí.

—¡Valeee! Solo unos días, luego vuelves tú. —«Si es que soy muy blanda, leñe».

—¡Guay! Mañana nos vemos. —Me besó y salió del bar.

Al día siguiente volvería a ver a Adam; no sabía si dar saltos o llorar. Tenía que reconocer que lo echaba de menos, pero no había que ser muy lista para saber que no me traería nada bueno volver a tenerlo cerca.

Turno de tarde. Llegué al bar un poco antes para poder entrar en el almacén sin miedo a coincidir dentro con él. A solas. ¡Ingenua de mí!, pero Adam estaba al corriente de mi cambio de turno y se adelantó a mis pensamientos. Aunque tengo que decir que no saltó encima de mí, ni me empotró contra la pared ni intentó seducirme. Solo me saludó con un simple «Hola», dejó sus cosas y salió de nuevo hacia el bar poniéndose el delantal.

Toda la noche sin decirme nada. Yo lo miraba de reojo para ver si lo pillaba mirándome en algún momento, pero nada de nada. Como si no existiese. Parece que él solo tenía ojos para una rubia *tetona* que no paraba de reírse con él y decirle tonterías. ¡Qué subnormal, Dios mío! ¿Cómo se puede ser tan pánfila? ¡Y que conste que no estaba celosa!

Esa noche había actuación en directo. Por lo visto era un conocido de Adam porque luego fue a saludarlo, estuvieron hablando y riéndose un buen rato. No tocaba nada mal y tenía una voz bonita, pero ni comparación con la forma que tenía Adam de tocar y cantar con esa voz grave y sensual. ¿Volvería a escucharlo cantar otra vez?

Al acabar el turno, recogí mis cosas y salí.

—Tenemos que hablar. —Allí estaba apoyado en la pared del callejón, que quedaba justo al lado del bar, dándome un *jodido* susto de muerte.

—¿Pero qué cojones te pasa para presentarte así y darme estos sustos? ¿Es que es lo has convertido en tu *hobby* personal?

—Payton, habla conmigo. No salgas huyendo otra vez.

—Mira, chaval. No tengo nada de qué hablar contigo y mucho menos ahora. Llevas ignorándome toda la *jodida* noche, así que ahora coges y te vas a hablar con la rubia *tetona* esa, la que tenía los morros que parecían dos *frankfurt*.

—¿Celosa?

—Pues no, ¿por qué debería estarlo? ¿Acaso eres mi novio y no me he dado cuenta?

—He querido alejarme de ti, Payton, pero no puedo. —¡Bomba va!

—¿Cómo?

—Ya me has escuchado.

—Ya, pero te estaba dando la oportunidad de pensarte lo que me acabas de soltar por esa boquita —le repetí la misma frase que él me soltó días atrás, aunque le había cambiado algunas cosas. Había hecho una «versión Payton».

—No voy a repetírtelo —me dijo con los labios casi apretados.

—No lo hagas. Yo haré como que no he escuchado ninguna gilipollez como esa y seguiré con mi vida.

—¿Por qué te haces la dura?

—No me hago la dura, Adam. Simplemente que contigo no me tengo que hacer nada. Ni la dura, ni la blanda, ni la facilona ni la difícil, porque no eres nadie para mí. Buenas noches.

—Te voy a dar tres opciones, Payton.

Me di la vuelta y lo miré. Maldita faceta cotilla y morbosa que tengo.

—¿Ah sí? —le reté cruzándome de brazos.

—La primera, déjame que te lleve a cenar algo y hablemos. —Me mantuve callada. Quería

escuchar las otras dos—. La segunda, si no quieres la primera, déjame al menos que te lleve en moto a casa.

Por supuesto ya tenía claro de que no iba a aceptar ninguna de las dos. A ver con que me sorprendía con la que faltaba.

—Y la tercera, y última y por supuesto mi favorita, sería... ir a mi casa y follarte de una vez por todas, hasta que me supliques misericordia.

Respiré hondo, mientras intenté que el oxígeno llegara a mis pulmones antes de consumirme por el fuego que había comenzado a arder en mi interior. Mis mejillas se sonrojaron y, sin pensarlo, deslicé la lengua por mi labio inferior. ¡*Virgencita del amor hermoso!*

Sus ojos, clavados en mí, esperaban una respuesta. ¿En serio, esperaba que yo respondiese a eso? ¿Cómo podía decirle que me quedaba con la última opción? Y que la quería.... ¡¡ya!!

—Por tu reacción, veo que optas por la tercera, ¿verdad, preciosa? —Me guiñó un ojo el muy... Puf, no podía ni pensar. Estaba invadiendo mi espacio, mi cuerpo, mi todo con solo unas palabras. ¿Qué ocurriría si entrase dentro de mí con su p...? ¡Calla, calla, Payton!

—No me pones, ya deberías de saberlo —fue lo único que pudo salir de mi boca. ¿Y para qué coño lo dije? Me cogió del culo, me levantó y me aprisionó contra la pared de piedra del callejón.

—Entonces no quieres que te lleve a mi casa y te folle hasta dejarte inconsciente, ¿no? —me susurró con la voz grave en el oído.

—¡Ni muerta! —le contesté mientras tenía que hacer acopio de todas mis fuerzas para controlar la evacuación de humos por incendio dentro de mis bragas.

—Me encanta que nuestra relación se base en la sinceridad —dijo, separando su cara de la mía para mirarme, pero me hizo la jugada del siglo. Clavó su erección justo en el centro de mis muslos. Me costó respirar. No quería ni moverme. Estaba segura de que si apretaba un poco más me correría allí mismo sin que ese hombre hiciera nada más.

—Eres un chulo engreído, ¿lo sabías?

—Lo soy, pero seguro que si meto mis dedos dentro de tus bragas, estás completamente mojada, ¿a qué sí, nena? —Ahora sus labios estaban mordisqueando el lóbulo de mi oreja y yo ya no tenía suficientes neuronas vivas para continuar enfrentándome a él. Todas se habían quemado.

—No me hagas esto, Adam. Por favor...

—No me supliques, nena, porque me pones más duro de lo que ya estoy. —Presionó su erección otra vez contra mi sexo y sentí un fuerte pinchazo seguido de una ola de placer. Estaba a punto de correrme. Un par de empujones más, por favor—. Noto cómo estás excitada, tu respiración acelerada, ese rubor precioso en tus mejillas y esos labios entreabiertos jadeantes y necesitados porque meta mi lengua dentro.

«¡OH, DIOS MIO!».

—Si quieres, mañana hablamos, ¿vale? Ahora tengo que irme. Es lo mejor. —Me sonó más a «sigue y no pares» que a «déjame bajar de aquí».

—No, nena. No es lo mejor. Lo mejor sería enterrar mi polla en tu coño con fuerza y escuchar cómo te corres. Eso sería lo mejor.

—No puede ser. ¡Ooohhh...! Tengo novio... Y no, no puedo... —Las palabras no podían salir de mi boca. Adam estaba moviendo sus caderas contra mi cuerpo, y sentir su erección, en ese vaivén, junto con aquellas palabras no ayudaba mucho. Iba a explotar, pero de golpe todo se vio interrumpido cuando escuchamos a Gary que había salido del bar e iba hablando por teléfono.

Adam se separó de mí, rápidamente, dejándome en el suelo y yo aproveché para *salir por patas*

de allí, andando hacia el bus.

Ya en el autobús sentada y protegida de esa bomba sexual llamada «Adam», todavía me costaba regular mi respiración. Miré el móvil y tenía un *wassap* de Donovan. Antes de leerlo me sentí culpable de lo que acababa de pasar. Adam podía conmigo. Me absorbía por completo. Era imposible luchar contra él y mucho menos contra lo que me hacía sentir.

Donovan: «Hola, cariño. ¿Cómo ha ido el día?».

«El día ha ido bien hasta que Adam casi me ha hecho explotar como una puta traca de petardos», pensé para mí. Lógicamente no le puse eso, ¡estoy gilipollas pero no tanto!

Yo: «Bien. Voy para casa ya. Estoy muerta».

Donovan: «Descansa entonces. Buenas noches, cariño».

Yo: «Buenas noches, XOXO». Cada vez eran más cortas nuestras conversaciones. ¿Qué nos estaba pasando? ¿Adam era la respuesta?

En la cama pensé sobre lo ocurrido. No podía quitarme la sensación de tener el cuerpo de Adam tan pegado a mí y cómo me había hecho sentir. No podía volver a verlo. Sabía que iba a caer al final en ese abismo. Tenía la certeza de que iba a entrar en ese laberinto sin salida. Y volví a actuar para separarme de él. ¿De qué manera? Pues fingí un lumbago de dos pares de narices y cogí la baja. En todo el tiempo que llevaba trabajando en Rock & Coffee nunca había cogido una baja médica, pero ahora era eso o perderme por completo.

## CAPÍTULO 6

Una semana es lo que pude alargar el lumbago. Gary me llamó y me preguntó si estaba mejor para volver porque Su y Adam no daban abasto con los turnos. Escuchar el nombre de Adam pronunciado en otra persona me sonó más real que nunca. Ahí fue cuando me di cuenta de que, por mucho que intentase huir de él y de lo que me hacía sentir, era realmente inútil. Siempre estaría allí. Y no hablo de estar en el bar, no, hablo de estar en mi cabeza.

Donovan había venido a verme algún día suelto en el que había salido antes. Se preocupaba por mí, supongo que su lado de médico podía con su lado de novio enamorado.

No tenía que ser muy lista para darme cuenta de que no iba nada bien nuestra relación, pero no solo por lo que pasaba con Adam, sino también por mi novio. Lo notaba raro y distante. Siempre estaba ocupado y cuando venía era con prisas para volverse a ir.

Lo hicimos un par de veces pero fue caótico. Aunque la última vez no fue del todo mal. Todavía me acordaba. Había sido en mi habitación. Mi madre no estaba en casa y él se había tumbado a mi lado y había empezado a tocarme por encima del pantalón. Yo me lo quité y me lo saqué junto con mis braguitas. Donovan se deslizó hacia abajo y comenzó a lamerme. No es que lo hiciera mal, sino

que yo no estaba mucho por la labor y el *jodido* Adam no dejaba de aparecer en mi mente. Así que hice lo que no se tiene que hacer; imaginar que era Adam quien me lamía el coño.

Cerré los ojos y me centré. Veía su pelo negro caer sobre mi piel. Sus fuertes hombros sujetar mis piernas y su hábil y caliente lengua entre mis pliegues.

—Méteme los dedos —le pedí. Nunca solía hacerlo pero esta vez cogí yo la batuta. Cuando los sentí dentro me vino a la memoria aquel día en el almacén. Gemí una vez. Me contoneé para sentir los dedos más adentro, pero todavía no tenía la fricción que necesitaba—. Más fuerte —esta vez, más que pedir, fue una orden.

Donovan metió sus dedos más fuerte y más profundo dentro de mi húmedo sexo, y lo acompañó con su lengua. Adam iba a hacer que me corriera; perdón, Donovan. Estaba a punto.

—Más, más... —Le agarré del pelo, pero no funcionaba. Adam no tenía el pelo tan corto. ¡Dios, qué mierda de fantasía! Sacó y metió los dedos con fuerza y lamió mi clítoris con más ímpetu. Me corrí. Me corrí como una loca gritando y solo me faltó gritar su nombre.

Cuando abrí los ojos vi a Donovan allí entre mis muslos, mi fantasía ya se había evaporado. ¿Cómo puedo ser tan cabrona? Sin pensarlo lo tumbé hacia atrás y comencé a desabrocharle los pantalones.

—Cariño, si te duele la espalda, lo podemos dejar aquí, no hace falta. —Vi su bulto apretando la bragueta, así que no dije nada. Le sonreí y seguí con la operación. Cuando le bajé los pantalones y el bóxer, me la metí en la boca directamente sin preámbulos, sin lametones y sin juegos. ¡Mamada al canto! La succioné sin parar de meneársela con la mano. Le apreté los testículos mientras le masturbaba sacándola y metiéndola de mi boca. Cerré los ojos otra vez y esa polla tuvo un nuevo dueño. Moreno y con unos ojos azules profundos y oscuros.

Se la chupé con fuerza metiéndomela hasta el fondo y, consiguiendo que se corriese mientras gritaba como un loco, tragándome todo su semen caliente y lamiéndole hasta limpiársela del todo. Aquella noche soñé con Adam, y no tenía nada que ver con lo que acababa de pasar en mi habitación esa tarde.

El domingo por la mañana vino a verme mi amiga Su. Yo fingí que me dolía mucho el lumbago todavía y, con la manta eléctrica en el sofá, la escuchaba mientras me contaba anécdotas de su novio y de sus padres que se habían separado hacia unos meses y la trataban como si fuese una niña pequeña, haciéndole elegir con cuál de ellos se quería quedar.

Aguanté todo lo que pude y más, pero al final tuve que preguntarle:

—¿Qué tal Adam? —Sabía que ella estaba en el turno de mañana y él en el de la tarde, pero necesitaba saber algo de él. ¿Masoca? Sí, eso soy.

Solté la pregunta lo más tranquila e inocente que pude, pero mi amiga de tonta tiene poco.

—¡Ey, ey, eyyy! ¡Aquí se cuece algo! ¡Tú no me engañas! —me soltó sonriendo y acercándose más hacia mí—. ¡Tú estás deseando volver para verlo!

—¿Qué dices, loca? —solté riéndome y disimulando mi rubor—. ¡No me duele la espalda ni ná! ¡Anda que para trabajar estoy yo!

—¡Te has puesto roja! ¡Serás zorra! ¿Qué hay entre ese hombre y tú? ¡Suelta por esa boquita! ¿Te lo has cepillado?

¡Qué burra es la pobre! Dios, perdónala porque no lo puede evitar.

—¿Estás tonta? ¡No pasa nada entre Adam y yo! Solo te he preguntado por cortesía.

—¡Huy, por cortesía...! Perdóneme usted, señora. Pero cortesía se tiene con los ancianos. Con ese pedazo de espécimen *buenorro* se tiene que tener orgasmos, pero de campeonato, nada de

cortesía. ¡Dios, qué pinta de *empotrador* tiene el cabrón!

¿Burra? ¿Quién ha dicho que mi amiga era burra?

—¿Estás segura que tú no naciste en Málaga como yo?

—No me cambies de tema que te conozco... cuéntame o te juro que te hago el tercer grado.

—Su, de verdad, que no pasa nada —le contesté.

—¿Y por qué estás tan roja solo con hablar de él? Porque no creo que el lumbago te de fiebre, ¿no? —Eso me hizo reír. La tía tenía unos puntazos que desde luego era difícil no reírse con ellos.

—La puñetera manta eléctrica que me da calor.

—Sí, ya... Mira, que yo no te culpo si ha pasado algo, nena, que con ese hombre es imposible contenerse. Yo no he hecho nada con él porque el tío ha pasado de mí como de *comer mierda*, pero seguro que si me hubiese seguido el rollo me lo cepillo en el almacén en un cambio de turno. Me parece que está más interesado en ti que en nadie más.

—¿En mí? —Ahora sí que me puse roja.

—¿Ves cómo hay algo?

—Cabrona.

—Sí, soy lo que tú digas, pero Adam no deja de preguntarme por ti y tú te sonrojas cuando hablamos de él. Blanco y en botella.

—Horchata.

—Una mierda. ¡Suéltalo ya!

—Me besó —le solté sin más. Lógicamente obvié la parte en qué hizo que me corriera con sus dedos y en la que me empotró contra la pared del callejón, clavándome la polla y diciéndome guarradas. Esa información era demasiado para que la tuviese nadie más.

—¡Joder, Payton! ¿Y tú qué hiciste? —Recordé lo que hice. Primero, reaccioné como una perra en celo. Segundo, le di un guantazo y salí corriendo. Y por último, llegué a fingir una lesión para alejarme de él. Así que hice de todo.

—Solo fue un beso. Le dije que tenía novio y ya está. No ha vuelto a pasar nada más. —Su me miró como queriéndome sonsacar algo más, supongo que no se lo creía.

—Ese tío no es de dar besitos y ya está, Payton. Eso lo hará tu novio, porque este tío tiene pinta de follar duro y de dejarte extasiada, así que si me dices que fue así, actuaré como una buena amiga y te diré que me lo creo y que has hecho muy bien en seguir con tu vida con el adorable y encantador novio que tienes. Pero si actúo como la zorra que soy, te diré que te cepilles al morenazo, que te corras como nunca lo has hecho en tu puta vida y que mandes a la mierda al estirado de tu novio. — ¡Joder, con Su!

—Por supuesto que voy a seguir mi vida con mi novio, y Adam seguirá con su vida por otro lado. Solo trabajaremos juntos y punto, nada más. —Mi amiga me miró y sonrió.

—Tú estás pillada del morenazo, a mí no me engañas —dijo afirmando. Y antes de que le respondiera terminó la frase—. Vale, tú sigues con tu vida y Adam con la suya, *no problem*.

\*\*\*

Al final, y por petición de Gary, me reincorporé al trabajo ese jueves y empecé mi turno de tarde. Mi corazón martilleaba con fuerza dentro de mi pecho en el momento en que crucé la puerta del bar. Allí estaba en la barra con su delantal, metiendo cervezas en el refrigerador que teníamos debajo de la barra. Y como si me hubiese notado, levantó la vista y me miró.

—Hola —me saludó—. ¿Estás mejor?

—Hola, sí, mejor. Gracias —contesté mientras pasaba a toda carrera al almacén. Cerré la puerta y me apoyé en ella. Respiré profundo y recé para que no entrara en ese momento. Supongo que el rezo funcionó porque Adam no entró en el almacén.

No hubo mucho trabajo ese día, se notaba que era jueves y que no había actuación, así que fue todo apacible. Adam estuvo muy bien conmigo, estuvimos trabajando toda la tarde-noche con tranquilidad. Fue cortés y simpático, no bromeó ni me buscó con frases provocadoras. Se comportó muy bien y me hizo estar más tranquila.

Sí, *tope* de tranquila, hasta que Adam dijo la frase que cambió toda mi vida. La maldita frase que tendría que haberse guardado en el puñetero bolsillo.

Adam terminó de fregar y recoger las mesas. Yo estaba de espaldas a la barra, tan tranquila, colocando los vasos en la estantería para el día siguiente, cuando él se acercó por detrás y me susurró al oído.

—Dentro de una hora te espero en mi apartamento. Calle Woods, bloque 310, 4ª planta puerta D.

—¿De qué estás hablando? —le pregunté girándome hacia él.

—Cuando salgas de aquí, vas a coger el bus y vas a venir a mi casa.

—No...

—La llave te la dejaré debajo del felpudo. Yo estaré dentro, esperándote.

—Te estás equivocando conmigo.

—Payton. —Mi nombre en sus labios y susurrado con esa voz ronca me clavó en mi sitio sin poder reaccionar ni siquiera moverme—. Te quiero sin ropa interior. —Se giró con la chaqueta en la mano y salió del bar.

¿Cómo se os ha quedado el cuerpo? Si vosotros ya estáis cachondos, creedme que yo estaba chorreando. No me impresionó que me pidiera ir a su casa o que no llevara bragas, sino lo que más me impresionó de mi misma es que —con la memoria de pez que tengo siempre para todo— recordase la puta dirección que no hacía más que martillearme el cerebro. Calle Woods, bloque 310, 4ª planta, puerta D. ¡Joder! ¡Joder!

¿Qué coño hice? ¿Lo queréis saber? Ojalá hubiese podido hacer una encuesta con las respuestas de lo que habríais hecho vosotros y sopesar la que más votos tuviese para elegirla, sin embargo no fue así y desde luego que no lo pensé. Cuando terminé todo, me fui al almacén, me quité las bragas, las guardé en mi bolso y salí hacia la parada del autobús. No hacía más que bajarme la falda. ¡Encima voy y me pongo falda hoy, es que yo también tengo tela! Pero claro... ¿quién coño iba a saber lo que iba acabar haciendo a estas horas de la noche?

Así que allí estaba, delante de su puerta con la letra D que parecía que me estaba mirando y con la llave metida en la cerradura.

—¡Una puta locura!, esto es lo que es. Y tú estás para que te encierren, Payton —es lo que susurré para mí misma cuando saqué la llave despacio y volví a dejarla en su sitio.

Justo cuando iba camino a las escaleras para salir de aquel sitio, escuché una puerta que se abría. Aceleré el paso, pero el jodido pasillo no terminaba nunca.

—Payton. —¡Tierra trágame!

No hice ni caso, seguí caminando y cuando estaba a punto de abrir la puerta que daba a las

escaleras, una mano me agarró del brazo con fuerza.

—¿A dónde vas?

—A casa. Esto es una locura.

—Entra en el apartamento —me ordenó.

—Ni loca —le contesté.

—Has venido hasta aquí, ¿y ahora te vas?

—Pues sí. Ha sido un error, y no pienso quedarme para cometer otro más grande.

—Deja de comportarte como una niña.

—¡Vete a la mierda! —Me solté de su agarre y comencé a bajar las escaleras.

—Payton, entra en casa ya.

¡Dios, qué coraje me daba cuando se ponía tan mandón...! Pero... ¡qué cachonda me ponía!

Me giré de nuevo hacia él y lo miré allí parada en la escalera con un pie arriba y el otro en el escalón de abajo. ¿Y para qué lo hice? Sus ojos me lo dijeron todo. Me tendió la mano, y la acepté. Que Dios me perdonara, porque iba a pecar.

Entramos en su apartamento, y cerró la puerta. Aquel gesto tan normal en la vida cotidiana para mí significó el fin.

—¿Quieres tomar algo? —me preguntó mientras me ayudaba a quitarme la chaqueta. Más que ayudarme me la quitó él porque yo no podía ni moverme—. ¿Quieres una copa o algo?

—Sí, por favor. Algo fuerte. —Él me miró y sonrió. Supongo que la broma la había entendido él porque yo no le veía la gracia.

Se fue hacia la cocina y abrió un mueble de dónde sacó dos copas. Echó un líquido ámbar en cada una y luego un cubito de hielo.

Eché un vistazo al piso mientras Adam preparaba la bebida. Era un apartamento no muy grande pero parecía muy confortable. Las paredes eran de madera como si fuese una cabaña en mitad de la montaña. Tenía un par de ventanas en el comedor con unas gasas casi transparentes como cortinas. Un sofá grande y una mesa de madera, cuatro muebles y poco más y, en la esquina del comedor, su guitarra.

Se acercó y me pasó una de las copas. Di un trago y por poco me atraganto. ¡Joder, qué fuerte era eso! ¡Coño! Pensé que por el color era *brandy* pero desde luego que eso no sabía a nada parecido al *brandy*. Por supuesto no podía quejarme porque era lo que le había pedido, ¿no? Sería absurdo hacerlo. Así que tosi un poco y disimulé la quemazón en mi garganta.

Levanté la cabeza y vi que él estaba allí de pie delante de mí observándome.

—Yo no quiero esto. —Aquella frase salió de mi boca. Recé para que no se diera cuenta de la mentira que acababa de soltar.

—Casi te creo —me respondió mirándome directamente sin apartar su mirada.

En ese momento sonreí para mí misma. Nunca antes nadie había sabido leer en mi interior como lo hacía él y eso que lo conocía desde hacía muy poco. Ni siquiera Donovan me conocía así.

—Pues quizá deberías tomarme en serio —le solté, irguiendo mi espalda para darle más credibilidad.

—Yo siempre te he tomado en serio, Payton. Pero ahora me estás mintiendo con tus palabras, no con tu cuerpo.

Al escuchar aquellas palabras, mi cuerpo me traicionó más si cabía y se estremeció por

completo. Lo vi sonreír.

—No te hagas ilusiones, tengo frío. —Me puse a la defensiva.

—Mientes de pena, cielo. —Y después de decirme eso, dejó su copa en una mesa que había al lado y se acercó más—. Entonces ¿también sientes frío cuando mis manos se deslizan por tu piel? —me preguntó deslizando sus manos bajo mi camisa tocando mi cintura con sus dedos—. ¿También tienes frío cuando te acerco a mí? —Tras esa pregunta sus manos se colocaron en la parte baja de mi espalda y me acercaron hacia él. Yo estaba inmóvil. Solo podía mirarlo a los ojos y soltar un gemido cuando acercó sus labios a mi oído y me susurró—: ¿Sientes frío cuando mis dedos entran en tu coño? ¿Eh, preciosa? ¿A eso le llamas también frío?

Un gemido escapó de mis labios al sentir sus palabras tan calientes. Sin besarme ni apenas tocarme era capaz de hacer que me derritiera con solo escuchar su voz.

Tengo que reconocer que algunos sentimientos son demasiado fuertes e intensos como para luchar contra ellos pero, a pesar de lo que sentía en aquel momento, intenté sacar la última carta que me quedaba antes de perder toda la partida.

—Piensas que sabes todo sobre mí, pero te equivocas. —Di un paso atrás y lo miré fijamente.

Él se quedó plantado delante sin decir nada; gesto que me ayudó a seguir. Si él me hubiese besado en ese momento, yo hubiese perdido el poco control que me quedaba.

— Te crees que puedes ver algo a través de mí que yo no conozco, pero te equivocas. Reconozco que me atraes y que te deseo. Sí, ¿y qué? ¿Con eso te crees que voy a lanzarme a tus brazos? ¿Crees que voy a echar a perder la relación que tengo con mi novio para saltar a tu lado? Si tanto te crees que me conoces, estás muy confundido si piensas que eres lo que quiero.

¡Toma ya! Me sumé dos puntos y no me puse a saltar porque no quería perder credibilidad, pero sí que le sonreí victoriosamente.

—Claro, por eso tú eres la que está en mi apartamento mientras tu novio está trabajando, ¿no?

Me resté los dos puntos y se me cayó todo al suelo. Me quedé sin palabras.

Su contraataque sirvió para pillarme con la guardia baja y, sin esperarlo, me empotró contra la pared aplastándome con todo su cuerpo. La copa que llevaba en las manos cayó al suelo rompiéndose en varios trozos.

Metió su mano entre mis piernas y me introdujo dos dedos de golpe.

—Veo que me has hecho caso. Así me gusta, aunque ese tonto intento de salir corriendo, tendrá su castigo. —En un segundo, pasé de estar en modo *chulita* a modo excitada toda húmeda.

Con los dedos dentro de mí y con su otra mano apretando mi culo para mantenerme quieta, me susurró:

—Dime ahora que no soy lo que quieres. Miénteme ahora.

¡Joder! Escuchar esas palabras, en esa posición y con sus dedos dentro de mí, hizo que casi me corriese. Grité al sentir su dedo pulgar acariciar mi clítoris mientras añadió un tercer dedo en mi interior.

—¡Oh, Dios...! —más que un jadeo salió de mí como una súplica.

—Tú dices que no te conozco, pero si lo hago. Sé que cuando no estoy contigo, me sientes dentro de ti. Sé que piensas en mí cuando no me ves, que deseas que sea yo quien te folle cuando tienes a tu novio metido dentro de tu coño, y sé que te mueres porque te folle ahora mismo. Dime, pequeña, ¿te conozco lo suficiente?

Gemí al sentir la fuerte presión de sus dedos dentro de mí.

—Dímelo, preciosa. Dime qué quieres que te folle.

—Ooohhh —volví a gemir. Estaba a punto de correrme. Sentir su aliento y sus palabras cerca de

mi oído, me estaban lanzando a un abismo de placer del cual no quería salir.

De repente, y para mi decepción, sacó sus dedos de mi interior y se separó de mí.

—¿Quieres correrte, verdad? —me preguntó mientras miraba mi cara de decepción—. Pues quiero que te pongas de rodillas, me la chupes y me demuestres todo lo agradecida que estás para que luego pueda follarte como necesitas, nena.

## CAPÍTULO 7

Jamás imaginé que yo pudiese tener actitud de sumisa o ser una de ellas. Había leído en varios libros, de estos eróticos que tanto se llevan, lo que un hombre podía hacerle a una mujer cuando se somete. Todas esas sensaciones que siente la mujer cuando se entrega en cuerpo y alma a ese hombre, y siempre me había parecido de lo más excitante para que vamos a mentir. Pero llegar a sentirme así de verdad, allí de pie, delante de él, dudando que hacer, era lo último que pensé que iba a ocurrir.

—Te he dicho que hagas algo, ¿no?

La primera reacción fue coger la puerta y salir de allí. Su mirada, su voz, su cuerpo, todo de él me volvía loca; incluso aquella situación y, sobre todo, la promesa de un sexo intenso que es lo que mi cuerpo necesitaba. ¿De verdad me conocía tanto? Era puro morbo, puro deseo.

Lo hice. Me arrodillé delante de él.

—Mírame, Payton. —También lo hice—. Bájame el pantalón.

Llevaba un pantalón de chándal negro y una camiseta blanca. Su erección la tenía justo delante de mi cara y, por lo que veía a través del pantalón, era enorme.

Deslicé con mis manos el pantalón y los *boxers*, dejándolos a la altura de los tobillos. Su enorme polla salió disparada a saludarme. ¡*Já, me maten!* Pedazo de ejemplar que tenía delante de mi cara: era gorda, larga, con sus venitas a punto de explotar, y con un pedazo de capullo gordo y jugoso.

Me relamí inconscientemente, y Adam soltó una carcajada.

—Parece que a mi *zorrita* le gusta lo que ve ¿no? —¿*Zorrita*? ¿Por qué aquella palabra tan vulgar me había puesto tan caliente con solo escucharla? ¿Y ahora que tenía que responderle? ¿Sí, señor? ¿Sí, Amo? Adam vio mi duda cuando mi mirada se cruzó con la suya—. No quiero que me llames ni amo ni señor, Payton. Quiero escuchar mi nombre en tus labios siempre. Quiero ser al que le regalas tus gritos y tus gemidos. Quiero escuchar cómo gritas mi nombre cuando te corras. Siempre, Payton. No lo olvides.

—Sí, Adam. Me gusta lo que veo. —Tras decir aquello saqué mi lengua y lamí toda su polla de arriba abajo. Aquello debió de gustarle porque echó la cabeza hacia atrás y enterró sus manos en mi pelo acercándose a él para metérmela en la boca.

Era demasiado grande. Intenté introducírmela hasta donde pude, pero aun así no me cabía toda. Adam tiró más fuerte de mí y noté su polla al final de mi garganta. Me dio una arcada.

—Relaja la mandíbula, Payton. Y saca la lengua hacia fuera, verás cómo te cabe. Hazme feliz, *zorra*. —Aquellas palabras y en el tono serio con el que las dijo, consiguieron que mi boca y mi garganta acogieran su gran miembro hasta el fondo—. ¡Oh, sí, Payton...! Que ganas tenía de sentirte así. —Se salió de mi boca y volvió a meterse esta vez no lo hizo hasta el fondo—. No cierres la boca, no la cierres. —Sus manos me sujetaban la cabeza para que no pudiera moverla, y sus dedos, enterrados en mi pelo, se clavaban con fuerza. Me estaba haciendo daño. Mucho daño pero todas aquellas sensaciones juntas me excitaban como nada antes lo había hecho.

Él siguió metiendo su polla en mi boca y sacándola. Lo hacía rápido, después lento, y luego hasta el fondo.

—Como deseaba follar esta boquita tan mal hablada, Payton. No te imaginas las ganas que tenía. —Volvía a meterla, y otra vez la sacaba. Así estuvo un rato. Yo levanté la vista para mirarlo y la imagen de Adam, con la cabeza hacia atrás gimiendo mientras yo le comía literalmente su polla, era

para no borrarla nunca de mi *jodida* memoria.

Cuando ya me estaba acostumbrando a notarlo tan adentro, paró y la sacó de mi boca. Se quitó los pantalones y los *bóxers*, que tenía bajados hasta los tobillos, y me tendió la mano. Se la di de nuevo como había hecho en la escalera sin apartar mi mirada de la suya.

—Vamos a la cama.

Y sin pensar siquiera en lo que estaba haciendo, puesto que mi raciocinio lo había dejado en la puerta junto con la D, lo acompañé a la habitación.

Encendió la luz de la lamparita que había sobre una mesa, y me empujó a la cama donde caí boca arriba. Antes de poder respirar, él se tumbó encima de mí aplastándome con su cuerpo. Comenzó a devorarme la boca. Su lengua entraba y salía enroscándose con la mía como si llevaran toda la vida sin verse.

Con su rodilla abrió mis piernas, y se colocó justo en el centro de mis muslos. Su enorme erección se restregaba contra mi húmedo coño haciendo que su fricción me volviese loca.

—Te haría tantas cosas ahora mismo que me vuelvo loco solo de pensarlo, pero lo que necesito ahora es follarte. Follarte tan fuerte que grites hasta dejarme sordo.

—Ah... —gemí al escuchar aquellas palabras. ¡Dios mío! ¿Cómo este hombre me ponía tan cardíaca con solo hablarme?

—Déjame coger un condón. No te muevas. —Se incorporó colocándose de rodillas entre mis piernas, y alargó la mano a la mesita de dónde sacó un condón. Lo abrió con la boca y se lo puso en menos de un pestañeo. El *tío* tenía experiencia. Quise decirle que tomaba la píldora pero no me fiaba. No quería arriesgarme, puesto que seguramente se había cepillado a toda América. Además yo solo lo hacía sin condón con Donovan. ¡Joder! ¡Donovan! ¿Qué coño estoy haciendo?

Adam vio cómo me cambiaba la expresión del rostro y sintió como mi cuerpo se tensó. Así que se situó entre mis muslos antes de que pudiese salir corriendo de allí y, de una sola embestida, me penetró.

¡Oh, cielos! ¡Oh, Dios vuestro y mío! Y... ¡Oh, a todos los dioses del Olimpo!

No lo dejó ahí, no. Me subió los brazos por encima de mi cabeza y con una de sus manos sujetó mis muñecas inmovilizándolas. La otra mano la puso debajo de mi culo y me apretó con fuerza clavándome los dedos en una de mis nalgas. Yo pensé que iba a partirme en dos. Era demasiado grande y yo era demasiado estrecha.

Comenzó a follarme sin piedad. Una, dos, tres, no paraba. Cuatro, cinco, seis... perdí la cuenta porque era imposible contar la de veces que me embestía con esa fuerza y ese ímpetu. No se detenía. Su boca volvió a besarme y a devorarme; su lengua imitaba los mismos movimientos que hacía su pelvis. Me estaba follando la boca y el coño. ¡Y de qué manera!

Levanté las piernas y las coloqué alrededor de sus caderas. Ahora lo sentía más profundo. Su mano me apretaba haciéndome mucho daño, seguramente me quedaría marca, pero en ese momento no me importaba nada en absoluto. Ese dolor era increíble con la combinación de sus embestidas.

—Oh... —jadeé. Gemí. Grité... Adam me estaba llevando al séptimo cielo. Que cielo ni que cojones, ¡al puto infierno y de cabeza, dando un salto triple mortal!

—¡Joder, Payton! —Vaya, el señor *no se dicen tacos*, acababa de soltar uno por su boquita—. No voy a durar mucho, dime que estás a punto, nena.

—Ya... casi... —gemí. Mis piernas se apretaron más a su cintura y Adam me penetró con más fuerza. Íbamos a reventar la cama. Íbamos a reventar el *jodido* piso, y me iba a reventar a mí misma como siguiera así.

—Córrete para mí, *zorra*. Córrete conmigo. —¡Joder! Ahora sí.

—¿Adam! —grité mientras entraba en una espiral de placer que jamás había conocido. Mi cuerpo alcanzó el punto más alto. Mi voz se quebró con su nombre mientras me entregaba al orgasmo más increíble en toda mi puñetera vida.

Adam se tensó en mi interior, y gruñó algo así como mi nombre acompañado de zorra y mencionando a Dios varias veces seguidas. Vamos un combinado mortal.

Después de eso, cayó encima de mí con todo su peso, dejándome sentir su duro cuerpo sobre el mío. Caí en la cuenta de que yo no me había desnudado y de que Adam seguía con la camiseta puesta. No me importó. Cerré los ojos y con su peso, su calor y su miembro dentro de mí, caí en un profundo sueño.

—Despierta, Payton. Hora de tu castigo. —¿Estaba soñando? Seguro que aquello era un sueño del que iba a despertar de un momento a otro.

Cuando me estaba intentando autoconvencer de que aquello no era real, un tirón fuerte en mi pelo me quitó las dudas.

No me había dado tiempo a despertarme del todo cuando sentí como tiraba de mi pelo para colocarme de cara al colchón y presionarse encima de mí. Levantó mis brazos por encima de mi cabeza y me ató las muñecas con algo muy fuerte que parecía una cuerda.

—¿Qué coño estás haciendo?

—Ni se te ocurra hablarme ahora, Payton. Estoy muy enfadado porque un poco más y me dejas plantado aquí en mi apartamento.

Me mordí la lengua. Adam me tiró del pelo y me colocó debajo de él en el colchón, pero eso de no decirme que haga algo, es peligroso. No me estaba forzando a nada porque, si os digo la verdad, yo ya estaba excitada en ese momento. ¡Joder, es como si a un niño le dices cállate y estate quieto! ¡Es imposible!

—Cuenta, Payton.

«¿Qué cuenta?, ¿qué voy a contar?», pensé.

¡Zas!

¡La madre que lo parió! ¡Me acababa de azotar el culo! ¡Joder, como pica!

—¡Cuenta!

—¿Uno?

—¿Me estás preguntando, Payton? ¡Cuenta!

¡Zas! Ese fue más fuerte que el anterior y en la otra nalga. ¡Joder, que mano más grande tenía el cabrón!

—¡Dos! —grité esta vez.

—Así me gusta, zorra. Se nota que has ido al colegio.

¡Zas, zas!

—¡Tres! ¡Cuatro!

—¿Quiere más, mi *zorrita*?

Me dolía un montón, pero el tío me tenía a mil.

—Sí, Adam.

—¿Sí, Adam, qué?

—Sí, Adam, por favor.

¡Zas, zas!

—Cinco, seis... —Ya no sentía el culo. Lo que sí sentía era como me humedecía entre mis piernas y ese pinchazo de excitación que me hizo moverme.

—Estás muy cachonda, ¿verdad, nena? ¿Te pone mucho que te azote como a una niña mala? —  
Volví a moverme y cerré mis piernas para hacerme presión en mi clítoris.

—¿Qué quieres, Payton? Pídemelo.

—¡Quiero que me folles!

—Bueno, bueno... mi zorra quiere que la folle. —Se colocó encima de mi cuerpo totalmente desnudo. Su erección se quedó justamente encima de mi culo, y mi cuerpo se tensó al sentirla ahí. Yo nunca había practicado la penetración anal, Donovan ni siquiera me lo había pedido y mucho menos planteado, y nunca había querido probarlo. Y al sentir a Adam ahí, en *la puerta de atrás*, me había puesto muy nerviosa.

—Tranquila, preciosa... por ahora no entraré en este culito tan apetecible, prefiero antes saciarme de tu coño.

¡Joder! ¡Qué forma de hablarme!

—Abre tus piernas y ofréceme tu coño.

A la primera lo hice.

—Buena, chica. Sube ese culito para que pueda follarte como la *perra* que eres —gemí al escuchar decirme esas palabras.

¡Ay, Dios! Me acababa de llamar *perra*, y yo había gemido como una poseída.

Me coloqué como pude sobre mis rodillas, no podía tirar mucho de mis manos, ya que las tenía atadas al cabecero de la cama, ni podía sostenerme sobre mis manos pero sí lo hice sobre mis codos.

—¿Me quieres dentro de ti, zorra?

—Sí.

—Pídemelo como tú sabes —me susurró al oído. Sentí como se colocaba de rodillas y rasgaba lo que sería el envoltorio de un preservativo. Todo esto ocurría detrás de mí. No lo estaba viendo, pero os juro que todo era mucho más excitante desde esta posición.

—Te quiero dentro de mí, Adam.

Fue terminar la frase y entró dentro de mí con una sola embestida. Grité en cuanto sentí su gran miembro entrar en mi interior. No me hizo daño porque yo estaba más que preparada, pero fue demasiado intenso. Todo estaba siendo demasiado intenso.

—¿Sigues queriéndome dentro?, ¿sigues queriendo que te folle?

—Sí, por favor, Adam.

—Suplícamelo... quiero que me lo supliques.

—Fóllame por favor, te lo suplico, Adam. —Mi voz parecía sacada de una película porno. No me reconocí cuando me escuché hablar. Estaba como ida, como si estuviese en otro planeta, y no fuese consciente de lo que había a mi alrededor.

—¡Cómo me pones cuando me suplicas, Payton!

Comenzó a follarme sin parar. Sin contenerse. Como si quisiese partirme en dos. Enterró una mano en mi cabeza, agarró mi pelo envolviéndosela en él, y tiró fuerte. Mi cabeza se echó hacia atrás con ese tirón; si seguía así me iba a dejar calva, pero no me importaba. En ese momento, no me importaba absolutamente nada.

Después de estar follándome con fuerza durante unos minutos, relajó sus embestidas y se echó hacia delante colocando su pecho en mi espalda. De esta posición podía sentir su respiración acelerada.

—¿Esto es lo que te hace tu novio? ¿Así te folla Donovan? —dijo haciendo el nombre de mi novio demasiado sonoro. Mi cuerpo actuó, en consecuencia, tensándose debajo de él e intentando moverse para separarme de él—. ¡Vaya!, a mi zorra no le gusta que le hable de su novio mientras

otro tío se la está follando.

—Eres un cabrón, Adam. Para... —Intenté moverme para que se quitara de encima de mí.

—¿Qué pare?, ¿me está ordenando una zorra que deje de follarme su coño? —Su tono era despectivo. No me estaba gustando nada cómo me hablaba ahora. Esto ya no era un juego y quería que parase—. No pienso parar, Payton. ¿Me escuchas bien? No pienso dejar de follarte porque es lo que quiero. Ya te lo dije una vez, yo cojo lo que quiero cuando quiero.

Tras esta retahíla continuó embistiéndome con más fuerza que antes.

—¡Ah! ¡Para, Adam! ¡Para! —Me hacía daño pero la intensidad de sus embestidas me provocaban un placer que sobresalía por encima del dolor. Tiró de mi pelo con más fuerza y entró en mí con más ímpetu que antes.

—Si no te calles, te juro que te amordazaré —me amenazó de una forma pura y dura. Su tono de voz, duro y grave en mi oído, lanzó la orden a mi cerebro. Mi cuerpo cedió a él, y yo me dejé llevar.

Sus embestidas eran fuertes. Mi cuello estaba estirado hacia atrás provocándome dolor, y apenas sentía mi cuero cabelludo ya. No me gustaba sentirme así a su merced, pero cuando colocó su mano entre mis piernas y comenzó a frotar mi clítoris, una inexplicable sensación invadió todo mi cuerpo. Ya no había dolor, solo placer. Mi entrega me estaba dando un placer sobrehumano. Mi cuerpo comenzó a temblar, y mis brazos apenas me sostenían. Mis piernas iban cediendo sobre el colchón, hasta que al final caí con ellas abiertas en la cama, y su cuerpo encima del mío embistiéndome sin parar. Sentía sus jadeos en mi oído y sus dedos hábiles rodeando mi botón del placer.

—Ahora, Payton. Ahora. —No hizo falta nada más. No me hizo falta ninguna palabra más ni ninguna orden. Me corrí. Me corrí como nunca lo había hecho. Ni siquiera la otra vez que me folló podía compararse a lo que sentía ahora.

Grité su nombre una, dos y tres veces. El cuerpo de Adam se tensó en mi interior y cayó sobre mí aplastándome con su peso. Enseguida se apartó y me sentí completamente vacía.

Mi cara se enterró en el colchón y lloré, no por el dolor ni la humillación que había sentido sino por el placer y el éxtasis tan inexplicable y completamente desconocido que acababa de vivir.

Adam me había hecho llegar a un punto tan alto que me había dado mucho vértigo, y después me había dejado caer. La caída había sido brutal, y ahora tenía que curarme del dolor que sentía en mi interior por haberme entregado de esta forma a este hombre.

Pasados unos segundos, sentí como me quitaba las cuerdas de mis muñecas y me ponía como una especie de crema. No fue hasta más tarde cuando me di cuenta de las señales, que me habían hecho, cuando tiré con fuerza para liberar mis manos.

—No te muevas ahora, Payton.

—Vete a la mierda. —Me levanté demasiado rápido porque necesitaba salir ya de allí. Al levantarme de golpe, me mareé, y tuve que sentarme en la cama.

—¡Te he dicho que no te movieses! —Adam me gritó.

—¡Y yo te he dicho que te vayas a la mierda! —le grité y enterré mi cara entre mis manos poniéndome a llorar.

Adam se colocó de rodillas delante de mí y me dio un vaso de agua fresca. Ni siquiera me contestó ni me habló. Solo me dio el agua, se levantó, y se metió en el baño.

Bebí un poco. Tenía la garganta seca, entre los gemidos, los gritos y el llanto, y desde luego agradecí que me diese agua.

Miré la puerta del baño cerrada. Tenía que salir de allí, así que me levanté y comencé a vestirme.

No encontré el sujetador, y no quería ponerme a buscarlo. Lo que quería era salir de aquel lugar. Me estaba ahogando. Cada vez me costaba más respirar.

—¿Qué estás haciendo? —Había salido ya del baño.

—Me voy a mi casa.

—No puedes irte, Payton. Espera a que estés más tranquila. —Ahora utilizaba un tono más apacible, volvía a ser el Adam de siempre.

—¡Y una mierda me voy a quedar aquí!

—Payton, escúchame por favor. —Me fue a coger del brazo pero lo quité antes de que pudiese llegar a él.

—Ni se te ocurra tocarme otra vez, o te juro que te mato. —Le miré fijamente a los ojos. No sé si fueron imaginaciones mías pero vi algo muy intenso en su mirada. Igualmente no hice caso a nada y continué recogiendo mis sandalias.

—Déjame explicarte...

—¡No! ¡No quiero que me expliques nada! ¡Solo quiero que me dejes ir! ¡Quiero salir de aquí! ¡Déjame salir de aquí! —Me derrumbé, caí al suelo de rodillas, y él se agachó frente a mí.

—Respira, Payton. Tranquila, por favor... respira.

Me estaba dando un ataque de ansiedad. Me costaba respirar. Sentía la presión en mi pecho y el oxígeno no entraba en mis pulmones, me estaba ahogando y no podía parar de llorar. Me abrazó y dejé que lo hiciera, coloqué mi cara en su pecho, y aspiré su olor; sus brazos me envolvieron y sus palabras comenzaron a tranquilizarme. Su voz me susurraba palabras tranquilizadoras y esas fueron mi bálsamo. Cerré los ojos y comencé a respirar de una manera tranquila y pausada. El oxígeno volvía a entrar en mi cuerpo y a salir lentamente.

—Tranquila. Estoy aquí... Estoy aquí...

Pasaron unos minutos cuando levanté mi cara hacia él. Me miró fijamente y me besó. No fue un beso apasionado ni excitante. Fue un beso suave, tierno y confortable.

Se separó de mí y con su dedo pulgar limpió una lágrima que descendía por mi mejilla. Para mí era un gesto demasiado íntimo.

—Será mejor que te acompañe a casa.

—Será mejor que me dejes salir de aquí y no te me acerques nunca más. —Me levanté cogiendo mi bolso y caminé hacia la salida.

—Payton, no hagas esto.

—¿Qué no haga qué?, ¿irme de la casa de un completo loco?

—No sabes lo que dices. Estás muy susceptible por todo lo que has sentido, es normal.

—¿Qué es normal?, ¿es normal que me folles como un loco y que me digas esas cosas?, ¿Es normal que cuando te diga que pares, no lo hagas? y ¿esto es normal?

—Payton...

—No, Adam. No quiero, ni Payton ni mierdas. ¡Quiero salir de aquí y no volver a verte en mi puta vida!

Abrí la puerta y salí de allí dando un portazo. No quería volverlo a ver y no quería saber nada más de él.

En el camino a casa lloré en el bus. No había nadie más, solo el conductor y supongo que estaba centrado en lo suyo como para preocuparse de una trasnochadora con los pelos de loca y con los ojos como un mapache por el rímel.

Llegué a casa y entré despacio; lo que menos quería era que mi madre me viera de esa guisa. Entré en la habitación y me tiré encima de la cama. Miré el móvil y tenía dos *wassap*. Uno de Donovan y otro de un número que no conocía.

Donovan: «Cariño, no sé nada de ti. ¿Estás bien?».  
Leer esas palabras de mi novio me hizo volver a llorar.

Dejé el móvil sobre la mesita de noche y me abracé a la almohada. Me sentía sucia y culpable. ¿Cómo había podido hacer eso?

Pasaron unos minutos y pensé en el otro *wassap*, si no me salía ningún nombre era porqué no tendría ese contacto grabado. Lo leí, y me derrumbé todavía más. Mi cuerpo comenzó a temblar. No por miedo, ni asco ni rechazo sino porque me excité. Volví a excitarme con solo saber lo que me esperaba mañana con él. Lo peor de todo era que lo deseaba con toda mi alma.

Desconocido: «Mañana pienso atarte en el almacén y azotarte hasta que me pidas perdón por haberte ido así de mi casa. Y después te voy a follar hasta que me supliques misericordia, ¿te ha quedado claro, Payton?».

## CAPÍTULO 8

Ya era la hora de entrar al bar, y os juro que las piernas me temblaban y la respiración me iba a cuarenta pulsaciones por minuto. Estaba muy excitada, realmente excitada.

Tragué saliva y abrí la puerta. Lo primero que miré fue la barra, pero no había nadie. De camino al almacén vi que Sophie estaba recogiendo la cocina.

—Hola, corazón. Llegas pronto ¿no?

—Sí, he cogido el bus antes de la hora y ya que estoy aquí, voy a ir ordenando el almacén.

—Me parece que Adam está dentro ya. Yo me voy ya, cielo. Cierro la puerta con llave, ¿vale? Luego cuando sea la hora, abres. —Me guiñó un ojo y salió del bar.

Mi corazón me martilleaba el pecho porque sabía que estábamos solos y el bar estaba cerrado hasta el nuevo turno. Gary me había llamado para decirme que hoy no había actuación y se quedaba en casa.

Di dos pasos y me quedé frente a la puerta del almacén que estaba cerrada. Era la misma sensación de ayer, solo que me faltaba la letra D mirándome. Sabía que cuando cruzara esa puerta volvería a sentir en mi interior esa maldita sensación que solo aparecía cuando tenía a Adam cerca.

Su *wassap* había sido como una amenaza, una húmeda e intensa amenaza de lo que podía pasar. Así que abrí la puerta y entré.

Adam estaba colocando latas en las estanterías y, al escucharme entrar, se giró y me miró. No

dijo nada. No preguntó nada. No me ordenó nada. Solo vino hacia mí como un jodido huracán, me agarró del pelo, y me besó. Entro en mi boca reclamándome con una fuerza y una desesperación que me dejó temblando. Respondí a ese increíble beso, y mientras lo hacía me di cuenta de que me estaba llevando hacia el fondo del almacén ya que mi culo topó con una de las barricas de madera donde Gary guardaba el vino.

Adam interrumpió el beso y se separó ligeramente de mí para mirarme.

Mis labios estaban sonrosados. Mi pecho subía y bajaba con la respiración totalmente descontrolada, pero no me moví. Lo miré y dejé que me mirara. Recorrió mi cuerpo con sus ojos, y suspiré al ver la pasión con la que lo hacía pues parecía como si pudiese acariciarme con solo mirarme. Era increíble lo que este hombre despertaba en mí.

—Date la vuelta.

—Creo que tendríamos que hablar, Adam.

—Date la vuelta, Payton.

Sin pensarlo más, me giré. Adam cogió mis manos y las levantó. Las ató y se separó de mí, miré hacia arriba y vi que estaba atada a un gancho que colgaba de la barrica.

Enterró lentamente su mano en mi pelo, tiré la cabeza hacia atrás para sentir su caricia, pero no fue suave. Agarró mi cabeza y la giró dejando mi mejilla pegada completamente a la madera.

—Anoche me dejaste solo en casa. No hiciste caso a lo que te dije y eso, Payton, me hizo cabrear, y mucho —pronunció esas palabras en mi oído con una voz dura y seria. Mi cuerpo se estremeció y temblé, y él lo notó al tener su cuerpo pegado al mío—. Ya puedes temblar, ya. Y suplicarme si quieres. Por mí como si lloras y te revientas a gritar porque no pienso parar hasta que vea tu jodido culo completamente rojo. —Metió sus manos entre la barrica y yo, y me desabrochó el pantalón, y me bajó los pantalones y las bragas. Cuando llegó a mis tobillos, me sacó las manoleínas que llevaba, y sacó mi ropa dejándome desnuda de cintura para abajo.

Se alejó de mí y suspiré. Cerré los ojos porque la situación me estaba poniendo muy nerviosa y si no veía nada era como si no estuviese pasando. ¿Y sirvió? Sí... hasta que sentí un azote fuerte en mi culo.

—¡Dios! —grité. Aquello no había sido su mano como la noche anterior.

Me giré para ver lo que era, pero me puso la mano en la cabeza estampándome contra la madera con fuerza.

—¡Me haces daño! —le grité.

—No me hagas amordazarte, zorra. Este es mi juego y estas son mis normas.

¡Zas, zas! Mi cuerpo se tensaba cada vez que sentía de nuevo ese material en mi piel.

—¡Para, Adam! ¡Para!

—Segunda vez que te escucho. A la próxima, tu preciosa boca será tapada, espero que no me hagas amordazarte como a una *perra*, Payton.

¡Zas, zas!

Se detuvo. Sentí que se movía detrás y, al momento, su cálida lengua recorrió mi nalga dolorida. Lentamente lamió mi sonrojada piel para después dedicarle la misma atención a la otra. Solté un gemido al sentir su saliva, y su cálido aliento sobre mí. Poco a poco fue deslizándose hacia el interior de mis piernas, con sus manos las separó, y lentamente lamió mi sexo.

Aquello fue brutal. El contraste del dolor todavía en mi piel y su lengua introduciéndose en mi húmeda y necesitada cavidad. Movié la lengua despacio mientras introducía un dedo. Cuando estaba disfrutando de sus atenciones, dejó de lamerme y se separó.

¡Zas, zas, zas, zas!

Cuatro azotes seguidos, dos en cada nalga. Ahora me dolía más y volví a tensarme. Además me había clavado mis propias uñas en la piel de tanto apretar los puños. No tenía fuerzas para aguantarme de pie. Me dolía mucho el culo.

Adam me desató las manos y me giró sujetándome de las caderas con sus brazos y envolviéndome.

—Muy bien, *zorrita*. Lo has hecho muy bien. Ya no estoy tan enfadado, así que voy a compensarte. —Me levantó con sus brazos y me llevó hasta una vieja mesa que había al lado y me sentó de golpe encima.

—¡Ah! —me quejé. Joder, es que me dolía demasiado el culo para estar sentada. Adam me sonrió, se separó cogiendo un cinturón que había encima de la mesa y se lo colocó en el pantalón. Abrí los ojos con expresión de sorpresa al descubrir con lo que me había azotado.

—¡Serás hijo de puta!

—Payton, Payton... ¿Quieres tu regalo?, ¿o quieres que siga azotándote hasta que esa boca tuya hable mejor? —No respondí—. Así me gusta. Veo que vas aprendiendo, *zorrita*.

Llamadme loca, *ida de la olla* o desquiciada perdida, pero aquellas palabras de satisfacción de Adam, para mí, fueron preciosas. Se acercó de nuevo a mí y me cogió de nuevo, aunque esta vez fue para volverme a sentar en la mesa otra vez pero mucho más atrás. Aquel movimiento me recordó lo mucho que me dolía el culo. Sin embargo, me mordí el labio y me aguanté el dolor.

—Quiero que subas las piernas y que coloques un pie a cada lado de la mesa. —Me quedé mirándolo con la *cara a cuadros* que seguro era un poema—. Quiero que te echas hacia atrás, te apoyes en la mesa con tus manos, y te abras a mí.

Parecía que lo entendí mejor, pero seguía flipando en colores. Lógicamente lo hice y allí me quedé completamente abierta a él.

Adam se acercó a mí y comenzó a acariciarme. Deslizó sus dedos entre mis pliegues y luego comenzó a acariciar mi clítoris. Mi cuerpo estaba tenso. Me dolía mucho el culo, y sus caricias me estaban excitando mucho, pero no estaba cómoda.

—Vamos a ver qué puedo hacer para que te relajes. —Después se arrodilló quedando completamente delante de mi sexo—. Me parece que continuaré con el postre de antes. —Me guiñó un ojo y se echó hacia delante

Increíble. Aquella sensación, de tener a Adam entre mis piernas dándome placer, era jodidamente increíble. Pasaba la lengua de arriba abajo y luego volvía a subir lentamente arrastrándola hasta llegar a mi clítoris, donde mordisqueaba y presionaba más hasta abandonarlo, y volver a descender. Una y otra vez... sin detenerse.

El orgasmo estaba tan cerca que me sentía desesperada por sentirlo, pero Adam parecía no tener prisa. Desde luego, sabía cómo hacerlo y cómo volverme completamente loca de placer.

Cuando ya comenzaba a sentir los primeros espasmos del orgasmo, Adam disminuía el ritmo y la presión regalándome besos suaves y pequeños movimientos con la lengua. Ya no podía aguantar más e hice lo que más le gusta, suplicar.

—Adam, por favor... no puedo más. —Adam levantó su rostro y me sonrió. Volvió a centrarse en su trabajo como si yo no hubiese dicho nada.

—Es jodidamente adictivo saborearte, Payton. —Comenzó a hacer más presión con su lengua y la acompañó con dos de sus dedos en mi interior.

—Adam —supliqué echando la cabeza hacia atrás.

—Me encanta que digas mi nombre mientras suplicas que haga que te corras. ¿Hay algo más increíble que esto, Payton? ¿Tenerte abierta así para mí y suplicándome para que te coma el coño hasta que te corras? Yo creo que no. —Presionó sus dedos bien dentro de mí y lamió mi clítoris una y otra vez hasta que mi cuerpo explotó. Un orgasmo brutal me envolvió, dejándome sin fuerzas. Mis manos se deslizaron por la mesa y caí hacia atrás golpeándome la cabeza. Adam se levantó de golpe al escuchar el ruido y mi grito.

—¡Joder, Payton! ¿Estás bien?, ¿te has hecho daño?

No sé si fueron los nervios por todo lo que acababa de pasar o que ya estaba majareta perdida, pero me puse a reír a carcajadas pues no quería imaginarme la escena.

Yo estaba espatarrada en la mesa, con todas las piernas abiertas, riéndome como una demente salida de una película de manicomios.

—Estás loca —soltó Adam añadiéndose a mi carcajada. ¡Ay, Dios mío! ¡Qué risa más bonita por Dios! Tuve que volver a mi posición inicial para no perderme ese espectáculo tan fascinante. Un morenazo de la hostia con la risa más *sexy* que he escuchado jamás. Sin pensarlo siquiera me levanté, y me lancé a besarlo. Adam me abrazó fundiendo sus labios y su lengua con mi propio sabor en mi boca.

Metí las manos entre los dos y le desabroché el pantalón. Adam se lo bajó hacia las rodillas junto con los calzoncillos. Me cogió de las nalgas —momento en el cual aproveché para gruñir de dolor— pero su boca impidió que se escucharan mis quejidos, y entonces me levantó colocando mi sexo a la altura de su erección. Mi mano ayudó a que su pene se colocara bien en mi entrada y, de un solo golpe, me penetró. Gemí de gusto y Adam comenzó su baile sexual conmigo en brazos. Rodeé su cintura con mis piernas para poder hacer más presión.

—Espera... espera Payton.

—¿Qué? —pregunté enfadada.

—Un condón. —Me bajé a regañadientes y él se agachó para coger un condón del bolsillo del pantalón que llevaba arrugado por las rodillas. Se incorporó, se lo colocó, y volvió a cogerme de las nalgas para reanudar el pedazo de polvo que estábamos echando.

—Sí, sí... No pares —le rogué.

—No pienso hacerlo. Pienso follarte hasta que tu bonito coño ordeñe mi polla.

—Madre mía... ¡Ah...! —Su manera tan soez de hablarme me ponía más cachonda de lo que ya me tenía.

—Ya estás apunto, ¿verdad, *zorrita*? Noto como tu coñito empieza a tensarse a mi alrededor... Así me gusta, preciosa, sigue así. Un poco más.

Dos embestidas más fuertes me llevaron directa al orgasmo. El éxtasis recorrió mi cuerpo y mientras me convulsionaba entre sus brazos; Adam se corrió soltando un gruñido de lo más *sexy*.

Me miró, le sonreí, y fue cuando su boca devoró la mía. Todavía dentro de mí, nos besamos como si estuviésemos sedientos el uno del otro. Podía sentir como su semierección palpitaba en mi interior.

No sé cuánto tiempo estuvimos besándonos, allí de pie, apretándonos el uno al otro como si no quisiéramos separarnos nunca. Por mí me hubiese estado así un poco más, pero Adam se separó de mí y me cogió la cara con sus dos manos mirándome fijamente.

—Tenemos que abrir el bar.

—Nooo... —Hice pucheros. Adam sonrió, me besó la punta de la nariz, y me dejó en el suelo.

—Vístete, preciosa. Te veo fuera. —Se subió los pantalones. Se colocó bien el cinturón y se

pasó la mano por el pelo para echárselo hacia atrás.

Y yo estaba, como una auténtica gilipollas, mirándolo totalmente ensimismada. Me guiñó el ojo y salió del almacén.

Que me crucificaran, que me lapidaran o que me fusilaran porque yo ya estaba total y perdidamente enamorada de ese hombre.

La tarde transcurrió bastante tranquila. Los días que no había actuación eran mucho más calmados y apenas venía gente. Estaban los clientes fijos de siempre que hablaban con Adam animadamente y un par de *zorronas tetonas* que no hacían más que pedir chupitos para que Adam se acercara a ellas. Eran capaces de alcanzar un coma etílico solo por una sonrisa de ese hombre. Aunque pensándolo bien, yo estaba dispuesta a lo que fuera por volver a sentirlo dentro de mí, así que no podía recriminarles nada.

Yo estaba en una nube. Os prometo que a pesar del dolor de culo que no se me iba, tenía la sensación de estar flotando. Vamos que en vez de mariposas en mi estómago, tenía dinosaurios o algo así porque no paraba de suspirar y de mirarlo como si fuera una quinceañera que acabara de perder la virginidad con su primer amor. Y además este primer amor le había dado unos orgasmos de campeonato, de Liga y de Champions, sin hablar del Mundial, que había conseguido al follarme como lo había hecho.

En fin, gilipollas perdida estaba en mi mundo hasta que Donovan entró por la puerta con una cara de perro, que ni el pitbull de mi vecina.

—¿Se puede saber dónde te metes que no hay manera de hablar contigo?

—Hola a ti también —le respondí después del saludo que me había dedicado.

—¿Encima quieres que sea educado? —me gritó Donovan. ¿Mi novio gritándome? No me lo podía ni creer. Parecía una escena de estas surrealistas donde el protagonista de la película se toma un par de éxtasis y alucina en colores viendo como su alrededor se mueve a cámara lenta con luces a un lado y a otro. Eso estaba viviendo en esos momentos.

Adam se acercó a mi lado.

—¿Va todo bien? —me preguntó. Gesto que cabreó más, si cabía, a mi novio, que no tardó en responderle cuando yo ni siquiera había reaccionado aún.

—Esto no va contigo.

—No te lo pregunto a ti —le contestó Adam. *Detector de machitos a tope*. Entonces fue cuando noté su mano en mi brazo y reaccioné—. Payton, ¿va todo bien?

—Sí, Adam —le respondí mirándolo. Después me giré hacia mi novio—. Ahora estoy trabajando, después hablamos.

—Ya, claro, como hemos hecho últimamente... hablar.

—Ya te lo ha dicho, ahora está trabajando. Espérala fuera y luego hablas con ella.

—¿Y desde cuando tienes tú que mediar entre mi novia y yo? —respondió Donovan con un tono que yo desde luego no conocía.

—No estoy mediando entre nadie. Es solo que esto es un sitio público donde se viene a pasar un buen rato y no a montar un espectáculo.

—Sí, ya —soltó Donovan, mirándolo desafiante.

Cuando Adam iba a contestar, intervine yo.

—¡Vale ya! Donovan, estás montando un numerito un tanto vergonzoso. Te he dicho que te esperes a que salga, y luego hablamos porque ahora no es el momento ni el lugar. Por favor, sal de

aquí ahora.

Donovan me miró y después miró a Adam, se dio media vuelta, y salió del bar.

La gente nos miraba pero al terminar el espectáculo siguió cada uno con lo suyo. Adam se acercó a mí.

—De verdad ¿estás bien?

—Sí —le contesté.

—¿A que ha venido eso?

—No tengo ni idea, Adam. Supongo a que últimamente apenas hablamos ni nos vemos lo que tendríamos que vernos.

—¡Ah! Cosas de novios entonces... siempre son dramas y más dramas —me soltó mientras se giraba para coger dos vasos de tubo para llenarlos de cerveza. Su indiferencia me quemó viva. Y ahora no os hablo de excitación, sino de mala hostia.

—¡Sí, gilipollas, cosas de novios! O eso creía yo al menos, hasta que entraste en mi vida —le respondí acercándome a él para decírselo de modo que todo el bar no nos escuchara, aunque lo que más me apetecía en ese momento era meterle un par de gritos.

—A mí no me culpes, guapa. Tú sabrás los rollos que te traes con tu novio.

—¡Pero serás *mamonazo*! —¡Dioooooossss! ¡Qué *hostiazo* le hubiese dado con toda la mano abierta!

—Siempre he sido muy claro contigo, Payton, no me vengas con dramas porque no soy de esos. Así que evitemos hacernos daño ya que es lo que se acaba haciendo al final.

¿Dónde estaba el Adam que se había reído conmigo dentro del almacén, que me había dicho preciosa y que me había besado la nariz? ¿Dónde?

—¡Eres un gilipollas! Ojalá no te hubiese conocido nunca. —Me quité el delantal y se lo tiré—. Me largo.

Cogí mi bolso del almacén sin poder evitar el mirar la mesa donde antes había estado sentada sintiendo la lengua de Adam entre mis piernas, y con más mala hostia con la que había entrado, salí de allí. Pasé por delante de él sin mirarlo y salí.

Recé para que Donovan no estuviese y así poder estar sola para calmar toda la rabia, que tenía en mi interior, por lo que Adam acababa de decirme de esa manera tan fría como lo había hecho, pero no. Para mí no había Dios, ninguno que hiciera caso a mis plegarias, porque allí estaba mi novio, de pie, apoyado en la pared, esperándome.

—¿Se puede saber qué coño te ha pasado para entrar de esa forma en el bar? —le solté nada más verlo.

—Es que no sabía nada de ti. Anoche no me dijiste nada, y esta mañana tampoco. Ni siquiera me respondiste a los *wassap* que te envié. —Su tono de voz había cambiado. Ya no estaba tan enfadado como antes, se había calmado. Sin embargo, ahora yo era la que parecía poseída.

—¿Y eso te da derecho a entrar en mi trabajo y ponerte a gritar? —Estaba muy enfadada con Adam y lo estaba pagando con mi novio.

—Lo siento, cariño, perdóname.

—No tienes derecho a reclamarme nada, Donovan. Tú desapareces cuando quieres, y yo no te voy a buscar a tu trabajo para montarte un numerito.

—Ya he dicho que lo siento, cariño... Ya está por favor.

Allí lo tenía delante de mí, con cara de corderito, disculpándose. ¿Y yo que hacía? Pues mirarlo

diciéndome a mí misma la clase de persona que era por comportarme así con él.

—Donovan, esto no va bien —¡Ya está! ¡Ya lo solté!

—¿El que no va bien? —me preguntó.

—Nosotros.

—Cariño —comenzó a decirme, pero yo me di la vuelta dándole la espalda.

Quería llorar. Quería gritarle que amaba a otro y quería entrar corriendo y tirarme a los brazos de Adam, pero no podía hacer nada de eso.

Primero, que no podía tirar por la borda tres años de relación con un hombre que me quería y que me trataba como a una princesa. Segundo, lo quería. Sí, quería a mi novio. Y tercero, Adam no me quería a mí. Quería follar, pero no sentía por mí lo que yo sentía por él. Así que ese era mi panorama. Una mierda, ¿verdad? *Pos sí.*

—Sé que últimamente he estado muy ocupado, y que apenas nos hemos visto pero...

Cerré los ojos y respiré. No podía romper con él por una persona que no valía la pena y no me merecía.

—No pasa nada, cariño. De verdad... —Me giré para mirarlo—. No pasa nada, es solo que estoy muy cansada y me ha hecho enfadar que hayas venido así a mi trabajo, pero nada más. La vida son cuatro días, y tenemos que hacer lo posible para disfrutarlos y ser felices, ¿verdad?

—Sí, mi princesa. Te quiero mucho, Payton. —Donovan se acercó a mí y me abrazó. Yo cerré los ojos.

—Y yo a ti.

Acabamos haciendo el amor en el coche. Después me dejó en casa y se fue, no sin antes decirme que al día siguiente pasaría a verme sobre las doce del mediodía.

Me duché. Necesitaba borrar las huellas de los dos de mi cuerpo. No quería oler a ninguno de ellos en mi piel. Estaba dolida, triste y estaba muy sola.

—Buenos días, cariño mío. —La voz de mi madre me despertó. Era sábado y tocaba desayuno con mami.

—Hola, *gordita* —la saludé dándole un beso en la cara cuando se sentó en mi cama.

—¿Cómo estás, princesa?

—Puf... cansada —le contesté, mientras estiraba mis brazos y mis piernas tumbada todavía en mi cama.

—Te he dejado el desayuno preparado, tengo que irme, cariño.

—¿A dónde? —Miré el reloj, no sabía ni qué hora era.

—He quedado con Francis —me dijo mostrándome una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Con el mismo Francis que quedaste ayer y antes de ayer? —le pregunté levantando una ceja en plan policía en un interrogatorio cuando ya sabe la respuesta.

—Sí. —Sonrió de nuevo. Me dio un beso y se levantó de la cama.

—Vaya, vaya... Eso suena muy bien.

—Por ahora va muy bien, pero no quiero ni pensarlo ni decirlo en voz alta porque temo que se vaya a gafar.

—Por mi perfecto. Que disfrutes, mami.

—Gracias, mi niña, siento mucho saltarme nuestro desayuno. Intentaré venir a comer. —Se agachó para darme otro beso—. Me sabe tan mal.

—No, mami. Por mí no te preocupes, anda ve y pásalo muyyy bien.

—Gracias cariño mío. Hasta luego.

—Hasta luego, *gordita*.

Me estiré una vez más, y cerré los ojos. No tenía ganas de levantarme de la cama. No quería, pero justo cuando estaba cayendo otra vez en los brazos de Morfeo, escuché el timbre.

¿Quién coño será un sábado a las once de la mañana? Ignoré el timbre y seguí dentro de mi camita. Otro timbrazo. Pero... ¿la gente no tiene vida propia que tiene que venir a joderme la mía?

Me levanté y me puse las zapatillas. No me paré a pensar que llevaba un camisón de verano, un tanto escaso en cuanto a la tela, antes de abrir la puerta y de encontrarme con el Dios del sexo.

## CAPÍTULO 9

—Vaya... no está nada mal tu conjuntito.

—¿Qué coño haces aquí, Adam?

—Buenos días a ti también —me saludó, sonriéndome con chulería, y pasó por mi lado hasta entrar dentro de mi casa.

—No me has respondido —le solté todavía desde la puerta.

—¿Qué quieres que te responda?

—Ya sabes lo que te he preguntado. No creo que seas sordo. —Cerré la puerta y me acerqué a él.

—No lo soy, nena. Sobre todo, cuando gritas mi nombre cuando te corres —me susurró al oído. ¡Venga ya! ¡Joder! ¡Hablarle así y ponerme cachonda de buena mañana debería ser sancionado!

—Sí, y los dramas de novios, ¿verdad? Eso los escuchas que da gusto, *mamonazo* —le solté mientras me giré para darle la espalda. La verdad es que no lo pensé muy bien porque para Adam fue la oportunidad perfecta para cogerme por la cintura y estamparme contra la pared del recibidor. La suerte fue que reaccioné a tiempo, aparté la cara hacia un lado, porque casi mis dientes me los dejo incrustados en la pared.

—¡¿Pero tú eres gilipollas o qué?!

—No me gustan los dramas de novios, y no creo que lleguen a gustarme nunca. Tampoco me gustan las discusiones de enamorados ni sus problemas y mucho menos me gusta la forma en la que me siento cuando no estás conmigo.

¿Cómo? ¿Qué coño acababa de decirme?

—No puedo, Payton. Te juro que no puedo estar separado de ti ni un segundo. Necesito besarte, tocarte, y saborearte... ¡Joder, necesito follarte!

Yo ya no estaba. Me había derretido por completo. Creí que Adam tendría que recogerme con cuchara del suelo, ya que después de escuchar eso siquiera respiraba.

—¿Qué quieres de mí, Adam?

—Quiero follarte una y otra vez, Payton, sin dramas ni historias y nada más. Déjame follarte porque no puedo más... —Clavó su erección en mi cadera y se movió ligeramente.

—Vamos a mi habitación.

—Tú dirás dónde está.

—Arriba. —Me dio la vuelta y me cogió en brazos. Entrelacé mis piernas a su cintura y lo besé. Adam respondió a mi beso enterrando su lengua en mi boca, como un depredador, devorándome con fuerza mientras subía las escaleras. Pensé que nos íbamos a matar, eso contando que llegáramos vivos hasta arriba.

—¡A la mierda la habitación! —Me dejó sentada sobre un escalón—. ¡No puedo esperar a follarte!

Se desabrochó el pantalón y se lo bajó hasta los tobillos junto con sus *boxers*. Estaba atónita mirándolo sin poder reaccionar. Se colocó de rodillas entre mis piernas y me cogió del culo para acercarme a su erección, apartó mis braguitas, y entró de golpe dentro de mí.

Yo grité. Él gruñó.

—¡Adam, el condón!

—¡Joder, Payton! Necesito sentir tu piel y cómo envuelves mi polla con su calor... Déjame disfrutarlo, tranquila, que no pasará nada... Confía en mí.

Imposible decirle nada.

Comenzó a follarme, como nunca hasta ahora lo había hecho, con fuerza, pero con dulzura. Sé que para vosotros quizá estas dos palabras no sean compatibles, pero para mí sí.

Sus embestidas eran poderosas, fuertes, rudas y certeras; pero sus besos, sus caricias, y sus brazos rodeándome con posesión y sujetándome la espalda para que no me lastimase con el escalón y su otra mano agarrándome la cabeza para profundizar el beso, eran ternura.

Adam no dejaba de penetrarme una y otra vez sin detenerse. Mis gemidos quedaban silenciados con su lengua. Mis caderas salían al encuentro de las suyas. Aquello estaba siendo demasiado. Y entonces me di cuenta que me estaba haciendo el amor.

Adam me estaba haciendo el amor por primera vez.

No estoy loca. No. Adam me estaba haciendo el amor en la escalera de mi casa, y aquello era increíblemente espectacular. Apoteósico. Épico. ¡Vamos, jodidamente bueno! Aunque no tanto como cuando me corrí agarrándome a su espalda ni como cuando él se salió de mi interior y se derramó sobre mi sexo. Ver masturbarse a Adam, justo delante de mí, y cómo vertió todo su semen encima de mi sexo sí que fue jodidamente espectacular.

¡La Virgen Santa y el Espíritu Santo juntos bailando la conga!

¡Alabado sea el señor! Pero no el señor Dios, no. ¡Alabado el señor morenazo que acaba de caerse encima de mí con todo su semen esparcido por mi piel!

—¡Joder! —gritó al darse cuenta de que acababa de pringarse como yo lo estaba.

—¿A qué es una guarrada? —Me empecé a reír a carcajadas, al ver la cara que había puesto, cuando se levantó de un salto.

—¿Puedo lavarme un poco? —me preguntó riéndose y mirándose el abdomen. ¡Dios mío, qué risa más bonita tiene el *jodío*!

—Sí, claro. —Me levanté todavía riéndome a carcajadas y lo acompañé hasta el lavabo que estaba arriba. Entré y abrí la ducha. Me saqué el camisón por la cabeza y corrí la cortina para entrar en la ducha.

—¿Puedo ducharme contigo?

—Sí —le contesté abriendo la ducha. Me mojé la cabeza y el cuerpo. Tenía los ojos cerrados cuando noté el cuerpo desnudo de Adam detrás de mí.

—¿Me dejas un poquito de agua?

—Uy.... El señor Adam, alias *don Mandón*, pidiéndome si puede lavarse, si puede entrar en la ducha y utilizando un diminutivo. Eso sin contar que has dicho «Joder» dos veces, ¿qué has hecho con Adam y dónde está?

—Solo quiero ser educado, tan solo eso.

—¿Y lo de «joder»?

—Pues eso, que hemos *jodido* en la escalera —me susurró sensualmente en el oído.

—No me refiero a eso, gilipollas. —Reí dándole un manotazo en el hombro.

—Insúltame otra vez, y te pongo el culo como la cortina.

No hace falta que os dijese de qué color es la cortina de la ducha, ¿verdad?, ¿o sí? Vale... os lo digo. Era roja. ¡Roja!

Ya estamos con los desafíos. Pero ¿este hombre no sabe que yo tengo el alma rebelde? Me parece que sí que lo sabe, je, je.

Me giré hacia él y lo miré a los ojos mientras le susurré:

—Gilipollas.

¡Ya estaba hecho! Mi boca se abrió y yo me encontré de cara a la pared, con las manos arriba y con la mano de Adam golpeándome el culo con fuerza. ¡Joder! ¡Con la piel mojada duele más!

—Veo que a mi *zorrita* le gusta que la castiguen, ¿eh?

¡Zas!

—¡Auuuu!

—Eso lo hacen los lobos, y tú eres una zorra —me susurró al oído y sin más, me golpeó dos veces seguidas.

—¿Y cómo coño hacen las zorras? —le pregunté riéndome sin poder contenerme.

—Pues hasta que no lo adivines, voy a seguir azotándote este culito tan increíble que tienes.

—Pues creo que voy a superar este rojo en la escala de color, pero de largo, porque no tengo ni pajolera idea que ruido hacen las zorras. —Me reí y él se ríó conmigo y, justo en esta aura de armonía y felicidad, sonó el timbre.

—¡Me cago en la puta! —solté al acordarme de quien tenía que venir.

—¿Quién es?

—No te lo vas a creer.

—¿Donovan?

—El mismo.

—¿Y por qué no me has dicho que tenía que venir?

—¿En qué momento, Adam? ¿Cuándo me estabas follando en la escalera o ahora que me estabas azotando? ¿Eh? —le contesté mientras salía de la ducha y me envolvía en una toalla.

Adam cerró el grifo, maldiciendo en voz baja, y cogió al vuelo una toalla que le tiré para que se secase.

Otra vez el timbre. ¡Maldita sea! No me había acordado que Donovan me dijo que pasaría sobre las doce por mi casa.

Salimos los dos corriendo del baño, con las toallas puestas, dándonos empujones y chocándonos el uno con el otro; parecía una escena de una película de los hermanos Max.

—¡Joder! —solté otra vez cuando escuché el timbre—. ¡Voyyyyy! —grité, como una loca, para que dejase de tocar el puto timbre que me estaba poniendo más nerviosa de lo que ya estaba—. Métete aquí y no salgas —le dije a Adam muy bajito mientras le abría la puerta de la habitación de mi madre.

—¡Mi ropa!

—¡Dioooooosss!

Fui al lavabo corriendo, recogí su ropa, y la metí dentro sin mirar cerrando la puerta de golpe. Después miré a mi alrededor y otra vez en el lavabo para asegurarme que no quedase rastro alguno de Adam y, al ver que estaba todo en orden, bajé las escaleras intentando recuperar la respiración.

Miré por la mirilla, y allí estaba mi novio.

¡Me cago en la puta! Me grité a mí misma antes de abrir la puerta.

—Hola cari... cariño —terminó de decir cuando me vio envuelta en la toalla.

—¡Hola! Perdona por no abrir antes, pero me has pillado en la ducha.

—Vaya, lo siento.

—No pasa nada... Esto... Voy a vestirme y enseguida bajo, mientras ponte un café.

—Vale.

Donovan se dirigió hacia la cocina, y yo me giré para subir las escaleras cuando me di cuenta de que la cartera de Adam estaba en uno de los escalones. Me agaché a cogerla cuando en ese momento Donovan salió de la cocina.

—No hay café hecho.

Me coloqué la cartera en la espalda y le respondí:

—¿Y qué tal si lo haces en un momentito? —Volvió a meterse en la cocina y yo subí de tres en tres las escaleras hasta llegar a la habitación de mi madre, abrí la puerta, y le tiré a Adam la cartera que le golpeó en la cara sin querer. Me miró enfadado, pero no me dio tiempo a disculparme. Cerré y me fui a mi habitación para vestirme lo más rápido que pude. Bajé y entré en la cocina como si nada, mientras mi corazón seguía latiendo a mil por hora.

—Ya está. Toma. —Me pasó una taza en la que vertí un poco de leche y después la metí en el microondas. Mientras miraba como da vueltas el platito de cristal, girando una y otra vez la taza, escuché a Donovan detrás de mí.

—Estás preciosa. —Dejó un beso en mi hombro y yo me giré para sonreírle.

—Gracias. —Abrí el microondas, y cogí la taza.

—Ven, vamos al comedor.

—Aquí estoy bien.

—Ya, pero quiero hablar contigo y quiero hacerlo sentados tranquilamente en el comedor. — ¡Mierda! Allí Adam iba a escucharnos todo lo que fuésemos a hablar. Mi cabeza iba a mil por hora y yo intentaba pensar cómo podía deshacerme de Donovan o entretenerlo lo justo para que Adam pudiese salir de mi casa sin que le viese.

Al final llegamos al comedor y no se me había ocurrido nada. Me giré y, cuando vi las escaleras, me vino a la cabeza lo que acababa de suceder allí y un estremecimiento recorrió mi cuerpo entero con solo mirar aquellos escalones.

—Cariño —dijo Donovan cuando se sentó y dio una palmadita al lado suyo del sofá para que me sentase allí. Hice caso a su proposición y me senté. Di un sorbo a mi taza de leche para evitar decir nada, porque os juro que no sabía qué decir en aquel momento—. He estado pensando en lo que me dijiste ayer.

«¡Oh, Dios no...! No hables de lo que hablamos ayer porque Adam lo está escuchando todo» pensé.

—Déjalo, Donovan. De verdad... anoche estaba muy cansada y dije muchas tonterías.

—No fueron tonterías, mi amor. Fue lo que sentías y todo eso me hizo pensar mucho en ti y en mí.

—Ya quedó claro, cariño. No hace falta volver a hablar de lo mismo —insistí.

—Bueno, pero déjame al menos hablar ¿no? —soltó Donovan. Por lo menos lo había intentado.

—Está bien, dime.

—Anoche cuando llegué a casa, lo pensé. Y tienes razón. La vida es demasiado corta como para negarse sueños que se pueden cumplir. —Lo miré extrañada. ¿Este era mi novio?, ¿o lo habían abducido los *aliens* metiéndole una polla alienígena por el culo y me lo habían devuelto vomitando un inmenso arco iris?—. Te quiero, Payton, y estoy dispuesto a hacer todo lo posible para hacerte feliz y para que nuestra relación siga adelante con más fuerza. Quiero compartir toda mi vida contigo. —Se levantó del sofá, cogió algo del bolsillo del pantalón y, sin dudarlo, clavó una rodilla en el suelo justo delante de mí.

—Donovan... —No pude decir nada más. Iba a hacerlo. ¿De verdad iba a pedirme que me casara con él? Porque eso era lo que pasaba en las películas cuando un hombre se arrodillaba así delante de una chica ¿no? ¿Y por qué en esos momentos deseaba que los alienígenas vinieran a por mí para llevarme? Y no por la polla alienígena... ¡ojo!

¡Ay, Dios mío! Mi vida pasó por delante de mí en un segundo. Este hombre me amaba, y yo tenía encerrado a un hombre en la habitación de mi madre, con el que acaba de *chuscar*, escuchando todo lo que allí estaba pasando. Siendo realista, tengo que reconocer que Adam me había follado como los dioses pero no me amaba como lo hacía Donovan.

¡Oh, Diosito de mi vida! Os juro que quise desvanecerme. Tele transportarme como los de *Star Trek*, de una nave a otra, ya que estaba segura de que hasta mis orejas se habían puesto de punta como al comandante Spock.

—Payton, ¿quieres casarte conmigo?

¡Joder! ¡Joder! ¡Joder, joder, y joder! ¡Todos los joder del mundo juntos!

—Sí.

¡Tócate los huevos! ¿Qué coño acababa de hacer? ¿Cómo narices mi boca se acababa de adelantar a mi cerebro? ¡Me caguentooooo! ¿Por qué cojones he tenido que decir que sí?

—¿De verdad, cariño?

«No me lo hagas repetir capullo», pensé.

—¡Oh, mi niña! ¡Oh, cariño mío! ¡Qué feliz me haces! —Donovan me abrazó llorando. Quedaba confirmado que los alienígenas le habían dado *mandanga de la buena* a mi novio, y que yo acababa de sentenciar mi vida en el momento, puesto que levanté la vista hacia arriba y vi la mirada de Adam quemarme viva.



## CAPÍTULO 10

—¡Vamos a decírselo a todo el mundo! ¡Ahora mismo!

—Donovan... espera... yo... —Donovan se giró y me miró extrañado por mi reacción.

—¿No quieres que todo el mundo sepa que vamos a casarnos?

—No es eso, es solo que... primero quiero decírselo a mi madre. No quiero que se entere por terceros. Es algo que yo le debo decir, ¿no crees?

—Tienes razón. —Se acercó hacia mí y me volvió a abrazar y cuando se separó me besó. Sin embargo, yo respondí brevemente a su beso y me separé.

—¿Por qué no pasas a buscarme más tarde y salimos a comer para celebrarlo? Así espero a mi madre y le explico esta increíble noticia.

—Me parece perfecto, así aprovecharé para decírselo a mis padres. ¡Qué ilusión les va a hacer! Pasaré a por ti en una hora o así.

—Vale. —Me dio otro beso y, por fin, salió de mi casa. Cerré los ojos y suspiré antes de subir las escaleras.

Cuando llegué a la puerta de la habitación de mi madre, me la encontré cerrada de nuevo, entré y me encontré con Adam que estaba sentado en la cama mirando al suelo.

—Enhorabuena, futura señora Loorten. —Aquellas palabras salieron de su boca con rabia.

—No sabía qué decir... yo...

—A mí no tienes que darme explicaciones. Has tomado la decisión que tenías que tomar. Cásate y vive tu historia de amor, eso es lo que tienes que hacer, Payton. —Se levantó y se acercó a mí. Lo miré fijamente, y sus ojos no me estaban diciendo lo mismo que sus palabras.

—Dime que no me case con él, y no lo haré —le dije. Adam me miró y elevó sus labios dibujando una fría sonrisa.

—No pienso decirte nada de eso, Payton.

—Adam...

—Tranquila... Esto no tiene por qué acabar. Podemos quedar cuando quieras pasar un buen rato, y puedo follarte cuando tu *maridito* no te dé lo que necesitas.

—No lo dices en serio —le contesté. Intentaba contener mis lágrimas, pero no pude. Aquella forma de hablarme, después de la manera en la que acababa de hacerme el amor, me dolió mucho.

—No sé cómo ser más claro contigo, nena. Puedo follarte cuando quieras, pero nada más. De mí no tendrás romanticismo ni bodas ni dramas de novios y mucho menos una boda. Conmigo no, Payton.

—Sal de mi casa.

—Ahora mismo. —Cuando pasó por mi lado, y comenzó a bajar las escaleras, mi cuerpo

reaccionó y me acerqué a la barandilla para gritarle—: ¡Sal de mi vida!

—Ya sabes... si quieres una buena despedida de soltera, llámame.

—¡Fueraaaa!

Adam cerró la puerta al salir de mi casa, y yo caí de rodillas en el suelo llorando desconsoladamente. Sabía lo que había sentido con Adam hacía tan solo unos minutos, eso no me lo había inventado. Me lo había dicho todo con la manera en la que me había mirado. Estaba dolido y, por eso, me había hecho daño ahora. Esa era su forma de actuar cuando le hacían daño, y él hacía más. Y lo había conseguido porque sentía un nudo en el estómago que no me dejaba respirar.

Mi madre no vino a comer, y a la hora, tal y como dijo, Donovan pasó a recogerme. Salimos a comer y luego dimos un paseo por el puerto hasta que llegó la hora de ir a trabajar.

—Llama a Gary y dile que estás mala. Podemos pasar la tarde juntos si quieres.

—Hoy habrá mucha gente, no puedo dejar a Adam solo con todo. —Aquel nombre me quemó los labios cuando lo pronuncié.

—¡Que le den a Adam!

—¿Por qué dices eso?

—Ese tío es un *capullo* engreído. No me gusta que esté cerca de ti. —En lo de *capullo*, estaba de acuerdo con él, pero en lo de que no esté cerca de mí, me sorprendió y más viniendo de Donovan. ¿Qué me había perdido?

—¿Por qué dices eso? Pensé que erais amigos. —Aproveché para sonsacarle la verdad de todo aquello puesto que la tensión, que había habido entre los dos, fue demasiado palpable como para pasarla por alto.

—¿Amigos? Lo fuimos una vez hasta que su novia se enamoró de mí.

—¿Cómo? —Me había perdido. Adam y Donovan... ¿rivales por una mujer? Esto me parecía surrealista.

—Éramos más jóvenes y todos salíamos en la misma pandilla. Adam salía con una chica por aquel entonces y estaba muy enamorado de ella. —¿Adam enamorado? No podía creerlo—. Entonces ella se enamoró de mí y me lo confesó una noche. Nos liamos y empezamos a vernos a escondidas sin que él lo supiera. —Si me pinchaban en ese momento no me sacaban sangre. Estaba allí de pie delante de Donovan, escuchando todo aquello, y no podía creérmelo—. Pero se enteró. Nos pilló juntos... besándonos en mi coche. Nos peleamos, y él se marchó de la ciudad. Desde entonces, no lo había vuelto a ver hasta la otra noche en el bar. No sabía que había vuelto y, mucho menos, que trabajaba con mi novia.

—¿Por qué no me lo has contado antes?

—No es algo que me guste ir explicando y mucho menos a mi novia. Además no lo sabe mucha gente pues intentamos mantenerlo en secreto, sobre todo, por la reputación de ella y por la de él.

—¿Por la de él?

—Ese hombre tiene una mente perversa. Según me explicó Lisa, le gustaba atarla y pegarle, y ella le tenía miedo. ¿Cómo puede un tío azotar a una mujer mientras se la folla como si fuese un animal? ¡Ese cabrón está loco!

Un rubor tiñó mis mejillas, sentía como el calor se apoderaba de mi cuerpo al escuchar esas acusaciones. Ciertamente era, Adam le gustaba azotar mientras te follaba pero, detrás de aquel dolor, solo había placer.

—¿Cómo se llamaba? —No sé porqué pregunté eso, pero sentía una necesidad inexplicable de cambiar de tema.

—Lisa. —¿Lisa? ¿Ese había sido el nombre de la mujer que Adam amó?

—¿Por qué le hiciste eso? Se supone que erais amigos, ¿no?

—Yo no lo planeé, Payton. Surgió así. Al principio, la rechacé pero ella insistía hasta que al final.

—Te la follaste.

—No hables así.

—¿Cómo quieres que hable, Donovan? Te follaste a la novia de tu amigo y ¿ahora te molesta que trabaje conmigo?

—¿Has escuchado algo de lo que te he explicado? Lisa le tenía miedo, no quería seguir con él.

—Pues que lo hubiese dejado.

—¡Él le pegaba! ¡La maltrataba!

—¡Le azotaba mientras follaban! ¡Eso no es maltrato! —¿Por qué coño lo estaba defendiendo?

Entonces fue cuando analicé toda la conversación. La bombilla se me encendió.

Adam estaba haciendo lo mismo conmigo. Adam se estaba vengando de Donovan follando conmigo. ¿Cómo podía haber sido tan idiota de no darme cuenta? Porque yo no sabía lo que había pasado entre mi novio y él en el pasado, pero ahora sí. Ahora lo entendía todo. Adam me estaba utilizando para su *vendetta* personal con mi novio. Eso sí que no. A mí no me utilizaba nadie, y menos un *capullo* resentido como él.

Y yo, ignorante de mí, había pensado que Adam estaba sintiendo algo más y que la proposición de Donovan le había dolido. Desde luego que tenía que dejar de leer novela romántica porque me estaba afectando el cerebro.

—¿Y qué paso con Lisa? ¿Por qué no seguisteis juntos?

—Ella se fue con sus padres a vivir a Brasil. A su padre lo mandaron a trabajar allí, y se fueron todos.

—¿Lo dejaste con ella entonces?

—Intentamos mantener la relación a través de carta y teléfono, pero era imposible. Ni yo tenía dinero para ir a verla ni ella podía tampoco venir aquí, así que la relación se terminó —me contestó Donovan. Ya no le pregunté nada más. No quería saber más detalles. En cualquier pareja normal, la novia se pondría celosa al encontrarse con esta información sobre su novio, ¿verdad? Pues en mi caso, no. En ese momento lo que sentía eran unos celos de muerte al saber que Adam había estado enamorado de esa mujer.

No volvimos a hablar del tema. Me dejó en el trabajo y se fue.

Cuando llegué todavía era pronto, y Adam no había llegado, así que me cambié, me puse el delantal, y me puse a colocar vasos limpios en la parte baja de la barra.

A los pocos minutos, llegó el hombre del que me había enamorado completamente y el cual me estaba utilizando a su antojo como una auténtica palurda.

Adam entró con una chaqueta negra en la mano; a pesar de hacer calor se ponía la chaqueta para protección en la moto. Allí estaba: guapo a rabiarse, *sexy*, duro, frío... Pasó por delante de la barra, sin mirarme, y fue directo al despacho de Gary.

Allí me quedé con cara de gilipollas y con el trapo en la mano.

Había quedado claro que a pesar de lo ocurrido, de haberlo echado de mi vida, él seguía estando arriba y yo abajo, completamente por debajo.

Me quedé alucinada cuando pasados unos minutos, Adam salió del despacho acompañado de

Gary y se plantaron delante de la barra.

—Adam ha venido a despedirse. Ya no trabajará más con nosotros —me informó mi jefe. Pero yo no lo miré a él, fijé mi vista en Adam que a su vez ni me miraba.

—Vale, pues que vaya bien —le contesté girándome con la bandeja llena de copas para colocar en el estante de atrás.

—Hasta pronto. —Fueron las palabras de despedida de Adam. No quise responderle.

Se fueron hacia la puerta. Gary hablo algo con él y luego Adam se fue. Mi jefe se acercó a la barra y se sentó.

—Ponme una cerveza, Payton. —Dejé las copas y le serví un botellín. Me mordía la lengua por no preguntarle el porqué de que Adam se fuese del bar, pero no hizo falta morderme mucho porque mi jefe empezó a hablar.

—¡Qué lástima que se vaya! El chaval es muy majo y el bar va mucho mejor desde que él estaba aquí —comenzó a soltar así sin más delante de mí. «¡Hola, yo estoy aquí y trabajo para ti desde hace mucho y que yo sepa el bar iba de maravilla conmigo!»— pero bueno... es lo que tiene cuando uno tiene el alma rebelde e indomable.

¿Qué coño es eso del alma rebelde e indomable? ¿Por qué narices se ha ido del bar? ¿Es por qué yo le dije que saliera de mi vida? ¿Me estaba haciendo caso?

—¿Por qué se ha ido? —le pregunté al final.

—Me ha dicho que quería dejar el bar durante una temporada.

—Pero ¿por qué? —volví a insistir. Todavía no me había dado una respuesta coherente.

—Asuntos personales —me soltó mi jefe.

¿Asuntos personales? ¡Y una mierda! Quería respuestas y las tendría esa noche, en cuanto acabase de trabajar pensaba plantarme en su casa para que me dijese a la cara por qué narices huía.

\*\*\*

Adam abrió la puerta de su apartamento casi como su madre lo trajo al mundo. Llevaba el torso desnudo y unos *boxers* puestos. Una imagen realmente maravillosa. Aparté momento *playboy* y me centré en lo que había ido allí.

—Sé toda la verdad.

—¿De qué? —me preguntó apoyado al marco de la puerta. Su semblante era serio y, por lo que veía, no pensaba dejarme entrar.

—Sobre Lisa.

«Ahí le he *dao*».

Y por su reacción obtuve la respuesta. Me cogió del brazo, tiró de mí con fuerza, y me metió en su apartamento. Cerró la puerta con el pie dándole una patada; la miré de reojo a ver si se había *descuajeringao* pero no, la puerta seguía resistente en su sitio.

—¿Qué coño estás diciendo, Payton?

—Tú ya lo sabes, no me hagas contarte toda la historia puesto que tú la viviste en primera persona.

—¿Te la ha contado el *capullo* que tienes por novio?

—Así es.

—¿Y te ha contado toda la verdad?

—Por supuesto —le contesté muy segura. Pero pensándolo bien... ¿qué coño sabía si era toda la

historia o solo su versión?

—¿Estás segura de que no te ha contado solo su versión? —me preguntó Adam levantando una ceja.

«¿Este tío tiene el poder de leerme la mente?», pensé mosqueada.

—Explícamela tú y yo veré si la historia está completa.

—Vete de aquí. —Se giró y me dio la espalda. ¿Me acababa de decir que me fuese?, ¿me estaba echando?

—No pienso irme. —Mi lado rebelde se negaba a irse. La verdad es que quería saber qué coño pasaba ahí y por qué narices me estaba utilizando para su propia venganza. Aunque también tenía que reconocer que estaba en su casa y, si él quería, podía echarme o mandarme a la mierda. Por ahora estaba en el plan A, pero si seguía tocándole los *huevos* supongo que pasaría al plan B *en cero coma*.

—¿Qué cojones quieres, Payton? ¿Eh? ¡Dímelo!

¡Joder, joder, joder! Se giró hacia mí y me mantenía empotrada en la pared con su cara a escasos centímetros de mí.

Yo debo de tener una vena masoca más gorda que mis dos piernas juntas porque en ese momento Adam estaba frente a mí, totalmente fuera de sus casillas, y no se me ocurrió otra cosa que gritarle.

—¿Y tú?! ¡¿Qué cojones quieres tú de mí?! ¡¿Eh?! ¡¿Eh?!

Seguro que mi vida acababa en ese momento, ya que me iba a agarrar del cuello hasta ahogarme y luego escondería mi cadáver en la bañera con hielo para que no oliese hasta que pudiese llevarme al bosque y enterrarme.

¡Pues no! Mi muerte no llegó. Lo que llegaron fueron sus labios sobre los míos y sus manos cogiéndome y levantándome del suelo.

Mis piernas se fueron, al lugar al cual pertenecían cuando estaba con él, a sus caderas; su boca devoró sin cesar la mía hasta que llegamos a su habitación y me tiró a la cama. Literalmente hablando, me tiró.

Caí como una cucaracha boca arriba con los brazos y las piernas levantadas. Pero antes de moverme, tuve a Adam encima de mí, completamente desnudo. Me mordió el lóbulo de la oreja y después deslizó su lengua por mi cara.

—Sé lo que necesitas, mi *zorrита* y te lo voy a dar, créeme...

Mi cuerpo temblaba pero no de miedo, ¿o sí? No lo sé. Me sentía expectante, pero tenía pavor a lo desconocido y a mí misma. Sin conocer apenas a ese hombre, después de lo vivido con él y, de todo lo que ya sabía, no me había costado cederle ese control de mi cuerpo en cuanto me lo pidió. Ni siquiera le había contradicho ni mucho menos me había resistido. Era como si mi cuerpo ya lo conociese, y no me daba miedo de lo que iba a hacerme.

Cada vez mi respiración se aceleraba más. Me sentía observada; era algo instintivo. Sin verlo lo podía sentir; sabía que estaba ahí observándome.

Confieso que apenas me reconocía en aquel momento. Estando así era como abandonar esa sensación de ser otro más, no sé cómo explicarlo. Era como si de esta forma, yo dejase libre mi mente y me entregase al hombre, que estaba delante de mí, en total profundidad.

En ese instante me entregaba a Adam, no solo de una forma física sino mental y espiritual. Era

verdaderamente increíble sentirme en sus manos, completamente entregada.

Me importaba mucho complacerle, satisfacerle. Adam me entendía mucho más de lo que yo lo hacía.

Él conocía esa parte de mí que yo no había sido capaz de conocer. Su intensidad me dejaba sin oxígeno y me consumía. Nadie entendía mi propia necesidad como lo hacía él. No había nadie como él.

—Me encanta observarte. —Su voz ronca me devolvió a la realidad. No podía moverme, tenía las manos atadas a mi espalda, y estaba de rodillas encima de su cama.

Dio la vuelta a la cama y se colocó delante de mí. Su pelo negro caía por su cara, levantó la mano y se lo retiró hacia un lado. Ese gesto se fue directamente a mi húmeda entrepierna.

—Adoro verte entregada a mí de esta manera, pequeña. Preparada para aceptar lo que quiera hacerte.

Aquello me dio miedo pero al notar mi reacción, se acercó y acarició mi mejilla.

—Jamás te haría daño, Payton. Confía en mí. —Asentí—. Ahora solo somos tú y yo. Ni dramas ni novios. Ni pasado. Nada. Tú y yo. —Volví a asentir.

Me acarició la cara y salió de mi campo de visión. Enseguida noté su peso que se hundía en la cama detrás de mí. Colocó su mano en mi nuca y me colocó, hacia delante, de forma que quedé con mi cara en la almohada y mi culo totalmente en pompa para él.

—Adam...

—Relájate. Todo irá bien.

Aquello sí que me dio miedo. No me había dicho lo que me iba a hacer, y yo no se lo había preguntado pero estar tan abierta y expuesta a él, me asustaba.

—Déjame que te prepare, sino va a dolerte, y mucho.

Ahora sí que estaba asustada.

—Adam... yo...

—Lo sé. Solo cállate, ¿quieres? —Me callé de golpe.

Sus dedos comenzaron a maniobrar entre mis pliegues. Estaba asustada, pero me moría de ganas por sentirlo dentro de mí como fuese. Lentamente los movía de arriba abajo, y después hacía presión en mi clítoris. Mi cuerpo reaccionaba asu tacto; era inevitable. Sabía dónde y cómo tocarme para tenerme entregada totalmente a él sin ningún problema.

Introdujo un dedo en mi sexo y después lo sacó. Así lentamente una y dos veces. Después añadió un segundo y luego un tercero. Sus movimientos lentos solo hacían que me desesperase aún más, así que decidí moverme para sentirlo más profundamente en mi interior y ese gesto me costó un fuerte azote en el culo.

—No te muevas.

Otra orden. Mi vena masoca junto con la vena rebelde hicieron piña y se fueron de parranda juntas; así que me moví otra vez y ¡zas! Otro azote más fuerte que el anterior.

Recibir ese dolor, con sus dedos dentro de mí, me estaba dirigiendo a un orgasmo de película, y yo lógicamente quería más. Mi culo se movió otra vez casi por inercia, pero cuando noté un dedo suyo en mi ano, me estuve totalmente quieta. Estática. Vamos como la Venus de Milo.

—Ahora sí que te estás quieta, ¿eh, zorra?

—No lo he hecho nunca.

—¿El qué?

—Ya lo sabes.

—No lo sé, si no me lo dices tú. —«¡Ainss, qué coraje me daba cuando empezaba así!».

—¡Que no me han dado por culo nunca! ¿Satisfecho? —«¡Hala! ¡Ya estaba dicho!».

—Todavía no. Lo estaré cuando folle tu culito virgen.

Una humedad fría en mi culo y dolor, mucho dolor, es lo que acababa de sentir.

Grité y me retorcí pero me sujetó fuerte de las manos que tenía atadas y me mantuvo quieta en el sitio.

—No la he metido del todo, así que estate quieta.

—¡Cabronazo! —le grité. Adam se tumbó encima de mi espalda y me agarró la cabeza con fuerza estampando su boca en la mía y, aunque la posición era difícil de cojones, metió su lengua con brutalidad y desesperación en mi boca mientras su polla hacía lo mismo en mi culo.

Mi reacción al dolor fue morderle el labio, apartó su boca de la mía, y se lamió la sangre que tenía. No podía mirarle bien por mi incómoda posición, pero estaba segura que se había enfadado. ¡Que se jodiese por hacerme daño! Me quedé con las ganas de hacerle ese mismo comentario en voz alta, pero al ver que él también se mantenía callado, yo hice lo mismo.

Entonces metió una mano entre mis piernas, y comenzó a acariciarme el clítoris sin parar, con fuerza y rapidez, mientras se sumergía más en mi interior.

El dolor y el pinchazo, que antes sentía en mi culo, abrieron paso a un placer increíble.

—Perdona por lo de antes, pero es muy difícil mantener el control cuando estoy contigo, nena.

¡Oh, Dios! ¡Aquellas palabras me mataron! Me moví para poder sentirlo todavía más profundo.

—Joder, Payton, vas a volverme loco —me dijo con voz ronca. Apenas podía respirar; tenía la cara estampada contra la almohada y mis brazos me dolían por tenerlos atados detrás en mi espalda pero el placer tan brutal, al que me estaba sometiendo, era imposible describirlo con palabras.

—¡Más!

—Pídemelo, Payton.

—¡Oh, Dios, Adam! ¡Por favor, más, quiero más!

—Te gusta cómo te follo este culito tuyo, eh?

—Sí... ¡Dios, sí!

—Y a mí me gusta follártelo. Tu culito apretado me está volviendo loco, te juro que no voy a durar mucho más.

—Estoy... a... punto...

—Suplícamelo, Payton.

—Por favor, por favor, quiero correrme, Adam.

—¡Joder! ¡Cómo me gusta que me supliques mientras te follo, zorra! —No sé bien cómo lo hizo solo sé que sentí mi cabeza moverse mientras tiraba de mi pelo con fuerza, me embistió dos veces más y presionó mi clítoris con sus dedos. Y llegó la explosión de placer más impactante que había sentido nunca.

Ya sé que siempre que he follado con Adam he dicho lo mismo, pero *joder* es que cada experiencia con él era nueva para mí, y ese orgasmo tan brutal no lo había sentido en toda mi vida

Su cuerpo cayó a mi lado. Abrí los ojos que había cerrado por el placer y lo miré.

—Guauuu —soltó sonriéndome.

—Guauuu —respondí con otra sonrisa.

—¿Estás bien?

—Perfecta, aunque lo estaré más si me desatas.

—Ahora mismo. —Comenzó a desatar mis manos y, por fin, pude volver a sentir mis brazos de

nuevo. La sangre comenzó a volver a su sitio y me abracé a la almohada para seguir con mi postura boca abajo. Enseguida escuché unas notas de una canción. Era *Always* de Bon Jovi. Preciosa canción y una de mis favoritas de ese grupo.

Adam volvió a colocarse a mi lado boca abajo también y clavó su mirada en la mía.

—¿Te gusta esta canción? —me preguntó.

—Es una de mis favoritas.

—Pues para mí es mi única favorita. —Me gustó que compartiera eso conmigo. Quise abrazarlo y ponerme a llorar, pero me contuve cuando empezó a hablarme—. Yo la amaba...

Adam acababa de confesarme que la amaba. Amó a Lisa.

Acababa de darme por culo, me había corrido de una manera apoteósica con él y ¿me había soltado eso? ¿Conocéis la expresión «cortar el rollo»? Pues estoy segurísima que Adam la inventó.

Volví atrás como en las películas, cuando rebobinas las imágenes hacia el principio, y recordé que entré exigiéndole la verdad y eso es lo que él estaba haciendo. Me estaba contando su verdad.

—Ella y yo llevábamos juntos un año. Estábamos en el mejor momento y éramos muy felices, o por lo menos yo lo era... —Colocó el codo en el colchón y apoyó su cara en la palma de su mano—. Teníamos un grupo de amigos con los que quedábamos muy a menudo, salíamos de copas, a bailar, hacíamos excursiones con las motos... Todo iba genial hasta que Donovan entró en nuestro grupo. Uno de nuestros amigos lo conocía y estaba estudiando con él la carrera de medicina, así que nos lo presentó y lo acogimos como uno más. No me di cuenta de cuando empezó verdaderamente su flirteo ni si lo hubo, pero al poco tiempo Lisa cambió conmigo.

Ya ha salido su nombre. No sé porqué pero me duele mucho escucharlo en sus labios. Saber que ha existido una mujer que ha sido dueña del corazón del hombre que tengo ahora mismo delante, me hierve la sangre.

—¿Cómo cambió? ¿A qué te refieres?

—Ella estaba más distante, más fría. Ya no quería besarme, abrazarme... y mucho menos tener sexo conmigo.

¡Oh, oh! ¿A qué me sonaba eso?

—¿Entonces ya estaba con Donovan?

—Supongo. No sé exactamente cuándo empezó algo entre ellos, pero de lo que si estoy seguro es que Donovan se encargó de que me enterase.

—¿Cómo?

—Mi novia me envió un mensaje diciéndome donde habíamos quedado todo el grupo para esa noche y la hora, así que me estaba vistiendo cuando volví a recibir otro mensaje, pero esta vez de tu novio. Me decía que habían atrasado media hora porque a uno de ellos no le daba tiempo y para no estar esperando nos avisaban para acudir más tarde. Cuando llegué estaban todos menos ellos dos. Llamé a Lisa, pero no contestó. Llamé a Donovan y tampoco contestaba. No sabía que pasaba, pero estaba preocupado. Sin pensarlo, cogí la moto y me dirigí hacia la casa de mi novia. Cuando iba llegando en mi moto, vi el coche de Donovan aparcado en la puerta del edificio de Lisa. Y cuando me acerqué, supongo que tu novio te habrá dicho lo que encontré.

—Se estaban besando.

—No.

—¿No?

—No se estaban besando, estaban follando.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes, Payton. Mi novia y Donovan estaba follando como locos en el asiento de atrás de su coche.

—¿Qué hiciste?

—¿Tú qué crees?

—No creo que reaccionases muy bien, dada la situación.

—Pues reventé la ventana del coche con mi puño. Lisa gritó, Donovan me miró con los ojos como platos, y entonces abrí la puerta como pude con la mano envuelta en sangre y le agarré del

cuello. Tiré de él hacia afuera y le pegué un puñetazo que lo tumbé en el suelo. Me lancé a por él dándole patadas donde me pillaba, pero Lisa tiraba de mí llorando y gritando. Como era de esperar, ante tal espectáculo, la policía no tardó en llegar.

—No sabía nada de eso.

—Te dije que Donovan te habría contado su versión de fantasía.

—¿Qué pasó con la policía? —le pregunté. Adam había cambiado de posición en la cama. Se había colocado boca arriba, apoyado en la almohada, con los brazos cruzados detrás de la cabeza. Yo seguía boca abajo, abrazada a la almohada, aspirando su olor y contemplando a aquel hombre que me estaba contando su pasado.

—Nos llevaron al calabozo y tras unos minutos nos tuvieron que separar porque no dejábamos de pelearnos. Fue una noche de mierda. Al día siguiente, nos soltaron, mi padre vino a buscarme, y me dijo que se avergonzaba de mí. Así que en cuanto llegué a mi casa, metí ropa en una mochila, cogí el dinero que tenía guardado para comprarle un regalo a Lisa, y salí de aquí montado en mi moto. Salí de este pueblo.

—¿Así, sin más?, ¿sin hablar?, ¿sin explicaciones?

—¿Qué explicaciones querías que diese o que obtuviese? Lo que vieron mis ojos fue lo que necesité para saber todo lo que estaba pasando. Tenía pruebas fehacientes para mandarlos a los dos a la mierda.

—¡Joder!

—Lo peor fue cuando me llamaron del hospital y me dijeron que mi padre estaba muy mal. Había tenido un accidente con su furgoneta, había bebido mucho, y el golpe que había recibido en la cabeza acabó con él. No me dio tiempo a despedirme de él porque cuando llegué ya había muerto.

—¡Oh, Adam! Lo siento mucho...

Nos quedamos en silencio hasta que él volvió a hablar.

—Volví a irme de este lugar. Empecé una nueva vida lejos de aquí y todo fue gracias a un amigo que me prestó su casa hasta que pude encontrar un trabajo. Al poco tiempo, me enteré de que Lisa se había mudado a Brasil, y Donovan había conseguido su carrera de Medicina. Si te soy sincero no quería saber nada de ellos, de nadie, y mucho menos de Lisa. La amaba, y ella me había hecho mucho daño. Quise morirme cuando la vi con otro hombre, pero huir de aquí por ella y no poder despedirme de mi padre, eso sí que fue lo más doloroso que puede sentir una persona.

Me quedé durante unos segundos callada. Aquel relato me estaba haciendo más daño del que pensaba que me iba a hacer.

—¿Cómo lo superaste?

—Viviendo, Payton, y pensando solo en mí —me contestó fríamente.

—¿Por eso ahora estás tan cerrado al amor?

—No creo en el amor.

—Pues para no creer en él, cantas canciones de amor y escuchas canciones de amor. —En ese momento sonaba *Bed of roses*, también de Bon Jovi. Adam sonrió mirando al techo.

—Aunque las escuche o las cante, yo no las he escrito. No son mías. Me gustan por la composición, por su música, los acordes, el bajo... por miles de cosas, pero no por que canten al amor.

—Lo siento mucho.

Adam se giró hacia mí para mirarme.

—Tú no tienes culpa de nada.

—Pero Donovan...

—Tu novio fue un *capullo*. No por liarse con mi novia sino por qué no estaba enamorado de ella. Fue el morbo de lo prohibido lo que le atrajo de Lisa.

—¿Igual que a ti conmigo?

—¿A qué te refieres, Payton?

—A qué... ahora te atrae ese morbo de tenerme para poderle devolver el golpe a Donovan.

—Estás equivocada. Muy equivocada.

—Pues no lo entiendo.

—Cuando te conocí en el bar de Gary, no sabía quién eras. No tenía ni idea de que Donovan fuese tu novio hasta el otro día que lo vi entrar en el Rock and Coffee. Ese día quise que se me cayera el techo encima. Primero, por verlo y, segundo, por saber que la mujer que me atraía era novia del ese *capullo*.

—¿Entonces yo no formo parte de esta *vendetta* entre Donovan y tú?

—No, Payton, no formas parte de ninguna *vendetta*. De hecho, me he ido del bar. No quiero seguir trabajando a tu lado y no quiero saber nada de tu novio nunca más.

—¿Te marchas de Mill Valley?

—Sí.

—¿Huyes de nuevo? —La mandíbula de Adam se tensó. Su mirada se tornó más fría.

—Yo no huyo —me contestó.

—Pues no te vayas, por favor. Sea lo que sea, esto que tenemos, no te vayas.

—No sé por qué me estás pidiendo esto, a mí.

Me quedé mirándolo por unos segundos. No sabía que responderle. Tenía razón. ¿Por qué le estaba pidiendo que no se fuera? Pues porque estaba locamente enamorada de él y me negaba a perderlo, pero era algo que no podía decirle. Entonces no saldría corriendo sino volando.

—Da igual. —Me incorporé en la cama y comencé a buscar mi ropa.

—Ahora la que huyes eres tú.

—Será mejor que me vaya.

—Te llevo en un momento. —Se levantó de la cama para comenzar a vestirse.

—No, mejor no —le dije muy seria.

—Payton, no voy a dejar que te vayas sola a casa a estas horas. —Se colocó una camiseta que había sobre la silla.

—Cogeré un taxi.

—No seas tozuda. —Cogió los pantalones y, antes de colocárselos, le interrumpí.

—Adam. —Se detuvo y me miró fijamente con los pantalones en la mano totalmente quieto—. Déjame irme sola, por favor. Necesito estar sola.

—Está bien, pero mándame un mensaje cuando llegues a casa, ¿vale?

—Vale. —Me colgué el bolso y, sin despedirme ni decir nada más, salí de su casa.

Me detuve en la escalera unos segundos. Mi corazón iba a cuarenta pulsaciones por minuto. En mi interior, deseaba con todas mis fuerzas dar la vuelta y hundirme de nuevo en sus brazos pero, por otro lado, sabía que tenía que poner distancia entre él y yo. Aquello no estaba bien, y no podía continuar esa relación. ¡Dios mío, pero si me iba a casar! ¿Cómo podía seguir actuando así?

No pude dormir en toda la noche. No hacía más que dar vueltas y pensar en él. Antes de dormirme, había recibido un mensaje de Donovan.

«Oficialmente ya es tu cumpleaños, cariño. Muchísimas felicidades, futura esposa. Te paso a buscar mañana después de tu turno y lo celebramos ;) Te quiero».

Lógicamente, no le envié ningún mensaje a Adam para avisarle de que había llegado. Estaba muy resentida con él. Me dolía su verdad. Me dolía su sinceridad. Me dolía que no me amara.

A la mañana siguiente, tuve que enfrentarme al momento en que le daría el notición de mi futura boda a mi madre.

—¡Felicidades, mi preciosa hija! —Se acercó mi madre dando saltitos para abrazarme, achucharme y besarme cuando entré en la cocina.

—Gracias, mamá. —Sonreí apartándola un poco—. ¡Ya, vale ya!

—Siéntate que te he preparado el desayuno antes de irme a trabajar —me contestó sonriente. Me senté en un taburete frente a la encimera donde ella estaba colocando unas tortitas recién hechas que olían de maravilla.

—Muchas gracias, están buenísimas —le contesté, dando un bocado a una de ellas.

«¿Cómo coño le explico yo esto?», pensé.

—¿Qué te pasa?, ¿tienes mala cara? ¿Te preocupa algo? —Los rayos X de mi madre realmente me llegan a asustar y mucho. Es una mezcla entre Magneto y El Profesor, el calvo ese que dirige a los X-Men.

—Mamá, tengo que comentarte algo muy importante...

—¡Estás embarazada! —gritó con cara de horror.

—¡Nooooo! ¡Joder, mamá, déjame por lo menos que termine la frase!

—Está bien, está bien...

—Donovan me ha pedido que me case con él. —Ningún músculo del rostro de mi madre se movió. Creo que hubiese preferido que llevase una criatura en el vientre.

Pensé que le había dado un *yuyu* porque no era capaz de reaccionar, pero antes de comenzar a moverla para que reaccionase, me preguntó.

—¿Y tú que le has dicho?

—¿Tú qué crees?

—Que no.

—¡Por supuesto que le he dicho que sí, es mi novio desde hace tres años!

—No tiene nada que ver el tiempo, hija. Lo importante es lo que tú sientas por él.

—Yo lo quiero, mamá.

—Pero no estás enamorada de él. Se te nota en los ojos cuando te veo a su lado. Esa chispa del amor no la veo en ti, y el matrimonio, hija, es algo muy serio para tomarlo a la ligera. Sois jóvenes, pensaros bien las cosas. Sea lo que sea, te apoyaré en lo que decidas y siempre estaré a tu lado. Termínate el desayuno, cielo. —Me dio un beso en la frente y salió de casa, dejándome peor de lo que ya me sentía.

Tenía un gran problema encima, del que no sabía ni cómo salir. Estuve dándole vueltas a la cabeza durante todo el día. Lo mejor sería esperar a que Donovan me recogiese esa noche y así hablar con él de que nos habíamos precipitado y de que podíamos esperar un poco más.

¿A quién pretendía engañar? Yo lo que estaba era enamorada hasta las trancas de otro hombre

que no era él. ¿Cómo iba a casarme con Donovan si amaba a Adam?

## CAPÍTULO 12

Soy mala. No hay más palabras para describirme. Eso era yo.  
¿Cómo podía estar haciendo esto a la persona con la que llevaba tres años?

Eso es lo que pasó por mi mente cuando abrí la puerta del bar por la tarde para comenzar mi turno de trabajo y todo el mundo gritó: «¡Sorpresa!».

Donovan se acercó hacia mí sonriendo y me levantó a lo *Oficial y Caballero*, plantándome un beso de película y susurrándome al oído: «Felicidades, cariño».

Cuando me dejó en el suelo, más mareada que una vieja en la Olla Cachonda de la feria del pueblo, todos se acercaron a felicitarme, besarme, abrazarme y más de un viejo, que no conocía de nada, a sobarme más de la cuenta.

—Vaya sorpresa, ¿eh? —Esa voz vino de detrás de mí y no hizo falta que me girara para saber quién era.

«Mala», de nuevo apareció esa palabra en mi mente seguida de muchas otras: cruel, traidora, sucia, zorra... No, esa no. Esa palabra me hacía temblar de excitación cuando recordaba que Adam me llamaba así. Así que ahora mismo esa palabra no encajaba en mi autoflagelación.

Vale... Maléfica, a mi lado, era como la niña ñoña y pija rubia esa de la serie de dibujos de *Candy Candy*. Pero ¿qué podía hacer ya? Ya tenía los billetes de primera para viajar al infierno.

—Sí, ha sido una sorpresa, al igual que verte a ti aquí. —Me giré y lo miré.

—De eso se tratan las sorpresas. —Me guiñó el ojo.

Yo flipo en colores. El bar lleno de gente y, bajo el mismo techo, mi novio y mi amante estaban en mi fiesta de cumpleaños sorpresa. Podía definir «amante» como aquel que la noche anterior me había follado por primera vez mi parte trasera, y el cual me dijo en pocas palabras que no había

ningún futuro entre él y yo.

¿Y qué hace la tonta de la Payton? Babear por sentir a Adam cerca de mí.

Me giré para mirar dónde estaba Donovan y vi que se dirigía hacia el escenario para hablar con Gary. Al ver hacia donde miraba, Adam se acercó más para susurrarme:

—Te sientes culpable, ¿verdad? Preguntándote si deberías decirle a tu prometido verdades que por supuesto no necesita saber sobre que hace su futura esposa con otro hombre que no es él.

—¿A qué estás jugando Adam? Disfrutas con todo esto ¿no?

—Ha habido muchos poemas de amor no correspondidos y decepciones amorosas durante toda la historia de la Humanidad, pero ¿quieres sabes una cosa, Payton?

—¿Ahora tú me vas a hablar del amor? No puedo creérmelo —le contesté con sarcasmo.

—No, Payton. Yo te voy a explicar lo que he podido aprender de las relaciones. Todos creéis que están construidas sobre el amor o sobre el romanticismo, pequeña.

—¿Sobre qué sino?

—Sobre la mentira —me susurró al oído antes de besar mi mejilla y soltarme—: Felicidades, nena.

Cuando quise mirarlo, ya se había marchado de mi lado dejándome más tiesa que el palo de una escoba y más fría que un témpano.

—¡Bien! ¡Todos! ¡Escuchad!

Un *clin, clin* se escuchó, sacándome por completo de mi total estado de piedra. Ahora Donovan estaba situado encima del escenario tocando ridículamente una copa con una cucharilla.

—Mi preciosa novia, a la que todos conocéis, cumple hoy veintiocho primaveras. —Todos allí presentes gritaron a la vez—: «¡Felicidades!»

Sonreí como pude con las mejillas rojas después de que Adam me hubiese soltado todo aquello para acabarme dando un beso y susurrado un «Felicidades, nena» que sonó a: «Te voy a dar un *pollazo* y te voy a partir en dos, nena».

—Solo quiero añadir, ahora que estamos todos aquí, familiares y amigos, que hace dos días aceptó mi proposición de matrimonio. —Mi novio seguía hablando mientras yo tenía la mente en la palabra «mentira»—. Te quiero, Payton. Eres la mujer de mi vida y espero que estemos juntos muchos años y poder celebrar muchísimos cumpleaños más.

Ahora sí que hubiese deseado ser un avestruz para meter mi cabeza en la tierra y ahogarme. Mi sonrisa salía automática. Miraba a Donovan allí subido y pensé que no se merecía tener a una mala mujer a su lado.

—Te pido que bailes conmigo esta canción, cariño, como adelanto a tu regalo que después te daré sin tanto público. —Sonrió Donovan cuando todos silbaron «fiu, fiuuu».

Se bajó del escenario y vino a mí caminando entre la gente como Enrique Iglesias en el vídeo de *Bailando* mientras yo apenas respiraba. ¡Demasiadas emociones juntas!

Cuando llegó, me besó. Fue un beso tierno lleno de promesas. Me rodeó la cintura con sus brazos, yo me abracé a su cuello y cerré los ojos antes de devolverle el beso.

*“This Romeo is bleeding,*

*but you can't see his blood.  
It's nothing but some feelings,  
that this old dog kicked up..”*

“Este Romeo está sangrando,  
pero no puedes ver su sangre.  
No tiene nada salvo algunos sentimientos,  
que este perro viejo ha pateado...”

La voz de Adam junto con su guitarra me rompió en dos; ahora sí que quería morirme. Estaba tocando en mi fiesta de cumpleaños la canción *Always* de BonJovi, la que me había puesto el día anterior en su apartamento cuando los dos, saciados de sexo, permanecíamos desnudos tumbados uno al lado del otro en su cama. Justo cuando él me había dicho cómo se sentía y que esta era su única canción favorita... y él la estaba tocando el día de mi cumpleaños, ¿por qué lo hacía?

—¿Qué hace tocando Adam en mi fiesta? —le pregunté a Donovan.

—Gary me dijo que era muy bueno tocando y me dio la idea de que pusiese la música en este día tan especial. Me da igual lo que tenga o no con él, este es tu día y quería que todo estuviese perfecto. —Mi corazón se partió en dos—. ¿Te gusta mi sorpresa?

No pude contestarle, cerré los ojos. Me era imposible poder mirarlo. ¿Por qué Adam me hacía esto?

—Payton, ¿te encuentras bien? ¿No te ha gustado?

—No es eso, Donovan... es solo que...

—Muchas emociones juntas, ¿eh? ¡Ay, mi pequeña, qué sensible eres! Deja que te abrace, cariño, y bailemos.

Me abrazó colocándome la cara en su hombro y con su barbilla sujetando mi cabeza. Cerré los ojos de nuevo y me perdí en la voz de Adam cantando y en todo lo que me hacía sentir ese hombre.

*“...Now I can't sing a love song  
like the way it's meant to be.  
I guess, I'm not that good anymore,  
but baby, that's just me...”*

“...Ahora no puedo cantar una canción de amor  
de la forma en la que debería ser,  
supongo que ya no soy tan bueno,  
pero cariño, así es como soy...”

No podía abrir los ojos, me dolía mucho escucharlo cantar esta canción.

*“...And I will love you, baby, always...  
and I'll be there forever  
and a day, always...”*

“...Y yo te amaré, cariño, siempre...  
y estaré ahí para siempre

y un día más, siempre...”

—No sé cómo te puede gustar esta canción, es muy triste. —Las lágrimas comenzaron a salir de mis ojos y a humedecer su camisa.

—Payton, cariño. —Donovan me miró preocupado.

—Estoy bien. Es solo que esta canción me recuerda muchas cosas.

—Supongo que cosas tristes por cómo es la letra. Con las canciones tan alegres que hay, ya podía haber elegido algo de *reggeaton* para bailar un poco.

Ese comentario me hizo reír. No me imaginaba a Adam cantando «!Perrea, perrea!».

—¿Quieres que salgamos un rato fuera para que te dé un poco el aire? —Asentí pero, cuando nos giramos para irnos, Peter, un amigo de Donovan, le preguntó algo.

—No te preocupes, voy yo sola. Ahora vuelvo —le dije para que se quedase. En esos momentos necesitaba estar sola.

—¿De verdad?

—Sí, estoy bien, de verdad. —Al salir me giré una última vez para encontrarme con los ojos de Adam mirándome fijamente con una pasión indescriptible mientras cantaba.

*“... when he holds you close,  
when he pulls you near,  
when he says the words  
you’ve been needing to hear...  
I’ll wish I was him because those words are mine,  
to say to you till the end of time...”*

*“Cuando él te abrace,  
cuando él te tenga cerca,  
cuando te diga las palabras  
que tú necesitas oír,  
desearía ser él porque esas palabras son mías  
para poder decírtelas hasta el fin de los tiempos...”*

Giré la cabeza y salí para buscar oxígeno. El pecho me apretaba tanto que casi no podía respirar. Di la vuelta al bar y me apoyé en la pared del callejón escuchando la parte que más me gustaba de la canción de la voz de aquel hombre que había hecho tambalear toda mi vida.

*“ ... Well, there ain’t no luck in these loaded,  
but bay if you give me just one more try,  
we can pack up our old dreams  
and our old lives  
we’ll find a place where the sun still shines...  
and I will love you, baby, always...”*

*“...bien, no habrá suerte en esos dados trucados,  
pero nena si me dieras solo otra oportunidad  
podríamos empaquetar nuestros viejos sueños*

y nuestras antiguas vidas.  
Encontraremos un lugar donde el sol aún brille  
y si...yo te amaré, nena, siempre.  
Y yo estaré allí por siempre  
y un día más... siempre”

Me abracé fuerte a mí misma y comencé a llorar con fuerza. No podía parar. Ese nudo tan grande, en mi pecho, tenía que sacarlo de alguna forma.

—Payton. —Su voz me hizo temblar. Antes de darme cuenta, Adam me envolvía entre sus brazos. Quise detener el tiempo y permanecer ahí toda mi vida. ¡Dios mío, Payton! ¿Qué coño estás pensando? Él no es tu novio. Él no es un hombre de amor. Él no lo es.

—Suéltame, Adam. —Reaccioné apartándolo de mí.

—¿Qué te pasa?

—¿Qué me pasa? ¿Por qué tocas esa entre todas las canciones del mundo?, ¿en mi cumpleaños, Adam?, ¿qué haces en mi fiesta de cumpleaños? ¿Qué narices quieres de mí?

—Pensé que te gustaría si tocaba esta canción —me contestó.

—¡Eres un hijo de puta! —me salió de dentro del alma.

—¡No me faltes al respeto, nena, o te juro que...!

—¿Qué?, ¿qué me vas a jurar? —le grité.

—Amor eterno desde luego que no, pero unos azotes y unos orgasmos, cuenta con ello. —Su respuesta me dio arcadas. Era un auténtico *cabronazo*, pero tenía que reconocer que nunca me había mentido ni me había hecho falsas promesas.

¿Entonces por qué me sentía tan engañada?, ¿por qué sentía tanto dolor en mi corazón?

—Payton, no pienses tanto.

—¿Por qué esa canción, Adam? —le pregunté manteniendo de nuevo la compostura.

—Porque sé que te gusta, tú misma me lo dijiste.

—¿Por qué, Adam? Dime la verdad —volví a insistirle. Necesitaba escucharle decir algo en lo que poder aferrarme.

—No quieras ver más allá de donde no tienes que ir, nena. Es solo una canción —me soltó, pero su respuesta no era sincera.

—Mientes —le respondí.

—¿Quieres escuchar que es una declaración de amor?, ¿quieres que sea como tu novio y prometerte un amor de película? Porque no va a ser así, Payton. Yo no siento nada, no soy así, y no te amo.

Mi corazón se volvió a partir en dos y, junto a los trozos de antes, ya iban cuatro. Ya no podría recomponerlo.

—Vete por favor, déjame sola.

—Nos divertimos juntos ¿vale? Me gusta estar contigo y follarte de mil maneras, pero nada más, Payton. No busques amor y promesas que no hay ni las habrá nunca.

—Vete de aquí. ¡Vete de mi vida de una puta vez!

—Cuando se te pase esta pataleta infantil, ven a mi apartamento si quieres a pasar un buen rato, todavía tengo que darte tu regalo.

—¡Vete! —le grité empujándolo hacia atrás.

—¿Payton? —Mi madre estaba allí de pie mirándonos. Adam me miró y pasó por su lado dejándome a solas con ella—. ¿Estás bien?

—Sí... tranquila.

—¿Te ha hecho algo?

—¡No! Claro que no. Es solo que me apetecía estar sola y el muy cansino no paraba de hablarme. —Quise disimular pero la mirada taladrante de mi madre me hizo saber que no funcionaba.

—¿Qué tienes con ese chico?

—¿Yo? Nada —le contesté haciéndome la indignada ante su pregunta.

—Sabes que a mí no puedes mentirme ¿verdad?

¡Jodido polígrafo que tiene mi madre dentro!

—Tenemos que entrar, no es correcto que la cumpleañera se ausente tanto rato de su fiesta —le insistí evadiendo sus respuestas.

—Tienes razón, pero que sepas que aquí no queda esto. Tenemos una conversación pendiente —me dijo señalándome con el dedo índice y entrecerrando los ojos a lo Clint Eastwood. Nos faltaba la bola de heno esa de las películas del oeste pasando por nuestro lado.

Cuando entramos, me acerqué a Donovan, y este me dio una copa. Era un San Francisco, sin alcohol, tal como sabe que me gusta. Me pasó un brazo por mis hombros y siguió conversando con su amigo Peter. Discutían sobre los turnos que les esperaba la semana que viene en el hospital. Les habían hecho muchos cambios y estaban bastante enfadados, sobre todo el amigo de Donovan, que acababa de mudarse a vivir con su novia y no podía estar casi nunca en casa.

Disimuladamente miré hacia un lado y a otro, pero ni rastro de Adam. Ni siquiera sé porqué me molesté en buscarlo si era un pedazo de cabrón sin sentimientos. ¿Cómo podía haberme enamorado de alguien así?

## CAPÍTULO 13

Intenté esquivar a mi madre y solo lo conseguí durante un par de días, porque al tercero entró en mi habitación y se sentó en mi cama mientras yo colocaba mi ropa en el armario.

Mi turno no empezaba hasta la tarde y, por la hora que era, mi madre había salido antes del trabajo para poder engancharme y hacerme su polígrafo particular.

—Payton Summers vas a explicarme ahora mismo qué narices está pasando en tu vida.

«Si yo lo supiese sería la bomba», pensé.

—¿A qué te refieres, mamá? —le pregunté haciéndome la tonta mientras enterraba la cabeza en el armario para que no viera mi cara.

—Siéntate aquí, ¡ya! —Suspiré y me di la vuelta para enfrentarme a mi conciencia. Me senté a su lado y volví a suspirar. No pude mirarla a los ojos.

—Me he enamorado de otro hombre —le solté sin poder retenerlo más.

—El tal Adam ese, lo sé.

—¿Cómo que lo sabes?

—Porque no soy ciega y porque estas últimas semanas has ido a trabajar más contenta que unas castañuelas. ¿Más pruebas? También porque cada vez que llego a casa no estás, y Donovan me ha mandado algún que otro mensaje cuando no ha podido hablar contigo, así que deduzco que no pasabas con él las madrugadas.

—¿Qué mi novio te ha enviado mensajes?

—Eso es lo de menos. Lo que importa es, ¿qué narices haces entonces con Donovan?

—No es tan fácil, mamá.

—Es sencillísimo, cariño. ¿Lo quieres? Estas con él. ¿No lo quieres? Lo dejas.

—Lo quiero.

—Pero estás enamorada de otro.

—Ese otro no me conviene.

—¿Por qué crees eso?

—Porque no cree en el amor.

—Vaya... —Mi madre se quedó callada mirándome—. ¿Y qué siente él por ti?, ¿solo ha sido sexo?

Siempre hemos tenido una relación de mucha confianza mi madre y yo, pero eso de hablar tan directamente de sexo con ella no lo veía oportuno.

—Digamos que me he entregado a él, pero yo no quiero solo eso, lo quiero a él. Y eso es algo que él siempre me ha dejado claro diciéndome que no lo tendré nunca.

—No sé, hija. La pasada noche vi cómo te miraba... y yo creo que ese chico siente algo más por ti. Quizá se está haciendo el duro.

—Mamá, ¿por qué se va a hacer el duro cuando ya me ha conseguido? Es absurdo. Él no quiere ninguna relación amorosa. Así que no tengo nada que hacer con él. Además, ha dejado el trabajo porque no quiere continuar trabajando conmigo. Se quiere ir de Mill Valley.

—Entonces ahí me lo dices todo.

—No te digo nada. Se ha ido y punto. No quiere nada conmigo, ¿qué parte no has entendido?

—Cuando un hombre huye, la mayoría de las veces es por miedo.

—¿De qué le acose?

—De lo que siente por ti. Quizá todo ese comportamiento de renegado del amor, sea una fachada para ocultar sus verdaderos sentimientos por ti. Además qué narices me estás diciendo de él, ¿si la que te vas a casar eres tú?! ¿Sabe Adam que te vas a casar?

—Sí.

—¿Entonces?

—Entonces, ¿qué?

—¿Cómo se va a quedar a tu lado si te vas a casar con otro? Empiezo a asustarme seriamente de que tu cerebro se haya frito por completo y que no des más de sí. Un tío, con miedo al compromiso y al amor, empieza a sentir algo más por una mujer, y le asusta enormemente esos nuevos sentimientos, y para colmo esa mujer se acaba de comprometer con otro hombre. ¿Lo pillas así?

Me quedé muda mirando a mi madre. No podía ser así. Adam me lo había dejado siempre muy claro. Él no me amaba.

—¿Por qué no anulas la boda con Donovan y hablas con ese chico? —me soltó mi madre. Por nada del mundo quería anular mi boda con Donovan. Él no se merecía que le hiciese eso, y, mucho menos, para salir corriendo detrás de Adam. Para nada.

Debería tragarme mis palabras más de una vez. Soy tonta. Definitivamente, tonta.

No había anulado la boda con Donovan, pero me encontraba golpeando la puerta del apartamento de Adam. Mi cuerpo temblaba mientras la maldita letra D no hacía más que reírse en mi cara por lo débil que llegaba a ser cuando se trataba de Adam.

Después de mi interminable turno, me dirigí hacia el apartamento de Adam. Durante el trayecto, envié un mensaje a mi madre y otro a Donovan.

El de mi madre decía que iba a ir a buscar a Adam, cuya respuesta fue de apoyo absoluto.

Y el de Donovan era para decirle que esa noche me dolía la cabeza y me iba directa a la cama, y que mañana hablaríamos. Aunque de él no recibí respuesta, cosa que agradecí infinitamente.

Tras unos minutos golpeando la puerta y tocando el timbre, el vecino de al lado salió al pasillo.

—Creo que ha dejado el apartamento. Lo vi salir ayer con dos bolsas grandes, y el casero ya lo ha vuelto a poner en alquiler.

—Gracias. —Solo pude articular esa palabra mientras me dirigía hacia las escaleras con el corazón en un puño. ¿Se había ido de verdad?

Volví al Rock and Coffee, sabía que Jou y los clientes fijos del bar estarían por ahí terminando la ronda de las cervezas esa noche, y no me equivoqué. Me acerqué al viejo Jou y le pregunté si sabía dónde tenía el barco el padre de Adam. Me dijo que lo tenía atracado en un lugar llamado Kappas Yacht Harbor y me dio unas indicaciones para llegar. Sin pensarlo un segundo, me dirigí hacia la parada de autobús. Cogí el número diecisiete, que me llevó directamente hacia Marin City. Llevaba ya nueve paradas y estaba volviéndome loca porque no veía nada de lo que me había dicho Jou. El bus siguió su trayecto, y pasamos frente a la Bahía Richardson. A lo lejos vi un cartel iluminado y miré el papel donde el viejo cliente del bar me había apuntado el nombre. Así que me levanté de golpe y le pedí al conductor que parase.

—Aquí no hay parada, es más adelante —me soltó el hombre.

—Por favor, por favor... déjeme aquí, necesito ir a ese sitio —le insistí señalándole la bahía. Supongo que vio mi cara de loca porque detuvo el bus en el siguiente semáforo y abrió las puertas. Salí disparada hacia aquel lugar, pero se me cayó el alma a los pies cuando vi lo enorme que era ese sitio y el número interminable de barcos que había.

Frente a mí estaba la majestuosa Bahía de Richardson y todo un laberinto de embarcaciones hasta encontrar a Adam.

Llevaba cinco minutos caminando entre las embarcaciones atracadas y buscando un barco, que no tenía ni idea de cómo era, cuando mis ojos se detuvieron en una silueta que se movía en la oscuridad sobre la cubierta de uno.

Me acerqué caminando despacio hasta llegar a su lado. El barco la verdad es que no era un yate lujoso pero no era tan viejo como lo habían descrito o, por lo menos, era lo poco que pude apreciar bajo los rayos de la luna; y cuando quise darme cuenta sus ojos ya estaban clavados en mí.

—Payton. —Mi nombre pronunciado en un susurro que apenas pude escuchar pero que sus labios lo cincelaron como si fuese una obra de arte.

—Fui a tu apartamento y me dijeron que te habías ido. —Di un paso hacia él.

—Sí, lo dejé ayer. Ahora estoy alojado aquí. Mi padre me dejó su viejo barco en herencia, y he decidido arreglarlo un poco. Pero, oye... ¿cómo me has encontrado?

—Me lo ha dicho Jou.

—Ese viejo marine, era un gran amigo de mi padre. —Nos quedamos los dos callados.

—Pensé que te habías ido sin despedirte. —Me acerqué hasta quedar delante de la embarcación justo donde estaba él.

—Y yo pensé que no querías que me despidiese. —Su mirada me quemaba, sentía su tensión y su ira pelear dentro de él, ambas reflejadas en sus ojos.

—Me hiciste daño —le solté sin más. Si él estaba enfadado, yo lo estaba mucho más.

—No pretendí hacértelo.

—Entonces ¿por qué tocaste esa canción?, ¿por qué viniste a mi fiesta de cumpleaños?

—Porque sabía que esa canción te gustaba y porque quería estar allí, nada más, Payton.

Mi mirada desafió sus palabras. Tenía respuestas para todo, pero ninguna me convencía.

Supongo que quería escuchar algo que él no estaba dispuesto a decirme; porque no lo sentía o quizá no quería reconocerlo.

—Bonito barco —le solté. Quería cambiar de tema. Sabía que si seguía por ahí no conseguiría nada, al contrario, se cerraría más a mí.

—¿Quieres subir? —Me tendió la mano para ayudarme a subir, pero yo soy demasiado torpe así que en cuanto puse un pie en el barco el otro me falló y caí sobre su duro cuerpo. Sus brazos me envolvieron y su rostro bajó hacia el mío quedándose a unos escasos centímetros. Antes de poder disculparme, sus labios cubrieron los míos con ansia y desesperación. Mi boca se abrió y dejó paso a su suave y cálida lengua que comenzó a acariciar la mía. Se separó despacio para después susurrarme:

—Necesito que vuelvas a ser mía otra vez. Te necesito.

—Entonces demuéstramelo, Adam. Hazme tuya.

Me cogió de la mano y me llevó hasta el interior del barco. Después de bajar unos tres escalones, llegamos a una pequeña estancia iluminada con unas velas. Había un pequeño sofá, una diminuta cocina, y un mueble estrecho, todo bastante reducido dado el espacio que había pero a pesar de las dimensiones era un sitio muy acogedor. Aunque si soy sincera, no me dio tiempo a ver mucho más cuando Adam se colocó delante de mí y me sacó la camiseta lentamente. Después retrocedió hasta el sofá y se sentó sobre él. Tiró de mí colocándome entre sus piernas para continuar desnudándome sin dejar de observar cada movimiento que hacían sus manos en mi cuerpo. Desabrochó mi pantalón y lo bajó lentamente junto con mis bragas. Levanté mis pies para que pudiese sacarlos.

—Siéntate sobre mí.

Se quitó la camiseta y la tiró a un lado. Me coloqué a horcajadas sobre él con mi sexo sobre su increíble erección. Sus manos se deslizaron por mi espalda acariciándome hasta posarse sobre el cierre de mi sujetador y abriéndolo con un rápido movimiento y liberándome de mi presión y dejándome expuesta a él. Levantó su vista hacia mí y en sus ojos vi todo el deseo que quería ver.

Tomó mi boca y lentamente me sedujo con su lengua acariciando mis labios. Me abrí con un gemido y él entró en mi cálido interior a la vez que con sus manos se desabrochaba el pantalón liberando su miembro. Abrió un cajón, sacó un preservativo, y se lo colocó.

—Eres mía —gruñó cuando levantó sus caderas y entró en mí de una sola estocada. Eché mi cabeza hacia atrás y gemí de placer al sentirlo tan dentro de mi ser. Comencé a mover mis caderas mientras él repetía una y otra vez aquellas palabras—: Solo mía, Payton... No lo olvides nunca. —Lamía mis pechos y los mordisqueaba entre susurros. Mi mente me abandonaba y mi placer me llevaba a un perfecto nirvana el cual no quería abandonar nunca—. Pase lo que pase siempre serás mía.

Nuestros cuerpos ahora eran uno solo, y nuestros corazones latían al mismo ritmo frenético.

—Tuya, Adam, siempre tuya.

Me aferré a sus brazos y comencé a danzar sobre él. Mis caderas se balanceaban con fuerza acelerando los movimientos cada vez más; él salía a mi encuentro una y otra vez levantando su cuerpo con fuerza del sofá.

—No puedo aguantar más, Payton.

—Estoy a punto... Más fuerte, por favor... más fuerte.

Me agarró fuertemente de las caderas clavándome los dedos, mientras yo me aferraba a sus

hombros con miedo a caerme, no al suelo sino al abismo donde me estaba llevando; ambos gritamos a la vez cuando alcanzamos nuestra liberación.

Adam me abrazó con fuerza mientras seguía con pequeños movimientos enterrado dentro de mí, hasta que quedó totalmente vacío y yo totalmente saciada. Nuestros cuerpos comenzaron a relajarse y, sin salirse de mí, me giró colocándome debajo de él, quedando tumbados en el sofá.

—Vamos a la cama —escuché su voz mientras su mano acariciaba mi cara.

—Mmmm —gemí. Me había quedado rendida en el abrazo de su cuerpo.

—Necesito tomarte de todas las formas posibles, Payton. Déjame hacerlo. —Me dio miedo a que eso fuese una despedida, así que una luz se encendió en mi cabecita. Si lo tenía esta noche, quizá se pensase lo de irse, y consiguiese retenerlo a mi lado. A lo mejor esta era su forma de decirme que quería estar conmigo.

Me llevó a un habitáculo, que había a continuación del pequeño espacio en el que habíamos estado, donde había una cama, con una mesita al lado, y una ventana al exterior. Miré a través de ella y el reflejo de la luna sobre las aguas fue una visión preciosa.

Se colocó detrás de mí y me abrazó apoyando su barbilla en mi hombro.

—La Bahía de Richardson.

—¿Me llevarás a navegar?

—Algún día. —Besó mi hombro antes de vendarme los ojos impidiéndome ver nada. Ese gesto incrementó mi deseo de volver a sentirlo dentro de nuevo.

Me dio la vuelta e introdujo su lengua en mi boca con bravura. Sus manos recorrieron mis brazos hacia mis manos y volvieron a subir. Todo aquello me estaba volviendo loca; su lengua, sus caricias, su calor...

—Fóllame, Adam, por favor... —le supliqué.

—Todavía no, Payton. Vas a tener que hacer algo más que suplicar para poder correrte, *zorrita*.

Ahí estaba de nuevo el Adam dominante. Era el hombre que me desgranaba como si fuese la fruta de la granada y sacaba todo de mí y el que me llevaba a límites insospechados.

Hizo que me pusiese de rodillas con solo empujar mis hombros hacia abajo. Al momento, sentí su dura erección apretarse contra mis labios, abrí mi boca y saqué mi lengua para saborearlo. Adam se adelantó y se deslizó dentro. Le acogí en mi interior, intentándole llevar tan lejos como pude, moviendo mi cabeza a la vez que lo engullía, pero Adam no me lo permitió. Sujetó mi cabeza y la mantuvo quieta mientras lentamente movía sus caderas hacia atrás y hacia adelante haciendo desaparecer su miembro dentro de mi boca para volverlo a sacar una y otra vez completamente empapado de mi saliva.

—¡Oh, Payton...! —gimió acelerando sus movimientos. Quería moverme y hacerle gritar de placer, pero no me lo permitió. Salió de mi boca, me cogió por los brazos para que me levantase del suelo, y devoró mis labios saboreando su propio sabor mientras me conducía hasta la cama. Me dejó caer lentamente sobre el duro colchón, se colocó encima abriendo mis piernas con sus rodillas y me penetró de golpe consiguiendo que un grito de placer se escapara de mi garganta.

Sacó su erección y volvió a enterrarla dentro. Yo no podía verlo, pero me imaginaba su rostro como otras veces en las que lo había podido adorar. Levantó mis manos y las ató a lo que sería el cabecero para mantenerme totalmente a su disposición. Solo podía sentir lo que me hacía y notar como mi sexo acogía su duro miembro queriéndolo retener dentro de mí para siempre.

Su mano se introdujo entre nuestros dos cuerpos y rodeó mi sensible clítoris, acariciándolo con maestría, mientras me penetraba a un ritmo incesante y sin parar. Mi cuerpo se arqueó hacia él cuando una presión comenzó a sacudirme... Mis gemidos salían de forma desgarradora de mi interior hasta que grité su nombre cuando alcancé el punto más alto de esa montaña de placer. Me derrumbé sobre el colchón, totalmente rota. Adam me embistió dos veces más hasta que se vació por completo en mi interior. Profirió un ronco gruñido, mezclándose con mi agitada respiración, y después cayó sobre mí.

Ya no necesitaba más pruebas. Estar con Adam era todo cuanto necesitaba. Él me completaba de una forma extraordinaria, ya que era capaz de sacar todo de mi interior, siendo algo que yo nunca me había atrevido a hacer y que en sus manos había descubierto. ¿Serviría esto para que Adam no se marchase?

Se colocó a mi lado y, después de desatar mis muñecas y quitarme la venda de los ojos, me atrajo hacia sus brazos.

—Te quiero —susurré antes de cerrar los ojos y caer en un profundo sueño.

A la mañana siguiente, me desperté sola en la cama. Estiré mi cuerpo y me regodeé de haber amanecido en la cama de Adam después de haberme entregado a él.

Pero un pequeño *flash* de la noche anterior, asaltó mi mente. Recordé que le había dicho las palabras tan temidas para muchos hombres, en especial para él. Temí que se hubiera ido y me hubiera dejado allí completamente sola, así que me levanté, me puse su camiseta y salí del pequeño dormitorio para buscarlo.

Mientras avanzaba en busca de la pequeña y minúscula salida, sentía el vaivén del barco y no recordaba que la noche anterior se moviese tanto, pero supongo que en los brazos de Adam ya tenía mi propio movimiento como para darme cuenta de nada más. Crucé la cocina y subí los tres peldaños que me llevaban afuera.

Mis miedos desaparecieron cuando lo vi.

Estaba limpiando la parte delantera de la embarcación, agachado, sin camiseta. Mi vista recorrió todo su cuerpo. No dejaba de impresionarme ver todos aquellos músculos moverse.

—Buenos días —le saludé.

—Buenos días —me contestó sin mirarme. «Oh, oh...».

—¿Qué te pasa?

—Tengo que irme ya. No puedo seguir en este sitio ni un día más. —No me esperaba su respuesta, pero tampoco me sorprendió. Lo había asustado. Lo sabía.

—Yo pensé... —Se giró hacia mí con la tensión y el enfado en su rostro.

—¿Qué, Payton?, ¿qué pensaste? Que por follar contigo anoche, ¿iba a quedarme? Que por decirme te quiero, ¿iba a quedarme contigo?

¡Qué ilusa había sido! Adam siempre acababa fastidiándolo todo.

—¿Sabes qué? ¡Eres un maldito bastardo!

Me di la vuelta, con toda la rabia y la ira que sentía en mi interior, y me metí dentro avanzando hacia la habitación donde comencé a buscar mi ropa para vestirme y salir de allí. Si quería irse que se fuese, yo ya no podía seguir así durante más tiempo. Terminaría volviéndome loca al lado de un hombre así.

—¡Estoy harta de acabar siempre viniendo a ti para llevarme una decepción tras otra! —Seguía gritando sin importar ya si me escuchaba o no—. ¿Cómo puedo estar perdiendo el tiempo así?

¡Perdiendo mi *jodido* norte contigo! ¡Mierda!

Me agaché a coger mis sandalias pero, antes de que pudiese colocármelas, su cuerpo impactó con el mío y en un segundo me encontraba en la cama debajo de él.

—¡Déjame! —le grité.

—No, Payton. No voy a dejarte ir. Ahora no. —Sin darme tiempo a reaccionar, ató mis manos como lo había hecho la noche anterior dejándome totalmente retenida.

—¡Quiero irme, Adam! ¡Déjame irme ya! ¡No quiero nada más contigo! ¡Se acabó!

—¿De verdad, *zorrita*? —Sus labios comenzaron un descenso lento desde el lóbulo de mi oreja pasando por mi cuello hasta mis pechos y mordisqueando mis pezones por encima de la camiseta. Cogió el dobladillo de la misma y la subió por mi abdomen, a través de pechos y brazos, hasta dejarla justo por encima de mi cabeza—. ¿De verdad deseas acabar con esto?

—Me tienes harta, Adam. No quiero jugar más a este juego, ¡ya no puedo más!

Sus labios siguieron el reguero de besos que habían interrumpido antes y prosiguieron su camino hacia mi abdomen. Su lengua abrasaba mi piel por donde iba pasando. Se acercó lentamente hacia mi monte de Venus.

—Payton, Payton... Eres una *zorrita* muy mentirosa, y eso no puedo permitirlo.

—¿Qué vas a hacerme?

—De todo, pequeña...

Su lengua se desplazó por el interior de mis muslos hasta posarse en mi sexo. Yo ya estaba jadeando y apenas podía respirar. La expectativa de sus palabras, añadida a estar completamente atada y dispuesta a él, era tremendamente excitante. Con solo un movimiento era capaz de nublar mi juicio y anularme por completo, puesto que me tenía locamente enamorada de él y eso le servía para hacer de mí lo que quisiese.

Con sus juegos hábiles de lengua me tenía flotando en el Nirvana, con un hábil movimiento agarró mis caderas y me dio la vuelta dejándome a cuatro patas. Mis ataduras permitieron esta nueva postura y Adam se colocó detrás de mí, levantó mi trasero para profundizar sus caricias en mi secreto femenino. Instintivamente tiré de mis ataduras rogándole que me diera más, necesitaba más.

—Shhh... despacio, pequeña, todo a su tiempo.

Insertó dos dedos dentro de mi húmedo sexo mientras aceleraba el ritmo de su lengua. Yo ya había perdido el control completamente, pero cuando introdujo un tercer dedo mientras mordisqueaba mi ansiado botón, exploté rompiéndome en mil pedazos cuando alcanzaba la cima del placer.

Cuando pude reaccionar y acompasar de nuevo mi respiración, abrí los ojos y observé que Adam cogía un objeto de un pequeño cajón situado al lado de la cama que, por culpa de mi nublosa vista, me fue imposible reconocer. Según se acercó a mí, pude ver que era como una especie de fusta. Mi cuerpo se tensó y mi mirada se clavó en sus ojos buscando una explicación.

—Tu regalo de cumpleaños.

—Estas de broma ¿no?

—Déjame usarlo contigo, por favor no me lo niegues... Necesito presionarte y dejarte fuera de control, lo necesito.

—Ya lo haces, Adam, pero si cada vez que estoy contigo consigues tener mi control. Vas a volverme completamente loca.

—No como lo necesito. Quiero que me pidas más.

—Pero...

—Payton, has conseguido lo que nadie ha podido conseguir de mí. Me haces sentir cosas que había jurado no volver a sentir nunca más y toda esta situación está acabando con mi cordura.

—Tu cordura hace tiempo que la perdiste —le contesté.

—Tú me has hecho perderla.

—No me hagas daño, por favor.

—No quiero hacerte daño, pequeña. Solo voy a hacerte llegar al límite. No olvides que tú pones el límite, siempre. Pero necesito que seas tú quien pierda el norte, no yo.

Adam se colocó detrás de mí saliendo de mi campo de visión. No hacía nada y esa espera estaba siendo una agonía. De golpe, sentí como con fusta golpeaba mi nalga derecha.

—¡Aaugh! —grité pero más que por el dolor, por el susto.

Volvió a azotar mi nalga. El dolor era soportable, la excitación no. Otro azote en la otra nalga, seguido de dos más.

—Si vieras como tu piel va cogiendo este color sonrosado. Me encanta.

¡Zas, zas, zas, zas! Cuatro veces seguidas. Dos en cada nalga. Cada vez más fuertes. Ahora sí que empezaba a sentir más dolor.

Su mano comenzó a masajear mi culo. Después sentí sus labios calientes sobre mi dolorida piel y como su lengua lamía sensualmente mi húmedo y desesperado sexo.

—Necesito continuar, Payton... ¡Oh, Dios!

Su voz ronca y su respiración acelerada me estaban asustando.

—Haces que me vuelva loco cuando te tengo así... Necesito llevarte al límite. Quiero que me cedas todo el control, por favor, déjame tener tu control.

—Adam, ya lo tienes. Soy completamente tuya, ¿qué más necesitas? ¡No puedo darte más de lo que ya te he dado!

—¡Dios, Payton...! No quiero sentirme así ¿Qué me has hecho?

Su mano masajeaba con fuerza mi trasero y cada vez apretaba más y cada vez su voz sonaba más ronca.

—Quererte, Adam.

—No puedes quererme, Payton. No puedes.

—¡Pues ya lo hago, maldito seas! Te he entregado mi cuerpo y mi alma, y tú siempre me rechazas.

—¡Te rechazo porque tengo miedo! Me da miedo sentir esto que estoy empezando a sentir por ti. Has traspasado mi coraza, has entrado dentro de mi ser y, eso, no se lo he permitido a nadie. Aquellas palabras las pronunció con los dientes apretados. No lo veía, pero podía escucharlo.

—Lisa lo hizo —le solté sin pensarlo.

Toda esta situación, y la forma en la que me estaba hablando, me ponía nerviosa mientras clavaba sus dedos con fuerza en mis caderas y me daba miedo.

—Lisa no me hizo sentir a su lado ni una pequeña parte de lo que tú me haces sentir, Payton.

—Adam.

—No quiero hablar más.

Y dicho esto, azotó mi trasero seis veces más de manera seguida aplicando más fuerza. Mis lágrimas abandonaban mis ojos, e intentaba aguantar mis sollozos, pero no podía. Era imposible.

—Para —le rogué. Ni caso me hizo.

Aquello ya no era sexo. Aquello era un castigo porque Adam no podía asimilar sus sentimientos y me lo estaba haciendo pagar a mí. Me golpeó una vez más.

—Para... por favor.

Mi súplica, seguida de un llanto histérico, hizo que Adam se detuviese inmediatamente. Se colocó a mi lado y levantó mi rostro para mirarme. Sus ojos reflejaron horror al ver mis mejillas cubiertas de lágrimas y dolor en mi mirada.

—Desátame, por favor, quiero irme a casa.

—Payton.

—¡Desátame, maldito seas! —le grité. Estaba desesperada. Mi cuerpo no dejaba de temblar. Sentía dolor, pero no solo físico; era un dolor desgarrador en el corazón. Adam me estaba haciendo pagar por algo de lo que yo no era culpable.

No tardó en liberarme y tumbarme lentamente en la cama. Quise hacer el mohín de levantarme de allí, pero mi cabeza daba vueltas. Antes de que pudiese asimilar que mi cuerpo no me acompañaba, me desmayé.

—Payton... Payton... ¡Eh, pequeña!

Escuchaba la voz de Adam a lo lejos. Era como si estuviera soñando.

—Perdóname por favor, nena... Perdóname... —¿Estaba llorando?, ¿Adam estaba llorando? Sus sollozos fueron reales cuando abrí los ojos y vi su rostro frente al mío.

—¿Adam?

—¡Oh, Dios mío, Payton! ¿Estás bien? Déjame ayudarte.

—¿Por qué lloras? —le pregunté. Clavó su mirada en mí.

—Siento mucho lo que te he hecho.

—Nunca has llorado por infringirme dolor.

—Porque siempre ha sido por placer y tú has disfrutado con ello. Pero hoy se me ha ido de las manos.

—Hoy ha sido algo que no volverá a repetirse nunca más porque no vas a volver a tocarme en tu vida. —Hice el intento de levantarme, pero Adam colocó una mano en mi hombro. Me quedé mirando su mano y este la apartó enseguida—. Deja que me levante, quiero irme de aquí ya.

—Será mejor que no te muevas.

—Como no me dejes ir, juro que te mato —le solté intentando mantener la calma, algo que me estaba costando y mucho.

—Payton.

—No, Adam. ¡Ni Payton ni hostias! ¡Estoy cansada de aguantar tus cambios de humor! ¡Tus problemas! ¡Tu forma de ser! ¡Ya no puedo más! ¡Te he abierto mi corazón y te he mostrado mis sentimientos hacia ti! Y tú, te asustas y, por eso, decides que debo pagarlo yo. ¡No has llegado a mi límite, Adam, lo has sobrepasado y se acabó! ¡Se acabó para siempre!

Él me miraba fijamente sin siquiera pestañear.

—Ahora voy a ir al baño, voy a vestirme y voy a salir de tu vida para siempre. Solo te pido que hagas tú lo mismo. No quiero volver a verte nunca más.

Entré en el baño y la imagen que me devolvió el espejo me dolió. Era una mujer a la que ya no

conocía: el rostro sonrojado, las lágrimas en las mejillas, la boca temblorosa... Esa no era yo. Lloré con fuerza, no quería ser esa persona nunca más.

Salí del baño, mostrando la entereza que pude conseguir en esos instantes de intimidad a solas, pero, al verlo allí apoyado, todo volvió a derrumbarse.

Cogí mi bolso y me acerqué hacia la salida. Él no hizo ningún movimiento, cosa que le agradecí porque, si no, no sé lo que hubiese hecho. Pero justo cuando iba a subir los tres escalones, que me llevarían lejos de él, me soltó:

—No puedo soportar que estés con él, Payton. No puedo. Solo yo tengo ese derecho. Solo yo puedo poseerte.

Me replanteé mi decisión durante un segundo. No era una confesión de amor, pero sabía que para Adam era lo máximo que podía darme.

—Ese derecho ya lo has perdido, Adam. Lo siento.

Ahora fui la que abandonó el barco, en el que los dos habíamos estado naufragando durante todo este tiempo, metafóricamente hablando. Yo era la que ponía fin a esa relación y ahora era la que tomaba el timón de mi vida.

## CAPÍTULO 14

No volví a saber nada de él.

Habían pasado ya dos meses y había intentado retomar mi vida desde aquel momento, aunque no lo había conseguido a pesar de que intentaba esforzarme por avanzar.

Quizá ese tiempo me había servido para apaciguar un poco mi dolor, pero sin duda no lo había eliminado.

Le expliqué a mi madre lo sucedido, obviamente omití la parte de los azotes, y a partir de ahí no volvió a mencionar más el nombre de Adam; gesto que agradecía con todo mi corazón porque no quería volver a escucharlo nunca más. No quería saber nada más de él.

Cada día iba a trabajar con menos ganas, pero era algo que no iba a abandonar porque ese trabajo me permitía tener cierta independencia y, sobre todo, mantenía mi mente ocupada.

Seguían pasando cantantes locales con su música en directo, pero ninguno llegaba a llenarme con su voz como lo consiguió Adam.

¡Maldita sea!, no podía dejar de pensar en él ni un solo segundo.

Punto negativo de todo esto: que por mucho que lo intentase, le seguía echando mucho de menos; para que mentir, lo seguía amando.

Puntos positivos a destacar: había recuperado la relación con mis amigas de siempre y, entre ellas, la loca de Su. Me había mentalizado que tenía que luchar por mi felicidad; sobre todo, y lo más importante, había aprendido a mirar por mí, cosa que había dejado de hacer.

«Cariño, acuérdate que mañana tenemos la prueba del menú. Te quiero», me escribió Donovan en un *wassap*.

«No lo olvido. Un beso» le contesté. La verdad era que no me acordaba.

Desde luego que por mucho que lo intentase con Donovan, las cosas no mejoraban.

Deseaba que nuestra relación funcionase, pero parecía que estaba viviendo una pesadilla de la cual no lograba despertar nunca. A veces tenía la sensación que ninguno de los dos poníamos lo suficiente de nuestra parte. ¿Y cuál era el resultado? Una relación monótona, estancada, y fría. Pero así seguíamos hacia adelante, y eso cada día me daba más miedo.

Ni que decir que el tema sexo estaba un poquito parado. Vamos que no había *mete y saca* desde hacía días, y apenas teníamos intimidad, ni siquiera hacíamos por sacar tiempo para unos besos y unos sobeteos.

Al principio, y tras los maratones sexuales a las que Adam me tenía habituada, reconozco que me costó mucho porque estaba siempre *calentorra*. Pero últimamente mi cuerpo se había acostumbrado de tal forma que no notaba excitación alguna, así que perfectamente podía aguantar sin tener sexo.

Y el tema boda estaba en proceso.

Mi amiga Su me acompañaba cada vez que tenía que mirar algo para la boda y era la que gustosamente me ayudaba a elegir las cosas. Yo no tenía ni idea de todo lo que se tenía que organizar para casarse, pero Su lo estaba viviendo como si de su propia boda se tratara. Estaba totalmente entregada y entusiasmada. Mucho más que yo, que era la que se iba a casar.

—¡Este! ¡Este, Payton! ¡Este vestido es perfecto!

—Su, has dicho lo mismo de los últimos cuatro vestidos. Vas a volverme loca, ¿así como crees que vas a ayudarme?

—¡Ay, Payton! ¡Es que estás tan bonita!

—¡Estás loca! Ya no te traigo más.

—No, por favor... sabes que me encanta ayudarte. Vamos, no seas tan cascarrabias. —Me llevó al vestuario prácticamente a empujones.

Mi amiga sabía todo lo que había pasado. No me había vuelto a preguntar ni hacerme un solo comentario desde que hacía dos meses, aquel fatídico día del barco, me presenté llorando en su casa y le expliqué todo lo que había ocurrido entre Adam y yo.

Su me había escuchado atentamente sin interrumpirme, y luego me abrazó dándome su apoyo y cariño hasta que caí rendida en un sueño profundo. Llamó a Gary para decir que no podría ir a trabajar ese día y después de dejarme en mi casa, metida en la cama y con un vaso de leche caliente en mi mano, se marchó a trabajar para cubrir mi turno.

Sé lo que opinaba en el fondo sobre mi boda y sobre mi relación con mi novio. No estaba de acuerdo con ninguna de las dos pero también sabía que, si me casaba con Donovan, iba a tener una

buena vida. Era un hombre, que pese a no gustarle nada, del que tenía que reconocer que era atento y cariñoso conmigo; y todo eso, para ella era más que suficiente para seguir adelante.

—Toma, pruébate el velo. —La miré con cara de póquer—. Tendremos que verlo todo puesto para terminarnos de decidir, ¿no crees?

—De acuerdo. —Me dispuse a colocarme el velo cuando sonó un *wassap*. Me agaché hacia mi bolso y cogí mi móvil.

Mami: «En dos minutos llego, hija».

—Mi madre ya está llegando —le dije a Su, que estaba esperándome.

—Perfecto, pues date prisa. Así tenemos el trabajo hecho para cuando llegue. Voy a por el mío y te lo enseño a ver si te gusta. —Me guiñó el ojo y salió del vestuario.

Entonces cuando estuve a solas con el vestido de novia, y el velo puesto, me atreví a mirarme en el espejo. Y allí estaba, embutida en un precioso vestido blanco, y la duda estaba adornando mi rostro. En ese momento, me pregunté si estaba segura de lo que iba a hacer, pero la respuesta no llegó porque mi madre se adelantó.

—¿Hija?

—Aquí, mamá. —Abrí la cortina un poco para que viera en que vestidor estaba.

—Perdona, cariño, pero es que el tráfico... ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío de mi vida! ¡Pero qué bonita estás! ¡Qué guapa, Dios mío! ¡Oh, Dios!

—Mamá, deja a Dios en paz. —Sonreí al ver su rostro iluminado de felicidad.

—Es que ... es que estás tan bonita. ¡Ay, Dios mío! Si tu padre te viese ahora mismo.

Rara vez mi madre mencionaba a mi padre, pero hoy estaba realmente emocionada para pensar con claridad. No dejaba de mirarme y de darme la vuelta para poder observarme mejor.

—¿Ves, Payton? Te dije que este era el vestido perfecto —soltó Su al entrar en el vestidor.

—Desde luego que sí que lo es, Su, es precioso. Le queda tan bien... —Unas lagrimillas empezaron a asomar en los ojos de mi madre.

—Mamá.

—Perdona, hija, pero es que no se me casa una la hija todos los días ¿no? Déjame que disfrute y que vea lo guapísima que está mi hija con ese vestido tan bonito.

La verdad es que lo era. Estaba confeccionado con un suave tul, de color blanco, adornado de pequeñas flores secas y con un escote en forma de palabra de honor, entallado completamente hasta las rodillas, de donde se abría con un ligero vuelo. Una auténtica preciosidad de vestido... Era el sueño de cualquier mujer, pero el mío no.

—Yo no miraría más, cariño. Ese vestido te queda realmente precioso. Estás preciosa, hija.

—Gracias, mamá.

—¡Pues nos lo quedamos! —gritó entusiasmada mi amiga—. Por cierto, ¿nadie se ha fijado en este pedazo de dama de honor? —soltó, dando una vuelta para que la observáramos con su vestido puesto. Estaba guapísima. Su, con cualquier cosa que se pusiese, tenía el don de la belleza, y ese vestido azul marino le quedaba como un guante.

—Estás guapísima, Su —le dije mientras nos abrazamos las dos como tontas. Mi madre se sumó al abrazo y, tras unos segundos de llantos y risas, salimos de allí con el vestido en una enorme bolsa camino a casa.

Esa tarde fue tranquila en el bar. A las diez de la noche no había absolutamente nadie.

—Si quieres cerramos ya, Payton —me dijo Gary acercándose a la barra.

—Pues me harías un favor porque tengo cosas que hacer y aquí no hay ni un alma —le contesté.

—Perfecto, entonces ya puedes irte, guapísima. Cierro yo.

—Gracias, Gary, hasta mañana.

Salí del bar y le envié un *wassap* a Donovan. Su última conexión era de dos horas antes. Pensé que ya había salido del hospital así que esperé en línea, pero no se conectó.

Cogí el bus hasta casa, nada más llegar, me duché y me metí en la cama. Estaba cansada, demasiadas emociones y, sobre todo, la elección del vestido de novia, que había sido lo más agotador. Eché un último vistazo al móvil, pero seguía sin recibir respuesta y Donovan seguía sin conectarse. Pensé que estaría durmiendo porque últimamente hacía muchas horas en el hospital. Casi no nos veíamos, y apenas hablábamos. Habíamos pasado de comunicarnos directamente por mensajería instantánea a ni siquiera eso.

Llegó el día de la prueba del menú. Esa mañana de sábado, no desayuné siquiera porque sabía que íbamos a probar muchas cosas hasta decidirnos. Sobre todo, lo decía por los padres de mi futuro esposo, los cuales eran un tanto *delicados* y, si decimos las cosas por su nombre, *tocapelotas*.

No es que me cayeran mal, pero no acababa de encajar con ellos. Los veía demasiado *estirados* para mi forma de ser, aunque la que era más remilgada era mi futura suegra Carla. Ella era de esas que siempre iba de peluquería y arreglada como si fuese a una boda cada día. Creo que en el tiempo que llevaba con su hijo, nunca la había visto con unas zapatillas y una simple bata de estar por casa.

Michael era diferente. Él había sido el mejor amigo de mi padre y lo veía mucho más cercano que a Carla, pero supongo que dos que duermen en el mismo colchón, se vuelven de la misma condición ¿no? Pues eso le pasaba a él, que asentía a todo lo que mi suegra le decía y que, para no destacar, también iba siempre vestido de traje y corbata.

Menos mal que Donovan no había heredado tanta obsesión por la estética, puesto que no hubiese encajado conmigo nunca.

Cuando empecé a salir con él, me acuerdo que mi madre se sorprendió mucho al saber quién era su padre. Ella había escuchado hablar de él muchas veces y me contó muchas cosas que mi padre le había explicado sobre Michael. Resulta que ellos dos eran inseparables cuando eran jóvenes y que fue una de las personas que le animó a seguir adelante con la relación que mantenía con mi madre. Fue quien le aconsejó seguir su corazón fuese donde fuese.

Al principio, Michael me explicaba batallitas de mi padre y él, pero con el tiempo dejó de hacerlo. No sé si era algo que él había decidido por sí solo, o quizá era por el hecho de que a Carla le molestaba.

Poseían varias empresas, dos hospitales y propiedades por toda la costa; vamos que el dinero no les faltaba. El hermano de Donovan, Roy, trabajaba en una de las empresas como contable. Casi nunca lo veía, era un joven demasiado fiestero, y eso les traía a los padres de mi novio por el camino de la

amargura.

Ya era casi la hora de la prueba del menú. Acudí con mi madre al restaurante que Donovan y yo habíamos elegido para la celebración. Estaba ubicado en la falda del Monte Tamalpais y era un lugar precioso e idílico donde habíamos decidido celebrar la boda y con unas vistas increíbles.

Habíamos quedado en que mi novio vendría con sus padres y nos encontraríamos allí sobre la una. Carla y Michael llegaron puntuales a la hora, pero mi futuro esposo no daba señales de vida.

—¿No sabéis dónde está? —les pregunté.

—Supongo que estará en el hospital, no hace más que trabajar, pobrecito mi hijo. A ver si cuando sea el director puede descansar más.

«¿El director? ¿Qué parte me he perdido?», pensé. No me había comentado nada de que iba a ser el director del hospital. Normal, ¿cuándo iba a explicármelo? Si no nos veíamos nunca.

—Sí, esperemos que por lo menos no falte el día de su boda —soltó mi madre, también un tanto molesta porque Donovan estaba un poco desaparecido de sus obligaciones, y con ello consiguió llevarse una mirada de reproche por parte de Carla que mi madre se pasó por el *forro*.

Le llamé varias veces pero en ninguna pude hablar con él, me salía como que el teléfono estaba apagado. Yo ya llevaba un mosqueo de película.

A los quince minutos de estar esperándole, recibí un *wassap* de él:

«No me esperéis, me ha surgido una emergencia, y me es imposible ir. Confío en tu criterio, mi amor. Ya me contarás luego como ha ido todo. Lo siento muchísimo, cariño».

—Tendremos que ir pasando ya, tu hijo no podrá venir, le ha surgido una emergencia —les expliqué con cierta mala leche.

—Entonces vamos que yo tengo hambre —contestó Michael.

Después de una hora, ya habíamos probado o, más bien, engullido un montón de platos. Me faltó poco para caerme de la silla cuando vimos asomar a cinco camareros con unas tartas impresionantes, me dolía el estómago y pensaba que me iba a morir.

Todas tenían una pinta deliciosa, pero tras meter la cuchara en cada una de ellas, nos decidimos por unanimidad por la tarta de chocolate con crema de arándanos que era una auténtica delicia.

Tuve la idea de pedirle al gerente del restaurante un trocito de la tarta que habíamos elegido para llevárselo a Donovan al hospital. Pensé en darle una sorpresa, pese a mi mosqueo, ya que creí que era lo más correcto al no haber podido venir. Últimamente nos habíamos visto muy poco, así que supuse que iba a gustarle verme aparecer sin avisarle.

Cuando salimos del restaurante, me despedí de mi madre y de mis suegros y cogí un taxi en dirección al hospital en el que Donovan trabajaba.

Al llegar allí, cogí el ascensor y me dirigí a la tercera planta donde él tenía la consulta. Fui directa a su despacho, golpeé la puerta, pero al no escuchar nada entré para ver si estaba y me encontré con un despacho vacío.

Me encontré con Peter, el amigo de mi novio, cuando salí y miré por los pasillos.

—Hola, Payton —me saludó dándome dos besos.

—¿Qué tal, Peter?

—Bien, por aquí echando unas cuantas horas, y estoy que me caigo al suelo ya. —Me sonrió.

—¿Has visto a Donovan?

—No. Él no trabajaba hoy, es su día de fiesta.

—¿Cómo? Si me ha dicho que le había surgido una emergencia.

La cara de Peter cambió en un segundo; pasó de estar relajado a más tenso que la cuerda de una guitarra.

—¡Ah, pues...! Quizá me he equivocado y esté por aquí.

—¿Estás seguro?

—Sí, claro. Llevo demasiadas horas seguidas de trabajo, y ya no tengo la cabeza en su sitio. — Se llevó la mano a la cabeza y se echó el pelo hacia atrás. «¿Me está mintiendo en mi cara? ¿Qué coño está pasando?», pensé.

—Vale... Bueno, voy a llamarlo otra vez. Si lo ves antes, dile que le estoy buscando. Hasta luego, Peter.

—Lo haré. Adiós, Payton.

Me alejé de él y marqué el número de Donovan. Saltaba «Apagado o fuera de cobertura en este momento».

«¿Dónde narices estás, Donovan?» me pregunté.

Abandoné por completo su búsqueda y, tras dos intentos de llamada más y de enviarle dos wassaps, tiré la tarta en la primera papelera que encontré y me fui a casa.

La jornada iba a ser bastante movida, Gary me había avisado que la actuación de esa noche iba a ser buenísima y vendría mucha gente. ¡A ver con qué nos sorprendía mi jefe! Me estaba cambiando de ropa para irme a trabajar cuando mi móvil sonó.

Donovan: «Perdóname, cariño. He tenido el teléfono apagado. Estaba en una operación muy importante. Te recogeré esta noche cuando acabes tu turno. Ahora voy a descansar un poco. Te quiero».

«Pos vale», pensé. No le contesté. Estaba enfadada. Para una vez que quería darle una sorpresa, no pude porque no lo localicé y, para colmo, su amigo Peter me había dejado bastante confundida.

La primera respuesta había sido muy clara y precisa, pero su cara cambió y comenzó a soltar excusas por la boca cuando le dije que Donovan me había dicho que estaba en una emergencia.

¿Qué estaba pasando? ¿Me había mentido Donovan? ¿Dónde estaba entonces si hoy era su día de fiesta?

Estaba sirviendo unos de mis cócteles, Teletubbies y Batman, cuando unos acordes de guitarra captaron mi atención. Por poco mi corazón se sale del pecho, pero al levantar la vista mi emoción se desplomó. Por un instante, había tenido la esperanza de que fuese Adam. Su forma de tocar se parecía mucho a la de él y además los acordes de la canción *Wicked Game* me habían puesto la piel de gallina. No era él, y desde luego tampoco era Chris Isaak. El *cover*, que estaba escuchando, era una auténtica e increíble versión que tenía hecha el grupo de Him de esa misma canción, y sí que podía decir que era casi la misma voz de Ville Valo, cantante de Him. Gary se había superado contratando a ese chico.

Serví las copas y me puse a disfrutar de esa preciosa canción mientras la tarareaba. A los minutos de haber acabado, y cuando por fin quedé libre de pedidos, me acerqué al chico para felicitarlo. Me había encantado la actuación, pues había cantado y tocado de maravilla, y quería decírselo.

Era un chico muy guapo: tenía el pelo largo castaño, los ojos negros, un cuerpo de escándalo y una sonrisa preciosa.

—Enhorabuena, has estado increíble.

—Muchas gracias, guapísima. Me alegro que te haya gustado. Me llamo Joseph. —Me tendió su mano por encima de la guitarra—. Payton, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Digamos que tenemos un amigo en común.

—¡Joseph! —Alguien le llamaba.

—Me llaman, tengo que irme. Trabajas aquí ¿no?

—¿Eres una especie de vidente o algo así? —le pregunté.

—Algo así. Estoy seguro que volveré muy pronto. —Me guiñó el ojo. Gesto que me hizo sonreír.

—Siempre que traigas la voz de Ville Valo a este local, serás bienvenido.

—Eso está hecho, preciosa.

—Nos vemos.

—Espero que pronto.

Regresé a la barra con una sonrisa en los labios, me había caído muy bien ese chico y, sobre todo, me había encantado su actuación. Pero me había quedado con la duda de cómo sabía mi nombre y qué amigo teníamos en común.

—¿Éste va a ser la nueva estrella del pueblo? —La voz de Donovan me sobresaltó.

—¡Vaya, el señor aparece por fin! Ya era hora de que te dejes ver ¿no?

—No me lo recuerdes, llevo un día de locos. He intentado descansar un poco antes de venir, pero no podía dormir si no te veía. Me sabe tan mal lo de hoy, lo siento muchísimo, cariño. —Alargó el cuerpo para besarme por encima de la barra—. Y también necesitaba proteger a mi futura esposa, veo que por aquí hay mucho moscón suelto últimamente.

Aquel comentario me sentó muy mal, ya que sé que iba sobre todo por Adam. Aunque nuestra historia hubiese terminado así de trágica, no consentía que nadie más se metiese con él. Quería tener ese privilegio para mí sola; no quería que nadie más lo tuviese y Donovan menos pues también se comportó con la novia de Adam como un *capullo*.

—El chico es muy simpático y toca de maravilla.

—Pues que siga tocando su guitarra y aleje su sonrisa de mi chica.

—¿Desde cuándo eres tan celoso? —Levanté la vista para mirarlo. No tenía cara de cansado como otras veces, todo lo contrario ya que me pareció más descansado y relajado que nunca.

—Desde que mi novia aceptó casarse conmigo.

—Por cierto, hoy he estado en el hospital. Peter me ha dicho que tenías el día libre. —Su cara se tensó en ese momento. La mentira era de las pocas cosas que podía reconocer de Donovan con solo mirarlo.

—Este hombre está fatal. Sabía perfectamente que me han llamado hoy para una operación de emergencia, puesto que he estado con él antes de entrar a quirófano. Me ha dicho que has estado allí, en cuanto he salido del quirófano, y me ha pedido que le disculpases porque tenía la cabeza fatal por falta de sueño y me ha comentado lo que te había dicho por error. Así que no le hagas mucho caso la próxima vez. ¿Qué tal la prueba?

Acababa de mentirme en mi propia cara. Nada de lo que había dicho había sido cierto y encima intentaba cambiarme de tema. Esto era increíble.

—¡Payton, una cerveza cuando puedas!

—¡Voy, Jou! —respondí abriendo la nevera y cogiendo una.

—Te esperaré fuera, el bar está a tope, y tienes mucho trabajo. Voy a aprovechar para hacer unas llamadas.

—Vale —le contesté antes de ir hacia la otra punta de la barra donde Jou me esperaba.

—¿Qué es de Adam? No he vuelto a verlo.

—Dejó de trabajar aquí hace dos meses, Jou.

—Con razón no lo veía. —El alcohol jugaba malas pasadas con el cerebro de ese hombre—.

¡Qué pena! Ese chico es buena gente, hija, aunque me temo que es igual de complicado que su puñetero padre, que en paz descanse.

—Sí, ya me lo imagino.

A los veinte minutos de estar colapsada de pedidos, llegó mi salvación.

—¿Cómo va la noche? —me preguntó Gary metiéndose tras la barra conmigo.

—Ahora que te has dignado a ayudarme, mejor. —Le sonreí. Parecía que a todo el mundo le había dado por venir a última hora y estaba hasta arriba de trabajo.

—Las mujeres suelen llamarme «Mi héroe» en muchas ocasiones. —Ese comentario me sacó una carcajada.

—No creo que sea para tanto, Gary —le contesté entre risas mientras mi jefe simulaba el vuelo de Superman—. Por cierto, el chico que ha tocado esta noche es muy bueno.

—Lo sé. Es un amigo de Adam, ha venido con él esta mañana para que lo conociese y así poder contratarlo.

—¿Adam ha estado aquí?

—Sí, esta mañana. Pasó a por el cheque que tenía pendiente de recoger.

Mi corazón se me salió del pecho y dio un recorrido por todo el bar para después volver a mí como un *boomerang*. Si Adam estaba por el pueblo, ¿vendría a verme?

No pude responderme porque un fuerte ruido se escuchó en la puerta del bar en aquel momento y el cuerpo de Donovan atravesó el cristal.

La gente gritó, y Gary pegó un salto por encima de la barra para acudir corriendo a socorrer a mi novio. Me quedé de una pieza, sin poder reaccionar, por lo que acababa de ocurrir y al ver a Adam a través de esa puerta rota. Estaba allí plantado totalmente inmóvil con sangre en la boca y los ojos envueltos de puro fuego.

## CAPÍTULO 15

—¡Payton, llama a una ambulancia! —me gritó Charlie, uno de los clientes asiduos del bar. Entonces fue cuando reaccioné e hice lo que me había dicho.

—¿Se puede saber qué coño ha pasado, Adam? —escuché como le gritaba Gary a través del cristal roto a un Adam que seguía de pie e inerte como una estatua. Mi jefe intentaba comprobar el estado de Donovan y los daños que había sufrido por el golpe.

Me coloqué de rodillas a su lado. Estaba inconsciente y su rostro estaba totalmente cubierto de cortes por los cristales. Levanté la vista y miré a Adam.

No podía ser. Era imposible que fuese él. Llevaba el cabello más largo y estaba mucho más delgado. Se le veía demacrado.

Mientras me debatía qué hacer, Adam me miró dejándome sin respiración.

—¿Puedes explicarme qué ha pasado?! —volvió a gritarle Gary, pero Adam seguía sin reaccionar y sin apartar sus ojos de los míos.

—Este tío se ha acercado al que está en el suelo y después de gritarle «hijo de puta», le ha soltado un puñetazo. Ambos se han enzarzado en una pelea y en el último golpe ha lanzado a éste a través del cristal —nos explicó uno de los chicos que permanecía en corrillo alrededor de la puerta del bar, donde se iban arremolinando cada vez más espectadores.

—¿Qué ha pasado para que le golpeases, Adam? ¿Quieres contestar de una puta vez?! —Gary se levantó cogiendo a Adam de la chaqueta y lo zarandeó.

—Es un hijo de puta. —Fue lo único que escuché salir de sus labios.

—He llamado a la policía —dijo Barry, con su inseparable gorra roja puesta.

Por suerte Donovan despertó. Abrió los ojos y me miró.

—¿Estás bien? —le pregunté a mi novio.

—Un loco acaba de estrellarme contra una puerta de cristal, la verdad es que no.

—¿Qué ha pasado?

—Sin venir a cuento, este gilipollas me ha golpeado e insultado. He tenido que defenderme, pero después me ha lanzado contra la puerta. ¡Este tío está totalmente ido! ¡Hay que encerrarlo! —gritó Donovan intentando levantarse y dirigiendo la vista hacia Adam.

—Quieto ahí, espérate a que venga la ambulancia para mirarte bien, y luego hablaremos con la policía —intervino Gary sujetándole por el brazo para que no se levantara—. Será mejor que permanezcas sentado, no sabemos si has sufrido daños mayores con el golpe.

—Por supuesto que hablaré con la policía. Pienso denunciar a este demente —contestó Donovan.

—¿Por qué, Adam? —Esa pregunta fluyó sola al volver a mirarlo.

—Porque ese que tienes a tu lado es un auténtico hijo de puta, Payton. Tarde o temprano, y espero por tu bien que sea pronto, te enterarás de la clase de hombre que es.

Con estas palabras cogió y se fue de allí.

—¡Adam! —le llamó Gary.

—Déjalo, Gary. Ya tendrá pronto noticias de mi abogado. Pienso denunciar a ese maníaco y esta noche te juro que la pasará en el calabozo como que me llamo Donovan Loorten.

—¿A qué venía eso, Donovan?, ¿a qué se refería con eso?

—No le hagas caso, cariño. Este hombre no está bien, no hay más que verlo, hasta la mirada la tiene de loco. Seguro que va hasta las trancas de coca. Ya te dije que era un psicópata.

La ambulancia llegó a los pocos minutos. Comprobaron el estado de Donovan y vieron que no tenía nada roto, solo tenía cortes y un golpe muy feo en la cara que ya empezaba a amoratarse. Dejaron que se fuese a casa tras realizarle unas curas, pero antes tuvo que hablar con la policía por lo ocurrido.

Donovan quiso poner una denuncia a Adam y la policía le tomó declaración y procesaría una orden de detención contra él esa misma noche para así poder detenerlo e interrogarlo. Parecía que estaba viviendo la secuencia de una película policíaca, y que de un momento a otro iba a salir la palabra «Fin» en la pantalla, pero las horas pasaban y aquello no acababa.

Sobre las cuatro de la mañana, pudimos por fin salir de allí. Donovan ya se encontraba mejor y quiso conducir hasta mi casa, donde me pidió si podía pasar la noche conmigo. No pude negarme, pero era lo que menos deseaba en ese momento.

Después de darse una ducha, le acompañé a la cama y, gracias a los efectos de los calmantes, enseguida se quedó dormido. Bajé a la cocina, donde estaba mi madre, y me tomé una taza de té con ella mientras le explicaba todo lo sucedido.

—¿De verdad ha pasado eso?

—No me lo estoy inventando, mamá. Ha sido tal y como te lo he contado. Te lo juro que parece que he vivido un *jodido* episodio de *Hawaii 5.0*.

—No acabo de entender el comportamiento de ese chico y, mucho menos, lo que te dijo.

—Eso es lo que me tiene dando vueltas a la cabeza todo el rato. No sé porqué me dijo eso ni a qué se refiere.

—Tendrás que preguntarle a Donovan.

—Lo he hecho, pero evade mi pregunta. Dice que Adam está loco y no sabe a qué se refiere. Además me ha mentado en mi cara esta noche, mamá. Sé que me oculta algo y no sé lo qué es.

—Espérate a mañana, deja que descanse y le preguntas cuando todo haya pasado.

—Eso haré.

—Buenas noches, hija.

—Buenas noches.

Me quedé sentada en la encimera de la cocina pensando en lo ocurrido cuando mi móvil sonó. Miré la pantalla y era la llamada de un número desconocido. ¿Quién coño me llamaba a esas horas? Un pequeño escalofrío recorrió mi cuerpo.

—¿Diga?

—Payton.

—¿Adam?

—Me han detenido y solo puedo hacer una llamada, así que solo escúchame.

—¿Pero estás bien?

—No te preocupes, lo estoy. Además solo será una noche en el calabozo. Mañana me asignarán un abogado de oficio, y demostrará lo absurda que ha sido esta detención.

—¿Has tirado a Donovan contra la puerta del Rock & Coffee, Adam?, ¿qué tiene eso de absurdo?

—Créeme, Payton, que le hubiese matado esta noche pero mejor que solo haya quedado en eso.

Necesito que me escuches.

—¡Estas mal de la cabeza!

—¡¿Quieres escucharme de una puta vez?!

—¡No pienso escucharte! ¡De hecho, voy a colgar ahora mismo y me importa una mierda lo que quieras decirme! Has golpeado a mi novio y me acabas de decir que lo hubieses matado. Y ahora vas y me gritas. ¡Vete a la mierda! ¡Y espero que no sea solo una noche la que pases en el calabozo, *capullo!* —Colgué de golpe.

Tenía el corazón latiendo a cuarenta pulsaciones por minuto y no podía casi respirar. Sentía que me ahogaba. Mi estómago no lo soportó y acabé vomitando en el fregadero de la cocina.

Cuando terminé de echar hasta mi primera papilla, me fui al sofá y me hice un ovillo. Por suerte mis arcadas no habían sido lo suficientemente estruendosas para llamar la atención de mi madre o despertar a Donovan, y me alegré por eso, puesto que no hubiese soportado que ninguno de los dos me preguntase.

Esa noche soñé con Adam y con Donovan. La gente decía que Adam era un asesino en serie que iba matando a todos los vecinos de Mill Valley. A mi paso por las calles, me encontraba con charcos de sangre, miembros mutilados, cadáveres... Adam me decía, una y otra vez, que no lo había hecho él y que había sido Donovan; y mi novio me cogía de la mano para separarme de él y así no poderlo escuchar. Yo le preguntaba a Donovan, pero él me mentía diciéndome que había estado trabajando y que no había tenido tiempo de asesinar a nadie. Todo esto, me lo decía estando frente a mí, cubierto de sangre y vísceras, y con un hacha en la mano.

Desperté, pegando un grito, y cuando abrí los ojos vi a Donovan sentado a mi lado en el sofá mirándome.

—Cariño, ¿estás bien? Estabas gritando y moviéndote como una loca. Has estado a punto de golpearme.

—Perdóname... Yo... estaba teniendo una pesadilla.

—Voy a prepararte algo de café. —Me dio un beso en la frente y se fue hacia la cocina.

Intenté acompasar los latidos acelerados de mi corazón para poder calmarme, pero los recuerdos de la pesadilla eran demasiado reales.

—Ten, tómate el café. —Se sentó de nuevo a mi lado y me acercó una taza de café humeante.

—¿Cómo estás tú?, ¿has descansado bien? —le pregunté.

—Me duele un poco aquí en el costado, pero estoy mejor. Ya he llamado a mi abogado, he quedado con él en media hora en Comisaría. Anoche detuvieron a Adam y voy a intentar que le caiga un *puro* por lo que me hizo.

—¿Por qué te pegó, Donovan?

—Te lo dije anoche, cariño. Este hombre está loco y no sabe lo que hace. Vino hacia mí, hecho una furia gritando e insultándome sin saber porqué. Se ha vuelto demente perdido.

—No creo que Adam hiciese eso sin tener ningún motivo.

—¿Estás diciendo que merecía que me lanzara contra la puerta del bar?

—¡No! Yo no he dicho eso.

—¡No le defiendas, Payton! —Se levantó de golpe. «¿Pero este tío es gilipollas?».

—¡Yo no estoy defendiendo a nadie! —le contesté.

—Pues es la sensación que me ha dado, parece que no te importe que un loco me haya golpeado así, cuando te estoy diciendo que yo no he hecho absolutamente nada. —Caminaba nervioso hacia un lado y hacia el otro del comedor.

—Donovan, algo está pasando, y necesito saberlo. —Me levanté y me acerqué a él.

—¿A qué te refieres?

—Ayer en el hospital, cuando fui a verte...

—Ya te dije que estaba en una operación de emergencia que me salió. No puedo disculparme más veces, Payton, ese es mi trabajo —me contestó enfadado.

—¡Deja ya de mentirme en mi propia cara, joder! —le grité. Donovan se quedó frente a mí con los ojos como platos.

—No te estoy mintiendo.

—Sé que lo haces y lo peor de todo es que no sé porqué ni qué cojones me estás ocultando.

—Sigue pensando lo que te dé la gana, tengo que irme. —Se levantó y se fue de mi casa dando un portazo y dejándome allí con un enfado de un par de narices.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó mi madre apareciendo en el comedor.

—No lo sé, mamá, pero algo está pasando aquí. Tengo la sensación de estar metida en una enorme bola de nieve, que no para de dar vueltas y hacerse cada vez más grande, y no tengo idea de cómo detenerla.

—Cuéntame, hija. —Mi madre se sentó en el sofá y yo junto a ella.

—Anoche me llamó Adam desde Comisaría, le habían detenido. Quería explicarme algo, pero me enfadé con él y no dejé que me lo explicara. Para colmo, Donovan sigue mintiéndome sobre ayer. Sé que no estaba operando, mamá, lo sé. Mi instinto me dice que me está ocultando algo.

—Habla con Adam a ver si lo que te quiere explicar tiene algo que ver con lo que Donovan está ocultando, puesto que algo no cuadra aquí. Que ese chico aparezca de nuevo en escena y golpeé a tu novio así por las buenas, no creo que haya sido porqué sí.

—Eso creo, pero hasta que no salga no podré hablar con él y la espera me está matando. ¡Joder! —Me pasé las manos por el pelo—. ¿Por qué es todo tan complicado en esta puta vida?

—A veces la complicamos nosotros, cariño. Ya sabes que los humanos somos los seres más complicados del planeta.

— Sí, supongo que los chimpancés fueron más inteligentes al no evolucionar; era mejor quedarse comiendo piojos y cogiéndose de los *huevos* mientras se cuelgan de los árboles felices sin más complicaciones. —Las dos nos echamos a reír.

Decidí vestirme e ir a casa de mi amiga Su. Quería preguntarle si el día anterior vio a Adam y a su amigo Joseph cuando fueron a ver a Gary por la mañana al bar, sabiendo lo cotilla que es ella los tuvo que ver y estaba segurísima que se enteraría de algo.

Llamé dos veces y esperé. Supuse que estaría durmiendo, así que le di tiempo. Al cabo de unos cinco minutos, abrió la puerta su novio. No voy a decir que se me cayó la mandíbula al suelo cuando lo vi aparecer con solo una diminuta toalla atada a la cintura. Y tampoco voy a confesar que —pese a la preocupación que ocupaba mi vida tras la discusión con Adam y la discusión con mi novio—, una no es de piedra y que recé para que esa minúscula *toallita* de color blanco puro cayese al suelo y me mostrase la octava maravilla del mundo, que mi amiga tenía solo para ella. «¡Capulla!».

—Hola, Payton, pasa. Su está en la ducha, ahora baja.

Me lo imaginaba: ducha matutina con ese hombre, sexo matutino asegurado. ¡Arggg...!

—¡Buenos días, *churri mía!* —Su apareció con una sonrisa de oreja a oreja y secándose el pelo con una toalla.

—Hola, mi niña.

—¿Café? —me preguntó mientras caminaba hacia la cocina conmigo detrás. El novio ya había desaparecido de nuestra visión, Su lo tenía muy bien enseñado—. ¿Qué te pasa? —Me conocía demasiado bien.

—Anoche hubo movida en el bar —Me senté en el taburete frente a la isla de mármol que tenía en su cocina.

—Panda de borrachos, siempre igual —soltó mientras ponía una cápsula de café y colocaba una taza debajo.

—Fue Adam. Tiró a Donovan contra la puerta del bar y éste la atravesó con su cuerpo.

—¿Qué me estás contando? —Se giró hacia mí con la boca abierta.

—Lo que acabas de escuchar. Según nos contaron, Adam había llegado a la puerta del bar y se abalanzó contra Donovan insultándole y golpeándole sin ningún motivo aparente. Lo que no sabemos todavía es porqué.

—Adam estuvo por la mañana en el bar, pero no quise decirte nada porque... Bueno, ya sabes el porqué.

—Ya lo sé, Su. No vengo a preguntarte porqué no me dijiste nada, solo si escuchaste algo o te comentó algo. No sé, es que estoy hecha un lío. Resulta que cuando estábamos socorriendo a Donovan, Adam me soltó algo, me dijo que mi novio no era lo que yo pensaba. Después por la noche, me llamó desde Comisaría porque le habían detenido, y la única llamada que le dejaban hacer la utilizó para llamarme a mí. Entonces me dijo que tenía algo que explicarme, pero ya sabes que él y yo somos muy temperamentales.

—Por no decir que tenéis los *huevos* más gordos que una pelota de playa de esas inflables.

—Vale, lo que tú quieras. —Me sacó la lengua—. Total que no me enteré de lo que me quería decir. Lo mandé a la mierda prácticamente.

—Pues llámalo y pregúntale.

—¡No puedo llamarle, Su! Está en el calabozo.

—¡Joder, es verdad!

—Y eso no es todo. Donovan me ha mentido.

—¿Cómo? ¡Joder, nena! A mí estas cosas me las tienes que soltar con más cafés en el cuerpo o con un poco de lubricante, ¡la Virgen!

—Pues sí, nena. Te juro que le pillé una mentira.

—¿Cuál?

—Ayer no vino a la prueba del menú porque según él estaba operando de emergencia, y resulta que cuando llegué al hospital preguntando por él, me soltó su compañero que ayer tenía fiesta. Cuando le dije que Donovan me había comentado lo de la operación, cambió de talante soltándome una excusa absurda de que su compañero por falta de sueño ya no estaba seguro... Lo peor de todo fue que al preguntarle a mi novio, vi su mentira pues su cara me dijo que estaba mintiéndome.

—¿Y dónde cojones se supone que estaba? ¿Se perdió la prueba del banquete para vuestra boda?

—Pues eso es lo que trato de averiguar.

—¿Y no te ha dado por preguntarle directamente, Sherlock Holmes?

—Vete a la mierda, Su. Si tuviese una respuesta no estaría así, ¿no crees?

—También es cierto, perdona. ¿Supongo que le has preguntado directamente?

—Esta mañana.

—¿Y? —me preguntó Su, dándole vueltas al azúcar de su café.

—Me ha dicho que él no me miente y, después me ha soltado que era su trabajo, que no pensaba disculparse más. También se ha enfadado porque dice que defiendo a Adam.

—¿Has defendido a Adam?

—¡No! ¡Joder! ¡Sí! Bueno... únicamente le dije que no creía que Adam le hubiese golpeado así como así, que tenía que tener algún motivo.

—¡Joder, Payton!

—¿Qué?!

—Adam lanza a tu futuro marido contra la puerta de cristal en plan Bruce Willis en la *Jungla de Cristal*; y tú vas, y le sueltas que Adam tenía que tener algún motivo para hacerlo.

—¡Pero es que es verdad! Conozco a Adam, ¡maldita sea! ¡Él no hubiese tirado a Donovan así como así! Además también está eso que quiere explicarme.

—Estás deseando verlo.

—Eres una zorra.

—Una zorra lista, pero a mí no me puedes engañar. Te mueres por tenerlo delante de ti otra vez.

—Eso no es cierto. Solo quiero escuchar lo que tiene que decirme.

—Estás deseando que te diga lo que quisiste escuchar hace dos meses. Y eso no va a ser posible, quítatelo de la cabeza.

—Te odio.

—Yo también te quiero, y sabes que soy la única que te dice la verdad, Payton. ¡Así que haz el favor de coger el toro por los cuernos e ir a esa Comisaria para hablar con Adam de una puta vez! Me apuesto el pescuezo a que tiene información sobre Donovan. Necesitas enfrentarte a Adam de una vez.

—Tengo miedo, Su.

Por fin, me sinceraba en voz alta después de dos meses.

—Lo sé, mi niña, pero debes ser fuerte. Adam sabe algo y quiere decírtelo, deja que lo haga, y luego ya decides.

—No sé cómo voy a reaccionar cuando lo tenga cerca.

—Pues, cariño, eso solo lo sabrás cuando llegue el momento.

## **CAPÍTULO 16**

Ahora sí que parecía Sherlock Holmes, sentada en la esquina de la calle de atrás de Comisaría, esperando a que Adam saliese, y escondida para que Donovan no me viese.

Después de irme de casa de mi amiga Su, me fui a la mía. Me cambié de ropa. ¡Sí, lo confieso!

Quería estar guapa para cuando me viese, no podía negarlo.

Me coloqué unos tejanos y unos botines, una camisa blanca y mi chaqueta de piel marrón. Me dejé el pelo suelto, y bien colocado. Me puse rímel en las pestañas y un poco de brillo en los labios.

Miré el edificio de hormigón con grandes ventanales una vez más. No sabía si estaba todavía en Comisaría o si ya había salido. Pero lo que sí tenía claro era que tenía que hablar con Adam, necesitaba escuchar lo que tenía que decirme.

No sabía qué hacer para enterarme, así que pensé en buscar un poco de ayuda. Alguien tenía que saber algo y se me ocurrió que quizá el amigo de Adam, el que había tocado la noche anterior en el bar, supiese algo.

Como yo no tenía su teléfono, llamé a Gary para conseguirlo. Después de varias excusas absurdas, por mi parte, acabó dándome el número de su móvil. Creo que pensó que quería *ligotear*, pero me daba igual lo que pensase, pues lo necesitaba.

—¿Diga?

—Eh... ¿Joseph?

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Soy Payton. —Joseph se quedó callado al otro lado del teléfono—. La camarera...

—Sé quién eres, Payton. ¿Qué ocurre?

—Necesito saber si Adam sigue en la Comisaría. Pensé que quizá tú podrías saberlo.

—Sí, aquí está. Estoy con él. Estamos esperando al abogado para firmar los papeles. Ya le sueltan.

—Ah... vale.

—¿Quieres que te lo pase?

—¿Puede hablar?

—Bueno si consideras hablar a lo que hace este gilipollas. —Soltó una carcajada—. ¿Payton? Ahora hablaba Adam.

—Adam... Yo... necesito hablar contigo. —No sé si me estaba entendiendo, porque parecía que me había llenado la boca de polvorones, y ni yo misma entendía lo que decía.

—Saldré en unos minutos, iré a buscarte. —Pues milagrosamente sí que me había entendido.

—No hace falta.

—Payton, necesito hablar contigo cara a cara, déjame...

—Me refiero que no hace falta que vengas a buscarme porque ya estoy aquí afuera —le interrumpí.

—¿Afuera? ¿Dónde?

—En la calle de atrás de la Comisaria. Estaba esperando a ver si te veía salir, pero no quería que me viese Donovan, ¿está dentro?

—No. —Su respuesta fue escueta.

—Ok. Te espero aquí —le dije y colgué.

Aquellos minutos me parecieron horas. Mi cuerpo temblaba a la espera de volver a ver a Adam después de dos meses. No sabía cómo iba a reaccionar de nuevo al verlo, puesto que la pasada madrugada no pude reaccionar a duras penas. Quizá ya no sentía lo mismo por él como había sentido tiempo atrás.

No. Imposible.

Había conseguido amar a Adam de una forma que era imposible olvidar y estaba segura de que eso no iba a dejar de sentirlo nunca. Lo había echado muchísimo de menos.

Y todo ese miedo que sentía, era miedo de volver a ser la mujer débil y vulnerable que era cuando estaba con él. La mujer que temía que la rechazara, que no la amara, y yo no quería volver a ser ella.

Pero era algo que aunque no lo quisiera, no podría controlarlo.

Con solo haber oído su voz por teléfono, mi corazón había martilleado en mi pecho como cientos de tambores a la vez y mi cuerpo se había estremecido golpeándome en el alma y partiéndome en mil pedazos. Así que temía cuál sería mi reacción al verlo.

—Payton.

¡Joder! Ahí estaba otra vez mi nombre en sus labios y yo me acababa de quedar muerta. Volvía a tener a Adam frente a mí: sus ojos azules, su mirada profunda, sus labios, su nariz *picúa*, ahora más pronunciaba por su delgadez, y su pelo, ahora más largo cogido con una coleta pero con el flequillo cubriendo parte de su frente. Vestía unos pantalones tejanos y una de sus camisetas habituales con el cuello de pico en color gris, y su inseparable chaqueta de piel. Seguía estando impresionante.

Adam.

Mi Adam.

Allí de pie frente a mí.

A su lado Joseph, que nos miraba expectante fijando su vista en uno y en el otro como si fuese un partido de tenis.

—Vamos, chicos, os llevo.

—No hace falta, hablaremos aquí —le contesté a Joseph.

—No creo que sea lugar para hablar —contestó Adam. Seguían tan mandón como siempre.

—Me da igual lo que creas. Solo quiero que me expliques lo que tanto insistes en explicarme y poder largarme de aquí.

—Sigues mintiendo fatal.

—Y tú sigues siendo el mismo controlador de siempre, cosa que no funciona ya conmigo. Así que dime de una vez lo que tengas que decirme.

—Te noto muy cambiada.

—Sigo siendo la misma mujer, pero no tan manipulable como te gustan a ti.

La gente nos miraba al pasar. Joseph estaba incómodo y no sabía dónde meterse. Adam y yo continuábamos de pie desafiándonos con la mirada.

—Pregúntale a tu futuro marido, si ha vuelto a ver a Lisa. Ya no tengo más que decirte. —Se dio la vuelta y comenzó a caminar. Y no pude reaccionar. Si me hubiesen pinchado en ese momento, no hubiesen sacado ni una pizca de sangre, ni una sola gota. ¿Qué había querido decirme con eso?

Supongo que la rabia que creció en mi interior al escucharlo decirme tal barbaridad, y salir huyendo otra vez, hizo que sacara fuerzas y que saliese tras él.

Le agarré del hombro y le di la vuelta para encararlo a mí.

—¿¿Qué cojones significa eso?! ¿¿Por qué me dices que le pregunte a mi novio por tu ex?! ¡Sé claro de una puta vez en tu vida! ¡Sigues siendo el mismo cobarde de siempre!

Lo sé, estábamos dando el espectáculo en plena calle y a unos metros de una comisaría. Cualquiera podría detenerme por escándalo público, pero me daba igual. Sentía como la sangre me hervía por dentro y como mi cuerpo se convulsionaba por los nervios.

—Será mejor que os lleve a otro sitio. No quiero tener que pagar dos fianzas porque estoy pelado. —La voz de Joseph la escuchaba distorsionada.

—¡Estoy harto de ser el malo, Payton! Estoy cansado de tener que aguantar tus gritos porque no sabes ver la verdad de todo esto.

—¿La verdad? Yo te diré la verdad. Has venido después de dos meses para acusar a mi novio, ¿de qué, Adam?, ¿de infiel? ¿Quieres decirme que Donovan está con Lisa?, ¿eso es lo que quieres decirme? ¿Por qué no eres sincero de una vez, Adam?

—¡Maldita seas, Payton! ¡Siempre he sido sincero! ¡Eres tú la que vas con una venda en los ojos, no yo!

—Chicos, por favor, meteros en el coche de una vez. —No sé cómo lo hice pero entré en el interior del vehículo cuando Joseph abrió la puerta—. Adam, por favor, entra. —También hizo lo que Joseph le dijo. Después él entró en el sitio del conductor, arrancó y salimos de allí.

Mi mente trabajaba a pasos agigantados. No podía pensar en otra cosa. Estaba muy enfadada con Adam, pero en realidad ese enfado tenía que ver conmigo misma por cómo estaba reaccionando al tenerlo cerca. ¿De verdad me quería decir que Donovan me engañaba?, ¿o es que había caído tan bajo como para acusarlo de esa forma?

El coche se detuvo y Joseph me abrió la puerta. Fui detrás de él hasta llegar a la entrada de una pequeña casa de una sola planta. Joseph metió la llave y abrió, se echó hacia un lado para que entrase. Mi subconsciente seguía sin reaccionar, así que entré sin pensar en nada más. Adam lo hizo detrás de mí porque cuando me giré allí estaba. La puerta se había cerrado y los dos estábamos a solas.

Adam debió ver mi cara de horror ya que me habló enseguida.

—Ha ido a por unas cervezas para dejarnos hablar, enseguida vuelve.

—No tengo miedo de estar contigo, no tienes que darme explicaciones.

—Pues por tu cara diría que estás sintiendo lo contrario.

—No tienes ningún poder sobre mí. Ya no me afectas como lo hacías antes.

—Vale ya, por favor. —Mi mandíbula debió de tocar el suelo de cómo llegó a abrirse al escuchar sus palabras.

—Pues dime algo claro, Adam. Necesito saber algo ya.

—Lisa ha vuelto.

—¿A dónde ha vuelto?

—A Mill Valley.

Quise vomitar, tirarme al suelo y patalear como un niño pequeño. Adam continuó:

—Regresé hace tres días. Joseph no hacía más que insistirme para que volviésemos a la ciudad. Prefería vivir aquí, y me convenció para que le acompañase a hablar con Gary y así tener la oportunidad de tocar en el Rock & Coffee.

—No me importa saber cuándo has vuelto ni porqué. ¿Quiero saber qué tiene que ver Lisa en todo esto?

—Si dejaras de ser tan borde, te lo explicaría.

Busqué algo en lo que sentarme y caminé por la casa hacia el comedor, y me senté en el sofá. Era mi manera de decirle que iba a dejar que hablara. Adam resopló y después se acercó, cogió una silla y se sentó a una distancia prudencial.

—Donovan se vio con ella. —Allí tenía mi verdad—. Este viernes pasado, Joseph y yo, salimos a tomar algo por la noche, fuimos a Richmond y justo cuando entramos en un bar de copas que nos habían recomendado, los vi. Estaban en la esquina del local, sentados uno enfrente del otro.

—¡Hala, muy bien! Si eso es todo, me voy ya. —Me levanté para irme pero, antes de poder abrir la puerta, Adam me detuvo colocando su mano sobre la mía.

—Los vi besarse, Payton.

Me derrumbé y, sin poder evitarlo, emití un sollozo. No quería llorar pero sin quererlo todo aquello, que llevaba guardando dentro de mí durante ese tiempo, se vino abajo al escuchar aquellas palabras, acompañadas del tacto de su mano sobre la mía y su voz rozando mi cuello.

—Apártate, por favor —le supliqué entre sollozos.

—No pienso apartarme nunca más, Payton.

—Pues entonces lo haré yo. —Me moví hacia atrás para apartarlo de mi lado y poder abrir la puerta, necesitaba salir de allí.

—¿Te vas y ya está? ¡Vas a casarte con un hombre que te está engañando! —Me di la vuelta para encararme con él. A pesar de que mis ojos se habían cubierto de lágrimas, la determinación no me abandonó.

—Mi vida no es tu problema, Adam. No lo ha sido nunca y no lo será. —Salí de allí casi corriendo, pero no sin antes dar un portazo y cerrarle la puerta a Adam, esperando que fuese para siempre.

En ese momento, Joseph regresaba caminando con una bolsa de plástico en la mano y la otra en el bolsillo del pantalón.

—¿Estás bien? —me preguntó acercándose a mí.

—Gracias por todo, Joseph. —Fue lo único que pude responderle.

—Deja que te lleve a casa.

—No hace falta, de verdad.

—Por favor, me sentiré muy mal si te vas así. —Me miró haciéndome un puchero como si fuese un bebé.

—Está bien.

—Voy a dejar la bolsa y se lo digo al *capullo* que tengo como amigo, ¿vale? —Eso me hizo sonreír.

—De acuerdo.

—Enseguida vuelvo.

El trayecto en coche era un absoluto silencio. Al final, Joseph puso música y comenzó a mover los dedos sobre el volante al ritmo de AC/DC. Yo miraba por la ventanilla, pero mis lágrimas seguían empañando mi vista y no podía controlarlas.

No hacía más que analizar lo que Adam acababa de soltarme. Le había creído, y era cierto que Donovan había estado muy distante, pero en el fondo esperaba que nada de esto fuese verdad. Así que me arriesgué a preguntarle a Joseph.

—¿Es verdad lo que me ha contado Adam?

—¿Lo de tu novio y Lisa?

—¿Los visteis en un bar en Richmond el viernes?

—Así fue.

—¿Y?

—Los vimos allí juntos. A Adam le cambió la cara por completo. Nunca ha sido muy expresivo, la verdad, pero esa noche se puso blanco como una pared. Quiso entrar y observarlos, pero cuando vio cómo se besaban, tuve que sacarlo de allí a empujones antes de que la rabia lo llevara a cometer un error.

¿Adam seguiría amando a Lisa? ¿Por eso le afectó tanto?

Comprobé que Joseph tenía el mismo poder de leer mentes como lo tenía Adam cuando me respondió.

—No la ama, Payton. Esa historia acabó hace mucho tiempo. —Lo miré a los ojos. Ya había detenido el coche en la puerta de mi casa y ni siquiera me había enterado. Sacó un pañuelo de la guantera y me lo dio. Me limpié la cara como pude, sin importarme el aspecto que pudiera tener en ese momento—. Adam me explicó esa misma noche que Donovan era tu novio y que ibais a casaros. Ahí fue cuando supe el motivo de que huyese de Mill Valley y el porqué de su reacción.

—Su *jodida* cobardía fue lo que le obligó a abandonar y salir corriendo.

—¿Me estás tomando el pelo? —Me miró incrédulo—. El motivo de que Adam saliese escopeteado de aquí, fuiste tú.

—Yo no fui su motivo, Joseph. Créeme.

—No, preciosa, créeme tú a mí cuando te digo que sí lo fuiste. Le hiciste sentir cosas que no quería volver a sentir. Ya había amado una vez, Payton, y también había sufrido mucho por ello. No quería volver a pasar otra vez por lo mismo, por eso se marchó.

—Eso no es una excusa, para mí fue un cobarde. No todas las mujeres somos así ni todas las relaciones son iguales.

—Payton... no quiero sonar grosero, y perdóname si lo que te digo te molesta; pero tú habías engañado a tu novio de tres años, con él. ¿Quién dice que si iniciabas una relación con Adam no le hicieses lo mismo?

Jarro de agua fría.

—Eso no es justo, Joseph. Él me sedujo. Él empezó todo ese juego.

—Él no tenía a nadie. Eras tú la que tenías novio.

Otro jarro de agua fría. Esta vez con hielo.

—Te pido perdón, Payton, pero tenía que decírtelo. Adam es mi amigo desde hace muchísimo tiempo, y reconozco que se ha vuelto un *capullo*, y un maldito egocéntrico, pero tiene muy buen corazón. Antes no era así. Su relación con Lisa, su gran decepción y la muerte de su padre, lo cambiaron por completo. Así que entiendo que pueda meterme donde no me llaman, pero tenía que explicarte algo que él nunca hará. Te quiere, Payton, pero le costará reconocerlo e incluso asimilarlo. Y te digo con la mano en el corazón que cuando Adam ama de verdad, lo hace con una fuerza desmesurada e inagotable. Espero que podáis hablar como personas civilizadas algún día y podáis poner las cartas sobre la mesa con total sinceridad; porque, a pesar de que te vas a casar con otro y de que estás decepcionada con Adam, tú también lo sigues amando.

¡Dios mío de mi vida!

—Tienes mucho que pensar. Espero que tomes una sabia decisión y, sobre todo, tienes una conversación pendiente con tu futuro marido.

—Gracias por tu sinceridad, Joseph.

—Gracias a ti por no partirme la cara después de haberte dicho todo esto. —Me sonrió—.

Buenas noches, preciosa.

—Buenas noches. —Le di un beso en la mejilla y salí del coche. No podía culparle por haber sido tan claro conmigo. Me recordaba mucho a mi amiga Su, pero en tío. De vez en cuando, aunque doliera la verdad, tendríamos que escucharla así de directa y transparente.

Entré en mi casa con el corazón en un puño y un enorme nudo en el estómago. Me di una ducha intentando relajar mis músculos para poder dejar de sentir esa tensión, que me estaba superando, pero no lo conseguí. Me sumergí entre mis suaves sábanas con el pelo mojado y el cuerpo desnudo y comencé a llorar.

Lloré por Donovan.

Lloré por Adam.

Lloré por mí.

## CAPÍTULO 17

«Buenos días, cariño. Perdóname por lo de ayer, pero estaba muy nervioso por todo lo sucedido y no debí pagado contigo. Te quiero», leí dos veces el mensaje de Donovan.

Dudé si debía de responderle o no. Al final lo hice.

«No pasa nada. A ver si puedes quedar hoy para vernos un rato. Necesito hablar contigo».

Lo leyó. Estaba escribiendo...

«Hoy tengo mucho trabajo, pero luego te llamo».

Lo leí. La mala hostia creció por dentro amenazándome con explotar dentro de mí o, bien, salir por los agujeros de mi nariz o por cualquier orificio de mi cuerpo. Menos mal que después de haber estado toda la tarde y parte de la noche llorando, y de haberme quedado completamente seca, no tendría ni lágrimas ni mocos ni saliva en mucho tiempo. Había conseguido trazar un plan B: Presentarme en su trabajo.

Si Mahoma no iba a la montaña, la montaña vendría a Mahoma.

Os juro que es la frase más absurda que he escuchado en toda mi vida, y aun así la gente la sigue

aplicando en su día a día, yo la primera. ¿Quién era Mahoma? ¿Cómo coño iba a venir la montaña? En fin... eran enigmas de la Humanidad, que ya estudiaré otro día.

Me puse un vestido de punto, medias, mis botas de tacón y mi chaqueta favorita de piel negra. Iba totalmente equipada con mi mejor sonrisa, hice de tripas corazón, y me presenté en la tercera planta del Hospital General de Richmond.

Golpeé dos veces la puerta de su despacho y escuché su voz desde dentro invitándome a pasar.

—¡Hola! —saludé. La cara de Donovan era un auténtico poema.

—¿Payton? Pero ¿qué haces aquí?

—Como me has dicho que estarías muy ocupado, pues he pensado en venir yo a verte. —Lo vi coger su móvil y teclear rápidamente.

—Pues me pillas liado, ahora mismo tenía una reunión importante. —Dejó el móvil sobre la mesa, se levantó de su silla, y se acercó a darme un casto beso en los labios.

—¡Ah... pues te espero aquí! No tengo prisa —le solté para ver su reacción. Me puse a colocarle bien la corbata, así como quien no quiere la cosa; mientras observaba como su rostro y su comportamiento me lo decían todo. Eso y que no hacía otra cosa más que mirar hacia la puerta del despacho.

¿Habría quedado con Lisa? ¿Acaba de avisarle que no viniese a su despacho? ¿Estaba demasiado *emparanoiada* con lo que me habían dicho Adam y Joseph? Pero desde luego que los había creído ¡Dios! ¡Estaba hecha un lío!

—Cariño. —Cogió mis manos entre las suyas y me miró a los ojos. Pude ver su nerviosismo y su incomodidad, pero aun así intentó aparentar tranquilidad al hablarme—. Me ha hecho muchísima ilusión que vengas a verme, pero las reuniones son siempre muy largas y no quiero que mi futura mujercita se aburra aquí sola. Así que cuando acabes esta noche tu turno, paso a por ti y salimos a tomar algo y así hablamos, ¿te parece bien?

—De acuerdo. —Besé sus labios y salí de allí con una sensación de vacío demasiado grande.

Las dudas, que tenía, se me habían confirmado dentro de aquel despacho cuando sentí su nerviosismo y vi su forma de actuar.

Si analizaba fríamente toda esta situación, llegaba a la conclusión de que mis sentimientos hacia Donovan habían cambiado muchísimo desde que Adam entró en mi vida. Y si mi novio me estaba engañando de verdad, ¿qué podía echarle en cara cuando yo lo había hecho primero?

Tendría que esperar a la noche para hablar con él. Estaba dispuesta a soltarle toda aquella información a bocajarro para que me dijese la verdad. Tenía la sensación de que esta especie de pesadilla acabaría muy pronto, para despertar por fin en una vida nueva en la que poder ser feliz. Empezaba a ver una pequeña luz al final de aquel oscuro túnel en el que me había sumergido. Una luz que comenzó a parpadear en el momento que Adam entró por la puerta del bar.

—Hola.

—¿Qué quieres?

—¡Vaya...! Recordaba un mejor servicio en este lugar. —Se sentó en un taburete y se apoyó en la barra.

—¿En serio? ¿Vas a venir de gracioso ahora? ¡Tócate los *huevos*!

—Preferiría que me los tocases tú —me susurró acercándose para que solo yo pudiese escucharlo.

—¿Te está molestando, hija? —preguntó Barry, acercándose a la barra en el papel paternal.

—Tranquilo, grandullón. Solo estaba hablando con ella.

—No te he preguntado a ti.

—No pasa nada, Barry.

La aparición de Gary, con su cara de mala leche, le dio un giro a la escena.

—Todo bien, gracias, Barry. Adam, te dije que dejaras a Payton tranquila.

¿Cuándo han hablado estos dos sobre mí? ¿Desde cuándo el viejo Barry era mi guardaespaldas?

—Y yo espero que te acuerdes de mi respuesta. —Le miró Adam a mi jefe con cara de circunstancias.

Pero ¿qué coño estaba pasando aquí?

—Venga, largo. Tenemos que irnos. —Gary le cogió del brazo. Adam se deshizo de su agarre y volvió a centrar la vista en mí. En ese instante, que pude observarlo mejor, vi algo muy diferente en él que antes no había visto.

Tenía la mirada muy distinta, ya no había ese halo de oscuridad y misterio que antes lo rodeaba. Su mirada era diferente; era muy difícil expresar lo que me transmitía y lo que llegaba a sentir cuando me perdía en sus ojos.

—Enseguida voy.

—No seas *capullo* —soltó mi jefe. Yo los miraba a uno y a otro sin entender nada.

—Me despido y voy, Gary —Adam contestó tajantemente sin opción a ninguna represalia más por parte de mi jefe.

—No necesito que te despidas, ya te puedes ir —interrumpí aquella tensa situación con una de mis frases iluminadas.

—He quedado con Gary para mirar unas cosas. Supongo que está enfadado conmigo por lo que hice, así que ahora hablaré con él. Y sobre nosotros...

—No hay «un nosotros».

—¡Adam! —El grito de Gary me sorprendió.

Miré de reojo a mi jefe que esperaba apoyado en la puerta y su cara de enfado me vaticinó la bronca descomunal que le iba a caer al chulo de turno que tenía frente a mí.

—¡Voy! —contestó—. Mañana nos vemos, nena.

—Por mí no vuelvas.

—Lo haré, porque me gusta la cerveza de este sitio y la camarera me tiene loco. —Y con esto, se fue dejándome con un palmo de narices allí parada detrás de la barra.

No sabía por qué había venido a verme, y reconozco que me tenía bastante intrigada toda esta actitud suya, pero en el fondo sabía que nada bueno podía traerme de nuevo. Y tenía que luchar para poder seguir centrada en mi vida, en mi futuro y en descubrir qué pasaba con Donovan y sus mentiras. Ese era mi objetivo.

—¡Hola, Payton!

Levanté la vista de la barra para ver al grupo de amigas con las que había vuelto a recuperar de nuevo el contacto. Mi inseparable y loca Su, iba en cabeza; a su lado, Emily, Ann y Elizabeth. Y detrás, Charlotte y Allison.

Las conocí en el instituto, igual que a Su, y habíamos mantenido la amistad desde entonces. Ellas solían quedar más a menudo; yo siempre había sido un poco más independiente. Tenía que reconocer

que para eso de la amistad, era muy especial. Siempre me llevaba bien con todo el mundo, pero realmente mi verdadera amistad se la cedía a muy poca gente.

No era por crearme más especial o superior a nadie, para nada; es porque tarde o temprano me decepcionaban y ya había sufrido suficientes decepciones en mi vida.

Y a raíz de empezar mi relación con Donovan, pues poco a poco, me fui distanciando de ellas; algo que no me habían tenido en cuenta porque aquí estaban de nuevo y no iba a distanciarme de ellas nunca más.

Emily era la más pequeña. Siempre le decíamos eso porque le llevábamos unos meses de diferencia y eso le cabreaba mucho. Tenía el pelo castaño y cortito, ojos marrones y una sonrisa perpetúa en su cara.

Ann, la más *madura*, era la que siempre hacía de mamá cuando nos desmadrábamos. Tenía el pelo negro largo, y unos preciosos ojos azules. Era una auténtica belleza del Sur.

Elizabeth era la más *vieja* de todas. Si a Emily le molestaba ser la benjamina, a Eli le cabreaba cargar con el peso de la vejez frente a nosotras. Tenía novio desde hacía más de cinco años, pero no tenían para nada planeado casarse. Era rubia, con mechas y pelo largo; y tenía unos grandes ojos marrones.

Charlotte y Allison, era hermanas mellizas. Parecía mentira haber salido de la misma madre y prácticamente casi a la vez, y ser como el yin y el yang. La sangre, que les corría por las venas, era solo lo que les unía a ellas, porque lo que es todo lo demás ni *mijita*.

Charlotte, de carácter serio, era morena, alta y con unos pequeños pero chispeantes ojos negros. Y por lo contrario, Allison, la más alocada y juerguista del grupo, tenía el cabello rubio y ojos azules. A veces me preguntaba si alguna de ellas era adoptada puesto que aunque no fuesen gemelas, que eran mellizas, era imposible que fuesen tan diferentes. En fin, cosas de la naturaleza.

Las quería un montón a todas y cada una de ellas, fuesen como fuesen y tuviesen el carácter que tuviesen.

—Divina juventud —soltó Jou, quien estaba medio dormido sobre la barra, y su comentario nos hizo reír.

Me acerqué a ellas para darle un achuchón a cada una. Después de la tensión, que acababa de vivir con Adam, me había hecho muchísima ilusión verlas y me hacía mucha falta sentir ese cariño.

—¿Qué hacéis aquí, locas?

—Venimos a tomarnos una cervecita y a ver a nuestra querida amiga —contestó Emily, sentándose de un salto en el taburete.

—Pues marchando unas *birras* para mis niñas. —Me metí de nuevo en la barra y me puse a ello.

—Ya podría comprar Gary, taburetes más pequeños, coño, que una es bajita y no llega —se quejó Ann.

—Entonces la barra te quedaría a la altura de los ojos —le soltó Charlotte haciendo que todas nos riésemos a la vez.

—Vosotras burlaros de mí. Pero que sepáis que según vayáis envejeciendo, vuestros cuerpos irán menguando y acabaréis a la misma altura que yo —dijo Ann haciendo pucheros.

—No te enfades, mi niña. Es solo una broma. —Charlotte le pasó un brazo por los hombros y le dio un beso en la frente como si fuese una niña pequeña.

—Cambiando de tema, ¿cómo van esos preparativos? —preguntó Elizabeth.

—Pues todo controladísimo —contestó mi amiga-manager Su.

—Como veis, aquí mi *Wedding Planner* ya os ha pasado el informe —dije echándome a reír.

—¿Tendrás queja de lo bien que te estoy llevando todo? —soltó Su haciéndose la molesta.

—Queja ninguna, mi niña. Eres la mejor organizando bodas. Por eso te quiero tanto.

—Pelota —me contestó la tía bruja. Le saqué la lengua.

—Oye, esto está bastante tranquilo hoy ¿no? —comentó Charlotte.

—Dile a Gary que ponga otra música, anda. Así podemos bailar un poco.

—No está, ha salido. Pero déjame ver si puedo poner algo de lo que tiene guardado por aquí — dije mientras me dirigía al equipo de música. Cambié el CD y puse música *pachanguera*, típica del gusto de mis amigas. Y no me hagáis deciros cual era, porque si os soy sincera no quiero conocer los nombres de la gente que llega a cantar esas cosas.

Allison y Emily se pusieron a dar saltos de alegría, y comenzaron a bailar. Elizabeth, Ann y Charlotte se unieron a ellas. Pero Su se quedó conmigo para aprovechar y poder preguntarme.

—¿Has descubierto algo?

—He quedado con Donovan para hablar esta noche, a ver que me cuenta. Esta mañana, me presenté en el hospital para sorprenderle y, si te soy sincera, me fui peor de lo que llegué.

—¿Por qué?

—Nada más entrar a su despacho y verme, tecleó en el móvil algo antes de levantarse a saludarme. Y después mientras hablaba con él, no hacía más que mirar hacia la puerta todo el rato.

—¿Habría quedado con esa?

—No lo sé, Su. Pero desde luego que su actitud no me decía lo contrario.

—¡Qué *cabronazo*!

—¿Quién es un *cabronazo*?

Donovan había entrado sin darnos cuenta y allí estaba con su sonrisa de actor de cine y su cara de no haber roto un plato nunca.

—Un gilipollas que no sabe lo que tiene a su lado —soltó mi amiga Su mirándolo de reojo.

## CAPÍTULO 18

—Pues vaya, ¡cómo está el patio! —Se acercó a mí por encima de la barra para que le diese un beso.

Miré a Su, todo lo disimuladamente que pude, y después le correspondí con el beso a mi novio muy en contra de lo que sentía en ese momento por él.

—Me voy a bailar un rato. —Su se fue directa hacia donde estaban nuestras amigas. Me quedé mirándolas durante unos segundos antes de que mi novio me hablase.

—Cariño, he ido a casa a cambiarme de camisa y he pasado para decirte que no podremos quedar esta noche. Me ha salido un trasplante de emergencia y me esperan en el hospital. Prometo compensarte por todo esto, mi reina. Lo siento mucho.

—No te preocupes, ya hablaremos. Que vaya muy bien la operación.

—Gracias, cariño. Te quiero —se despidió con otro beso y se marchó.

—¿Dónde va éste ahora? —A mi amiga Su le faltó poco para venir corriendo a preguntarme.

—Dice que le ha salido un trasplante urgente y no puede quedar esta noche, volvía al hospital ahora.

—En serio, ¿te lo has creído?

—Aunque fuese mentira, ¿qué puedo hacer?, ¿seguirlo hasta el hospital y confirmar que esté operando? Paso.

—Pues tienes razón, nena. Lo que tendríamos que hacer es cerrar este garito ya, y largarnos por ahí a tomar algo. —Su tenía razón. Además vi que ya era la hora del cierre, y ya casi todo el mundo se había ido. Les di las buenas noches a Jou, y a Barry, que tendrían que explicarme su vena de guardaespaldas en otro momento; y éstos amablemente se fueron y nos dejaron solas completamente.

Me ayudaron a recoger, a limpiar y a ordenar sillas. Quince minutos después, el local ya estaba cerrado y nosotras siete de camino a pasar un rato divertido y a disfrutar de la noche.

A la mañana siguiente, después de tomarme un ibuprofeno, bajé a la cocina. Mi madre no estaba, cosa que era bastante rara porque era sábado y normalmente ella era la encargada de despertarme. Una nota sobre la encimera me dio la respuesta.

«Cariño, esta noche no vendré a casa y mañana nos vamos Francis y yo a pasar el día fuera. Un beso, te quiero».

Debió de dejármela ayer y, como llegué muy tarde de madrugada, no la vi. El timbre en la puerta hizo que me retumbara todo el cerebro, el cerebelo y su puñetera madre.

—Buenos días, preciosa. —Menuda imagen nada más abrir la puerta.

Ahí estaba vestido con unos tejanos grises rotos, camisa de cuadros apretada y una estrecha corbata negra y acompañado todo el conjunto con sus Converse negras y su pelo suelto, cada vez más largo.

—¿Qué narices haces aquí, Adam?

—Te dije que vendría hoy.

—Me dijiste que vendrías al bar, no a mi casa.

—Tenía que pasar al plan B, ayer te vi un poco reacia a hablar conmigo.

—Por supuesto que me viste reacia, ¿no ves que no quiero hablar contigo? Eres peor que un grano en el culo.

—Nunca me habían dicho eso.

—Pues ya tocaba que alguien bajara tu ego un poquito.

—Me pones muy cachondo, Payton. Solo en pensar lo que te haría para castigar tu mala boquita... ¡Puf!

—¡Está bien! ¡Me rindo! ¿Qué tengo que hacer para que me dejes en paz de una vez?

—Dejarme que te lleve a cenar.

—Lo tengo un poco difícil pues, ya sabes, tengo novio. Al que tiraste contra la puerta del bar

donde trabajo, por si no te acuerdas.

—Antes no te importaba tener novio.

—Ya te puedes ir por dónde has venido, la gilipollas soy yo, por abrirte la puerta. ¡No, miento!  
¡El gilipollas eres tú, y solo tú!

—Perdona, ¿vale?

—¡Uy, perdone, señor sensible...!

—Es que no me dejas hablar, siempre me estás atacando, ¡joder!

—Vaya, el señor *nodigaspalabrotasquetedaréunazote* ha explotado.

—Desde luego que te lo estás ganando. Y no uno, si no muchos.

— ¿A qué vienes aquí, Adam? Porque te lo juro que no tengo ni idea de qué te propones ahora. Ya me has contado lo que viste aquella noche y yo te escuché. Lo que pase de ahora en adelante en mi vida, es asunto mío. Así que ya puedes dejarme en paz —solté, ignorando el latido frenético de mi corazón al haber escuchado lo que acababa de decirme.

—Solo quiero que hablemos.

—Pues yo no.

—Vamos, Payton. Sabes que tenemos que hablar.

—Yo solo sé, que desapareciste de mi vida.

—Te fuiste tú —me soltó.

—Me echaste tú de tu vida; con tu actitud, con el dolor que me hiciste sentir y con el castigo que me infringiste, *capullo*. Así que no tengo nada más que hablar contigo, espero que te quede claro de una vez.

Se quedó callado mirando hacia el suelo hasta que me miró y me dijo:

—¿Puedo pasar?

—¿Qué parte no has entendido?

—Por favor.

Dudé que era lo mejor que podía hacer, pero desde luego que no obtuve ninguna respuesta directa de mi conciencia. Al final, abrí la puerta y me coloqué a un lado.

Cuando lo vi atravesar mi puerta y entrar en casa, tuve un *déjà vu* de aquel día cuando Donovan me pidió matrimonio y él estaba escondido en la habitación de mi madre. Gilipollas de mí, estaba dejando que entrase otra vez, pero tenía que reconocer que su «por favor» me había ganado.

—¿Quieres tomar algo?, ¿un café?, ¿una cerveza?

—Supongo que aquí no tienes de barril ¿no? —Resoplé.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Si no tienes de barril, prefiero un café.

—¡Nunca la has tomado de barril, Adam! ¡No me jodas!

—Punto número uno, estás muy equivocada, porque si mal no recuerdo, la primera cerveza que me serviste fue una jarra helada directa del barril. Punto número dos, te puedo decir que esa noche llevabas puesta una camiseta lila con un precioso escote que me dejó cachondo perdido toda la madrugada. Y punto número tres, lo que más me gustaría en estos momentos sería empotrarte contra esta pared y joderte sin parar, pero en vista de que necesitas tu tiempo, te lo daré.

Me encontré apoyada contra la pared y Adam justo delante de mí apenas a unos centímetros. Sentía su respiración sobre mis labios. Su perfume. Su calor.

Bragas al suelo.

No lo pensé más, le empujé para que se alejase de mí y me distancié de él poniendo varios metros de distancia entre él y yo.

—¡No puedes volver después de dos meses, soltarme todo lo que me has soltado sobre mi novio, y pensar que nada ha cambiado entre nosotros, Adam! —grité.

—No pretendo eso, Payton. Sé que lo hice mal y al enterarme de lo de Donovan me vi con la obligación de explicártelo.

—¿Mal? ¿Qué lo hiciste mal?

—Muy mal. Fatal, como quieras decirlo, ¿vale? Lo asumo. Asumo mi culpa y te pido perdón, ¿satisfecha?

—No, Adam, estaré satisfecha cuando salgas de aquí y no vuelva a verte más. —Me dirigí hacia la puerta y la abrí. Adam me miró y se acercó en silencio hacia la salida de mi casa—. Espero que cuando salgas por esta puerta no sea solo para dos meses sino para siempre.

Me miró fijamente, momento en el cual mantuve mi respiración. Recé para que saliera sin decirme nada, porque si no lo hacía, yo no tendría más fuerzas para seguir enfrentándome a él con tanta entereza.

Mis rezos funcionaron, porque pasó por delante de mí y, sin decirme absolutamente nada, salió. Cerré la puerta y me apoyé en ella.

¿Alivio? ¿Decepción? Ni yo misma lo sabía, y eso era algo que me asustó.

\*\*\*

No pude comer nada de los nervios que sentía en el estómago; era imposible quitarme la imagen de Adam a unos centímetros de mí. Mi mente se había mantenido fría, pero mi cuerpo había reconocido el suyo y había actuado por cuenta propia.

Me duché, me vestí y me fui directamente a mi trabajo con ganas de poder mantener mi cabeza ocupada.

Casi a punto de coger el autobús, Donovan me llamó.

—Hola, cariño. Me he despertado ahora. Estoy hecho polvo.

—¿Cómo fue la operación de anoche?

—Todo un éxito. El chico evoluciona de maravilla, es fuerte y lo logrará.

—Me alegro mucho. Son muy buenas noticias.

—Siempre que la operación sale bien, una vida más que se salva.

—Pues sí.

—¿Cómo estás?

—Cansada.

—¿Se hizo muy larga la fiesta?

—No mucho, pero supongo que mi cuerpo ya no está para tanto trote.

—¿Quieres que te recoja esta noche?

—Sí.

—Perfecto, cariño. Luego nos vemos.

—Hasta luego. —Colgué sin darle tiempo a que me dijese te quiero.

Frialdad por un *tubo* en nuestra conversación. Frialdad a *tutti pleni* dentro de mi corazón. ¡Tócate los *huevos!*, puesto que me iba a casar con él. ¡Madre mía! ¿Qué coño estaba haciendo con mi vida?

Cuando llegué al Rock and Coffee, Su ya se había marchado y el almacén estaba abierto. Dentro

estaba Gary haciendo recuento de los pedidos que habían traído esa mañana.

Vi la oportunidad perfecta.

—¿Se puede saber qué narices pasa con Adam y contigo? ¿Y desde cuando Barry es mi guardaespaldas?

—Ese chico necesitaba una charla y se la di. Le pedí que no se acercase a ti, y Barry se ofreció voluntario a echarte un vistazo si Adam volvía y yo no estaba.

—Creo que yo tengo algo de voz y voto en todo esto, ¿no crees? Soy yo la que tiene que decidir quién se acerca a mí, y quién no. Y sobre todo, quién tiene que protegerme, porque hasta ahora no he necesitado nunca protección contra nadie. Y mucho menos la necesito con Adam.

—Payton, nunca me he metido en tu vida ni en nada de lo que haces con ella. Siempre te he considerado lo suficientemente madura como para alejarte de los problemas, pero en este caso, Adam es un problema. Así que lo mejor es que lo mantengas lejos de ti y que continúes con tu vida.

—Eso hago, créeme.

—Así me gusta. Entonces si lo tienes claro, yo también. Sigue con tu vida, princesa, y sé feliz. Pero recuerda, Adam lejos.

Deduje que por sus palabras, Adam había asumido su culpa por la pelea de la otra noche y no había desvelado el motivo. Gary no sabía que el problema lo tenía con Donovan o, por lo menos, la mentira.

\*\*\*

Después de estar el resto de la tarde y parte de la noche en otro mundo paralelo al que de verdad pertenecía, intenté trabajar como mejor pude hacerlo pese a las circunstancias que me rodeaban y sonriendo a los clientes casi por inercia.

Por fin llegó la hora de cerrar y, como siempre, Donovan llegó puntual.

—Hola, cariño. —Se acercó a mí y me besó.

—Voy a coger mi bolso, enseguida vuelvo —contesté muy seria.

Al salir a la calle, el frío me recibió con los brazos abiertos. Caminamos hacia el coche en silencio. Donovan abrió la puerta y entramos dentro. Antes de arrancar, se giró y me miró.

—¿Estás bien, cariño?

¡Ay, Dios! Había llegado el momento y no sabía cómo hacerlo. Al final, opté por ser directa.

—Donovan, tengo que preguntarte algo y necesito por favor que me seas sincero. —Lo miré a los ojos y él asintió con un movimiento de su cabeza.

—¿Has vuelto a ver a Lisa? —pregunta directa.

—¿De qué me hablas, Payton?

—Repito la sencilla pregunta, y por favor sé sincero de una vez. ¿Has vuelto a ver a Lisa?

Mantuve la respiración, rogando por dentro que Donovan no me mintiese, y la duda de si me tenía que mentir o decirme la verdad se esfumó de sus ojos. Seguramente vio la mala hostia en mi cara o leyó en mis ojos que sabía la verdad. Así que mostró la inteligencia que yo siempre había creído que tenía y me contestó.

—Sí.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

—No iba a hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque no tenía importancia. Llegó el viernes, me llamó y quedé con ella para verla. Eso es todo.

—¿Eso es todo? —Abrí la puerta del coche y salí.

Escuchar todo aquello, encerrada en aquel cacharro, me estaba dejando sin aire. Donovan salió también y se acercó a mi lado.

—Eso es todo, cariño. No hay nada más. Únicamente quedé con ella porque me llamó para decirme que había venido a Richmond y quería verme.

—¡Ah... claro! Quería verte. ¡Por supuesto que quería verte! ¡Y también meterte la jodida lengua hasta la campanilla! ¿Verdad, futuro maridito?

Exploté y su rostro pasó de estar preocupado, a la expresión de «la he jodido por completo y me han pillado».

Supongo que no sabéis cual es esa, porque no han inventado todavía ningún icono en el WhatsApp. Creo que vendría a ser una mezcla entre el que se pone azul con las manos a los lados de la cara, imitando el cuadro de *El Grito* y la de la gota de sudor por la frente, y añadiéndole el dibujo de la mierda encima.

—¿Cómo?

—Supongo que tu pregunta es ¿cómo lo sé? Pues resulta que un... una amiga te vio el viernes en un bar comiéndote la boca con una mujer que casualmente no era yo. El mundo es un *jodido* pañuelo, ¿eh?

—Payton, eso no fue así.

—¡Uy, Payton, me llama ahora! ¿Qué será lo siguiente? ¿Llamarme de usted?

—Cariño, no te han contado bien las cosas.

—¡No lo estás negando! ¡Esto es la *caña*! —Sonreí sarcásticamente mientras daba un paso atrás para alejarme de él. No quería tenerlo cerca ni siquiera que me tocara.

—Escucha, mi vida. Lisa me llamó para quedar. Acepté y tomamos una cerveza juntos al salir del hospital.

—Claro, para mí no tienes tiempo nunca, pero para ella sí.

—¿Quieres dejarme hablar de una vez?! —Eso sí que me hizo callar de golpe. Nunca antes me había hablado así—. Me llamó para quedar, sí. Pero yo le dije que estaba enamorado de ti y que nos íbamos a casar. No le gustó escuchar aquello e intentó convencerme de que me fuese con ella, y le dije que no. Se acercó a mí y me besó. Yo no lo esperaba, y me pilló totalmente desprevenido. La aparté al instante, y le pedí que por favor no lo volviese a hacer, puesto que yo te amaba y ella ya no tenía sitio en mi corazón.

Yo creo que me quedé sin aire. Mi corazón estaba lanzando la sangre a todo mi cuerpo, pero mis pulmones eran incapaces de recoger un poco de oxígeno para seguir respirando.

Lo que sentía en mi pecho era como si se hubiese encendido un motor de trescientos caballos. Parecía que tenía dentro de mi pecho la película *Fast & Furious* al completo, con el calvo de Toretto al volante de un Dodge Charger del año 70.

—Intentó convencerte que te fueses con ella... —Aquellas palabras salieron de mi boca como por arte de magia—. Le pediste por favor que no volviese a besarte...

—Payton, me has escuchado perfectamente.

—Sí te he escuchado y muy bien. Es solo que lo estoy repitiendo en voz alta a ver si no suena tan

jodidamente gilipollas como en mi cabeza. Lo que no acabo de entender de todo esto que me acabas de explicar es ¿por qué debería de creerte? ¿Por qué debería creerte ahora después de toda la sarta de mentiras que llevas soltándome estos días? ¿Cómo sé que no te fuiste con ella a follar a tu coche o a un hotel? —Caminaba nerviosa de un lado a otro. Parecía que vomitaba las palabras que salían por mi boca, en lugar de hablarlas, sin pasar por mi cerebro.

No podía decirle que Adam le había golpeado porque los había visto juntos besándose. ¡Qué impotencia! Estaba poseída y rabiosa. Pero ¡joder! ¿Por qué tenía esa sensación de alivio dentro de mí? Después de todo esto, tendría que ir de cabeza a un loquero—. La razón de que no vinieses a la prueba del menú fue por ella, ¿verdad?

—Aquella mañana se presentó Lisa en mi casa. Tuve que sacarla de allí antes de que la viera nadie y la acompañé al aeropuerto. Se fue, Payton. Lisa se fue, y yo te quiero a ti mi vida. Te amo y quiero pasar el resto de mi vida a tu lado. Por favor, créeme.

Detuve mi pequeña pasarela y lo miré fijamente.

—¿Por qué todas estas mentiras, Donovan? ¿Creías que me enfadaría si me ibas a explicar todo esto? Si realmente no pasó nada, no tenías que habérmelo ocultado.

—Lo sé, cariño. Es solo que quería evitar esta discusión. Yo no le di ninguna importancia y, por eso, preferí ocultártelo. —Donovan lloraba delante de mí, y yo estaba allí de pie sin saber qué hacer.

Adam no me quiere. Donovan me quiere, pero me ha mentado. Y yo me tiro a Adam y miento a Donovan. ¿Qué narices estoy haciendo? Soy lo peor. Y encima tengo el *morro* de juzgarlo de esta forma.

—Te creo, vale. Te creo. —Coloqué mi mano en su mejilla. Definitivamente tenía que ir a un loquero, ¡pero ya!

—Gracias, cariño. —Se acercó y plantó sus labios sobre mi boca. Al principio, no reaccioné pero después me centré en sus besos y respondí a ellos saliendo con mi lengua al encuentro húmedo de la suya—. Ahora necesito que me acompañes a un sitio. Quiero enseñarte algo.

—¿El qué?

—Sube al coche. Voy a llevarte.

## CAPÍTULO 19

Diez minutos más tarde, llegamos a una de las urbanizaciones más bonitas que había al pie de las montañas. Todas las casitas eran de dos plantas, estaban rodeadas por un precioso jardín y una valla blanca, alrededor de cada una, para darle esa privacidad y aspecto familiar. Detuvo el coche frente a una de ellas. No podía apreciar realmente los detalles por la falta de luz pero me pareció preciosa.

Donovan salió del coche y dio la vuelta para abrir mi puerta; me ofreció la mano y me dijo:

—Vamos.

—¿A dónde?

—A nuestra casa, cariño.

—¿Cómo?

—Esta era la sorpresa que tenía preparada como regalo de bodas. No quería enseñártela todavía puesto que no está terminada de amueblar y faltan algunos detalles, pero necesito que creas en mí y en mis sentimientos; en nosotros, en nuestro futuro y en lo mucho que te quiero. A pesar de lo sucedido con Lisa, todo este tiempo que he estado más distante era porque intentaba que todo

estuviese acabado para cuando llegara nuestro día.

—¡Donovan, es preciosa!

—Tú sí que eres preciosa. —Después de su respuesta, dejé de centrarme en la casa y me fijé en él, en el hombre que tenía delante de mí mirándome con una gran sonrisa en su rostro.

Me había dicho que me amaba, había comprado una casa para nosotros e iba a casarme con él. Pensé en lo mal que lo había hecho cuando Adam entró en mi vida y las veces que lo había engañado con él. Quizá Donovan me había ocultado la verdad sobre Lisa, pero le debía un voto de confianza por todo lo que le había mentado. Cerré los ojos y me mentalicé que lo correcto era seguir mi vida a su lado. Él me iba a hacer muy feliz.

—Quiero pedirte algo —solté de golpe con todas mis luces encendidas, aunque más bien fue un gran cortocircuito que petó en mi cabeza.

Lo iba a decir. Iba a tener las santas narices de soltarlo.

—Lo que sea, cariño —contestó Donovan mirándome con cara de preocupación.

Conté un, dos, tres y lo solté. ¡Olé yo! Al loquero no, ¡al centro psiquiátrico con una *jodida* camisa de fuerza!

—Que nos casemos ya.

—Cuando dices ya, ¿a qué te refieres? Tenemos fecha para dentro de cuatro meses.

—A que sea mañana mismo o pasado. Quiero casarme ya, no quiero que pase más tiempo.

La sonrisa que se había borrado hacía unos segundos de su rostro, volvió a aparecer.

—¿De verdad, cariño? No sabes cuánto lo deseo. Quiero hacerte mi esposa y estaré encantado de hacerlo lo antes posible. —Me besó, enterrándome entre sus brazos con un fuerte abrazo—. ¿Quieres que te enseñe nuestro *nidito* de amor? —me susurró entre beso y beso.

—Sí.

Nos acercamos a la puerta, abrió lentamente sin soltarme, y entramos dentro. No me preguntéis como era la casa, porque no pasamos del recibidor. Allí me sostuvo entre sus brazos, devorándome con hambre y gran pasión como hacía muchísimo tiempo que no hacía. Después deslizó sus manos por mis muslos levantando mi vestido hasta llegar a mis medias y a mi ropa interior, la cual comenzó a bajar lentamente por mis piernas hasta llegar a mis pies. Levanté uno primero y luego el otro hasta salir de ellas. Volvió a devorar mi boca, mientras se desabrochaba el pantalón y dejaba libre su dura erección. Retomó sus caricias en mis piernas hasta dirigirlas a mi culo, el cual agarró con fuerza para levantarme mientras me apoyaba contra la pared. Mis piernas se cerraron alrededor de su cintura, sin evitar por desgracia que un pensamiento hacia Adam cruzara mi mente, pero antes de que fuese más nítido, sentí la fuerte embestida de Donovan y su duro miembro enterrándose en mi interior.

Nuestros jadeos y gemidos se aceleraban acompañándose al mismo ritmo que sus embestidas. Me penetraba una y otra vez sin detenerse hasta que ambos llegamos al orgasmo. Después salió de mi interior y despacio me dejó en el suelo.

—Te quiero, Payton —me susurró besando mi cuello y abrazándome con fuerza.

— Y yo.

Ya estaba hecho. Ya le había creído. Ya no quería saber nada más de Lisa, ni de Adam ni de Joseph... Nada. Solo quería pensar en nuestra boda y en nuestro futuro en común. Por miedo a lo que

seguía sintiendo con Adam, me lancé de cabeza a mi futuro con Donovan.

\*\*\*

Ahora sí que os puedo describir cómo era mi futura casa a la luz del día. Todavía no podía creer que aquella preciosa construcción fuese a ser mi hogar.

Tenía dos plantas. En la planta baja, estaba situado un gran salón con una preciosa chimenea de piedra y un gran ventanal al jardín. La cocina era amplia y muy luminosa y tenía una gran mesa para poder reunir a toda la familia. Además disponía de un baño precioso completo y de una entrada con un gran armario. La planta de arriba estaba formada por tres grandes habitaciones, cada una con su baño individual, algo que me pareció increíble, y un pequeño despacho para Donovan. Era un sitio verdaderamente acogedor donde los rayos de sol filtraban por cada una de las estancias y un gran jardín rodeaba la casa dándole esa esencia mágica.

Aunque todas las casas de la urbanización eran muy bonitas, esta casa era tremendamente especial por tres pequeños detalles.

Uno, todos los tejados eran de un color más rojizo, pero el mío tiraba ligeramente a ceniza, tipo pizarra, un detalle que me encantó. Dos, alrededor del porche habían colocado unos arbustos de hojas con un color amarillo muy intenso, realmente preciosas, cuyo nombre me enteré más tarde por Donovan que era arbusto Hipérico. —Ni *flowers*, nunca mejor dicho—. Y tres, antes de acceder al jardín, justo en la entrada de lo que sería mi futuro hogar familiar, me encontré escrito en letras negras «Donovan y Payton Loorten».

Nuestros nombres estaban juntos en nuestro buzón, en nuestra casa.

Esto ya era real.

—Hija, ¡es preciosa!

—¿A qué sí, mamá? —No podía dejar de mirarla. Una emoción extraña me embargaba al estar allí de pie frente a lo que sería mi nueva vida, mi hogar y mi día a día junto a Donovan.

No podía determinar si era alegría o felicidad o, si por el contrario, ese sentimiento era miedo a lo desconocido o a lo que me esperaba en esta nueva aventura de mi vida.

Pero sea lo que fuese, iba a enfrentarme a ello en breve, y ya no habría más vuelta atrás.

Habían pasado unos ocho días desde aquella noche en la que Donovan me llevó hasta esa urbanización y me dio la sorpresa de que iba a ser nuestro hogar. Los días siguientes los habíamos dedicado a terminar de decorarla: pinturas, cortinas, y utensilios varios para la casa. Ya estaba totalmente equipada y solo quedarían los muebles que llegarían ese día.

Esa misma mañana, Donovan había quedado con el cura y con el gerente del restaurante para arreglar todo y así poder celebrar la boda cuanto antes.

Y yo estaba, delante de aquella increíble casa, intentando asimilar que realmente sería mi nuevo hogar. Me había llevado a mi inseparable amiga Su y a mi madre para enseñársela por fin. Por cierto, a mi madre casi le da un soponcio cuando le dije que íbamos a intentar adelantar la boda.

Mientras mi madre soltaba parábolas varias como: «¡Virgen del amor hermoso!», «¡Ay, Dios mío, qué preciosidad!», «¡No puedo creer que mi hija se case y se venga a vivir aquí!», «¿Qué voy a

hacer ahora yo sola?»; y por último: «¿Por qué te has hecho tan mayor en tan poco tiempo?».

No sé vosotros pero por mucho que quiero a mi madre, hay momentos en la vida, como ese mismo por ejemplo, en el que le daría a mi madre con la mano abierta en toda la cara. ¡Qué melodramática llegaba a ser! Puf...

El camión de los muebles acababa de llegar y había aparcado en la puerta. Tres chicos se bajaron, comenzaron a bajar muebles del camión y a trasladarlos a la casa, mientras mi madre y yo permanecíamos como dos tontas delante de la valla observándolo todo.

—¡Joder, nena! ¡Esto es la hostia! Menudo pastón ha debido de costarle a tu *medicucho*, ¿eh? —  
Mi amiga Su salió de la casa gritando como una loca.

—Opino lo mismo que ella solo que con otro tipo de vocabulario —soltó mi madre mirando a Su, con cara de *eso no se dice niña mala*.

—La verdad es que es preciosa.

—¿Preciosa? ¡Joder, Payton! ¡Qué *fisna* te pones cuando quieres! —Aquello hizo que las tres estalláramos en carcajadas.

—Ya veo que mientras unos trabajan otras se lo pasan bomba. —La voz de Donovan nos sacó de nuestro momento fantasía—. Hola, preciosa. —Me besó en los labios mientras pasaba su brazo por mi cintura atrayéndome hacia él—. Hola, chicas —saludó a mi madre y a Su con un beso en la mejilla a ambas todo esto sin soltarme.

—Donovan, tengo que decirte que te has superado, ¡con creces! ¡Esta casa es impresionante! —soltó Su—. Por no hablar de los de la mudanza —me dijo por lo *bajini* guiñándome el ojo. Esta mujer no tenía solución.

—Susan tiene razón. Es una casa realmente bonita, hijo —dijo mi madre.

—No tanto como tu hija. Ella se merece lo mejor —contestó mi futuro marido, agarrándome más fuerte.

No creáis que todo este estado *vomitivo* de felicidad, que me envolvía, era suficiente para mí. No os puedo mentir, a vosotros no. Yo no era realmente feliz, aunque lo estaba intentando con todas mis fuerzas porque sabía que necesitaba darme esta oportunidad.

Tener una vida perfecta, un marido, una casa increíble... pero por dentro estaba vacía completamente. Adam no desaparecía de mi mente y mucho menos de mi corazón. No había vuelto a verlo ni siquiera a Joseph. Era como si hubiera salido de nuevo de mi vida.

La única diferencia era que yo me sentía un poco más fuerte que la otra vez y, supongo, que yo había sido la que lo había echado de mi vida esta vez.

—¿Has podido solucionar algo? —le pregunté cambiando un poquito de tema.

—Que no habrá problema para casarnos este fin de semana —contestó.

Ahora sí que mi corazón se quedó helado. Ya tenía lo que quería ¿no? Me lo había buscado solita por querer adelantar tanto la boda. ¡Hala, de cabeza al *tantantarán, tantantarán...*!

—¿Este fin de semana? —Su no pudo evitarlo. Yo seguía muda.

—Sí, este sábado, Payton Summers pasará a ser mi esposa. Será la señora Loorten.

Por poco, me da una arcada. Tuve que reprimir unas ganas tremendas de vomitar cuando escuché todo aquello. ¿De verdad iba a hacerlo? ¿Por qué me costaba tanto asimilar que me iba a casar? Porque me estaba comportando como una *niñata* dolida e inmadura, pues sí.

Una vez mi madre y mi amiga se fueron, Donovan y yo nos quedamos con los de la mudanza

que iban colocando los muebles en su sitio correspondiente. Nosotros íbamos quitando plásticos, abriendo cajas y colocando lo que más o menos se podía colocar ya.

Todo esto, en absoluto silencio.

—¿Por qué estás tan callada? No has dicho nada sobre lo de este fin de semana. ¿Estás segura de que quieres casarte tan pronto?

La pregunta correcta sería, ¿de verdad quieres casarte conmigo?

—¿Y tú? —solté sin contestar a su pregunta.

—Por supuesto que sí. Yo te quiero, Payton, y no veo la hora de poderte hacer mi esposa. Creo que te lo he dejado claro siempre ¿no?, ¿o acaso tienes dudas?

Sí que las tenía, pero eran sobre mis sentimientos.

—Sí que estoy segura, Donovan. Es solo que quiero tenerlo todo bien enlazado, y nos quedan algunas cosas.

—No te preocupes, cariño. Nos dará tiempo a todo. Yo solo quiero que seas feliz.

—Lo soy. —Mentira al canto. Con esta base de mentiras, ¿cómo iba a funcionar mi matrimonio? ¡Ay, Señor!

—Eso es lo que me importa. Estará todo listo para el sábado, cariño. Ya lo verás. Disfrutaremos de un precioso día y después todo será un camino de rosas para nosotros. —Con espinas.

Durante la semana, terminamos de concretar todos los detalles que nos faltaban. Su me ayudó mucho. Mi madre —¿qué queréis que os diga?— estaba en un estado de pasotismo y de seriedad y con una *cara de perro* que no podía con ella. ¿Y yo qué hice? Evitarla. ¿Por qué? Porque no quería escuchar lo que pensaba de toda esta parafernalia.

Las madres siempre miran por sus hijos. No les importan las decisiones que tomen, siempre y cuando sean felices. Es lo único que les importa. Y por supuesto, la mía sabía a ciencia cierta que yo no lo era y que no lo iba a ser.

Debí de intentarlo con más ímpetu, ya que al final acabó haciéndome una encerrona la tarde del viernes en la cocina a la víspera de mi boda.

—Mañana te casas.

—Lo sé.

—Estás a tiempo.

—¿De qué?

—De pararlo todo. De pensar en ti y en tu verdadera felicidad. Y no me vengas con que eres feliz con Donovan, porque a mí no me la puedes colar. Sé que quieres a ese chico, no te digo que no, pero no eres feliz con él, hija. No lo amas como tienes que amarlo; no sientes por él esa chispa en tu estómago que tienes que sentir cuando estás con alguien, cuando te vas a casar con alguien; cuando vas a iniciar una vida junto a él y llegarás a formar una familia... ¿Piensas reaccionar de una vez?

El timbre de la puerta se interpuso entre la verdad y la fantasía. Además de evitar que respondiese algo cuando ni siquiera sabía qué responder.

Di la vuelta y me dirigí hacia la entrada de mi casa. Era el grupo de mis amigas las Locas Cachondas.

—¿Pero qué haces que no estás vestida ya? —preguntó mi amiga del alma.

—¿Para qué?

—¿Qué para qué? ¡Pregunta la *tía*! —contestó Emily.

—¿Pero tú no sabes que la novia tiene que celebrar su despedida de soltera por todo lo alto? —

La loca de Allison siempre estaba preparada para una juerga.

—Yo no quiero despedida de soltera, además ¡si ni siquiera me habíais dicho de que estabais organizándome nada! ¿Cómo podéis ser tan *perras*?

—¡Joder, que una no se casa todos los días! —soltó Ann.

—Gracias a Dios —bufé. Nos echamos todas a reír.

—Venga, venga... Sube a tu cuarto y vístete. Ponte preciosa y en media hora pasamos que vamos a recoger unas cosillas. —Se rio Charlotte de forma malévolamente, cosa que me dio bastante miedo.

—No se os ocurra ponerme eso, que ya sabéis, en la cabeza, ¿eh? No voy a llevarlo ni de coña, vamos... —avisé a todas señalándolas con el dedo índice.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ann soltando una carcajada, seguida por las risas de todas las brujas allí presentes.

—¡A una ridícula diadema con un *pollón* mirando hacia arriba! —les contesté a las graciosas.

—¡Que va! ¡Si eso está anticuado, mujer! —me contestó Elizabeth tirando de mis amigas hacia la puerta—. ¡Hala, tú vete a vestir! Luego ya si eso hablamos.

Salieron todas de mi casa con risas y gritos. Cerré la puerta con una sonrisa en la cara. Sonrisa que se me borró cuando vi a mi madre apoyada en el marco de la cocina.

—Están como cabras, bueno... yo voy a vestirme. —Subí la escalera bajo el atento y silencioso escrutinio de mi madre. No le había dado una respuesta pero ya daba igual, ella sabía que a pesar de todo iba a seguir con la boda adelante.

Una vez vestida me miré en el espejo. Me había puesto un corpiño negro con remates de terciopelo y corchetes delanteros. No lo usaba a menudo, de hecho era la primera vez que me lo ponía. Fue un capricho fetichista, el cual me alegraba muchísimo haber comprado. Lo acompañé con una falda negra de tubo por encima de las rodillas, rematando el conjunto con unos taconazos. Iba *sexy*, atrevida, putón verbenero... pero vamos que me daba igual. Quería disfrutar de mi noche y lo iba a hacer.

Me dejé el pelo suelto y me coloqué un colgante con un pequeño corazón que me regaló mi madre hacía años. Me gustó el resultado final, aunque seguía sin ver el brillo de felicidad en mis ojos. No pretendía machacarme a mí misma, pero le dije directamente a mi propio reflejo, ese que me miraba fijamente, que una vez llegué a ver esa ilusión en mis ojos y había sido por Adam.

Adam.

¡Maldito seas, Adam!

No quiero decir que clase de gilipolleces y tonterías varias me hicieron ponerme esa noche porque todavía tengo un poco de sentido del ridículo guardado en mi interior, pero lo que sí puedo decir es que no llevaba en la cabeza ninguna ridícula y vulgar diadema con uno de esos penes rosados completamente tiesos. No. Lo llevaba colgando del cuello. Y no era un pene, no. ¡Era un *pollón* de medio metro! ¡La madre que las parió!

Podéis imaginaros el cachondeo que llevábamos por el pueblo. Por suerte, cogimos dos taxis y nos largamos a celebrar la fiesta lo suficientemente lejos para que nuestra reputación no se viese demasiado alterada.

Primero, fuimos a cenar a un restaurante, en el que como ya os podéis imaginar fui el auténtico espectáculo de la noche. Allí ya empezamos con unos chupitos, cortesía del gerente, que creo que se

lo estaba pasando mejor que nosotras, porque lo sentamos a nuestro lado y empezamos a reírnos y a hacerle carantoñas varias. Contento no sé, pero cachondo seguro que acabó un rato.

Después nos trasladamos *las locas* y yo a una discoteca, que no había escuchado en la vida y que siquiera sabía que existía.

—¿Quieres dejar el móvil ya, Su? —le soltó Ann mirándola con cara de enfado—. Dile a tu novio de una vez que esta noche se olvide de que mojará porque estás con nosotras, ¡joder! ¡Que es una noche de chicas!

—Que sí, que sí... solo le estaba dando las buenas noches —contestó Su guardándose el móvil en el bolso.

Entramos en la discoteca, y gracias a las plegarias de mis amigas y al *pollón* padre que llevaba colgado, los dos porteros nos abrieron las puertas de par en par sin pagar siquiera entrada.

—¡Vaya! Esto de llevar a Mister Erección colgado, es muy buena idea para salir de marcha —me dijo Emily, guiñándome el ojo.

—Si crees que me voy a colgar esto otra vez para poder entrar gratis, ¡lo llevas claro, guapa! —Ann que estaba a nuestro lado se echó a reír, y soltó:

—La próxima creo que será nuestra Su con su *empotrador* particular, que está de un enchochado, ¡que no veas!

—¿Por qué no? Si me lo pide por supuesto que querré llevar el señor Pene enorme colgado de mi cuello en mi despedida. —Todas nos pusimos a reír.

Tras un par de cubatas y bailar como posesas, yo ya no podía con mi cuerpo y mucho menos con mis pobres pies, que llevaban aguantando toda la noche esos *jodidos* zapatos. Me fui a la barra a pedir una botellita de agua porque no quería beber más alcohol; empezaba a tener cierto problema con la visión ¿o era la gente se empezaba a esfumar delante de mí como si fuese humo?

Su se acercó a mi lado con semblante demasiado serio.

—¿Sabes que te quiero, verdad? —me soltó apoyándose en mí.

—¡Uy, Su! Yo estoy viendo borroso, pero tú ya estás delirando —me carcajeé sola.

—¡No, Payton! Te lo estoy diciendo en serio. Sabes que eres como una hermana para mí, ¿a que sí?

—Claro que sí, Su. Y yo también te quiero un montón, pero será mejor que dejes de beber ya, anda. Voy al lavabo, ahora cuando vuelva tú y yo nos vamos a casa, ¿vale? Te recuerdo que mañana es mi boda y necesito a mi dama de honor viva. —Antes de separarme de ella, me agarró del brazo y tiró fuerte de mí.

—No te cases.

—¿Cómo?

—Que no te cases, Payton. No eres feliz y no lo amas. ¡Joder, Payton! ¡No puedes casarte, maldita sea!

—Pero ¿por qué me estás diciendo esto ahora? Has bebido demasiado ¿vale? Así que ahora vuelvo y nos vamos a dormir la *mona*. Mañana estarás mejor. —Mientras me distanciaba de ella, escuché que me decía algo como «perdóname», pero no le di ninguna importancia. Sabía que el alcohol que llevaba en su cuerpo era el que hablaba por ella, aunque pensándolo bien dicen que los borrachos y los niños dicen la verdad ¿no?

Después de atravesar la pista de baile, que en vez de eso parecía una jodida jungla de gente

saltando como monos que no paraban de moverse, por fin llegué al puñetero baño al cual entré como una poseída.

Tenía mucho calor y necesitaba con urgencia mojarme la cara y el cuello. Cuando enfoqué la vista, vi que había dos chicas a la derecha dándose el lote y otra que salía del retrete colocándose las medias.

Me miraron las tres a la vez y mi reflejo en el espejo me chivó el porqué de sus caras. Llevaba todavía colgado a don Cipote. ¡Vaya telita!

Me lo quité y lo metí en la papelera como pude, aunque se quedó sobresaliendo un poco-bastante me dio lo mismo. Abrí el grifo, me mojé la cara y el cuello, apoyé mis manos en la encimera y me miré en el espejo.

No sé cuándo se habían ido las tres mujeres que había en el lavabo ni cuando había entrado él, pero ahí estábamos los dos solos en el baño.

Adam y yo.

## CAPÍTULO 20

Adam se acercó hasta situarse justo detrás de mí. Yo lo miré por el espejo, y él me devolvió la mirada. Dio otro paso y fue cuando quedó completamente pegado a mi cuerpo. No me moví. No podía hacerlo. Mi corazón se me había salido por la boca y mis pulmones se habían reducido al tamaño de dos cacahuetes, porque de ellos ya no entraba ni salía oxígeno.

Seguía manteniendo mi vista clavada en sus ojos azules y, al final, saqué fuerzas para dirigirme a él.

—Me parece que te equivocaste de puerta. Este lavabo no es el de los chicos.

—Mi intención no es mear.

—¿Y cuál es tu intención? —le desafié levantando una ceja. Esa no era, os lo juro, era el alcohol.

—Meterte en uno de esos lavabos, subirte la falda hasta la cintura y follarte muy duro contra la pared.

Tragué saliva. No había podido olvidar sus ojos, su boca, su cuerpo, ni su forma de hablarme que me hacía arder de puro deseo. Había luchado demasiado contra todos estos sentimientos y ya no podía más. Desde luego que no me ayudaba demasiado tenerlo justo detrás de mí, ya que calientes y húmedos recuerdos asaltaban mi mente y mi cuerpo.

Me giré hacia él. No podía hablar. Quería decirle tantas cosas, pero no me salía ninguna. No sé si vio todas esas emociones en mi rostro y en mis ojos, porque no dijo nada. Solo me tendió su mano, la cual cogí sin pensar, y me llevo a uno de los cubículos. Yo entré primero y luego él, echó el cerrojo y se situó delante de mí.

—No te imaginas cuánto necesito follarte, Payton.

—Pues no esperes más, por favor... —Ese por favor lo alargué en modo de súplica. Sabía lo cachondo que le ponía que le suplicase.

Se acercó más. Sus labios a un centímetro de los míos. Ambas bocas abiertas sintiendo nuestros alientos, pero sin tocarse. Era increíble.

Adam levantó mi falda y me cogió por la cintura, me sentó sobre el tanque de descarga del váter. Me colocó una pierna sobre la tapa cerrada del retrete y la otra en el suelo, dejándome totalmente abierta y expuesta a él. Sin besarme pero con su boca sobre la mía, se desabrochó lentamente el

cinturón.

Nuestras respiraciones estaban aceleradas. Yo ya había perdido el poco raciocinio que me quedaba. Estar encerrada con aquel hombre en un baño, la noche previa a mi boda, era estar completamente loca.

Loca por él.

—Las chicas se van a preocupar... He quedado con Su para irnos a casa ya —comencé a explicarle casi tartamudeando.

Sin contestarme y sin apartar su mirada sobre mí, comenzó a desabrocharse lentamente el pantalón.

—No creo que debamos... Ha sido un error, yo no puedo... —Se bajó el pantalón junto con su ropa interior.

—Cállate —me ordenó y, apartando mis bragas, entró dentro de mí. Gemí y me agarré a su cuello. Mi sexo caliente y húmedo lo envolvió como un guante. Su polla dura me penetró de una única embestida llegando a lo más hondo de mi ser.

—Adam —salió su nombre en un gemido de placer.

—¡Oh sí, mi *zorrita*! No te imaginas todo el infierno que me has hecho pasar.

—Adam. ¡Ah!

—Me moría por volverte a tener así... Sentir como entra mi polla y como sale de ti... Míranos Payton. Mira como entro y salgo de tu cuerpo. Mira como tu cuerpo me reconoce, como tu cuerpo me necesita... como me necesitas. Dímelo, Payton. Dime que me necesitas.

—¡Oh, Dios...! —Me volvían loca sus movimientos de cadera empujándose dentro de mí. Iba a morirme en aquel lugar y en aquel momento. No podía aguantar más.

—Eres jodidamente perfecta. —Su aliento en mi boca. Cuando me acercaba para besarlo, Adam me tiraba del pelo alejando mi boca de la suya y echándome la cabeza hacia atrás con fuerza. Recorría mi cuello con su lengua y mordisqueaba mi piel, entonces volvía a acercarse a mis labios pero sin besarme; su aliento caliente me llenaba de nuevo. Su cuerpo me embestía cada vez más fuerte, y el tanque de porcelana del váter se movía en cada embestida. Mantenía una mano enterrada entre mis cabellos y la otra en mi culo para profundizar sus penetraciones. Me follaba duro, fuerte y rápido. Después su baile se volvía lento, moviendo las caderas en círculos y volviendo a embestirme con fuerza de nuevo.

—Adam...

—¿Me estás suplicando, Payton?

—¡Oh, joder...! Voy a correrme.

—No, nena, todavía no.

—No aguanto más.

—Lo harás, y tanto que lo harás, pero todavía no. —Me levantó de golpe y me colocó al otro lado del cubículo de cara a la puerta quedando de espaldas a él. Me cogió de las muñecas y me colocó los brazos hacia arriba.

—No los muevas.

Sus manos empezaron su recorrido por mi cuerpo, deslizándose lentamente por mis brazos, hombros, por ambos lados de mis pechos...

—Me has puesto muy cachondo cuando te he visto esta noche con este corpiño. No te imaginas lo que daría por atarte a mi cama y azotarte hasta que tu culo estuviese rojo como una cereza; una dulce y jugosa cereza... que luego me follaría.

Solo pude gemir al sentir sus palabras al lado de mi oído. Su aliento ahora chocaba en mi cuello

y sus manos seguían el camino hacia abajo por mis costillas, caderas... hasta llegar a mi culo. Me arrancó las bragas y un zas impactó en mi nalga derecha.

—¡Joder! —me quejé. Hice el amago de llevarme una de las manos a mi culo porque me picaba, pero su voz me interrumpió.

—Te he dicho que no muevas los brazos. —Me abrió las piernas con sus pies empujando los míos.

Le hubiese dado una patada en los *huevos*, estilo coz de burro, pero tenía que reconocer que me ponía a cien cuando me ordenaba cosas así de enfadado y de dominante.

Tenía mi falda enredada por completo en mi cintura y todavía sentía el escozor en mi culo cuando un dedo humedecido se coló por mi ano suavemente.

—¡No!

—¿No?

—Aquí, no Adam. No estoy preparada.

—¿Y desde cuándo me dices lo que tengo que hacer, *zorrита*?

Sus dedos hábiles se colaron entre mis piernas y presionaron mi hinchado clítoris masajeándolo con maestría.

La excitación volvió con toda su fuerza otra vez a mi cuerpo. Sus dedos húmedos por mis fluidos se deslizaban hacia mi ano, humedeciéndolo cada vez más. Su dedo entraba y salía cada vez con más facilidad, y yo cada vez estaba más excitada.

—Seguro que mi *zorrита* ha echado de menos a mi polla en este culito, ¿verdad? —Gemí al escuchar sus palabras.

—¿Necesitas que te folle el culo? Lo necesitas, ¡dímelo, *zorra*! —Otro zas en la otra nalga. ¡Joder!

—Te necesito.

—¿A mí o a mi polla?

—A los dos.

—No te imaginas lo que me ha gustado esa respuesta.

Menos mal porque en mi estado de semiinconsciencia no sabía qué coño decía.

Colocó su erección en la entrada de mi ano y lentamente comenzó a entrar en mí. Lo hacía despacio mientras que con sus dedos acariciaba mi excitado sexo. Al principio, me dolió un poco hasta que mi cuerpo se acostumbró a él, y fue cuando la excitación y el placer ganaron al dolor.

Sentía toda su polla dentro de mi culo; él estaba dentro de mí por completo, física y emocionalmente.

—Como me gusta follarme tu culito... Me encanta como me aprieta la polla y como tu calor me envuelve. ¡Dios, nena, voy a correrme dentro de este culo! Voy a soltarte todo mi semen caliente para que cuando andes lo notes húmedo dentro de ti. —Comenzó a moverse primero lentamente y luego más rápido mientras sus dedos me masturbaban.

Me agarré fuerte de la parte superior de la puerta. No podía evitar gemir. Me estaba volviendo loca esa manera de follarme por detrás.

En mi limbo personal, escuché la voz de Susan en los lavabos.

—Payton, ¿estás ahí?

Adam se detuvo, por suerte para mí porque era imposible que pudiese responderle a mi amiga de la cual me había olvidado completamente, y le contesté a Su.

—Sí, estoy aquí. No me encuentro muy bien, ahora saldré.

—Te esperamos en la puerta, las chicas quieren irse ya a casa —me contestó mi amiga.

—Dile que se vayan ellas, que tú cogerás un taxi —me susurró Adam al oído.

—No puedo decirle eso, no se irán sin mí —le respondí con un susurro también.

—Hazme caso, lo harán.

—Iros para casa, mi niña. Yo esperaré a encontrarme un poco mejor y me iré a casa en un taxi.

—le dije a Su porque él me insistió, pero sabía que mis amigas no me iban a dejar sola, y mucho menos si me encontraba mal (según mi mentira, claro). Estaba segurísima que Su no iba a aceptar mi planteamiento de volver sola.

—¡Vale! Nos vemos mañana en tu boda, ¿o no? —y se fue sin más.

¡Tócate los *huevos*! Toma ya con la respuesta de mi amiga. Me quedé de piedra. No me esperaba para nada su reacción. ¿Susan dejándome sola? Adam debió de notar mi tensión porque me susurró al oído algo que me hizo cagarme en *tó*.

—¿Quién te crees que me ha dicho donde estarías esta noche?

—¡No puedo creerlo! ¿Su te dijo que estaría aquí? ¿Cómo coño me puede traicionar así mi mejor amiga?

«Será *japuta*», pensé.

Con su pecho pegado a mi espalda, su mano derecha masturbándome y su mano izquierda apretándome hacia su cuerpo, sacó su polla y volvió a meterla lentamente.

—¿Estás segura que se trata de una traición, Payton? Necesitabas una buena despedida de soltera, y aquí estoy. —Sus movimientos se iban acelerando cada vez más, pero sin llegar ser lo suficientemente rápidos. Me estaba matando.

—Más fuerte —rogué. Me daba igual lo que me dijera, yo solo podía sentirlo salir y entrar en mi interior.

—¿Cómo dices?

—Que lo quiero más fuerte —le pedí, apretando mis dientes.

—Vaya... mi *zorrita* está muy cachonda. Te excita mucho que te esté follando el culo en un baño público, ¿eh?

—Sí... sigue, fuerte... Más fuerte.

—Así no se piden las cosas, Payton. Hazlo como tú sabes. —Se salió casi por completo de mi interior manteniendo únicamente la punta dentro. Moví mis caderas, pero él apretó sus dedos deteniéndome—. Pídemelo como tú solo sabes.

—Por favor, Adam... fóllame más fuerte.

—Muy bien, mi pequeña *zorrita*. Tus deseos son órdenes para mí.

Comenzó a penetrarme con más fuerza. Una y otra, y otra, otra... Mis manos apretaban la puerta con fuerza; iba a arrancarla del sitio si seguía agarrándola así. Adam me follaba el culo con fuerza y cuando me apretó el clítoris, me corrí.

Grité y me entregué a un orgasmo brutal mientras sentía su simiente derramarse dentro de mí. Adam gruñó y se apretó contra mí cuerpo.

Después de casi tres meses, volvía a tocar el cielo.

—Un día acabarás conmigo —soltó cerca de mi oído.

—Te recuerdo que la que está aplastada contra la puerta soy yo y no tú.

—Perdona —respondió saliendo de mi lentamente y separándose. Cogí papel y me limpié un

poco. Me coloqué la falda en su sitio y miré al suelo donde estaban mis bragas o lo que quedaba de ellas; era imposible ponérmelas a no ser que tuviese cuatro piernas.

—¿Dónde nos deja esto, Adam? —le pregunté.

Respiraba aceleradamente, pero mantenía su boca cerrada mientras se abrochaba el cinturón y evitaba mi mirada. No contestó, y yo no quería estar ahí ni un segundo más con él.

Salí del baño sin dejarle reaccionar y atravesé toda la discoteca hasta llegar a la salida. Sentía que me ahogaba y necesitaba oxígeno. En unas horas, iba a casarme con Donovan y acababa de follar con Adam en un lavabo como una cualquiera. ¿No tenía escrúpulos? ¿Qué coño me pasaba? Pues que amaba a ese hombre con todas mis fuerzas y cuando estaba cerca de él perdía hasta mi identidad. Eso pasaba.

Sin mirar atrás, comencé a caminar hacia la carretera. Necesitaba encontrar un taxi y salir pitando de allí. Por suerte para mí, uno pasaba en aquel momento y levanté mi mano para que se detuviese. Puso el intermitente y se acercó lentamente hacia el arcén quedando a unos metros de mí.

Di un par de pasos cuando el sonido de un claxon me detuvo. Al girarme vi la moto de Adam detenerse justo a mi lado. Se quitó el casco y me miró a los ojos. Vi miedo, duda, pero también vi fuego, rabia y enfado.

—Vente conmigo —me soltó.

—¿Contigo? ¿A dónde?

—A mi barco para continuar lo que hemos empezado en ese baño. —Ahora yo era la que sentía rabia y un enfado de narices.

—Ni lo sueñes —contesté caminando hacia el taxi.

—¿Acabo de follarte en el baño y te haces la estrecha ahora?

—¿Cómo puedes ser tan *cabronazo*? —Me giré para mirarlo. En otro momento, le hubiese partido la cara de un sopapo, pero lo que hice sabía que le iba a molestar mucho más. Así que ante su respuesta nula, lo ignoré y seguí con mi propósito de alcanzar el taxi para salir de allí cuanto antes.

¿Cómo podía estar tan ciega y caer una y otra vez en lo mismo? Ese tío no me amaba. Solo le gustaba follarme, pero nada más. No tendría nada más de él. Nunca.

—Última oportunidad, Payton.

Escuché su ultimátum y, más chula que un ocho, levanté el dedo corazón para que lo viese bien. Abrí la puerta del taxi, saludé al hombre que me esperaba pacientemente y le di mi dirección. Quería llegar a casa ya.

Las lágrimas asomaron en mis ojos y recorrieron mis mejillas lentamente y mi corazón iba a cien. Sin poder evitarlo, me giré para ver su silueta alejarse cada vez más.

Por una décima de segundo, pensé que había venido a por mí pero no había sido así, solo había venido a tener un rato de sexo y a demostrarme que podía tenerme cuando él quisiera.

Y así era. Me tenía completamente a su merced. Cada vez que lo tenía cerca, mi razón y mi conocimiento se esfumaban.

Ya no había nada que hacer, pues me había demostrado que seguía siendo el mismo *capullo* sin sentimientos de siempre. Por un momento, había vuelto a tenerlo a mi lado y de nuevo había vuelto a perderlo.



## CAPÍTULO 21

### *ADAM*

Cerré la puerta de casa de un portazo. No sabía si Joseph estaba durmiendo o no, me importaba una mierda. Me había tirado horas conduciendo mi moto sin saber hacia dónde ir. Pasé por casa de Payton para asegurarme de que hubiese llegado bien y, después de esperar durante una hora allí montado en la moto como un gilipollas, no la vi llegar. Me maldije mil veces por ser tan *capullo*. Seguramente se había ido con su futuro maridito a echar un polvo con mi olor todavía en su piel y mi simiente dentro de ella.

Después de autocastigarme con mis pensamientos al imaginarme a Payton en los brazos de aquel subnormal, arranqué la moto y volví a casa de mi amigo, a refugiarme y a esconderme como siempre había hecho.

¡Maldita seas, Payton!

Esa mujer podía conmigo, con todo mi autocontrol y con la poca cordura que me quedaba cuando la sentía cerca de mí.

Me atraía de todas las formas. Físicamente porque toda ella era una belleza. Su cabello negro... sus ojos verdes... sus labios... su cuerpo... Sexualmente, todo mi ser reaccionaba con solo olerla llevándome al límite y, lo peor de todo era que, también se había colado en mi corazón. Me asustaba lo que sentía cuando la tenía cerca o tan solo pensar en ella. Nunca antes había deseado tanto a una mujer. Nunca antes había necesitado a nadie de esa forma y, eso, es lo que me tenía realmente asustado y siempre me hacía huir de su lado.

Lisa no había sido más que un amor veraniego. Yo no sabía que se podía amar con esa intensidad y esa necesidad hasta que conocí a mi pequeño huracán.

¡Qué genio tenía! Como me gustaba cuando sacaba ese carácter que me ponía... ¡Dios!

En unas horas, iba a casarse con el *pelagatos* de Donovan, y ya todo se habría acabado definitivamente para los dos.

Pero ya estaba hecho y me importaba una puta mierda.

Se había ido.

Payton se había ido para siempre.

Y la había perdido por gilipollas.

Había conseguido tenerla una vez más y la había dejado irse.

Me dirigí a la cocina y cogí una *birra*, después me senté en el sofá, abrí la botella y le di un trago.

—¿Por qué no haces más ruido? Me parece que en el Pentágono no te han escuchado todavía. — Joseph entró en el comedor, y yo ni siquiera lo escuchaba—. ¿No la encontraste?

—Sí, lo hice.

—Entonces, ¿qué cojones haces aquí en mi casa? ¡Joder! —No le respondí. Di otro trago a mi cerveza y me pasé la mano por el pelo echándome el flequillo para atrás—. Oh, oh... Esa pequeña guerrera te ha dado una patada en los *huevos*, ¿eh? No me extraña, lo haces todo como el culo.

—¿Quieres callarte de una puta vez?! —le grité. Joseph no me contestó, me conocía demasiado bien para saber que si seguía presionándome así iba a levantarme y a partirle la cara de un puñetazo.

—¿Café? —me preguntó como si nada yéndose hacia la cocina.

—No.

—Deberías. No creo que esa cerveza sea lo que necesitas ahora.

Tardó unos minutos en regresar de la cocina. Se sentó a mi lado. Yo tenía los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el respaldo del sofá.

—¿La amas de verdad? —me preguntó. Bufé.

—¡Vamos, Joseph, no me jodas!

—Es una pregunta muy sencilla, tío. ¿La amas de verdad?

—¡Y yo qué cojones sé! ¡No entiendo de eso! ¡No sé cómo cojones puedo amarla tal y como se merece! ¡No sé abrirme a ella! ¡No puedo, joder!

—¿Entonces por qué te afecta tanto todo lo que está relacionado con ella? ¿Por qué no haces más que hablar de ella? ¿Cómo sabes entonces que no estás enamorado ya?

—Porque no creo en el amor, Joseph. Ya lo sabes.

—Que sufrieses una vez, no significa que vayas a sufrir siempre.

—Ya sabes cómo soy, me conoces muy bien.

—Sí que te conozco y, por eso, quiero saber lo que sientes por Payton. Nunca te he visto así por nadie ni siquiera por Lisa. Vamos, tío, esa camarera te tiene totalmente cogido por los *huevos*.

—Ya da igual, se casa en un par de horas. —Volví a colocar mi cabeza en el respaldo del sofá y a cerrar los ojos.

—No lo entiendo, te juro que no lo entiendo. —Joseph se levantó y se colocó delante de mí. Lo miré.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—La perdiste una vez por ser un completo gilipollas...

—Joseph —le advertí.

—Después de dos meses, regresas y vuelves a meter la pata. Su amiga se pone en contacto

contigo para avisarte que se casa este fin de semana y te dice dónde van a ir a celebrar su despedida, ¡para que hagas algo de una puta vez! Y ¿tú qué haces?! ¿Huir otra vez? Pero ¿qué cojones te pasa, tío?

—Lo hemos hecho en el lavabo —le contesté como si me quisiese justificar.

—¡Ah, vale, *cojonudo*! ¡Entonces ya está todo claro! ¡Como la quieres, te la follas en un baño de una discoteca y luego dejas que se vaya a casarse con otro! ¡Claro que sí! ¡Así me gusta, romanticismo puro a la carta!

—Cállate ya —le amenacé levantándome y colocándome a escasos centímetros de él con los puños apretados.

—¿Vas a pegarme ahora?

—No. —Me separé de él.

—¿La amas de verdad o qué cojones quieres de ella, Adam? Porque si no puedes ni responder es que...

—¡Maldita sea! —Me giré y golpeé la pared—. ¡No sé qué cojones siento por esa mujer, pero lo que sí sé es que no puedo estar sin ella! ¡La necesito, joder! —le grité.

—¡Entonces deja de ser un cabrón egocéntrico y ve a impedir esa puta boda!

—Ella ya ha elegido.

—¡Tú le has hecho elegir a ese *pelagatos* por no demostrarle algo más!

—Ya es tarde.

—No te reconozco, tío. Te lo juro, que no te reconozco. Sigue mamando cerveza y, cuando estés lo suficientemente borracho, duerme la mona. Esa es tu forma de enfrentarte a la realidad. Sí, señor.

Joseph se fue a su habitación dejándome en el comedor con la cerveza en la mano y la duda en mi cuerpo. ¿Qué cojones podía hacer ya? Ya estaba todo perdido.

\*\*\*

## DONOVAN

—¿Era ella? —me preguntó Lisa saliendo del baño completamente desnuda y con tan solo sus increíbles tacones de diez centímetros.

—Sí. —Dejé el móvil sobre la mesita de noche y me levanté acercándome a ella—. Dice que necesita hablar conmigo.

—Entonces será mejor que me vaya.

—Tranquila, no va a venir aquí. Le he dicho que ahora iba a su casa, que todavía estaba celebrando la despedida de soltero. —Le ofrecí la mano para que se acercara a mí, la envolví con mis brazos, y enterré mi nariz en su cuello para aspirar su aroma. Esa mujer me volvía completamente loco.

—Le hubieras dicho que no podías porque acababas de follarte a tu amante y necesitabas fuerzas para follártela otra vez antes de que amanezca.

—¡Qué mala eres...! —le susurré dándole un pequeño azote.

—Mmmm... No lo sabes tú bien.

—Sí que lo sé. —La empujé hasta la cama donde cayó de espaldas y me coloqué encima cubriendo todo su cuerpo con el mío.

Acababa de estar en su interior, y ansiaba tenerla de nuevo gimiendo y gritando mi nombre una y otra vez.

—¿Vas a casarte con ella?, ¿estás seguro?

—Ya sabes que tengo que hacerlo —contesté besando su cuello y bajando hacia su pecho.

—Pero por qué tiene que ser ella y no yo. Sabes que te quiero y que te haría muy feliz, Donovan.

—Me detuve y me coloqué de rodillas entre sus piernas.

—Lisa, te lo he explicado miles de veces. Ya sabes que mi padre me obliga a casarme con ella si quiero ser el único heredero de sus empresas.

—No es justo... Yo quiero ser la nuera perfecta y quiero ser yo quien te dé el sí quiero mañana.

—Cuando dijo aquello, me levanté enfadado de la cama.

—No pienso repetírtelo más.

—Donovan, cariño, no te enfades. —Lisa se levantó y me abrazó por detrás.

—Es que te lo he explicado muchas veces. Tengo que ser el primero en casarme y el primero en tener descendencia, y Payton es la elegida de mi padre. Es la hija de quién fue su mejor amigo, es la candidata que me buscó y con la que me tengo que casar.

—Es que los matrimonios de conveniencia se acabaron hace siglos, ¿por qué tiene que ser ella? Vale que es la hija de su mejor amigo, pero ¡joder! ¿Y si no hubieses congeniado con ella? Claro, tu encantado porque ella es guapa, ¿verdad?

—No solo es guapa, Lisa. Payton es lista, trabajadora, cariñosa... Siento mucho no poder amarla como se merece porque es una buena persona, pero mi corazón está ocupado desde hace mucho tiempo por una belleza medio brasileña que va a acabar conmigo. —Me di la vuelta y la besé.

La deseaba, la amaba y volvería a hacerla mía de nuevo hasta que llegase la hora de contraer matrimonio con Payton.

La llevé hacia la cama otra vez y, de una sola embestida, me introduje dentro de su cálido y húmedo sexo. Se abrazó a mi cuerpo mientras jadeaba y la poseí con fuerza y desesperación. Alcanzamos juntos el orgasmo, entraba y salía de su interior sin permitir que nuestros labios se separasen nunca. Caí rendido a su lado y la abracé.

—Todo saldrá bien, ya lo verás. Solo tenemos que ser discretos.

—Pues déjame darte un hijo. —La miré a los ojos. Estaban llenos de lágrimas. Sabía que lo estaba pasando muy mal, la entendía porque para mí también estaba siendo muy difícil—. Por favor, deja que yo también pueda darte un hijo. Necesito llevar en mi vientre un hijo tuyo, nuestro.

La abracé con fuerza.

—Yo también lo deseo, mi pequeña... yo también lo deseo.

—Te quiero, Donovan.

—Te quiero, Lisa. Eres mi vida, no lo olvides nunca.

Lisa al principio fue un mero capricho, sí. Lo reconozco. Solo por fastidiar a aquel engreído de Adam, quise seducirla pero cuando conseguí que ella se fijara en mí fue tarde para los dos. Nos enamoramos y solo queríamos estar juntos. Cuando se marchó a Brasil por el trabajo de sus padres, quise morirme. No sabía que podía necesitar tanto a una persona.

Intentamos llevar nuestra relación lo mejor posible, pero la distancia era muy difícil para ambos y luego estaba la maldita herencia de mi padre.

Me presentó a Payton para ver si conseguía el propósito de juntarnos a los dos. Al principio, me costó mucho asimilar que podía estar con otra persona que no fuese Lisa, pero Payton me cautivó. Su sonrisa, su vitalidad, su carácter español como un huracán... y su increíble físico. No voy a negarlo. Le tengo mucho cariño, y sí que la quiero, pero en estos tres años no he podido olvidar a Lisa. Y ahora que, por fin, puedo volver a tenerla en mis brazos, mi padre me pone la condición de ser el primero en casarse, y en tener descendencia, si quiero aspirar a ser el único heredero de todas sus empresas y los dos hospitales.

Mi hermano podía quedarse con las empresas, pero los dos hospitales eran míos. Llevaba muchos años trabajando para otros, y deseaba ser el jefe; quería ser quien ordenase a los demás y lo iba a ser.

En unas horas, iba a casarme con Payton.

Iba a seguir mi relación con la mujer que amaba, Lisa.

Iba a conseguir la herencia de mi padre y después conseguiría el divorcio. Lisa y yo podríamos estar juntos por fin.

## CAPÍTULO 22

Después de montarme en aquel taxi, y de ver cómo me alejaba del hombre que amaba con todas mis fuerzas, decidí que no podía seguir con todo aquello durante más tiempo.

Necesitaba hablar con Donovan y anular la boda.

Por fin, lo veía todo claro y sentía que era el momento de acabar con toda esa farsa. Mi vida era una auténtica mentira y me negaba a seguir en ella. No amaba a Donovan. Lo quería, pero no lo amaba, y no podía casarme con él.

Antes de llegar le envié un mensaje. Sabía que ellos también iban a celebrar su despedida de soltero y quería saber si ya estaba en casa. Me contestó que seguían tomando unas copas, le dije que necesitaba hablar con él urgentemente y él me contestó que ya salía de camino a casa de sus padres, que dejaría a su hermano y después vendría a verme.

Pero no podía regresar a mi casa y esperarlo allí, me moría de los nervios, y estaba muy angustiada. Así que opté por ir a su casa.

Sé que era una locura presentarme en la casa de sus padres a esas horas, que no eran precisamente las de visita, pero le esperaría en la calle hasta que llegase, y así evitaría despertar a mis futuros suegros.

Necesitaba mirarlo a los ojos y decirle que todo se había acabado. No podía seguir engañándolo. No se merecía que le hiciera todo aquello. Por su bien, y por el mío, no podíamos seguir juntos por más tiempo.

Le di la dirección de Donovan al taxista y, con el estómago en un puño, me dirigí hacia allí.

En cuanto llegamos al destino, el hombre detuvo el vehículo justo en la acera de enfrente y paró el taxímetro. Le pagué y justo cuando me bajé del taxi, dos siluetas aparecieron en la puerta de la casa de Donovan. Me quedé mirando porque identifiqué a mi novio, pero mi sorpresa fue cuando vi que la otra persona no era su hermano sino que era una mujer.

Ambos salían de casa de mi novio, cogidos de la mano, y se detuvieron en la acera, y él la rodeó por la cintura mientras ella se abrazaba a su cuello. Ambos se fusionaron en un intenso y apasionado beso.

La luz de la farola, que tenían justo encima de los dos, me dio una visión completamente clara de toda aquella situación.

¡Me cago en *to* lo que se menea!

Yo estaba sintiéndome culpable por amar a Adam y deseando acabar con toda esta farsa para no seguir haciendo daño a Donovan, y resulta que el *soplagaitas* de mi novio estaba follándose a otra. ¡Manda *huevos*!

Cuando el taxi se fue, respiré hondo, conté hasta diez y crucé la calle.

No me vieron llegar porque estaban demasiado ocupados metiéndose la lengua hasta la campanilla. Así que mi voz les sorprendió.

—Buenas noches, pareja.

—¡Payton! —Donovan se separó de la mujer, y su cara de horror me dijo quién era ella. Lisa.

Por fin, tenía a la ex de Adam delante de mí y al parecer no era solo la ex de mi novio, porque los labios hinchados de ambos y las caras de recién follados no decían eso.

Era más o menos de mi misma estatura. Su pelo me pareció que era de color caoba, ojos oscuros, y bastante delgada. Tampoco tuve tiempo de prestarle más atención porque Donovan se colocó delante de ella como si quisiera protegerla de mí.

—¿Qué haces aquí?

—Acabo de pillarte comiéndote la boca con una mujer que no soy yo, por si no te habías dado cuenta, y lo primero que se te ocurre preguntarme, es ¿qué haces aquí? ¿En serio?

—Yo...

—No hace falta que me expliques nada, Donovan. No tengo ganas de alargar todo esto. Venía a hablar contigo y, si me permites, te diré lo que he venido a decirte y me iré.

Seguro que me notáis muy calmada, sabiendo cómo soy, ¿verdad? Pero es que os juro que lo que menos tenía ganas era de ponerme a gritar y montar el numerito de novia celosa cuando, en el fondo, no lo era.

No estaba celosa. No sentía enfado en mi cuerpo, pero sí mucha decepción.

Una decepción muy grande porque, a pesar de no estar enamorada de él y de ser consciente de que yo tampoco le había sido fiel, Donovan me había mentado. Y yo le había creído.

Y ahora acababa de comprobar, que su mentira no tenía límites. Me había negado que había algo entre Lisa y él, y acababan de estar revolcándose en su propia casa.

—Supongo que tú eres Lisa.

—Sí.

—Bien, Lisa. ¿Te importaría irte para que pueda hablar con Donovan? Yo creo que por hoy ya has terminado tu papel aquí.

—No me da la gana, y tú no eres nadie para decirme que papel tengo aquí.

Lo sé, esa respuesta vacilona y *tocapelotas* me hizo reaccionar a pesar de mi tranquila y apacible calma. Así que sin pensarlo ni un segundo, le di un *hostiazo*, con el que le giré la cara de golpe, y se fue a estampar contra la pared.

—¿Pero qué haces? —me gritó Donovan.

—Será mejor que dejes de gritarme, porque el siguiente sopapo te lo vas a llevar tú. Así que dale diez dólares a esta puta para un taxi y que se vaya de aquí ahora mismo. —La miré a ella—. Ese es tu papel: el de puta. Así que sé lista, y lárgate de aquí ¡ya!

Donovan me observaba con cara de sorprendido sin poder decirme nada mientras Lisa se acariciaba justo en el lugar donde le había arreado con toda mi fuerza.

—Será mejor que te vayas a casa. —La cara de sorpresa de Lisa fue todo un poema. Supongo que se esperaba que Donovan me hubiese recriminado mi comportamiento defendiéndola a ella, pero estaba visto que toda aquella fachada de hombre perfecto se había quedado en eso. En una pura y vacía fachada.

Lisa no dijo absolutamente nada. Cogió el bolso que se le había caído con el impacto de mi rechazazo y, tal y como se lo colgó, se dio la vuelta y se fue.

¿De verdad que había sido esta mujer de la que Adam se había enamorado?

—Payton, déjame que te explique.

—No hace falta, de verdad. Sé lo que he visto. Y sé qué clase de hombre eres.

—No sabes qué clase de hombre soy.

Sonreí al escuchar sus palabras.

—Donovan, me has mentido, y lo peor es que no sé desde cuándo. Te di la opción de decirme la verdad, de ser sincero, y me mentiste. Has seguido con la mentira y, a pesar de todo, estabas dispuesto a casarte conmigo. ¿Por qué, Donovan?

—Porque te quiero.

—Sigues mintiéndome. Ya no te creo nada. Mira... ya que tú no lo eres, voy a serte sincera. Venía a decirte que se acabó, Donovan. Se acabó toda esta farsa porque ya no puedo más. Dios sabe que lo he intentado, pero me siento incapaz de seguir adelante con esta boda. No puedo casarme con alguien a quien no amo, así que aquí está mi verdad. Amo a otra persona, y ya no puedo seguir contigo.

—Es Adam, ¿verdad? ¡¿Es él?!

—¿Y a ti que más te da? ¿Qué más da quién sea, si tú te estás tirando a esa?

—¿Me dejas para irte con ese muerto de hambre?

—No, Donovan. No te dejo para irme con alguien, te dejo porque no te amo. A diferencia de ti, yo no puedo estar con alguien a quien no amo.

—¡Eres una *zorra* desagradecida!

¡Ahí sí que me mató! ¿Donovan insultándome? ¡Increíble!

—¿Yo soy la *zorra* aquí? Me parece que te equivocas de persona.

—¡Siempre he estado ahí para ti! ¡Siempre pensando en ti y en todo tu beneficio! ¿Y así me lo devuelves?

—¡¿Qué cojones quieres, Donovan?! ¡Pero si acabas de follarte a tu ex, o vete a saber si has dejado de estar con ella en algún momento, pedazo de cabrón! ¿Qué me echas en cara a mí?

—Te he comprado todo. Te compré una casa...

—Pero ¿cómo puedes ser tan materialista? ¡Me da igual la casa! ¡Me da igual todo lo que me has podido comprar! ¡Quédatelo todo, yo no quiero nada! Cuando uno no es feliz, lo material es lo que menos importa, ¿o es lo único que te importa de verdad? ¿Amas a alguien que no seas tú mismo? ¿Quieres a Lisa o tampoco la quieres a ella?

Se quedó completamente callado observándome.

—Payton, todo esto ha sido un malentendido. Lisa no significa nada para mí, y tú seguro que estás nerviosa por la boda y por toda la nueva vida que nos espera... Vamos a ir a dar un paseo, hablamos tranquilamente y solucionamos todo esto ¿vale?

—Pero... ¡¿tú te pinchas?! ¿Estabas aquí escuchándome o eras un holograma? ¿Cómo puedes decirme que todo esto ha sido un malentendido y que yo estoy nerviosa por la boda? ¿Qué tienes en esa cabeza?

—Solo digo que podemos arreglar lo nuestro, estamos a tiempo, Payton.

—Será mejor que me vaya. No creo que estés entendiendo nada de lo que está pasando aquí.

—Claro que te entiendo, por eso quiero que hagamos algo para salvar nuestra relación.

—¡No hay ninguna relación ya, joder! ¡Qué no hay nada más entre nosotros dos! ¡Esto se acaba aquí y ahora!

—Payton.

—Sigue con tu vida, por favor. Sé feliz con Lisa o con quién quieras, porque definitivamente lo

nuestro está totalmente acabado.

—¿Y qué hacemos con la boda? ¿Es dentro de unas horas?

—Yo llamaré a mi familia, y tú encárgate de avisar a la tuya de que no hay boda, ni la habrá.

—¿En serio quieres acabar con todo esto, Payton?

—Sí, Donovan. No quiero seguir con esta relación.

—¿Ahora saldrás corriendo detrás de ese desgraciado? ¡Al final, se ha salido con la suya! Que sepas que solo te quiere para joderme a mí, él no siente nada por ti.

—No voy a correr detrás de nadie y me da igual lo que digas, Donovan. No vas a herirme. Adiós.

Me di media vuelta y me alejé del hombre con el que había mantenido tres años de relación y con el que había estado a punto de casarme. Cada vez, entendía menos como había podido estar tan ciega.

\*\*\*

Llegué a casa y subí a mi habitación. Cerré la puerta y me tiré en la cama. Me eché a llorar y ni siquiera sabía el porqué. Supongo que era un cúmulo de toda esta mierda de noche. Mi despedida de soltera había acabado siendo un completo desastre.

Adam. Lisa. Donovan.

¡Dios mío, lo había hecho! ¡Había dejado a Donovan! ¡Pero qué cabronazo el tío! ¿Había estado con Lisa todos estos años de nuestra relación? ¿Y por qué quería casarse conmigo? ¿Para tener a las dos? Madre mía...

—¿Payton?

—Mamá. —Mi madre entró en mi habitación. Me levanté de la cama y me fui corriendo a abrazarla.

—Hija, ¿qué pasa? —Continué llorando entre sus brazos. Me llevó hacia la cama y se sentó conmigo para que me pudiese desahogarme.

Durante unos minutos, lloré sin parar. Después me calmé entre los seguros y reconfortantes brazos de mi madre.

—He dejado a Donovan.

—¿Cómo? —Me separé de ella para poder mirarla a los ojos y explicarle lo ocurrido.

—Esta noche, Adam ha aparecido en la discoteca donde estábamos celebrando mi despedida de soltera y... lo hemos hecho en el lavabo. —La mirada de mi madre era un poema—. Después le he preguntado que dónde nos dejaba todo eso, y ¿qué me contesta? ¡Nada! ¡Nada, mamá! Salí de la discoteca enfadada, y me siguió solo para pedirme que me fuese con él para acabar la noche juntos revolcándonos. ¡Tiene narices! Cada vez que he estado con él, me ha demostrado que es un auténtico *cabronazo*. Me metí en un taxi y lo dejé allí solo. De camino hacia aquí, pensé que lo mejor era anular la boda y dejar a Donovan. Así que me presenté en su casa, y me lo he encontrado saliendo de esta con una mujer cogida de la mano. Se estaban comiendo la boca justo allí, en el mismo portal, y sin pensármelo dos veces me acerqué a ellos. Su sorpresa fue bastante grande, y yo intenté mantener la mente fría en todo momento. Le pedí por favor que habláramos, pero la *zorra* esa me tocó las narices, así que le reventé la cara con un guantazo.

—¡Hija!

—Se lo ganó, mamá. Era Lisa, la ex de Adam y la supuesta ex de Donovan. Te juro que los hubiese matado de una paliza a los dos, pero no por el hecho de que estuviesen juntos, que pensándolo fríamente me importaba una mierda, sino por el hecho de que Donovan me ha decepcionado como persona. Menos mal que la subnormal de turno se fue; y por fin pude hablar con él a solas. Le expliqué que no quería casarme, que no lo amaba, y me acusó de estar con Adam. Supongo que se había dado cuenta de que yo no era la misma y de que Adam tenía mucho que ver. Pero ese no era mi motivo para estar ahí. Solo le pude desear que le fuese muy bien la vida y me marché. Y aquí estoy, mami. Cansada de todos los hombres. Ya no puedo más, mamá. ¡No puedo más!

Mi madre volvió a abrazarme, y yo seguí llorando. Me acarició el pelo y me dio un beso en la frente.

—Necesitas irte de aquí, cariño.

—¿Qué dices, mamá?

—Lo que oyes, hija, necesitas poner tierra de por medio, y este es el mejor momento. Te sentará bien unos días de vacaciones, cariño mío. Así te alejas de todo y te tomas tu tiempo para estar tranquila.

—Pero...

—Yo llamaré a los invitados para decirles que la boda se ha anulado. Les diré que por problemas personales, ya no estás con Donovan. Llamaré a Gary para que lo sepa también, de todas formas tenías unos días para la luna de miel, ¿no? Pues ya está. Ahora date una ducha y prepara tu maleta.

—Gracias, mamá.

—Hazme caso, cariño. Será lo mejor.



## CAPÍTULO 23

Donovan llegó a casa y cerró la puerta de un portazo. Su madre Carla ya estaba despierta, histérica perdida, dando vueltas por la casa para ultimar los últimos detalles de la esperada boda.

—Supongo que has salido a despedir a la *zorra* esa, ¿no? Espero que esa absurda aventura se acabe en cuanto hoy le digas el «sí, quiero» a Payton, y te centres de una puñetera vez en tu vida.

Donovan miró a su madre durante unos segundos y le contestó.

—No hay boda, madre. Payton me acaba de dejar.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Esa mujer con la que me habéis obligado a tener una relación, ¡me ha dejado el día de mi boda!

—¡Imposible! ¡Esto no puede estar pasando! ¡Michael!

—¿Qué sucede? ¿A qué viene tanto grito?

—A que la hija de Elena, esa *españolita* consentida y caprichosa, ¡acaba de dejar a nuestro hijo casi a las puertas del altar! ¿Te imaginas el bochorno que vamos a pasar por todo esto?

—¡A mí me da igual el bochorno, madre! ¡Estoy harto de todo!

—¡Pues si no hay boda, no hay herencia! —le gritó su padre.

—¡Yo no he tenido la culpa! ¡Maldita sea! ¡Ha sido ella la que me ha dejado por el muerto de hambre ese!

—¿Qué muerto de hambre?

—¡Adam!

—¿Otra vez ese chico? ¿Pero no se había ido?

—Ha vuelto y seguro que ha sido él quien le ha dicho que yo estaba con Lisa.

—¡Lo sabía! ¡Te dije que la relación con la cualquiera esa te iba a traer problemas con Payton! ¿Cómo puedes ser tan descerebrado, hijo? ¿Cómo? —le gritó Carla.

—Madre, estoy cansado de todo... estoy muy cansado.

—Más cansado estoy yo de levantar una vida, cuidar de vosotros, tirar hacia adelante y conseguir una buena base para mis dos hijos. Así que no me vengas con que estás cansado. Hoy no habrá boda.

—Pero Michael...

—Carla, está decidido. Llama a nuestros invitados y comunícales que se ha anulado la boda. Diles que los dos son jóvenes y que necesitan un tiempo. —Ahora se dirigió Michael hacia su primogénito—. Y tú, date una ducha, dale unas horas de margen y esta noche te vas a buscar a esa mujer y vuelves a conquistarla como el Loorten que eres. Lleva alto tu apellido y tu honor, porque como no te cases con esa mujer, olvídate de dirigir mis hospitales, ¿está claro?

—Sí, padre.

\*\*\*

Me duché y tras vestirme, comencé a preparar la maleta. Escuchaba a mi madre en el piso de abajo llamando a unos y a otros para explicarles que se había anulado la boda y que Donovan y yo lo habíamos dejado.

Me sentía muy mal por todo lo que le estaba haciendo pasar, y todo era por culpa de mi relación con Adam. Si no se hubiera cruzado en mi camino, seguramente la boda con Donovan se hubiese

celebrado y hubiese tenido un gran futuro a su lado.

Pero... ¿qué coño estoy diciendo? ¡Si el perfecto novio estaba tirándose a otra! ¡Menos mal que lo había descubierto a tiempo sino me hubiese estado engañando durante todo mi matrimonio!

Mi santa madre tenía razón en que salir de allí, y distanciarme de todo, me haría mucho bien.

Me centré en sacar todo tipo de ropa de mi armario y colocarla sobre la cama. No tenía ni idea de qué llevarme porque no sabía a dónde iba a ir, pero era una forma de mantener la mente ocupada. Aunque mis pensamientos eran demasiado crueles conmigo y comenzaron a torturarme.

Recordé cada momento con Adam de esa noche. Su piel, su olor, su mirada, su cuerpo junto al mío, su manera de poseerme... Mi amiga lo había avisado, y él había venido a buscarme a la discoteca. Me había follado en el baño, sí. ¿Por qué había venido? ¿Solo para follar? ¿Había venido para decirme que quería estar conmigo y que dejara a Donovan?

¿En qué estaba pensando? ¡Por supuesto que no! Si hubiese sido así, me lo hubiese dicho y, al contrario, se calló. Adam no es de esos hombres que expresan sus sentimientos o que luchan por lo que sienten. Él no cree en el amor. Es incapaz de amar, ¿o sí? Quizá lo hizo una vez con Lisa y ya no volverá a hacerlo más.

Cerdo insensible.

Joder, joder... No podía dejar de pensar en él. ¡Mierda!

A ver Payton, se acabó todo ¿vale? Ya está. *C'est fini. Finished.* ¡Acabadooooo!

—¿Payton? ¡Joder, mi niña! ¿Estás bien? —Mi mejor amiga entró como un huracán en la habitación y se lanzó hacia mí para darme un fuerte abrazo.

—Tranquila, Su. Sí, lo estoy.

—Me ha llamado tu madre cuando iba camino a la peluquería. ¿Por qué no me has dicho nada?

—No me ha dado tiempo. Si te soy sincera todavía sigo en estado de *shock*.

—Payton, yo... esto... anoche lo llamé porque... —comenzó a explicarme.

—Lo entiendo, Su. No te preocupes, no estoy enfadada contigo por llamar a Adam.

—¿No funcionó?

—Él no cree en el amor, así que lo nuestro es imposible, pero sí sirvió para darme cuenta de que no podía seguir con Donovan ni casarme con él.

—Entonces, ¿ese mal nacido estaba con Lisa?

—Sí. Salían de casa de sus padres agarraditos de la mano.

—¿Por qué no me has llamado? ¡Le hubiésemos dado una paliza entre las dos! ¡Será *mamón!*

—No vale la pena ese esfuerzo, créeme. Además es mejor así, Su. Me alegro mucho de haberles pillado y de haberme quitado la venda de los ojos, seguramente hubiese vivido un matrimonio falso y encima hubiese estado lleno de mentiras. Por fin, cada cosa estará en el sitio que pertenece. —Mi amiga miró hacia mi cama.

—¿Por qué estás haciendo la maleta? ¿Se puede saber a dónde vas?

—Pues no tengo ni idea, todavía no lo he pensado, pero lo que sí tengo claro es que mi madre tiene razón en que necesito irme de Mill Valley, y cuanto más lejos mejor. No sé si volver a España.

—¡De eso nada! Escucha, mi padre tiene una pequeña cabaña en Gardiner. Es un pueblecito de Montana, con unas preciosas vistas al Parque de Yellowstone.

—¿No quieres que me vaya a España y me vas a mandar a buscar al Oso Yogui?

—Ja, ja, ja, sí para que te asalte mientras haces un picnic. Ahora en serio, mi niña, allí seguro que desconectas rodeada de naturaleza, sí o sí. Creo que te vendría muy bien.

—No quiero ser una carga, Su.

—Cielo, mi padre no va casi nunca allí. Es una pequeña choza que está totalmente deshabitada, así que puedes estar allí el tiempo que necesites, ¿de acuerdo?

—¡Pues decidido! Me voy con Bubu y toda la familia de ositos a hibernar. En serio, Su, muchas gracias por todo. No sé cómo podré agradecerte todo lo que haces por mí.

—Reponiéndote y cogiendo muchas fuerzas, Payton. Además no tienes que agradecerme nada, para eso estamos las hermanas, cariño mío. Que sepas que te echaré mucho de menos, *capullita*. —El lado ñoño nos envolvió mientras nos abrazábamos. Un par de lagrimillas salieron de mis ojos y recorrieron las mejillas hasta llegar a mis labios.

Necesitaba irme de Mill Valley con urgencia. Todo aquello me estaba asfixiando.

—Y yo a ti. Pero no estaré mucho, nena. Verás cómo pronto vuelvo, no puedo cogerme más que los días que tenía pedidos a Gary para la luna de miel. No quiero perder mi trabajo, y mucho menos por los hombres tan *capullos* con los que me he tenido que encontrar en mi *jodido* destino.

—Bueno, no pienses en eso ahora. Voy a sacarte el billete y a decírselo a mi padre. Así que tú relájate, mentalízate que vas a desconectar y termina de hacer la maleta. ¡Ah, por cierto coge ropa de abrigo! ¡Allí hace un frío que pela!

Bajé las escaleras con el pesado maletón; parecía que llevaba un cadáver dentro. Mi madre estaba esperándome en el comedor.

Su me había llamado para decirme que tenía mi billete de avión y que me esperaba en el aeropuerto. Desde luego, no podía quejarme de la gran amiga que tenía a mi lado; de esas que me mostraban la verdadera amistad en los ratos buenos y, mucho más, en los malos. El resto de la pandilla también me había llamado para preguntar cómo estaba, pero como mi Su, ninguna.

—¿Cómo estás, cariño mío?

—Bien, mamá, no te preocupes. Supongo que todavía estoy asimilando todo.

—Llegará pronto el momento en el que veas que has hecho muy bien dejando a Donovan y, sobre Adam...

—No, por favor. No quiero ni oír su nombre.

Parece mentira que mi novio es el que me había sido infiel, y que lo que más me dolía en ese momento era que Adam no me hubiese abierto su corazón.

—Está bien. El taxi llegará enseguida. Necesito que me prometas que si no te encuentras bien estando sola, o te sientes demasiado triste, me avisarás. Iré a por ti, cariño. No quiero que estés mal. Te propuse irte para que pudieses desconectar unos días, porque no puedes huir de los sentimientos, mi niña. Recuérdalo siempre.

—Lo sé, *gordita*. Cuando venga mis problemas seguirán estando ahí, pero sé que estos días me servirán para conseguir de nuevo la confianza en mí misma y pienso volver con más fuerza.

—¡Esa es mi chica!

El claxon de un coche nos interrumpió.

—Debe ser el taxi. —Miré la hora al escuchar a mi madre decirme que había llegado el taxi ya. Eran las doce del mediodía. Había pasado la mañana volando y no me había dado ni cuenta.

—Te quiero, mamá. Perdóname por todo.

—No tengo nada que perdonarte, mi niña. Eres joven todavía y te queda mucha vida por delante, así que coge ese avión y ve a buscar a mi Payton fuerte y decidida otra vez, ¿de acuerdo?

—Así lo haré, mamá.

Sé que ella amó mucho a mi padre y, desde que murió, no había vuelto a amar igual. Siempre me había dicho que el verdadero amor solo llegaba una vez en la vida y que, cuando lo hacía, lo sabías. Y a mí no me había llegado hasta que Adam entró aquel día en el bar con su voz y su guitarra, y crucé la mirada con él por primera vez.

—Te quiero, hija mía. —Nos despedimos con un fuerte abrazo y muchos besos. Y conteniendo mis lágrimas, salí de mi casa destino a «tierra de nadie».

El taxi me llevó al aeropuerto donde Su me esperaba con su novio y mi billete en una mano. Me abrazó, me achuchó y me besuqueó. Parecía su novia en lugar del morenazo que teníamos al lado. Y tras la interminable despedida, embarqué por la puerta 10, destino Gardiner. Si os soy sincera, no lo había escuchado en mi vida, y eso que vivía en Estados Unidos. Pero es que con tantos estados y condados, era imposible conocerlos todos por mucho que en el instituto se encargasen de hacérselos memorizar. La geografía de España era mucho más sencilla ¡Bendito Google! Si tuviese que confiar en mi memoria, lo hubiese llevado claro.

\*\*\*

Casi cinco horas después de que saliera de mi casa, me encontraba todavía sentada en el avión, que acababa de aterrizar en el aeropuerto de Gardiner. Seguía con el cinturón de seguridad puesto, y con la absurda sensación de que si me lo desabrochaba iba a ser todo real, y de que no había sido un sueño.

Al final, una de las auxiliares de vuelo se acercó a mí para preguntarme si me encontraba bien. Debía de parecer lerda perdida, ahí sentada con el cinturón puesto sin moverme, cuando todo el avión ya había desembarcado.

Le solté que tenía pánico a las alturas y que todavía me estaba recuperando del vuelo. Así que con una sonrisa amable, la joven azafata desabrochó mi cinturón y me tendió su mano para ayudarme a levantar del asiento.

Dudé en decirle que me dejara cinco minutitos más, como cuando el despertador nos suena por las mañanas y necesitamos agarrarnos a nuestra almohada ese ratito extra negándonos a abandonar nuestra cálida cama. Fui consciente de que podía llamar a seguridad y sacarme de allí esposada por miedo a ser una terrorista, así que acepté su ayuda y, con pasos lentos y dudosos, bajé del avión.

El aeropuerto era bastante pequeño. Parecía que estaba en una maqueta de los Playmobil porque hasta los aviones se veían enanos.

Busqué el papel donde Su me había apuntado la dirección de la cabaña de su padre y salí del edificio para buscar un taxi. Nada más salir me topé de morros con un frío del carajo. Abroché la chaqueta hasta arriba y me encogí de hombros como gesto instintivo para combatir el aire helado; gesto inútil por supuesto porque la sensación de frío no se me iba.

Busqué la parada de taxi, y la encontré completamente vacía. «Vaya, por Dios», pensé. Esperé unos diez minutos y, al final, opté por entrar de nuevo en el edificio y preguntar a unos de los chicos de seguridad, que ahora que lo pienso, me parece que solo había uno. ¿Qué mierda de sitio es este?

—Disculpe, ¿sabe si hay alguna otra parada de taxis?

—No, esta es la única, ¿por qué lo dice?

—¿Por qué no hay ninguno? —le pregunté con sarcasmo pero en vista de su cara de póquer, opté por hacerle una pregunta directa—. ¿No hay taxis en este aeropuerto?

—Es que solo hay dos taxis en este pueblo. El del viejo Gerald, que el hombre está recién operado de la vesícula; y el otro es el de Marlon. Así que espera un poco, que seguro que Marlon vendrá.

Estupendo. Divino de la muerte. ¿Dos puñeteros taxis en todo el pueblo? Yo ya estaba alucinando en colores.

Me senté en un banco, con mi maletón al lado, y me puse a esperar al tal Marlon rezando para que no se hubiese dormido por ahí en la cuneta o para que no le hubiese dado un ataque de reuma. Aproveché para encender mi móvil y avisar a mi madre y a Su de que había llegado.

Nada más encenderlo, la pantalla me indicó que tenía treinta llamadas perdidas y un montón de *wassaps* pendientes de leer.

Una llamada perdida era de mi madre y la otra de Su; todas las demás de Donovan. Y otro tanto pasaba con los *wassaps*. Tenía de mis amigas, dándome ánimos, y de Su; el resto de mi ex acosador. Suspiré hondo. No había nada de Adam.

Sé que soy una masoca pero, no ver ningún mensaje ni llamada de él, me decepcionó muchísimo. Supongo que me tocaba asimilarlo.

Contesté los *wassaps* de mis amigas, y de Su, diciéndoles que había llegado sana y salva al pueblo perdido de Dios. Y después, llamé a mi madre.

—Mamá, ya estoy en Gardiner.

—Me alegro, hija. ¿Ha ido bien el vuelo?

—Sí, y bastante puntual. Ahora estoy esperando un taxi para irme a la cabaña pero, según me han dicho, solo hay dos taxis en este puñetero pueblo.

—Paciencia, hija. Acabas de llegar, así que respira hondo aquel fabuloso aire y relájate.

—¿Fabuloso aire? ¡Aquí hace un frío de narices!

—Acuérdate. Relájate y respira hondo. Cuando llegues a la cabaña me avisas ¿vale?

—Vale, mamá. Hasta luego.

Mi madre no sabía ni de coña el frío *polar ártico* que hacía en ese lugar, porque si respiraba muy hondo acabaría criando pingüinos en mi nariz

Y señoras y señores, el premio gordo a la *santa paciencia* era para Payton. Allí estaba sentada en un banco, más helada que un Frigopie, y con una mala leche ardiendo en mi interior que, para mí, era lo que me mantenía lejos de llegar a la congelación pero sin perder la esperanza y siendo positiva. Aunque lo que sí perdí fue la noción del tiempo. Para mí que fueron unos tres cuartos de hora lo que estuve esperando hasta que el señor Marlon le dio por venir al *jodido* aeropuerto a ver si, por un casual, había llegado algún gilipollas que necesitase un taxi.

El vehículo se detuvo en la parada fantasma y de él salió un *tiarrón*, que por lo menos debía de medir dos metros, con una barba que ni el mismísimo Papa Noël y con un barrigón que me agaché disimuladamente para ver el asiento del vehículo porque no me imaginaba que pudiese ir sentado ahí dentro y conducir a la vez.

Se encendió un cigarrillo y me miró de reojo.

—Perdone, ¿le importaría llevarme al pueblo?

—Entre en el taxi, enseguida la llevo.

—¿Puede ayudarme con la maleta? —Me miró como si le estuviese hablando en chino y me

soltó un «Ahora lo haré, cuando me acabe el *piti*». ¡Madre mía, las ganas que me daban de darle un puñetazo y que se tragara el cigarrillo de golpe! El *piti*, ¿pero de dónde salía este cromañón? Si esa palabra ya no se utilizaba.

Suspiré, me cargué de paciencia y me metí en el taxi. Por lo menos, allí dentro se estaba caliente. Escuché trastear al gigantón en el maletero colocando mi maleta y después se sentó sin problemas y arrancó. Seguramente debía de haber encogido su barriga porque os digo que era imposible que, semejante mastodonte, cupiese allí. Mi duda de cómo iba a conducir en ese pequeño espacio no fue solventada sino que fue incrementada.

El viaje fue una auténtica pasada. Desde luego que no podía decir que aquel lugar fuese feo, porque no lo era. Unas increíbles montañas adornaban aquella preciosa estampa. Las cimas estaban cubiertas de un manto blanco y el sol del atardecer dibujaba una preciosa silueta anaranjada.

Se hizo demasiado breve el trayecto con semejante paisaje, cuando el vehículo se detuvo frente a una adorable valla de color marrón que rodeaba un pequeño terreno arbolado cuyo centro presidía una diminuta cabaña hecha de madera.

—Diez dólares.

Le pagué y salí del taxi. Ya me había sacado la maleta del coche, así que tiré de ella y me despedí del doble de Santa Claus, sin recibir respuesta de su parte. Recé para que la gente de ese pueblo no tuviese el carácter de «el adorable Marlon».

Abrí la valla y entré en lo que era el jardín. Ya eran las cinco de la tarde y la cálida luz de la tarde me ofreció una estampa preciosa.

Caminé hacia la cabaña, y un precioso porche con dos grandes sillas de madera me dio la bienvenida. Me acerqué a la puerta y metí la llave dentro y, al abrirla, una temperatura estupenda me recibió. El fuego estaba encendido y mantenía caliente toda la estancia. ¿Pero quién había encendido el fuego?

—Bienvenida.

—¡Joder! —Me giré hacia la puerta de la cocina donde un hombre de unos cuarenta años me dio el susto de mi vida. Bueno, creo que llegaba tarde, porque Adam se adelantó meses atrás el día que lo conocí y se me apareció con la moto.

—Perdone, lo lamento. Es que soy el encargado del mantenimiento de la casa cuando el señor Perce no está y, justo esta mañana, me avisó para que la pusiera a punto que vendría un familiar a pasar unos días.

—Tranquilo, es que no lo esperaba.

—Me llamo George. Bienvenida a Gardiner.

—Muchas gracias, yo soy Payton. —Le tendí la mano para aceptar su saludo. Por lo menos, me había encontrado con alguien amable.

—Le he provisto de todo un poco. Si necesita comprar algo, vengo una vez cada semana a limpiar el jardín y a proveer de madera para mantener encendida la chimenea, así que si lo desea puede prepararme una lista que puedo ir a comprar.

¡Vaya! Esto es lo más parecido a un mayordomo que tendría en la vida.

—¿No hay supermercado cerca?

—Desde aquí, no. Le pilla un poco retirado, pero puede dar un paseo y comprar alguna cosa. Si es más compra, yo lo haré, ¿de acuerdo?

—Perfecto.

- Bueno, ya me marcho. Espero que su estancia en nuestro pueblo sea de su agrado. Cualquiera cosa, le he dejado mi número de teléfono apuntado en la cocina. Que vaya muy bien, señorita Payton.
- Solo Payton, ¿vale?
- De acuerdo. Hasta pronto, Payton.
- Hasta pronto, George.

## CAPÍTULO 24

Cuando George cerró la puerta, me quedé allí de pie sin moverme durante unos minutos asimilando todo para llegar a la conclusión de que aquello estaba sucediendo de verdad y de que era real.

Dejé la maleta en mitad del comedor y me puse a recorrer la pequeña estancia para conocer el lugar que sería mi hogar durante los próximos días.

La cabaña no era nada grande ni ostentosa, todo lo contrario. Era pequeña, sencilla y muy acogedora, y por eso creo que me gustó, ya que me hizo sentir muy cómoda.

El comedor conectaba con una pequeña cocina americana, pero equipada y una mesa cuadrada de hierro no muy grande con cuatro sillas, que separaba aquella estancia. Delante del sofá había una chimenea, encendida y preparada por cortesía de George, haciendo más confortable aquel lugar. A la derecha, un mueble rústico, donde pude ver tazas y copas con unos visillos de ganchillo decorando los estantes. Dos ventanas permitían entrar la luz del atardecer en aquel cálido hogar consiguiendo darle ese toque anaranjado a toda la estancia. Avancé hacia el dormitorio y, cuando entré, me sorprendió mucho. Era lo más rústico que había podido ver en mi vida, os lo juro. Una cama estaba dulcemente vestida con una colcha azul a rayas y hecha de troncos. Y no me refiero a unos detalles de madera, no, eran troncos como bien conocemos la palabra, cortados y colocados en el cabecero y en la parte inferior de la cama. Totalmente alucinante.

Abrí la puerta que supongo que daría al baño y, por lo menos, no me encontré un váter hecho de troncos porque era lo que faltaba. Era muy sencillo y práctico, con unas flores secas y una cestita de mimbre llena de bolas aromáticas como detalles a destacar. Entre su sencillez encontré una preciosa talla de madera en la parte superior del espejo. Se trataba de una osa y su oseño, y me enamoró lo bien tallada que estaba y el realismo de la escena de ambos animales junto al río. Me encantó.

En cuanto vi la ducha pensé que era hora de ponerse cómoda e intentar relajarme un poco después de toda esta aventura de las últimas horas.

Cogí una toalla que encontré en el armario de la habitación y me dirigí al baño de nuevo. Me quité la ropa y me metí en la ducha. Abrí el grifo y esperé a que saliese el agua caliente. Una vez conseguido, me sumergí debajo y comencé a disfrutar de una ducha reconfortante y reparadora.

—¡Ahhhh! ¡Joder! ¡Joder! —El agua fría, no, completamente helada, vino a mí con mala leche —. ¡Me cago en todo lo que se menea! ¡Dios, qué frío! ¡Joder! —No sabía si ponerme a saltar o a llorar. Se me habían congelado hasta las ideas. ¡Madre mía! Lo que no me pasase a mí, es que no estaba inventado.

—¿Por qué sale el agua fría de golpe? ¡Joder! —Le hablaba al espejo como si me fuese a revelar la respuesta. Envuelta en una toalla y tiritando me fui corriendo hasta el comedor para ver si el calor del fuego me devolvía a la vida y de paso el tacto de mis extremidades que lo había perdido por completo con el agua glacial.

Busqué mi móvil, ignoré las ochocientas llamadas perdidas de Donovan y sus correspondientes mensajes y llamé a George.

—¿Sí?

—Perdona, George. Soy la chica que está alojada en la cabaña del Sr. Perce...

—Sí, Payton. Dime.

—Necesito preguntarte una cosa sobre la ducha. Al principio, me ha salido el agua caliente pero enseguida ha comenzado a salir el agua fría y no encuentro ninguna caldera ni calentador por la casa. ¿Qué puedo hacer para que me salga de nuevo caliente?

—Dentro de la ducha, a la derecha, verás que hay un pequeño interruptor. Dale ahí y verás como de nuevo vuelve a salir el agua caliente y podrás ducharte tranquilamente.

—¿Un interruptor?

Al otro lado del teléfono, escuché una risa. No me supo mal que el hombre se riese, porque no fue una risa de burla; pero yo no tenía ganas de cachondeo.

—Perdona que me ría, Payton. Es que es algo muy extraño fuera de este pueblo, y sé que os sorprende, pero te aseguro que la mayoría de las casas de aquí tienen este sistema de instalación para el agua.

—¡Ah, vale...! —«Si tú lo dices», pensé.

—Inténtalo a ver cómo va. Si tienes cualquier problema, me llamas.

—De acuerdo... Gracias, George.

—Hasta la semana que viene, Payton. Que descanses y disfrutes de tu estancia.

—Gracias. Hasta la semana que viene.

Ni que decir tiene que me fui corriendo, con el frío en mi cuerpo, hacia la ducha para ver el puñetero interruptor. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? ¿Quién busca un interruptor en la ducha? Nadie. Pues eso. Sencillamente, ni lo busqué ni lo vi.

Encendí el agua para comprobar que eso funcionase antes que quitarme la toalla. Cuando el agua empezó a correr, primero salió caliente, después el agua helada volvió y, sin pensarlo tal y como me dijo George, le di al botoncito. ¡Increíble! ¡*Habemus* agua caliente! Ja, ja. ¡Acojonante!

Me desprendí de la toalla y fui a por mi ducha relajante. No sé si fueron diez minutos o quince, los que estuve disfrutando de la caliente y terapéutica agua, pero yo estaba en la gloria y mi cuerpo lo agradeció.

Después de acabar más arrugada que un garbanzo, salí de la ducha. Fui hacia mi maleta y la llevé a mi habitación. La puse sobre la cama y la abrí. Cogí una camiseta y unos tejanos para estar cómoda y, al buscar mi ropa interior, me encontré con el regalo que me habían hecho mis amigas. Todavía estaba envuelto en su precioso papel de tonos dorados. Me senté sobre la cama y lo abrí.

Era un conjunto de ropa interior blanco de encaje junto con unos pantalones hasta el muslo a juego, realmente precioso. Era divino. Perfecto. Sin pensármelo más, me quité la toalla y me lo puse.

Me miré en el espejo y me vi preciosa, sexy, atractiva... Y allí vestida solo con ese conjunto de ropa interior, su recuerdo vino a mí. Volví a pensar en Adam, en sus labios, en sus manos, en sus dedos, en su manera de adentrarse en mi cuerpo... ¡No, joder! ¡Esto no funcionaba! A miles de kilómetros seguía estando aquí, conmigo.

Me quité la ropa interior con rabia, como si con eso fuese a alejarlo de mi pensamiento o de mi corazón. Me puse unas bragas y me vestí. Entre unas cosas y otras ya era la hora de cenar; mi estómago me lo recordó.

Fui hacia la cocina y comencé a abrir puertas y cajones para ver donde estaba todo. George se había encargado perfectamente de que no faltase de nada. Había comprado de todo, desde azúcar, especias, galletas, leche, latas... hasta el más mínimo detalle. Abrí la nevera y comprobé que también estaba prevista de toda clase de alimentos frescos: carne, verduras, fruta, huevos... Estaba completamente llena. Saqué una bandeja de pollo, lo aliñé y me puse a prepararlo en la sartén. Mientras se hacía, descorché una botella de vino blanco y me llené una copa.

Miré por la ventana y, a pesar de tener el corazón todavía latiendo frenéticamente por el recuerdo de Adam, sentí paz al contemplar aquel increíble paisaje. En aquel momento, hubiese dado cualquier cosa por arrancármelo del corazón, sacarlo completamente de mi vida. Deseaba con todas mis fuerzas olvidarme de él para siempre, pero sabía que era imposible.

Llevé todo a la mesa, rellené mi copa y cené en absoluto silencio. Después de recoger las cosas de la cena, me senté en el sofá frente a la chimenea. Eché otro tronco y observé como la madera comenzaba a prender, soltando diminutas ascuas que destacaban con fuerza sobre el fuego manso.

Cogí el móvil, ¡increíble! Tenía veinte llamadas perdidas y otros tantos *wassaps* de Donovan. No sé qué cojones se proponía con llamarme tantas veces, porque desde luego que no iba a contestarle y mucho menos devolverle las llamadas. Me parece que se lo había dejado bien clarito.

Antes de marcar el número de mi madre, llamé a mi amiga del alma. Sabía que en aquel momento de soledad, si escuchaba la voz de mi madre iba a suplicarle que viniese a por mí; y eso era algo que no podía hacer. Debía de ser fuerte y demostrarme a mi misma que ningún hombre iba a poder conmigo. Que nadie iba a conseguir que yo abandonase aquel lugar sin antes fortalecerme y volver a ser la Payton de siempre.

—¡Cariño mío! —La voz de mi amiga no impidió que las lágrimas consiguieran su propósito esa noche.

—Su...

—Mi niña, ¿estás bien?

—Supongo que me ha dado el bajón después de todo el día. Desde que llegué no me ha dado tiempo a asimilar todo lo ocurrido.

—Es bueno que te desahogues, nena, no te lo guardes. Quiero que lo sueltes todo allí, para que cuando regreses vengas con el único equipaje de tu maleta, ¿está claro?

—Transparente —sonreí.

—¿Te gusta el sitio?

—Te confieso que cuando he llegado, me he cagado en este pueblo perdido de Heidi, pero el camino a la cabaña y después de contemplar el paisaje ha hecho que cambiara de idea. Es precioso, Su. El pueblo es pequeño pero me parece una monada, y eso que no he visto casi nada todavía pero

estas vistas son increíbles... ¡Puf, me encanta, de verdad! Y eso que nosotros allí en Mill Valley estamos acostumbrados a buenos paisajes, pero supongo que este pueblo al ser más pequeño, tiene otro encanto.

—Supongo que es eso. ¿Y qué tal la cabaña?

—Es bonita y muy comfortable. Muchas gracias por todo mi niña y dale miles de gracias a tu padre.

—Me alegro que te guste, cielo. Intenta salir a pasear, que te dé el aire, no vayas a encerrarte ahora en plan ermitaño, ¿eh?

—Descuida, que tenía pensado salir por la mañana a recorrer el pueblo para ver que hay.

—Bueno, no te esperes gran cosa, ya verás que no es muy grande y no hay muchas cosas, pero la gente de allí es muy amable, te tratarán muy bien.

—Pues como sea como el taxista, lo llevo claro.

—¿El viejo Gerald?

—No, hija. El otro. Un tal Marlon.

—¡Ah, puaj! Ni caso. Ese es el amargado del pueblo.

—¡Joder! Para uno que hay y me toca a mí nada más llegar. Aunque claro, según la estadística de que tan solo hay dos taxistas y, si uno estaba recién operado, me hubiese tocado sí o sí. —La carcajada de mi amiga se escuchó hasta en la montaña más alta de Yellowstone—. Te lo pasas muy bien, ¿eh, *capulla*?

—Es que te lo juro que te imagino dentro del taxi con el grandullón pensando a dónde coño te iba a llevar.

—Pues mira, no tuve dudas respecto a eso. Lo que si me mosqueó fue cómo metió ese cuerpo y esa barriga en el asiento para poder conducir.

Las dos nos reímos durante varios minutos diciendo cada una la tontería más grande que se nos ocurría. Al final, me puse seria y le pregunté.

—¿Cómo va todo por ahí? ¿Se sabe algo de esos?

—Imagínate... todo el pueblo sabe ya lo que ha pasado.

—¿Todo?

—Me refiero a que se ha anulado la boda y a que te has ido. Supongo que a Donovan no le conviene remover mucho la mierda, porque sería el primero que acabaría con su reputación dañada. Así que le interesa mantener la boca cerrada.

—Sí, la verdad que sí. No para de llamarme y de mandarme mensajes.

—Tú ni caso, ¿eh? Se ha comportado como un verdadero *capullo* y no se merece que le hables. Todo este tiempo ocultándote lo de esa...

—Por supuesto que no pienso hablar con él, ya se lo deje bien claro. Aunque reconozco que yo tampoco he sido una santa, Su. Le engañé con Adam, la verdad es que lo he hecho todo mal.

—Eh, eh... tienes razón. Tú también le fuiste infiel, y no digo que no se lo mereciera por *pelagatos*, pero ya está, ¿ok? Olvídate de todo eso ahora y dedícate a subir el ánimo, no a fustigarte por lo que has hecho o dejado de hacer. Sal a dar una vuelta ahora y despeja tu mente.

—¿Ahora? ¿Tú estás chalada o qué? ¡Con la rasca que hace!

—¡Anda, anda! Abrígate y sal a dar una vuelta, hazme caso. Por la noche, ese *pueblucho* es muy bonito. Me darás la razón.

—De acuerdo, te voy a hacer caso. Voy a salir a convertirme en un cubito de hielo y luego te doy las gracias cuando tengan que amputarme los dedos por congelación.

Me llamó exagerada, quejica y varias cosas más, y me despedí de ella; y con las mismas me fui

hacia la habitación, me equipé como si fuese a ir a Alaska a una de esas competiciones de trineo y salí valiente a la calle.

## CAPÍTULO 25

Por la noche, Elena estaba en el comedor cuando Donovan entró en casa como un huracán. Se sobresaltó al verlo entrar sin ni siquiera haber llamado antes.

—Imagino que estarás al corriente de lo que ha pasado, pero te juro Elena que voy a dar con lo que ha fallado en mi relación con tu hija.

—Deberías haber llamado al timbre, lo primero; y lo segundo, ¿quizá qué te has acostado con otra?

—Necesito hablar con ella. ¡Payton! ¡Payton! —comenzó a gritar Donovan.

—¡Madre mía, Donovan! ¿Quieres parar de gritar?

—Necesito verla, ¿dónde está?

—Ella no quiere saber nada de ti.

—Escucha, Elena. Sé que lo he hecho mal y asumo mi culpa. Pero no podemos tirar por la borda

tres años de relación. Yo la quiero y ella me quiere. Estoy seguro de que lo podremos solucionar y dejar los problemas a un lado.

—Me parece que todavía no te has enterado que mi hija no quiere estar contigo, Donovan.

—¡Por supuesto que quiere estar conmigo! El muerto de hambre de Adam es quien le ha hecho dudar con sus mentiras. Además lo de anular la boda han sido los nervios.

—Sí, lo que tú digas, pero los nervios no han sido. A mi hija le has engañado con tu ex o novia, o lo que narices sea. ¿O no ves este pequeño detalle suficiente para mandarte bien lejos?

—Con todos mis respetos, eso no es asunto tuyo.

—Con todos mis respetos, ¡te vas a la mierda!

El timbre interrumpió aquel momento tenso para... tensarlo un poco más.

La madre de Payton abrió la puerta y, para su sorpresa y la de Donovan, Adam estaba ahí.

—¡Esto es increíble! —dijo Elena al ver al otro culpable de que su hija hubiese tenido que distanciarse del pueblo durante unos días.

—¿Qué cojones haces aquí?! —gritó Donovan al verlo.

—He venido a ver a Payton.

—¿A ver a Payton?! ¡Pedazo de cabrón! ¡Por tu culpa no se ha casado conmigo!

—¿Cómo? —La cara de Adam reflejó auténtica sorpresa. Él no sabía nada de lo ocurrido esa misma mañana.

—Ellos no se han casado, mi hija pasa de vosotros dos, y tenéis que dejarla en paz de una vez por todas. Así que salís por esta puerta o llamo a la policía ahora mismo.

—¿Dónde está Payton? ¿Está bien?

—¡A ti qué te importa, desgraciado! ¡Esté donde esté, ya no quiere saber nada de ti! —gritó Donovan.

—Ni de ti, te recuerdo —añadió Elena.

—Escuche, por favor... Solo quiero saber si está bien y dónde está. Necesito hablar con ella —le pidió Adam.

—Te digo lo mismo que acabo de decirle a él, mi hija no quiere saber nada de ninguno de vosotros, así que será mejor que os vayáis. Haced vuestra vida y dejadla en paz, por favor.

Adam se quedó mirándola fijamente; no estaba dispuesto a rendirse fácilmente, averiguaría dónde estaba Payton, y hablaría con ella.

Ahora que sabía que no se había casado con el gilipollas de turno, iba a hacer todo lo que estuviese en su mano para tenerla a su lado; solo pedía tener el valor para poder hacerlo.

—¡No pienso seguir mi vida sin ella! —se dirigió Donovan a Elena, agarrándole el brazo con fuerza. Gesto que no le gustó nada a Adam—. Así que dime dónde está ¡ahora mismo!

—¡Suéltala!

Elena intentó zafarse del agarre del hasta ahora novio de su hija, pero este la sujetaba con mucha fuerza y era imposible. Adam no lo pensó dos veces.

Se acercó en dos zancadas y le asestó un puñetazo en toda la mandíbula, que no solo hizo que soltase el brazo de Elena sino que lo lanzó contra el otro lado del comedor.

—¡Maldito hijo de puta! —soltó Donovan, mientras escupía la sangre que le salía de la boca—. ¡Acabas de cometer un gran error! ¡Te has saltado la orden de alejamiento y te costará una temporada entre barrotes!

—No se te ocurra volver a ponerle la mano encima o juro que la próxima vez no seré tan condescendiente contigo. —Adam ignoró la amenaza.

Donovan se levantó del suelo y, ante la vergüenza de la situación, salió por la puerta de la casa huyendo como una rata.

—Gracias. —Se escuchó la voz de Elena casi en un susurro. Tenía que reconocer que el comportamiento de Donovan la había asustado, y mucho. Nunca lo había visto de esa forma, completamente fuera de sus casillas.

—De nada. —Adam avanzó hacia la puerta pero antes de abrirla, se detuvo y se giró hacia ella —. Sé que está protegiendo a su hija de dos hombres que le han hecho daño, pero le juro que no ha sido mi intención en ningún momento.

—¿Qué quieres de mi hija, Adam?

—No lo sé. De verdad que no lo sé... Es difícil de entender, puesto que para mí mismo lo es. Solo sé que la necesito y que deseo con todas mis fuerzas hacerla feliz, pero no puedo decirle que la amo con locura porque no sé lo que es el amor.

Elena lo miró durante unos segundos, y descubrió en aquellos ojos aquello que hizo que su hija se enamorase de él. Quizá aquel muchacho no creía en el amor porque nunca lo había sentido pero, sin duda, amaba a su hija.

—Sé que mi hija me va a matar pero también sé que, si no lo hago, me arrepentiré. —Elena se dirigió a la cocina, apuntó una dirección en un papel, se acercó hasta Adam y se lo dio.

Éste miró el papel y la miró de nuevo a ella sin entender muy bien.

—Aquí está. Se ha ido unos días allí para apartarse de todo y de todos.

Adam bajó la vista lamentando escuchar aquellas palabras y sabiendo que él tenía gran parte de culpa de que ella se hubiese marchado.

—Será mejor que desaparezcas ya, Donovan irá a la policía ahora mismo y no tardarán en venir a por ti.

—Gracias. Muchas gracias.

—Dices que no conoces el amor ni crees en él, pero yo te digo que esa forma de mirar a mi hija, y de hablar de ella, es amor verdadero. Por experiencia propia, también te digo que solo te llega una vez en la vida, así que no lo dejes escapar porque te arrepentirás. No dejes que el miedo te haga perderla, hijo.

\*\*\*

La iluminación en ese pueblo era más bien escasa o lo que se dice casi nula; tenía que haberme llevado una linterna a mi gran paseo nocturno. A pesar de que parecía que iba caminando por una carretera de cualquier película de miedo, no me detuve ni volví a la cabaña. Su me había dicho que saliese a dar una vuelta, y así hice. Continué caminando hacia delante por la calle donde estaba ubicada la cabaña, hasta que salí a una avenida bastante amplia, que debía de ser una de las principales, y gracias a Dios y a las farolas, mejor iluminada.

En un muro leí en un cartel el nombre de esa avenida, que no era avenida sino carretera, y se llamaba como el pueblo pero con la letra jota. Algo que no entendí muy bien, pues era raro que el pueblo se llamase Gardiner con g y esa carretera tuviese el mismo nombre pero con una j. En fin, serían cosas de la vida y del aburrimiento, porque manda narices que me pusiese a analizar semejante tontería.

Continué caminando un par de manzanas más, hasta llegar a una bifurcación, donde se separaban otras dos calles principales. En ellas, ya se veía más ambiente, gente caminando, coches y sobre todo iluminación. Los pequeños negocios, que pude ver, estaban cerrados ya. Miré el reloj y vi que eran las once de la noche, así que era lo normal a esas horas.

Mi móvil vibró, lo cogí y vi que era Donovan. Me estaba llamando, otra vez. Ignoré la llamada y me lo metí en el bolsillo.

Cuando levanté la vista, un cartel grande iluminado en la parte superior de un edificio me llamó la atención. En él, ponía Yellowstone Grill. Me acerqué a sus ventanales y vi que estaba bastante lleno. Pensé que la mitad del pueblo estaría allí metida y, por la pinta que tenía la carta gastronómica de aquel lugar, no me cabía duda de que ahí se tenía que comer muy bien. Al girarme hacia el porche me faltó poco para morirme del susto, ya que me encontré la figura de un oso pardo, tumbado sobre la barandilla negra, e hizo que el corazón se me disparase del pecho. Di un salto hacia atrás, y creo recordar que grité y todo, suerte que con el frío que hacía no había nadie sentado fuera que pudiese haberme visto.

—Tranquila, a los que venís de fuera siempre les impresiona.

«¡Mierda!», pensé. Me habían visto. Me giré hacia la voz femenina que me había hablado y me encontré a una chica, de más o menos mi edad, rubia, con unos ojos marrones y una sonrisa llena de simpatía. Llevaba un abrigo gordo y en una mano sostenía un cigarrillo.

—Más que impresionarme me ha dado un susto de muerte, es demasiado real. —Le sonreí.

—Sí, la verdad es que es bastante real y más si lo ves de noche. Verás como por el día no asusta tanto. —Tiró el cigarrillo al suelo y lo chafó con el pie. Se acercó y extendió su mano hacia mí.

—Me llamo Mónica.

—Payton.

—Encantada, guapa. ¿Qué te trae por este pueblo?

—Si te soy sincera, necesitaba un cambio de aires en mi vida y con urgencia.

—¿Hombres?

—Has dado en el clavo.

—Bienvenida, Payton. Seguro que consigues ese cambio de aires en nuestro pueblo. Cuando te apetezca comerte un buen bistec o hablar un rato, este es el sitio perfecto. Pásate cuando quieras, nuestro pequeño oso te estará esperando.

—Muchas gracias, Mónica. —Me sonrió y se metió dentro del restaurante.

A excepción del taxista grandullón, tanto George como Mónica habían sido un encanto de personas. Quizá no deba quedarme con la primera impresión que tuve de este pueblo, ¿no creéis?

El móvil vibró otra vez en mi bolsillo. «¡Maldito seas, Donovan!», pensé antes de mirarlo. Pero me equivoqué, no era Donovan sino Adam.

Mi cuerpo comenzó a temblar. Mi corazón se aceleró y, pese al frío y a las temperaturas bajas, un calor abrasador nació en mi interior quemando todo mi cuerpo.

No contesté, pero estuve mirando parpadear la pantalla durante los segundos que duró la llamada. Después desapareció el número y, en su lugar, salió el icono de llamada perdida.

Quizá tenía que haber contestado, pero no pude. No me veía con fuerzas de escuchar su voz.

Retomé el camino por donde había venido, para regresar de nuevo a la cabaña. Llevaba varios minutos andando en absoluto silencio, cuando volvió a sonar el móvil. Lo saqué del bolsillo con

rapidez, para encontrarme en la pantalla la foto de mi madre. Suspiré y contesté:

—Mamá, iba a llamarte ahora cuando llegase a la cabaña. He salido a dar un paseo.

—Hija... —Su voz me alertó.

—¿Qué ha pasado?

—Pensé que deberías saberlo. Donovan y Adam han estado en casa.

—¿Cuándo?

—Hace una hora. Donovan... Estaba muy alterado.

—¿Alterado? Mamá, ¿ha pasado algo? ¿Por qué no me has llamado antes para decírmelo?

—No quería que te preocupases. A Donovan se le ha ido un poco de las manos y Adam...

—¡Joder, mamá! ¡¿Quieres decirme que ha pasado de una vez?!

—Donovan estaba muy nervioso, quería hablar contigo y me pidió que le dijese dónde estabas.

Después llamó a la puerta Adam y cuando se han visto, pues... ha habido más tensión, y Donovan me ha agarrado fuerte del brazo.

—¿Qué te ha hecho qué? ¡Será *mamón!* ¿De verdad estás bien, mamá? ¿Te ha hecho daño?

—Sí, cariño, estoy bien. No me ha hecho daño, tú tranquila. Adam le ha golpeado y le ha amenazado que no se le ocurriese volver a tocarme.

—¿Cómo voy a estar tranquila? ¡Llama a la policía ahora mismo y denúncialo! ¡Será hijo de puta!

—Payton, ¡vale ya! ¡Tranquilízate, hija! De verdad que estoy bien. Mira, Francis viene de camino. Esos dos jóvenes ya se han ido, y a Donovan le ha venido demasiado grande toda esta situación. Adam me ha defendido, hija.

Me sentí mal por lo que había tenido que pasar mi madre con aquellos dos, pero por otro lado me gustó mucho escuchar que Adam había estado allí para defender a mi madre.

—Y tengo que decirte que...

—¿Qué mamá? —Elena dudó en contarle toda la verdad o no.

—Que ese chico te quiere, cariño.

—Imposible, él no quiere a nadie.

—No, hija, créeme, sé lo que te digo.

—Y yo sé lo que he sentido con él, mamá. Y Adam no puede querer a nadie. Es algo que no podrá conseguir nunca, a menos que cambie su forma de vivir la vida.

—¿Estás bien, cariño?

—Quiero volver contigo, mamá. No quiero que estés allí viviendo todo eso por culpa mía.

—No pasa nada, hija. Yo puedo con dos críos. Además, Francis se quedará conmigo estos días en casa, y así aprovecharemos para descubrir hasta dónde estamos dispuestos a llegar.

—Si lo quieres y te hace feliz, creo que no hace falta preguntarse nada sobre el futuro. Entonces disfruta estos días, mami.

—Te quiero, hija.

—Y yo a ti, *gordita*.

\*\*\*

Esa noche me desperté varias veces. No hacía más que soñar con él; hasta en la distancia seguía estando conmigo. De esta manera era imposible descansar, así que me levanté de la cama y fui hacia la cocina. Eran casi las cuatro de la mañana y estaba sin dormir apenas.

Después de prepararme un té, me fui al sofá y me eché una manta por encima para mantener el

calor, aunque gracias a la chimenea la casa se mantenía bastante confortable y cálida.

Cogí el móvil con la pequeña esperanza de ver, entre los *wassaps* y llamadas perdidas, algo de Adam pero no fue así. Tenía varios mensajes de mis amigas, de Su y uno de mi madre dándome las buenas noches.

Mis amigas me preguntaban como estaba, y ni yo misma sabía la respuesta, la verdad. Había recorrido kilómetros para distanciarme, para alejarme de él y, allí en la soledad de aquel pequeño lugar frente al hogar, le seguía sintiendo más cerca que nunca.

Tenía mi mirada perdida en aquel reluciente fuego y mi mente y corazón estaban con Adam cuando un ruido, al otro lado de la puerta, me asustó.

## CAPÍTULO 26

En un principio, pensé que sería George pero ¿qué iba a hacer ese hombre en la cabaña a estas horas? Bueno... quizá se había olvidado algo ¿no? ¿Por qué no picaba entonces en lugar de abrir sin más? Él sabía que estaba allí, así que por educación debía picar primero o como mínimo llamar. ¡Coño, qué eran las cuatro de la mañana!

Me levanté sin hacer ruido del sofá y fui directa al cajón de la cocina a coger un cuchillo. Con él en la mano, y el corazón a punto de salirse de mi pecho, miré la puerta con desconfianza. Volví a escuchar otro ruido, era como si alguien estuviese intentando girar el pomo. Miré la cerradura para confirmar que estuviese bien cerrada y recordé que cuando había entrado giré la llave para cerrar, y así era. La pequeña llave colgaba del manillar.

¡Joder! ¿Cuál era el teléfono de la policía en ese pueblo? ¿Habría acaso policía?

Dos golpes fuertes se escucharon contra la puerta. Estaba a punto de ponerme a gritar como una loca cuando escuché mi nombre al otro lado.

No... no puede ser.

Mi mano estaba girando la llave, y la puerta de madera maciza se abrió de par en par, y cuando fui consciente de ello ya era demasiado tarde porque mi cerebro no reaccionó en el momento adecuado.

No os creeréis si os digo que su imagen, la que tuve delante de mis *santas narices*, fue como una auténtica y *jodida* divinidad que acababa de bajar del Olimpo.

No había fumado nada raro, no. Es que era lo que de verdad tenía delante de mí en ese momento.

Un *tiarrón* moreno, pelo largo, tejanos negros, chupa de piel negra, botas negras... El hombre de negro, sí, pero con unos ojazos azules que iluminaron toda la cabaña. ¡Qué coño la cabaña! Iluminaron mi puñetera vida y dieron alas a mi corazón que ahora palpitaba por y solo para él.

—A...Adam...

—Por fin, te he encontrado. Esto está en el culo del mundo. ¡Joder! ¡Podías haberte quedado en Mill Valley y no venirme hasta tan lejos!

—Pero... ¿qué narices haces aquí?

—¿Tú qué crees?

El corazón me iba a cien y mis piernas temblaban amenazando con caer de rodillas al suelo de un momento a otro. Pero un momento de lucidez atravesó mi cabecita.

—¿Cómo coño tienes la dirección? ¿Ha sido Su? ¡La maaato!

—No ha sido Su, no. Tenemos que hablar, Payton.

—Yo creo que no.

—Puedo pasar al menos, por favor... Aquí fuera hace mucho frío.

—Pasa.

Con ese hombre dentro de la cabaña, por un segundo pensé cómo sería la vida con él en aquel precioso lugar y la veía perfecta. Pero lógicamente tenía que ser realista, ya que todavía no había escuchado que quería y para qué había venido.

Aunque sed sinceros, ¿iba a recorrer miles de kilómetros para invitarme a un café? Creo que no. Aunque si quería decirme algo o hablar, como él decía, ¿por qué no lo hizo en Mill Valley? ¿Por qué ahora?

—He pensado mucho si venir o no, y te juro que he estado a un paso de darme la vuelta antes de golpear esa puerta, y salir de una vez por todas de tu vida. De hecho, todavía estoy a tiempo, si tú me lo pides.

«¡No, por favor!» pensé.

—Sé que si lo hago me arrepentiré durante toda mi vida. Payton, ya me has echado suficientes veces de tu lado, y se acabó. No pienso irme ni pienso huir nunca más.

¡Oh, joder! Mi corazón iba a salirse de mi pecho de un momento a otro, pero ese momento de arcoíris se desvaneció cuando pensé la clase de cerdo insensible que era.

—He sido un completo idiota, Payton. He sido egoísta. Me he comportado como un cerdo insensible.

¿Lo había dicho en voz alta o lo había pensado? Empezaba a mosquearme su capacidad de repetir mis pensamientos, ¿o es que era demasiado transparente?

Lo miré a los ojos. Él me miró.

—¿No vas a decirme nada? —me preguntó.

—¿Por qué, Adam?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué ahora? —le pregunté. Ambos nos quedamos en silencio. Iba a hablar, pero se me adelantó.

—Cuando te conocí aquella noche en el bar, y me miraste por primera vez, supe que contigo iba a ser diferente. Mi primer pensamiento fue sexual, no te voy a mentir pero, según pasaba la noche, pude mirarte mejor y hablar contigo. Entonces sentí que era mucho más. —Me mostró una perfecta e increíble sonrisa de medio lado. Ahí me mató por completo—. Cuando descubrí el gran carácter que tenías y la gran persona que eras, me empezaste a cautivar por completo. Te deseaba mucho, Payton, y cuando me encontraba cerca de ti y te olía, era imposible controlarme. Hacías que dudara hasta de mí mismo y perdía todo mi autocontrol. No era capaz de pensar con claridad cuando te tenía cerca.

Necesitaba sentarme. Todo aquello era demasiado.

—Y la primera vez que entré en tu cuerpo... Esa fue la vez que descubrí que ya no habría vuelta

atrás. Te quería solo para mí, pero descubrí que eras la novia de Donovan, y se fue todo a la mierda. ¡Me negué a sentir nada más por ti!

—Vaya... sabes cómo dejar huella en una mujer —le solté con sarcasmo—. Siento mucho que reacciones así con la gente por una relación fallida en tu pasado, pero desde luego que no puedo ayudarte. Tú eres el único que sabes lo que de verdad sientes o quieres. Eres tú quien tiene que decidirse.

—No es fácil.

—Sí lo es.

—Tengo miedo, nena. Cada día, siento mucho miedo al enfrentarme con todo lo que me haces sentir y a todo lo que he descubierto de mí mismo cuando estoy a tu lado. Yo no creo en el amor; no sé amar, Payton. No sé qué puedo ofrecerte ni siquiera sé si podré ofrecerte algo más de mí. Solo puedo decirte que no quiero perderte, pero no estoy preparado para decirte lo que quieres escuchar, todavía no.

Me daba miedo hablar y que él dejase de hacerlo. Necesitaba poder escuchar por fin todas aquellas palabras de su viva voz pero no era, como bien decía, lo que quería escuchar.

—Tengo miedo de perderte, Payton. Tanto o más que tenerte a mi lado.

—Me gustaría abrazarte y besarte para alejar esos miedos, Adam. Poder así alejar tus dudas, tus fantasmas... pero siento que no soy lo suficiente fuerte para todo esto contra lo que luchas —le dije.

Tenía un nudo enorme en mi estómago. Deseaba llorar con todas mis fuerzas, ya que lo peor de todo era que lo amaba con locura pero él no lo hacía, y yo no podía estar con alguien así. Había demasiado dolor y desconfianza aún dentro de él, y yo me veía incapaz de curarlo.

—Dime que no es tarde.

Aquello me encendió. No sabía qué pretendía ahora y qué era lo que esperaba de mí.

—Sí, que es tarde, sí. ¿Y sabes lo peor de todo? Que no he dejado de quererte ni un día de mi vida desde que te conocí. Sí, soy una auténtica estúpida, pero tú me has demostrado que eres un cobarde. ¡Maldito seas, Adam! ¡Y maldito sea el día que te cruzaste en mi vida!

Bajó la vista y la mantuvo fija en el suelo hasta que volvió a la carga.

—¡Y tú me has arrebatado mi integridad, y yo no he podido hacer nada para evitarlo!

«¿Eso era algo bueno o malo? No lo entendía muy bien».

—¿Sabes acaso cómo me siento? ¿Sabes lo que me cuesta estar aquí frente a ti intentando explicarte lo que ni siquiera sé?

— Para mí todo esto no es suficiente, Adam. Lo siento. Deberías irte y seguir con tu vida.

—No, Payton. Me niego. No pienso atravesar esa puerta y perderte de nuevo. No pienso hacerlo.

—No podemos hacer nada. Tú no sabes amar, y yo necesito que me amen. ¿Es que no lo entiendes? ¡No quiero sufrir, Adam! ¡No quiero vivir con ese miedo siempre! Temer levantarme cada mañana y pensar si ese día estarás cercano o distante. ¡No merezco eso y no estoy dispuesta a sacrificar mi propia felicidad nunca más!

Me quedé mirándolo con la respiración agitada esperando alguna reacción suya. Pero verlo allí de pie, delante de mí, y haber escuchado todo lo que me acababa de decir, pudo conmigo.

Me di la vuelta para ocultar mis lágrimas. No podía mirarlo. No podía.

Pero eso no detuvo a Adam. Me abrazó por detrás y comenzó a besarme el cuello. Apartó mi pelo hacia un lado y mordisqueó mi oreja, mi cuello, mi hombro... Sus manos intranquilas recorrían mis costillas lentamente hasta llegar a la cintura donde apretó sus dedos, y me acercó hacia su duro cuerpo.

—Que no crea en el amor, no significa que no pueda sentir.

—¿Y qué sientes? —le pregunté.

—Solo puedo decirte que ojalá amanecieras en mi cama como lo haces en mi mente cada maldito día de mi vida.

—No quiero volver a sufrir, no puedo.

—Y no quiero que sufras, Payton. Dame una oportunidad, nena.

—¿Estás seguro, Adam?

—Lo estoy, pequeña.

—Sabes que necesitaré más.

—Y te prometo que intentaré darte más, pero dame tiempo. Por favor...

—¿Me estás suplicando?

—No, nena, la que suplicarás serás tú, te lo aseguro.

Una de sus manos se sumergió por debajo de mi camiseta y fue ascendiendo hasta llegar a mi pecho. Apoyé la cabeza en su hombro y solté un gemido. Lo masajeeó, lo acarició; agarró un pezón en el momento en que mordisqueó con más fuerza la carne de mi cuello. Una punzada de placer creció entre mis piernas y un pequeño gruñido salió de mi garganta.

—¿Ves? Tu cuerpo me reconoce... No puede luchar contra mí. Me necesitas, Payton, y yo a ti. Déjame demostrártelo como únicamente sé hacerlo, como solo puedo hacerlo ahora. Déjame hacerlo, pequeña.

Suspiré rindiéndome a sus palabras, rindiéndome a él.

Me dio la vuelta hacia él y asaltó mi boca con desesperación, yo le respondí con la misma intensidad que la suya. Fuimos moviéndonos por la estancia sin saber bien dónde íbamos a parar, hasta que noté el sofá tras de mí. Colocó una mano en mi espalda y me acompañó hasta quedar tumbada sobre los mullidos cojines. Su cuerpo no me dio tregua cuando se colocó sobre el mío aplastándome por completo.

Sus manos me acariciaban la cara, el cuello, los brazos, los pechos... Descendían hacia mi cintura hasta llegar al borde de mi camiseta, y levantándola comenzó a desvestirme. Nos separamos lo justo para poder desprendernos de nuestra ropa pero, en uno de los movimientos, Adam cayó al suelo y yo sobre él. Insignificante obstáculo para detener la pasión.

Nuestros cuerpos desnudos se unieron sobre la cálida alfombra frente a la chimenea, enredándose y tocándose como si no hubiese un mañana.

—Adam, necesito que me folles duro. No te detengas... por favor.

—Nunca me detendré, Payton. Cuando entro dentro de ti, detenerme no es una opción.

Aquellas palabras encendieron, dentro de mí, algo más que deseo. Fue puro fuego lo que recorrió mi cuerpo con la expectativa de tenerle de nuevo en mi interior.

Me dio la vuelta colocándome boca abajo y, sin ningún preámbulo, me penetró con fuerza, sin

sutilezas, y a partir de ahí un auténtico frenesí de placer me envolvió.

Mis pechos aplastados contra la alfombra, la fuerza de su cuerpo embistiéndome y sus manos apretando mi cuerpo; la gloriosa cárcel de la que jamás querría escapar.

Colocó una de sus manos sobre mi cuello y aplicó una ligera presión, justa y necesaria, para acabar de volverme loca. Apenas podía salir sonido alguno de mi garganta, no sabía si gritar, llorar, ponerme a reír o entrar en combustión directamente sobre la alfombra.

—¿Te gusta así, *zorrita*? ¿Quieres más? —Escuchaba su voz profunda y después sentí como su lengua recorría mi oído.

—Oh... sí, más fuerte, por favor...

—No sabes lo que has hecho, *zorrita*.

Y eso hizo. Mi súplica sacó su lado oscuro; ese lado al que me llevaba con él a través del eterno placer. El vaivén de sus caderas y sus fuertes acometidas nos iban desplazando por el suelo, a este paso íbamos a acabar en la cocina. Me moría, os juro que me estaba matando con semejante *polvazo*.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! —Por fin, pude recuperar mi voz y gritar.

—¿Vas a correrte, zorra?

—Siiii —grité, pero de nuevo la presión de su mano en mi cuello impidió que continuase. Aquella ligera falta de oxígeno, sumado al orgasmo que estaba sintiendo en ese momento, me lanzó de cabeza a un auténtico huracán de éxtasis inagotable.

Tras dos embestidas más, su gruñido en mi oído y la tensión de su cuerpo, me dijeron que se había vaciado por completo en mi interior. Cayó sobre mí, aplastándome un poquito más, pero fueron solo segundos porque enseguida se incorporó un poco y se apoyó en sus rodillas para liberarme de su peso. Comenzó a masajearme los hombros, algo que agradecí enormemente, porque liberó la tensión que había tenido acumulada en mi cuerpo hasta ahora.

—¿Estás bien?

—Mmmm... —Apenas un murmullo salió de mi boca.

Me giró de nuevo, colocándome boca arriba y se colocó entre mis piernas. Se tumbó sobre mí y me besó. Primero fue suave, luego su beso se volvió hambriento, comenzó a mover las caderas y mi entrepierna reaccionó a sus movimientos.

Ni sé cómo fue eso posible ni quise preguntármelo, solo me dejé llevar. Su miembro volvía a estar duro como una piedra y lentamente lo introdujo en mi saciado, pero desesperado, sexo.

—Me parece que un polvo no ha sido suficiente, ¿eh? —soltó, y yo solo pude sonreír.

Los lentos embates y respiraciones, dieron paso a fuertes acometidas, gruñidos y gemidos. Su lengua entraba y salía de mi boca, excitándome cada vez más. Su cuerpo se movía sobre el mío con agresividad. Sus manos fuertes se unieron a las mías colocando mis brazos por encima de mi cabeza, y entrelazó sus dedos con los míos apretando su agarre.

Ambos llegamos al orgasmo a la vez, saciados física y emocionalmente. Era increíble tenerlo de nuevo conmigo. Recé para que todo saliera bien y para que no me apartase de su lado como siempre hacía.

\*\*\*

Nunca me hubiese imaginado que podría tener tantos orgasmos. Adam era insaciable, y creedme

cuando os digo que yo a su lado me transformaba en una ninfómana. Era tocarme, y mi cuerpo reaccionaba como una animal en celo. Desde que lo conocí, me asusté de todas aquellas sensaciones que me hacía vivir y sentir a su lado.

Ni en mis sueños, ni siquiera las veces que había estado con Adam, había pensado que esta situación pudiese ser real.

Adam salió de mi interior dejando solo la punta de su duro miembro dentro de mi hinchado y resbaladizo sexo.

—Oh... Adam... por favor...

Atada de manos a la cama e inmovilizada con todo su cuerpo sobre mí, Adam clavó su seductora mirada en mis ojos y me mostró aquella sonrisa de medio lado que hacía que me deshiciera en babas.

—¿Me estás suplicando, *zorrita*?

Pues sí le estaba suplicando, desesperadamente, y no me importaba en absoluto. Me encantaba hacerlo, y a él le gustaba que lo hiciese. Cuando Adam escuchaba mi voz ronca y desesperada, me hacía llegar al límite y hasta olvidarme de mi propio nombre.

Puso mis manos sobre las mías, asiéndolas con fuerza como si con la cinta que me sujetaba no fuese suficiente, y comenzó a embestirme profunda y lentamente, pero con fuerza.

Mi cuerpo entero comenzó a sacudirse de placer; sentía como mi espalda se hundía en el colchón, y como todos mis músculos se iban contrayendo en espera del orgasmo que iba creciendo en mi interior.

Su boca invadió la mía, y mi lengua salió a su encuentro como si fuese el único órgano que tuviese la suficiente fuerza para contestarle. Me estaba derritiendo; mi cuerpo era pura gelatina bajo el suyo. Cada vez me hacía más adicta a Adam, era como si fuese una droga.

Escuchaba sus gemidos en mi boca y su manera de gruñir cada vez que me penetraba, cada embestida más fuerte que la anterior. Intentaba gritar, pero su boca y su lengua no me dejaban.

Dejó de agarrarme con sus manos, y dirigió una de ellas hasta mi pelo, enterrando sus dedos entre mis cabellos y poniendo la otra debajo de mi culo, agarrándolo pero sin presionar.

Separó su boca de la mía y me miró fijamente.

Sentirlo salir y entrar de mi cuerpo, con sus ojos azules clavados en mi mirada, era lo más sensual e increíble que podía vivir. Era imposible no sentir miles de mariposas revoloteando en mi vientre, mientras su esencia... su pasión se deslizaba por mi interior lentamente recorriendo cada centímetro de mi cuerpo y embriagándome de un placer maravilloso. Lo amaba con todas mis fuerzas, y solo deseaba ser suya. Completamente suya.

Agarró con más fuerza mi pelo, dándome un tirón fuerte, mientras él se hundía con más fuerza e ímpetu en mi interior. Un gemido profundo salió de mi garganta propagándose por toda la habitación. Apretó la mano que sujetaba mi culo con fiereza, clavando sus dedos en mi piel, acercándose más a él y hundiéndose dentro de mí como si fuese a traspasarme.

Una expresión salvaje se apoderó de su rostro, completamente llena de placer y satisfacción; el brillo de sus ojos mientras me poseía me iluminaba por completo. Cada vez que salía de mi cuerpo, tiraba de mi pelo y mi cuello se doblaba ligeramente hacia atrás, pero sin perder el contacto de sus ojos. No sentía dolor, solo podía sentir placer.

Iba a caerme en aquel abismo al que me estaba llevando... de cabeza. Y así fue.

—Mírame, Payton, no dejes de hacerlo. Quiero ver cómo te derrites... Necesito ver el brillo de tus ojos cuando te corres, nena. Como te iluminas sólo para mí.

Y así fue. En una última embestida, atravesó el último muro que mantenía mi locura sujeta. Solté un grito mientras mi cuerpo se lanzaba de cabeza al precipicio del placer. A la cumbre del éxtasis. Al cielo. A todos los sitios a los que Adam me llevaba. Gracias a que su agarre en mi cuerpo y cabello me mantenía sujeta a él, sino os juro que hubiese levitado bien alto fuera de esa cama.

Abrazados sobre la cama, seguimos disfrutando de cada centímetro de nuestra piel, de cada sonrisa, de cada palabra, de cada sentimiento... Acabamos dormidos uno al lado del otro, escuchando nuestra apacible respiración.

Aquella noche marcó un final y un principio en mi vida.

## **CAPÍTULO 27**

**ADAM**

Era imposible no sentirme el hombre más feliz del mundo. ¿Cómo era posible que, tener entre mis brazos a este pequeño huracán español, pudiese hacerme sentir tantas sensaciones tan increíbles?

Por fin había luchado por lo que de verdad quería; por fin había dado el paso que tanto miedo me daba y que tanto temía. Y por fin tenía, entre mis brazos, a la mujer que había dado la vuelta a toda mi vida.

Estaba dispuesto a luchar por ella, a hacer todo lo que estuviese en mis manos para hacerla feliz cada día y, sobretodo, poder darme la libertad de ser yo mismo junto a ella.

Payton me aceptaba tal y como era, y sabía que nuestro futuro juntos iba a ser un largo camino para los dos, quizá nada fácil, pero íbamos a conseguirlo.

\*\*\*

## DONOVAN

—¡Olvídate de la presidencia del Hospital General de Richmond! ¡Olvídate siquiera de acceder a la gerencia de ninguno de los hospitales, maldita sea!

—¡Por mí puedes quedarte con ellos! ¡Estoy harto de ser tu marioneta!

—¡Hijo, no grites así a tu padre! —intervino Carla, la madre de Donovan.

—Estoy harto, madre, os lo dije la última vez que tuvimos esta conversación. ¡Payton me ha dejado y yo no la quiero! ¿Tan difícil es entender que lo nuestro ya no tiene futuro?

—¡No hubiese sido tan difícil, si hubieses mantenido la bragueta cerrada con la fulana esa!

Los gritos de la familia Loorten cada vez se reavivaban más. Donovan había estallado. Ya no podía seguir bajo el control de sus padres, eso lo estaba volviendo loco, y más cuando la mujer que amaba se había ido a Brasil abandonándolo tras el episodio de la anterior noche frente a Payton.

—¡Se acabó, padre! ¡Se acabó todo!

—¡Eres un fracasado! ¡Una vergüenza para la familia! ¡Para nuestro apellido!

Donovan miró a su padre con rabia. Le dolían aquellas palabras, pero más le dolía la mirada que su propio padre le profería. Aquel dolor sería imborrable, y jamás se le olvidaría.

Así que, sin decir nada más, subió hacia su habitación, cogió la bolsa de deporte donde había metido su ropa antes y salió de allí dando un portazo y sin mirar atrás.

Sus propios padres habían dirigido siempre su vida y ni siquiera se habían parado a preguntarle. No habían sabido entenderlo, y no iban a hacerlo nunca.

Lo había perdido todo. Ahora sí que ya no le quedaba nada por lo que luchar. Payton, Lisa, la presidencia del Hospital de Richmond, su gran sueño... Nada. No tenía nada. Y todo por culpa de Adam. Él había sido el culpable de todo. Y se juró a sí mismo que iba a hacérselo pagar, aunque fuese lo último que hiciese.

\*\*\*

Adam había salido a comprar el desayuno. Yo seguía tumbada en la cama sintiéndome realmente dichosa y feliz. No podía creerlo. Por fin había venido a por mí y me había demostrado que existía la absoluta felicidad. Juntos íbamos a conseguirlo, estaba al cien por cien segura.

Escuché unos golpes en la puerta. Me extrañó que Adam hubiese tardado tan poco en volver, puesto que las tiendas más cercanas estaban a unos quince minutos andando y apenas hacía cinco que

acababa de irse.

George no podía ser porque me llamó el día anterior y le dije que no necesitaba nada, que yo podía salir a comprar, pues no hacía falta que el hombre se molestase. Así que ¿quién podía ser?

Me coloqué una bata y las zapatillas y me dirigí a la puerta. Abrí la puerta con cuidado, pero sin quitar la cadenita del seguro, y lo que vi al otro lado de la puerta puso en alerta todos mis sentidos.

Donovan.

—Abre, Payton, tenemos que hablar.

—¿Qué diablos haces tú aquí? ¿Cómo has sabido...?

No me dio tiempo a terminar la pregunta. Abrió la puerta de una patada empujándome hacia atrás con el impacto.

—Ya sabes que tengo muchos contactos, y la localización de tu móvil no me supuso ningún problema.

—Será mejor que te vayas, Donovan.

—¿Por qué no haces caso a lo que digo, Payton? ¿Por qué tienes que ponérmelo tan difícil siempre?

Su rostro, su mirada, su presencia, me estaba dando mucho miedo. Estaba totalmente ido, y no sabía cómo iba a poder actuar con él.

—Donovan, por favor, tranquilízate. Así no vas a conseguir nada. Si quieres hablar, hablemos. Pero, por favor, tranquilízate.

Pensé que lo mejor sería que se calmase. Si me ponía a gritarle o a amenazarle presentía que iba a ser mucho peor, así que lentamente fui caminando hacia atrás para acercarme a la cocina.

—¡Has arruinado mi vida! ¡Tú y ese desgraciado me habéis hecho perderlo todo! ¡Todo!

—Cálmate, por favor, lo podemos hablar y solucionar. —Levanté mis manos, por delante de mí, para mantener una distancia entre los dos al ver que él cada vez se acercaba más, pero no funcionó. Levantó la mano y me asestó un guantazo. Caí hacia atrás, golpeándome la cabeza contra el brazo del sofá, y caí al suelo. El impacto me había dejado con la vista nublada y con un dolor tremendo en la cabeza y en la espalda por el golpe que me di al caer.

—¡Te juro que os lo voy a hacer pagar!

Intenté levantarme del suelo, antes de que llegase de nuevo a mí, pero, antes de conseguirlo, me agarró del pelo y me levantó del suelo de un fuerte tirón.

Las lágrimas comenzaron a asomar en mis ojos, recorriendo mi rostro. Sentía dolor, miedo, pánico... no sabía que estaba pasando ni quién era de verdad la persona que tenía frente a mí.

—Donovan, por favor...

Me llevó hacia la cocina tirando de mí. Cuando quise darme cuenta, me tumbó contra la mesa, me inmovilizó la cabeza en la superficie de madera. Con la otra mano me arrancó la bata haciéndome daño al sacarme las mangas de los brazos. Se situó detrás de mí y volvió a aplastarme contra la mesa con más fuerza.

—¡Me has demostrado que eres una zorra y te mereces que te traten como lo que eres!

—¡No, Donovan! ¡Por favor! ¡Donovan, piénsalo bien, por favor! ¡Deja que te ayude! ¡Deja que vuelva contigo y, juntos, podremos solucionarlo todo!

—Ya no hay nada que solucionar, Payton. Te he perdido a ti, he perdido a Lisa y he perdido todo lo que soñaba tener en mi futuro... ¡Ese malnacido y tú sois los culpables! Primero vas a pagar tú, y luego iré a por él. ¡Esto no quedará así!

De un tirón me rompió las bragas y me abrió las piernas con su rodilla sin dejar de aplastar mi cara contra la mesa.

Lloré y supliqué, intenté luchar con fuerza, pero la presión de Donovan no me permitía moverme ni defenderme. Mi corazón estaba a punto de salirse de mi pecho. No podía dejar de llorar y temblar. Me sentía totalmente a su merced y eso me estaba matando. Él no dejaba de moverse detrás de mí. Comencé a gritarle, desesperadamente, para que parase, pero no reaccionaba a nada. Justo cuando sentí que ya estaba hurgando entre mis piernas, una fuerza lo arrancó de mi lado liberando mi cuerpo.

Caí al suelo y me apoyé en el mueble de la cocina. Con los ojos empañados de lágrimas, miré hacia delante, y Adam tenía cogido a Donovan por el cuello.

Mi ex prometido le propinó una patada en el estómago, librándose de su agarre, y Adam cayó hacia atrás. Pero antes de que Donovan se acercase a él, Adam se levantó y le lanzó un puñetazo en la mandíbula. Sin darle tiempo a reaccionar, volvió a arremeter contra él, asestándole otro puñetazo en la cara. Donovan cayó contra el sofá, y Adam sin pensarlo lo cogió de la pechera levantándolo hasta tenerlo delante de él y le lanzó un fuerte golpe contra el estómago.

Donovan cayó al suelo y, entonces, Adam se acercó y le lanzó una patada en las costillas. Los gritos de Donovan inundaban toda la habitación, pero los gruñidos de rabia de Adam era lo que más miedo me daba. Estaba ido, completamente fuera de control.

Me levanté para coger el teléfono y marqué el número de la Policía Local del pueblo. Por suerte, George me lo había dejado anotado en la cocina y hasta hace dos días no me había percatado. Contestaron al otro lado de la línea telefónica, y le di los datos rogándoles por favor que se diese prisa.

—¡Adam, para! ¡Por favor, detente!

Me acerqué a él para que pudiese verme, pero lo suficiente lejos para quedar fuera de su espacio. No paraba de golpear a Donovan y éste permanecía totalmente inconsciente y sangraba a borbotones en el suelo.

—¡Adam, estoy bien! ¡Mírame! ¡Estoy bien! ¿Lo ves? ¿Puedes mirarme, Adam? ¡Mírame, por favor!

Y por fin, reaccionó. Me miró con los ojos completamente fuera de sus orbitas, con la respiración agitada, y con un pequeño hilo de sangre asomando por su labio.

—Estoy bien, cariño. Estoy bien.

—Payton... Yo... ¡Oh, dios! —Se dejó caer al suelo, al lado de Donovan, y enterró su cara entre sus manos llorando como nunca antes había visto a nadie llorar.

Su cuerpo no paraba de temblar. Gritaba y sollozaba a la vez, incapaz de poder respirar. Me senté en el suelo a su lado y lo abracé con fuerza. Volvió a sollozar y me enterró entre sus brazos apretándome con fuerza.

—Lo siento, lo siento mucho...

—No ha sido culpa tuya, Adam. Mírame. —Cuando tuve sus ojos azules clavados en mi mirada volví a repetirle—: No ha sido culpa tuya, ¿de acuerdo?

—Si no llego a dar la vuelta antes, él habría...

—No ha pasado. No me ha hecho nada y ha sido gracias a ti, cariño. Así que no lo pienses más, por favor.

—Te juro que solo quiero matarlo.

—Pues no vas a hacerlo. Vamos a esperar a la Policía, vamos a explicar todo lo sucedido y seguiremos nuestra vida, ¿vale? Dime, por favor, que lo has entendido.

Le hablaba despacio y sin apartar la mirada de la suya para que así me pudiese entender mejor y poder sacarlo de su estado de *shock*. Aunque tengo que reconocer que era yo la que estaba en ese

estado por completo, porque no paraba de pensar en todo lo que acababa de ocurrir y en el daño que podía haberme infringido Donovan, era mucho más que un guantazo o un tirón de pelo. Había estado a segundos de que ese bastardo hubiese abusado de mí.

Las sirenas de la Policía se escucharon fuera de la casa. Oí como el coche se detenía e inmediatamente dos agentes entraron en la cabaña; no me había dado cuenta de que la puerta se había quedado abierta después de que Donovan la golpease para abrirla.

—¿Estáis bien? ¿Qué ha pasado?

Les expliqué con pelos y señales lo ocurrido esa mañana. Uno de los policías comprobó el estado de Donovan que permanecía inconsciente en el suelo y el otro se acercó para ver que yo estuviese bien. Tenía un pequeño golpe en la cabeza que sangraba un poco. La ambulancia no tardó mucho en llegar. Se llevaron a Donovan en ella y a mí me dieron los cuidados necesarios para que dejase de sangrar. Al final, Adam y yo acabamos en Comisaría dando declaración sobre los hechos, y nos explicaron que Donovan permanecería bajo arresto hasta ser trasladado a Mill Valley donde sería juzgado por allanamientos, agresión e intento de violación.

Al atardecer regresamos a la cabaña y, después de ducharnos, nos tumbamos en el sofá, abrazándonos hasta que la respiración de Adam me dijo que se había dormido. La paramédico le había dado una medicación para que el estado de nerviosismo, en el que estaba inmerso, se aplacara. Yo no pude dormir ni con pastillas, estaba demasiado nerviosa por todo lo ocurrido y tenía demasiado miedo en el cuerpo todavía como para poder descansar, pero me sentía segura entre sus brazos y teniéndolo tan cerca.

Solo cerré los ojos y disfruté de tener a mi héroe justo a mi lado.

## EPÍLOGO

### Tres meses más tarde

¿Qué pasó aquel diciembre tras todo aquello? Pues que tras el doloroso episodio con Donovan, y después de informar a mi madre y a Su, de lo ocurrido intentando transmitirles calma y tranquilidad, por supuesto, pudimos pasar unos increíbles días en aquella pequeña cabaña de Gardiner.

Adam y yo nos dimos esa oportunidad de conocernos, encontrarnos, entendernos... Y fue realmente maravilloso. Borró de mí aquel horrible recuerdo, e intenté que también lo apartara de su memoria pudiendo así disfrutar de esa placentera sensación de estar juntos.

Tras aquellos días volvimos a nuestras vidas en Mill Valley.

Mi madre necesitaba verme y asegurarse de que estuviese bien de verdad. Se quedó más tranquila al comprobar que estaba bien y se alegró muchísimo de que por fin Adam y yo estuviésemos juntos; y a pesar de que le dio la dirección de la cabaña al hombre que me había hecho huir, la perdoné al instante. Sabía que lo había hecho por mí, por nosotros, y gracias a ella estábamos juntos.

Mis amigas, y mi pequeña Su, también se alegraron de que hubiésemos consolidado nuestra «relación». En fin, todos se alegraban de nuestra felicidad; supongo que todos menos Donovan.

Lo trasladaron a la prisión de San Francisco y allí permanecería hasta el juicio, en el que, según el abogado que se nos asignó, le podrían caer hasta diez años de cárcel. El proceso judicial era muy lento, así que perfectamente podía estar a la espera de juicio de cinco a seis meses.

No puedo mentir que sentí alivio al escuchar esa posible sentencia, porque por mucho que Donovan hubiese sentido o sufrido, no tuvo justificación para actuar contra mi persona de la forma en la que lo hizo. Así que, fuese la sentencia que fuese, se lo merecía.

\*\*\*

Pero ya me daba todo igual, porque por fin, yo sí que era feliz. Y puedo decir que a pesar de ese amarga y duro momento, aquellas fueron las mejores Navidades de mi vida. Habíamos disfrutado juntos de cada instante, de cada momento, en familia, con amigos, en el Rock and Coffee; todo había sido increíble.

Aunque había pasado poco tiempo, sentía que mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados, de la que yo era la única que tenía las riendas. Todo iba rápido, todo iba cambiando a mejor, y lo estaba disfrutando al cien por cien.

Gary nos planteó la idea de jubilarse, y de que Adam y yo nos quedásemos al mando de Rock and Coffee. Una idea que nos trajo mucha felicidad e ilusión y, en la cual, Joseph y mi inseparable Su nos ayudaron.

¡Ay, Su! Mi loca, extrovertida y *españolizada* amiga Su, dejó a su novio para emprender una gran aventura de amor con Joseph. Para Adam fue toda una sorpresa, pero para mí fue muy obvio en cuanto vi que los dos eran dos gotas de agua. Eso sí ahora, juntos, podía agarrarme los machos cada vez que tuviesen que decirme alguna verdad a la cara, porque iba a ser épica.

Mi madre seguía con su relación amorosa viento en popa. Francis le había pedido matrimonio, y parecían dos quinceañeros, totalmente *enchochados* todo el puñetero día, y diciéndose chorradas románticas. Me encantaba verla así. Disfrutaba mucho viendo su sonrisa día tras día, y que Francis la quisiese y mimase tanto.

Y yo, pues... solo puedo decirles que clase de relación teníamos Adam y yo, pero no me importaba. Me estaba dando cada día lo que necesitaba. Estaba por mí, me cuidaba, me mimaba... me foll... ja, ja, ja. Era muy feliz y a pesar de que no me decía «te quiero», sé que lo hacía. Me quería. Lo sabía, lo notaba.

\*\*\*

Era la noche de la inauguración del nuevo Rock and Coffee. Adam y yo habíamos hechos unos arreglos al bar y decidimos reabrirlo celebrando una gran noche con todos nuestros amigos, clientes y familiares.

Yo estaba muy nerviosa, pero por suerte Su estaba conmigo detrás de la barra, ayudándome con todo. Mi madre en la cocina echándole una mano a Sophie y Francis junto con Joseph ejerciendo de camareros. El sitio estaba a reventar. No cabía ni un solo alfiler. Yo miraba hacia un lado y otro, pero no veía a Adam por ningún sitio.

Minutos antes se despidió de mí para ir a buscar a un cantante que le habían recomendado y que quiso contratar para esa gran noche. Yo no sabía quién era, pero Adam me había asegurado que era buenísimo.

—¡Payton, una birra cuando puedas!

—¡Que sean dos! —gritó Jou desde el otro lado de la barra.

—¡Otra por aquí!

—¡Vale, chicos! ¡Piedad de mí, que no puedo multiplicarme! —les solté sonriéndoles. La verdad es que no dábamos abasto esa noche. Como aquello fuese así siempre, tendríamos que contratar a nuevo personal; porque mi madre y Francis no estarían.

—¡Ey, Adam! Ya era hora de que aparecieras, *capullo*. —La voz de Joseph en la barra me hizo mirar hacia él. A su lado estaba el hombre que hacía girar todo mi mundo; el hombre al que amaba con todas mis fuerzas.

—No te quejes, *llorica*. Casi todo el trabajo lo están haciendo nuestras chicas.

Aquello me hizo soltar una sonrisa, creo que si no hubiese habido tanta gente ni hubiese estado hasta los topes de trabajo, me hubiese abalanzado sobre él por encima de la barra.

Me encantaba cuando decía esas cosas. ¡Aaaiiins, madre!

Me dio un beso por encima de la barra y se fue hacia el escenario. No pude ver al cantante que se supone que había venido con él, pero a los pocos minutos escuché la voz de Adam.

—Un segundo de atención, por favor.

Todo el alboroto y ruido del bar se esfumó de golpe; el Rock and Coffee quedó en absoluto silencio.

—Vaya eso sí que es manejar a las masas —me soltó Su cerca del oído. Solté una carcajada mientras mis ojos de cordero enamorado lo observaban allí sobre el escenario.

Llevaba el pelo suelto sobre los hombros, un poco más corto que los últimos meses; camiseta gris de *Sons of Anarchy*, una de sus series preferidas; vaqueros azules, bambas Converse negras y su chupa de piel. ¡Para comérselo!

—Antes de nada, quisiera daros a todos y cada uno de vosotros las gracias por estar esta noche aquí, en algo muy importante para nosotros. Hemos hecho unos arreglos a este viejo antro, que falta le hacía ¿eh, Gary? —Todos estallaron a reír y mi ex jefe le hizo la señal de cortarle el cuello mientras sonreía—. Pero que sepáis que la esencia de este lugar continuará siendo la misma, seguirá siendo el Rock and Coffee de siempre, con su música en directo y sus guapas camareras. —Me guiñó el ojo—. Esta noche, quería que fuese algo especial. Había pensado en traer a un gran amigo para que amenizase esta velada, y de hecho lo he traído, pero antes de su actuación, quiero ser el primero en inaugurar esta noche con mi música.

Se colocó la guitarra y se sentó en el taburete. Ajustó el micro a su altura y clavó la vista en mí.

—Cuando volví a entrar en este bar después de varios años de haber vivido lejos de aquí, no me imaginé nunca que iba a conocer a una mujer tan increíble. Una mujer que me ha enseñado, que no solo hay que vivir la vida con ilusión y optimismo, sino que también hay que vivirla con un toque de locura y pasión, como si no hubiese un mañana. Conocí a la mujer, que hoy día me deja compartir mi vida con ella, dándome todo su amor y su luz... —Se calló y me sonrió—. Gracias, Payton, por ser tan increíble. —Las lágrimas caían por mis mejillas. Sabía que decir esas cosas públicamente le estaría costando la vida, pero para mí era lo mejor que me había pasado en la vida—. Va por ti, nena.

No podía desviar mis ojos de los suyos cuando el primer acorde de la guitarra me hizo cerrarlos. Me apoyé sobre la estantería de los vasos que tenía detrás. No podía creerlo, sonaba *What About now* la canción de Daughtry, de la mano y voz de mi Adam. Indescriptible aquel momento. Él sabía que me gustaba ese grupo y que esa era una de mis preferidas, pero su significado fue lo que más me sedujo —os recomiendo que la escuchéis, es preciosa—.

*“Shadows fill an empty heart,  
as love is fading,  
from all the things that we are,  
but are not saying...”*

*“Sombras llenan el vacío corazón,  
como el amor se está desvaneciendo,  
de todas las cosas que somos  
pero que no estamos diciendo...”*

*“...this broken heart can still survive*

*with a touch of your grace.  
Shadows fade into the light,  
I am by your side.  
Where love will find you...*

“...Este corazón roto todavía puede sobrevivir  
con un toque de tu gracia.  
Las sombras se desvanecen en la luz,  
estoy a tu lado,  
donde el amor te encuentra...

*“...now that we're here,  
now that we've come this far,  
just hold on. There is nothing to fear,  
for I am right beside you.  
For all my life, I am yours...”*

“...ahora estamos aquí,  
ahora que hemos llegado hasta aquí,  
sólo espera. No hay nada que temer,  
porque yo estoy junto a ti.  
Para toda mi vida, soy tuyo...”

Todo el mundo estalló en gritos y aplausos. Adam sonrió a la multitud que le vitoreaba como si fuese una figura famosa del *rock* al final de un concierto. Era increíble verlo sonreír sobre el escenario. Yo ya estaba totalmente derretida y apenas podía moverme.

Bajó del escenario y después de saludar a la gente que se acercaba a él a felicitarle y elogiarlo, por fin llegó a la barra. Se metió dentro y se acercó a mí.

—¿Qué te ha parecido, nena?

—Me tienes a cien, nene.

—Pues lo arreglamos rápido, tira para el despacho y quítate las bragas.

—¡Estás loco!

—No es una broma, *zorrita*. Así que si no quieres que te castigue, ya sabes lo que tienes que hacer.

Mire hacia un lado y otro del bar. Estaba abarrotado de gente. El cantante que había contratado Adam ya tocaba las primeras letras de la canción. La verdad es que era increíble su voz, pero tal y como yo estaba en ese momento no le iba a prestar en absoluto la atención que se merecía.

Adam se dirigió a Su mientras que me cogía de la mano y tiraba de mí.

—Su, te dejo al mando. Vamos al despacho un momento.

—Oído cocina, jefe. Ya podéis inaugurar también el nuevo despacho —mi amiga me guiñó el ojo.

—Créeme, Su. Ese despacho, ya está más que inaugurado —le contestó Adam mientras mi amiga nos sonreía. Yo le puse los ojos en blanco sin poder reprimir una sonrisa de oreja a oreja, por lo que me esperaba, y Adam tiró de mí fuera de la barra dirección al despacho.

Atravesamos la multitud hasta llegar a la que antes era la oficina de Gary, y que ahora era nuestra. Entramos, y cerró la puerta.

Adam había colocado una gran mesa maciza, un par de sillas, comodísimas, y unas preciosas fotos de motos en la pared. Se acercó hasta la mesa y se apoyó en ella.

—Ven aquí.

Obedecí y recorté la distancia que había entre los dos, pero no me estuve quieta, me coloqué de espaldas a él, con mi culo en su erección, y comencé a moverlo lentamente rozando su entrepierna.

—Para, Payton.

—No puedo... mmmm... —susurré moviéndome mientras rozaba su erección. Me agarró de la coleta y tiró de ella con fuerza echándome la cabeza hacia atrás.

—Para —me ordenó con un tono más autoritario.

—Algún día tendrás que explicarme tu lado dominante.

—Algún día.

—No puedo evitarlo, me has puesto muy cachonda con tu increíble actuación.

—¿Le ha gustado a mi *zorrita*?

—Mucho.

—Pues demuéstreme cuánto.

No le hizo falta decirme nada más. Me di la vuelta lentamente, me agaché hasta colocarme de rodillas frente a él, desabroché sus vaqueros, y los bajé lentamente junto con sus *boxers*.

Su miembro duro y gordo saltó hacia mi cara y, sin más preámbulos, abrí la boca atrapándolo en mi interior. Lo lamía, lo chupaba, lo devoraba mientras Adam gruñía y gemía y movía sus caderas embistiendo mi boca, y sus manos agarraban mi pelo inmovilizando mi cabeza.

—Así, nena, así...

Cada vez lo introducía más profundamente en mi boca. Era imposible acogerlo entero dentro de mi boca, y me costaba respirar. En una de sus embestidas casi llegó a mi garganta y me sujetó la cabeza con fuerza, y se mantuvo durante unos segundos dentro. No podía respirar y me faltaba el aire, pero sus palabras me calmaron.

—Un poco más por favor, nena, un poco más.

Tras esos segundos, hizo que me levantase, me dio la vuelta contra la mesa, tumbándose sobre ella y bajándose los pantalones junto con mi ropa interior y, justo después, se introdujo en mi desesperado y resbaladizo sexo.

Los gemidos comenzaron a salir por mi boca sin esfuerzo alguno —¡Ahh!

Comenzó a penetrarme con fuerza, una y otra vez sin límite, y sin control. Mis pechos y mis caderas eran aplastados sobre la mesa a cada embestida de Adam. Si seguía así, iba a correrme y muy pronto. «Pedazo de polvo sobre la mesa que me estaba echando, con el bar lleno de gente y con la voz de fondo de un gran cantante», pensé feliz.

Salió de mí, me dio la vuelta y de nuevo me colocó sobre la mesa enterrándose en mi interior. Me agarró del cuello y volvió a embestirme brutalmente. La presión en mi garganta unida a sus salvajes embestidas me estaba volviendo loca.

—¿Estás cerca, nena? Te juro que hoy no aguanto.

—Sí.

—Así me gusta, *zorrita*. Córrete conmigo. ¡Ya!

¡Vaya que me corrí! Me agarré con fuerza a la mesa por miedo a salir disparada hacia la pared. Adam me aplastó con su cuerpo cuando se corrió dentro de mí y se quedó quieto encima de mí

besándome vorazmente.

Separó su cara de la mía, sin separarse de mi cuerpo, permaneciendo dentro de mí completamente quieto. Se quedó mirándome en silencio y me habló.

—Te quiero, Payton.

Mi corazón explotó en mil pedazos. Creo que no podía sentir nada más increíble en toda mi vida. En aquel momento tenía al hombre que amaba con toda mi alma, dentro de mi cuerpo y dentro de mi corazón.

—Te quiero, Adam.

Me regaló su preciosa sonrisa y después me besó, con ternura y suavidad, acariciándome la cara.

—¿Puedes decírmelo otra vez? Me parece que no te he escuchado bien. —Le sonreí con lágrimas de felicidad recorriendo mis mejillas, las cuales limpió con sus dedos pulgares.

—Te quiero, nena. —Me besó la nariz—. Te amo. —Me besó un ojo—. Te necesito. —Me besó el otro—. Te deseo con locura. —Me besó los labios e introdujo su lengua dentro de mi boca besándome con una pasión incontrolable.

—Oh, Adam...

—Te quiero, pequeña. Prometo decírtelo y demostrártelo cada día de nuestras vidas.

—Y yo encantada que estaré.

Me mostró su sonrisa de medio lado, que tanto me gustaba, y mirándonos a los ojos nos hicimos nuestra promesa de amor.

—Eres mía, Payton.

—Soy tuya, Adam.

**FIN**

## **OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA**

### **SAGA ETERNITY**

Una saga paranormal erótica llena de acción, lealtad, venganza, traición, amor y mucha pasión con la ciudad de Florencia de fondo.

Vampiros, licántropos, hechiceras, diosas y demonios serán tus compañeros en esta intensa y apasionada aventura.

#### **1ª entrega SOLA EN MI OSCURIDAD**

BOOKTRAILER EN YOUTUBE <http://youtu.be/E2NIt6Q9zjU>

#### **2ª entrega SOLA EN LA ETERNIDAD**

BOOKTRAILER EN YOUTUBE

<http://youtu.be/GpQtbTF6gjo>

#### **3ª entrega SOLA CON MI ALMA**

BOOKTRAILER EN YOUTUBE

<http://youtu.be/YI6—gF6—HPs>

(De venta en ebook en Amazon y en papel a través de la página de la autora  
[www.carolynsanfel.es](http://www.carolynsanfel.es))